

A la caza
DE
HOUDINI

*Autora de *A la caza de Jack el destripador*, best seller #1 del *New York Times**

KERRI MANISCALCO

A la caza
DE
HOUDINI

A la caza
DE
HOUDINI

KERRI MANISCALCO

Traducción de María Celina Rojas



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Escaping from Houdini*

Editor original: JIMMY Patterson Books / Little, Brown and Company

Traducción: María Celina Rojas

1.ª edición: mayo 2020

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2018 by Kerri Maniscalco

All Rights Reserved

Publicado en virtud de un acuerdo con la autora, a través de
BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, Nueva York, U.S.A.

© de la traducción 2020 by María Celina Rojas

© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17981-42-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para aquellos que creen en la magia de los sueños.
Todo es posible.

«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí».

—*La tempestad*, acto I, escena II

William Shakespeare



RMS *Etruria*

1

CARNAVAL LUZ DE LUNA

RMS ETRURIA

LIVERPOOL, INGLATERRA

1 DE ENERO DE 1889

La tarde del día de Año Nuevo a bordo del *Etruria* comenzó como un cuento de hadas, lo que fue el primer indicio de que una pesadilla acechaba en el horizonte, esperando, como lo hace la mayoría de los villanos, el momento oportuno para atacar.

Mientras nuestro transatlántico se preparaba para abandonar el puerto, ignoré las punzadas de inquietud en favor del exuberante mundo fantástico que se desplegaba delante de nosotros. Era el comienzo de un nuevo año, de un capítulo nuevo, de una oportunidad maravillosa para dejar atrás los hechos oscuros del pasado y mirar hacia adelante; hacia el futuro prometedor.

Un futuro que pronto daría lugar a una boda... y a una noche de bodas.

Respiré hondo para tranquilizarme y le eché un vistazo al escenario situado en el centro del imponente salón comedor. Unas diminutas gemas brillantes titilaban sobre el pesado telón de terciopelo —de un azul tinta tan oscuro que parecía negro— cada vez que la luz se posaba sobre ellas. Unos acróbatas aéreos ataviados con mallas incrustadas con diamantes hacían piruetas sobre cuerdas plateadas, bonitas arañas que tejían telas en las que yo estaba atrapada sin remedio.

Unas mesas redondas poblaban el suelo como constelaciones bien situadas, y sus manteles color blanco lunar estaban salpicados de flores púrpuras, amarillentas y azules. Entre muchas comodidades modernas, el *Etruria* presumía de tener un invernadero, y los aromas a jazmín, lavanda y otras notas de medianoche flotaban a nuestro alrededor, atrayentes pero peligrosos, no muy diferentes de los acróbatas enmascarados que se elevaban por encima de nuestras cabezas. Se balanceaban sin esfuerzo desde un trapecio al próximo, soltándose sin miedo a caer mientras atravesaban el aire y se aferraban con facilidad a la siguiente barra.

—Las colas largas de sus trajes los hacen parecer estrellas fugaces, ¿verdad? Algún día me encantaría encargarme un vestido adornado con tantas gemas. —La señorita Prescott, la hija del primer magistrado, que se encontraba al otro lado de la mesa, suspiró profundamente. Con su pelo de color caramelo y sus astutos ojos de color marrón, ella me recordaba a mi prima Liza. Apoyó su copa de champán, se me acercó y bajó la voz hasta formar un susurro cómplice—. ¿Conoce la leyenda de Mephistopheles, señorita Wadsworth?

Una vez más, aparté la vista de la escena hipnótica que se desplegaba en lo alto y sacudí la cabeza.

—No lo creo. ¿El espectáculo de hoy se basa en esa leyenda?

—Creo que es el momento de contar una historia. —Norwood, el orgulloso capitán del *Etruria*, se aclaró la garganta y atrajo la atención de nuestra mesa, en la que se encontraban los Prescott; Tío Jonathan; mi carabina, la señora Harvey; y el endemoniadamente encantador señor Thomas

Cresswell, el joven que había ganado mi corazón con tanta destreza como cualquier jugador tramposo que gana mano tras mano en el juego de su elección.

En compañía de mi tío, Thomas y yo habíamos pasado dos días extenuantes viajando desde Bucarest hasta Liverpool para abordar allí el *Etruria* antes de que partiera con rumbo a Nueva York. Habíamos descubierto formas creativas de besarnos en secreto durante nuestro viaje, y cada encuentro furtivo destellaba en mi mente sin que yo pudiera evitarlo; mis manos en su oscuro pelo de color marrón, sus besos encendiendo llamas sobre mi piel, nuestros...

La señorita Prescott me propinó un golpecito gentil por debajo de la mesa, lo que me hizo volver a la conversación.

—... sí, por supuesto, creemos en las leyendas. Mephistopheles, llamado así por un personaje del folclore alemán, es un demonio que trabaja para el diablo —explicó el capitán Norwood—. Se lo conoce por robar las almas de aquellos que ya están corruptos, es mágico y tramposo, y también un gran artista del espectáculo. Miren estas cartas de tarot que ha creado para las mesas. Cada carta representa a uno de sus artistas. —Sostuvo en alto un bonito mazo de cartas pintadas a mano—. Les garantizo que disfrutarán de una semana de magia y misterio sin precedentes —continuó—. Cada noche les ofrecerá un espectáculo carnavalesco nuevo, nunca antes visto. Este barco será objeto de leyendas, recuerden mis palabras. Muy pronto cada transatlántico presentará espectáculos similares. Será el comienzo de una nueva era para los viajes.

Enarqué una ceja ante su tono casi reverente.

—¿Está usted sugiriendo que ha contratado a un demonio para entretenernos y que con seguridad esa práctica se volverá muy popular, capitán?

Thomas se atragantó con su agua y la señorita Prescott me dedicó una sonrisa pícaro.

—¿Hay una iglesia o capilla en el barco? —preguntó, los ojos bien abiertos, repletos de inocencia—. ¿Qué haremos si nos engañan para robarnos el alma, señor?

El capitán levantó un hombro, disfrutando del aura de misterio.

—Ambas tendrán que esperar y ver qué sucede. No falta mucho ahora. —Volvió a dirigirse a los adultos cuando la señorita Prescott se puso de pie de un salto, lo cual me sobresaltó, y se ganó una mirada de desaprobación por parte de su padre.

—¿Una pista más, por favor?

Quizás fuera el diablo que había en mí, pero no pude evitar agregar:

—Odiaría estar tan sobrepasada por la histeria como para abandonar el barco. No nos encontramos muy lejos del puerto, ¿verdad? Quizás debería nadar...

La señorita Prescott parpadeó lentamente con admiración.

Es verdad, capitán. De hecho, ¡siento una leve sensación de desvanecimiento en este mismo instante! ¿Cree usted que se debe a Mephistopheles? —preguntó, con la voz cada vez más aguda—. ¿Acaso su magia funciona en la distancia? Me pregunto a cuántos de nosotros puede afectar al *mismo tiempo*.

La observé con detenimiento y me incliné hacia ella como si fuera a examinarla con ojo médico.

—La verdad es que está un poco pálida, señorita Prescott. ¿Siente el alma unida al cuerpo?

Thomas soltó un resoplido, pero no se atrevió a interrumpir este nuevo espectáculo que le estábamos ofreciendo. Ataviada con mi vestido de noche de seda azul oscuro, mis guantes del color de la medianoche que se extendían por encima de mis codos y las joyas centellantes que rodeaban mi cuello, me sentía casi tan deslumbrante como los acróbatas que volaban sobre nosotros.

La señorita Prescott colocó sus manos enguantadas alrededor de su garganta y agrandó los ojos.

—¿Saben? *La verdad* es que me siento rara. Incluso más ligera. —Se balanceó sobre los pies y apoyó las manos sobre el pecho—. ¿Deberíamos pedir unas sales aromáticas, capitán?

—No creo que sea necesario —respondió, respirando hondo, sin duda arrepentido de habernos sentado juntas—. Les aseguro que este *Mephistopheles* es inofensivo. Es solo un hombre que simula ser un villano legendario, nada más que eso.

—Juraría que mi alma se está debilitando. ¿Se da cuenta de ello? ¿Estoy más... transparente? —Sus ojos se abrieron casi como platos mientras se desplomaba en su silla y echaba un vistazo a su alrededor—. Me pregunto si hay a bordo algún fotógrafo de espíritus. He escuchado que pueden captar esa clase de cosas. Mi vestimenta no se está volviendo indecente, ¿verdad?

—Todavía no. —Me mordí el labio e intenté ocultar la risa de mi voz y la sonrisa de mi cara, en especial dado que la señora Prescott parecía a punto de estallar de furia ante la actuación de su hija—. Deberíamos poder pesarla para comprobar si hay alguna diferencia.

Tío interrumpió su conversación con Thomas, sacudió un poco la cabeza, pero antes de que pudiera hacer algún comentario, un miembro de la tripulación se acercó con prisa y le entregó un telegrama. Él lo leyó mientras se retorcía los extremos de su bigote claro, luego lo dobló y me dedicó una mirada inescrutable.

—Si me disculpan... —Tío se puso de pie—. Debo ocuparme de esto de inmediato.

Los ojos de la señorita Prescott se iluminaron.

—Su tío debe tener que atender algún asunto forense secreto. He leído algunos artículos en los periódicos sobre su participación en la investigación de los asesinatos del Destripador. ¿Es verdad que usted y el señor Cresswell impidieron que un vampiro en Rumania asesinara al rey y a la reina?

—Yo... ¿qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Acaso Thomas y yo hemos aparecido en los periódicos?

—Así es. —La señorita Prescott bebió un sorbo de su champán y su mirada siguió a Tío mientras él salía de la estancia—. Casi todos en Londres han estado susurrando sobre usted y su apuesto señor Cresswell.

No podía creer el espectáculo en el que se estaba convirtiendo mi vida.

—Discúlpeme. Debo tomar un poco de... aire.

Me levanté a medias, dudando de si debía seguir a Tío, cuando la señora Harvey me dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy segura de que todo está bien, querida. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el escenario—. Está a punto de comenzar.

Unos círculos de humo se desenroscaron alrededor del telón de color tinta, y el intenso aroma provocó algunos ataques de tos en el salón. Me ardió la nariz, pero fue una molestia menor en comparación con la rapidez con la que ahora latía mi pulso. No estaba segura de si se debía a la salida rápida de mi Tío, a la información de que a Thomas y a mí nos reconocían por nuestras habilidades forenses o a la anticipación del espectáculo de esta noche. Quizás era una combinación de las tres cosas.

—Damas. Caballeros. —Una grave voz masculina resonó desde todos los ángulos al mismo tiempo y obligó a los pasajeros a revolverse en sus asientos. Estiré el cuello para echar un vistazo a mi alrededor y busqué al hombre detrás de esa voz incorpórea. Debía haber diseñado algún mecanismo para proyectarla por todo el salón—. Bienvenidos al espectáculo.

Una vibración atravesó la estancia cuando esas pocas palabras hicieron eco. En el silencio que sobrevino, unos platillos resonaron bajo y luego fueron *in crescendo* hasta alcanzar su punto máximo cuando los camareros levantaron las campanas de plata que cubrían nuestros platos y así

revelaron una comida digna de la realeza. Nadie pareció notar los filetes cubiertos de salsa de hongos o las patatas fritas que estaban dispuestas en una gran pila; ya no estábamos hambrientos de comida, sino de escuchar una vez más esa voz misteriosa.

Miré a Thomas y sonreí. Él se movió en su asiento como si estuviera sobre brasas calientes dispuestas al azar y tuviera que moverse o quedarse inmóvil y quemarse.

—¿Nervioso? —susurré mientras los acróbatas aéreos descendían con gracia, uno por uno.

—¿Por un espectáculo que se jacta de causar arritmias, de acuerdo con esto? —Agitó el programa a rayas blanco y negro que estaba sosteniendo—. Para nada. No puedo esperar a que me estalle el corazón. La verdad es que anima lo que de otra manera sería una noche monótona de domingo, Wadsworth.

Antes de que pudiera responder, un tambor resonó y un hombre enmascarado surgió del interior de una nube de humo en el centro del escenario. Llevaba una levita del color de una vena abierta, una camisa almidonada y unos pantalones negro azabache. Su sombrero de copa estaba bordeado en plata y adornado con unas cintas de color escarlata, y un lustroso antifaz afiligranado le cubría la parte superior de la cara desde la nariz. Su boca se curvó con un deleite perverso cuando las miradas del salón se posaron sobre él y todos quedaron boquiabiertos.

Los hombres se sobresaltaron en sus asientos; los abanicos de las mujeres se abrieron de pronto, el sonido similar al de cien aves levantando vuelo. Era inquietante presenciar cómo se materializaba un hombre, intacto a pesar de la tempestad que se estaba desatando a su alrededor. Los rumores de que él era el heredero del diablo llegaron a mis oídos. O bien el mismo Satán, en las palabras del padre de la señorita Prescott. Casi puse los ojos en blanco. Habría esperado que tuviera un mejor criterio como primer magistrado. Este era, claramente, el maestro de ceremonias.

—Permítanme presentarme. —El hombre enmascarado hizo una reverencia, y la picardía destelló en su mirada mientras se incorporaba lentamente—. Yo soy Mephistopheles, el guía que los conducirá a través de lo extraño y lo magnífico. Cada noche la rueda de la fortuna designará a un artista para ustedes. Sin embargo, podrán contratarlos después del espectáculo principal y disfrutar de cualquiera de nuestros números. Desde lanzafuegos hasta domadores de leones, adivinos, lanzadores de cuchillos; sus deseos son órdenes. Sin embargo, les advierto, tengan cuidado con los pactos de medianoche, no es aconsejable que jueguen con sus destinos.

Los pasajeros se revolvieron, inquietos, probablemente preguntándose qué clase de pactos podrían concretarse, lo bajo que podrían caer en la búsqueda de placeres tan alejados de los puertos vigilantes de la sociedad.

—Quizás nuestros trucos parezcan deliciosos, pero les prometo que no son dulces —susurró—. ¿Tienen la valentía suficiente para sobrevivir? Tal vez ustedes sean los próximos en perder el corazón y la cabeza en mi espectáculo circense de medianoche. Solo ustedes pueden decidir.

Mephistopheles se paseó de lado a lado por el escenario, un animal enjaulado que esperaba la oportunidad de atacar. Mi corazón latió de manera salvaje. Tuve la clara sensación de que todos éramos presas ataviadas con nuestras mejores prendas y que, si no teníamos cuidado, seríamos devorados por este misterioso espectáculo.

—Esta noche es la primera de una serie de siete en la que ustedes quedarán maravillados. —El maestro de ceremonias levantó los brazos y una decena de palomas blancas levantaron vuelo desde sus mangas hasta las vigas del techo. Se escucharon algunas exclamaciones de asombro, lideradas por las de la señora Harvey y la señorita Prescott.

»Y horrorizados —continuó, un leve graznido ahora presente en su voz. De un instante al otro, su corbata ya no estaba hecha de tela, sino que era una serpiente que se retorció y le rodeaba el

cuello. Mephistopheles se agarró la garganta, su cara de color bronce se volvió de un púrpura oscuro debajo de su antifaz afileado. Mi propia respiración se entrecortó cuando él se inclinó y tosió, jadeando en busca de aire.

Yo casi me puse de pie, convencida de que estábamos presenciando la muerte del hombre, pero en cambio me obligué a respirar. *A pensar*. A recopilar hechos como la futura científica que era. Este era solo un espectáculo. Nada más. Con seguridad nadie moriría. Mi respiración regresó en jadeos breves que no se debían al corsé de mi elegante vestido. Esto era verdaderamente emocionante y horrible. Lo odié tanto como lo adoré. Y lo adoré más de lo que deseaba admitir.

—Cielo santo —murmuró la señorita Prescott cuando Mephistopheles se desplomó sobre sus rodillas, respirando con dificultad, los ojos en blanco casi por completo. Yo contuve mi propia respiración, incapaz de aflojar la tensión de mi espalda. Esto tenía que ser una ilusión—. ¡Que alguien lo ayude! —gritó la señorita Prescott—. ¡Se está muriendo!

—*Siéntate*, Olivia —susurró la señora Prescott con dureza—. No solo te estás avergonzando a ti misma, sino también a mí y a tu padre.

Antes de que alguien pudiera ayudar al maestro de ceremonias, él se liberó de la serpiente y tomó aire como si hubiera estado sumergido en el agua del océano por el que navegábamos. Me desplomé hacia atrás, y Thomas soltó una risita, pero yo no conseguí desviar la mirada del hombre enmascarado del escenario.

Mephistopheles se incorporó con dificultad, se tambaleó un poco y luego levantó lentamente la serpiente por encima de su cabeza, y la luz de los candelabros se reflejó en su antifaz y volvió la mitad de su cara en un naranja rojizo furioso. Quizás estaba enfadado, nos había probado y no había quedado conforme. Qué monstruos bien vestidos debimos haber parecido al continuar con nuestra cena elegante mientras él luchaba por su vida, todo por nada más que nuestra mera diversión.

El maestro de ceremonias giró en un círculo, una, dos veces, y la bestia serpenteante desapareció. Me incliné hacia adelante y parpadeé mientras el maestro de ceremonias volvía a saludar a la audiencia con una reverencia orgullosa, las manos ya no ocupadas con la serpiente. Estalló un rugido de aplausos.

—¿Cómo lo ha hecho, en el nombre de Dios? —murmuré. No había ninguna caja o lugar donde él hubiera podido esconder la serpiente. Esperaba que el animal no se abriera camino hasta nuestra mesa; con seguridad, Thomas se desmayaría.

—Quizás hasta se... —gritó Mephistopheles mientras daba volteretas por el escenario y su sombrero de copa permanecía en su lugar sin que él lo tocara—... enamoren.

Mephistopheles se levantó el sombrero, que cayó por su brazo como si fuera un acróbata dando volteretas en un trapecio. Como cualquier otro hombre del espectáculo, lo extendió hacia nosotros para que viéramos que era un sombrero normal y corriente, y también un poco ordinario. Una vez que hubo completado un circuito completo alrededor del escenario, lo hizo volar por el aire y luego lo volvió a sujetar con un movimiento rápido de la muñeca. Yo observé con los ojos bien abiertos mientras él metía su brazo en el sombrero hasta la altura del codo y extraía una decena de rosas de color azul tinta.

Su sombrero había parecido completamente común. Estaba casi segura de ello.

—Les advierto una vez más, no se encariñen demasiado. —La voz de Mephistopheles resonó con tanta fuerza que sentí su eco en mi propio pecho—. Si bien nos jactamos de ofrecer actos que desafían la muerte, nadie escapa de sus garras para siempre. ¿Acaso esta noche será el fin para alguien? ¿Perderán sus corazones? O quizás... —Sonrió por encima de su hombro hacia la

audiencia—. La cabeza.

Un haz de luz iluminó a una muñeca arlequín pintada de manera tosca que no habíamos visto un instante atrás. Con un solo giro grácil, el maestro de ceremonias arrojó una daga a través del escenario. La daga giró sobre sí misma una y otra vez y se hundió en el cuello de la muñeca con un ruido seco que dejó al público en silencio. Durante un instante tenso, nada sucedió. Todo se encontraba condenadamente quieto. Nos quedamos sentados allí, conteniendo la respiración, esperando. El cuerpo de la muñeca se mantuvo tercamente clavado contra la tabla en la que había estado apoyada. Transcurrió otro instante y Mephistopheles chasqueó la lengua.

—Bueno. Eso no funcionará. —Golpeó el suelo con los pies—. Todos... ¡hagan lo que yo hago!
Pum. Pum. Pum.

Los pasajeros obedecieron, lento al principio, y luego hicieron que el salón comedor se sacudiera con una vibración frenética. La porcelana repiqueteó, los cubiertos de plata se deslizaron por las mesas, las copas derramaron *merlot* sobre los manteles caros, y ahora nuestras mesas se parecían más a escenas del crimen que a un elegante despliegue. Decidí abandonar mi típica reticencia y yo también golpeé el suelo con los pies. Thomas, con una expresión divertida en la cara, me imitó.

Pum. Pum. Pum.

El golpeteo resonó en cada una de mis células e hizo que mi sangre bombeara al mismo ritmo. Fue bestial y salvaje, y también muy... *emocionante*. No podía creer que tantos caballeros, damas y pasajeros de alta cuna estuvieran inmersos en el hedonismo y el libertinaje.

La señora Harvey golpeó la mesa con sus puños enguantados, lo que agregó un nuevo fervor al sonido que retumbaba en mis oídos. La señorita Prescott hizo lo mismo. Un instante más tarde, la cabeza de la muñeca cayó al suelo y rodó hacia las botas brillantes del maestro de ceremonias.

Pum. Pum. Pum. Parecía que nadie estaba listo para abandonar el ritmo endiablado una vez comenzado. Mephistopheles era el director de esta sinfonía maldita, su puño golpeando el aire mientras el *pum pum pum* alcanzaba un tono febril.

—¡Silencio! —gritó, y su voz retumbó por encima de todo lo demás. Como si fuera un titiritero tirando de los hilos, el golpeteo de pies cesó. Algunos en la audiencia se pusieron de pie, vitoreando, mientras que unos pocos hombres que llevaban sombreros de copa de seda silbaron con fuerza.

La señorita Prescott se levantó de su asiento con la cara sonrojada y los ojos brillantes, completamente ajena a las miradas de furia que sus padres le estaban dedicando.

—¡Bravo! —gritó aplaudiendo—. ¡Bravo!

Mephistopheles se quedó mirando a la cabeza cortada con una expresión reflexiva, como si estuviera reviviendo un recuerdo que lo atormentaba, algo tan maligno de lo que nunca podría escapar, sin importar lo lejos que corriera. Pensé que, al igual que sus ilusiones tan complejas, nada era lo que parecía cuando se trataba de él. Para mi asombro, alzó la cabeza de la muñeca, la pateó y la hizo volar por los aires, donde explotó con fuegos artificiales que cayeron como estrellas lloviendo del cielo, y se extinguieron antes de alcanzar el suelo de baldosas blancas y negras. El silencio cayó sobre todos nosotros.

—Así que les pregunto una vez más, ¿qué perderán antes de que termine la semana? ¿El corazón? ¿La cabeza? Quizás —dijo arrastrando las palabras, la cara ensombrecida mientras los candelabros atenuaban su luz lentamente antes de apagarse—, pierdan la vida, el alma misma, en este mágico espectáculo itinerante.

Solté una exclamación y sostuve en alto mis manos enguantadas, pero apenas pude distinguir las.

El corazón me latió con más fuerza mientras echaba un vistazo a la negrura absoluta, embelesada y al mismo tiempo aterrorizada al pensar en qué monstruo estaría acechándonos. Al parecer, yo no era la única curiosa. Unos murmullos de entusiasmo viajaron por la oscuridad. La promesa de la muerte era igual de atrayente, sino más, que la posibilidad de enamorarse. Qué criaturas tan macabras éramos, deseando el peligro y el misterio en lugar de los finales felices.

—Por ahora —continuó, su voz como una caricia suave en la oscuridad—, disfruten de una noche de magia, picardía y caos. —Se me humedecieron las palmas y no pude evitar inclinarme hacia adelante en mi silla, buscando otra palabra, otra pista, otro atisbo de lo irreal. Como si hubiera escuchado mis deseos internos, Mephistopheles volvió a hablar—. Estimados pasajeros del *Etruria*... por favor deleiten sus sentidos en el espectáculo más magnífico de todos los mares —canturreó—. Bienvenidos al Magnífico Espectáculo Circense de Mephistopheles... o como mejor se lo conoce... ¡el Carnaval Luz de Luna!

Las luces se encendieron, y su brillo hizo que me escocieran los ojos mientras intentaba deshacerme con un parpadeo de unas motas negras. Un instante más tarde, la señora Harvey se alejó de nuestra mesa con un empujón, la cara pálida como la de un espectro. Thomas hizo un ademán para sostenerla, pero ella levantó una mano temblorosa.

Seguí su mirada y me mordí la lengua con tanta fuerza que pude sentir un sabor a cobre. La señorita Prescott —la joven que había aplaudido con deleite minutos atrás— yacía boca abajo, inmóvil, en medio de un charco de sangre y con casi una decena de cuchillos enterrados en su espalda cubierta de terciopelo.

Me quedé observándola, esperando que jadeara o se moviera. Que echara la cabeza hacia atrás y riera, al habernos engañado a todos con su actuación. Pero esa era una ilusión de mi propia mente.

La señorita Prescott estaba muerta.

2

DE SUEÑOS A PESADILLAS

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

1 DE ENERO DE 1889

Durante un instante, no escuché nada excepto el creciente chirrido en mis oídos. Quizás Thomas estuviera llamándome, pero no podía concentrarme en otra cosa que no fuera obligarme a respirar. Necesitaba actuar de manera racional y analítica, pero mis emociones no estaban del todo listas para obedecer. Yo estudiaba a los muertos, pero el haber estado sentada junto a una persona que había sido asesinada era algo incomprensible.

El salón dio vueltas cuando me puse de pie y todo lo sentí en llamas. Intenté convencerme de que era una pesadilla terrible, pero el alarido gutural de la señora Prescott atrajo a cientos de miradas hacia nuestra dirección, y supe que era real.

Los pasajeros de las otras mesas soltaron exclamaciones, y en sus caras había expresiones no de repulsión sino de... deleite, mientras observaban a la joven que yacía en un charco de su propia sangre con diez cuchillos de mesa alineados en su espalda. Miré parpadeando lentamente hacia las personas que estaban comenzando a aplaudir, y mi estómago se retorció, hasta que la verdad me asaltó: creían que esta era otra ilusión.

Para la mayoría en este salón, el «asesinato» de la señorita Prescott era simplemente otra parte del espectáculo de la cena; y qué magnífico era, de acuerdo con un hombre que se encontraba en la mesa contigua. Thomas ya se había levantado de su asiento, y su mirada estaba dividida entre su carabina, que estaba sollozando, y yo, y no dejaba de observar el perímetro en busca de amenazas. Yo quería ayudarlo, ser productiva y útil, pero no podía detener el chirrido agudo en mis oídos o la neblina que había descendido sobre mis pensamientos. Todo parecía estar moviéndose lentamente. Todo excepto mi corazón. Golpeteaba contra mis costillas en estallidos frenéticos. Era un pulso de advertencia que me incitaba a entrar en acción, que me rogaba que escapara.

—¡Olivia! —La señora Prescott sujetó el cuerpo de su hija, las lágrimas caían sobre su vestido de terciopelo—. *Levántate. ¡Levántate!*

La sangre manchó el mantel y el corsé del vestido de la señora Prescott, su color tan oscuro como mis emociones tumultuosas. La señorita Prescott estaba muerta. No podía procesarlo ni hacer que mi corazón se endureciera y así poder ser útil. ¿Cómo podía estar sucediendo esto?

El capitán Norwood abandonó de pronto su asiento y comenzó a vociferar órdenes que yo no pude descifrar debido al constante pitido en mi cabeza. El movimiento alrededor de la mesa finalmente me obligó a desviar la mirada de los cuchillos y de la sangre; estaban haciendo salir a los pasajeros, aunque el entusiasmo en el salón no había menguado. Salvo por algunas pocas mesas cercanas, nadie parecía especialmente alarmado. Bajé la mirada hacia el horror, sin creer cómo alguien podría confundir esto con una ilusión. Había mucha sangre.

—¿Wadsworth? —Thomas me tocó el codo, el ceño fruncido. Lo miré sin realmente verlo. Una joven llena de vida yacía muerta junto a mí; el mundo ya no tenía sentido—. Por más espeluznante que suene, ahora tienes que fingir que esto es una ecuación.

Thomas se inclinó hasta que encontró mi mirada, su expresión tan tensa como yo imaginé que sería la mía. Esto tampoco era fácil para él. Y si él podía adoptar esa apariencia fría, entonces yo también podía hacerlo. Liberándome de mi propio horror, corrí hacia la señora Prescott y con gentileza tomé sus manos en las mías. Lo hice tanto para consolarla como para preservar la escena del crimen. En el medio de mi tormenta de emociones, me aferré a un hecho: había un asesino a bordo de este barco y teníamos que aislar las pruebas con rapidez. Aunque fuera algo macabro, no podíamos mover el cadáver. Al menos, no todavía.

—Venga conmigo —dije con tanta ternura como me fue posible.

—¡Olivia! —gimió la señora Prescott—. ¡Siéntate!

—Mírame, Ruth. *Solo* a mí. —El señor Prescott interrumpió los alaridos de su esposa. Hubo un tono en su voz que consiguió atravesar su histeria creciente. Ella se incorporó, aunque sus labios temblaron—. Dirígete a nuestros aposentos y ordénale a Farley que te sirva un brandi tibio. Enviaré al doctor Arden de inmediato.

Hice el ademán de acompañarla cuando una mano cálida se posó en mi hombro. Thomas me dio un apretón a modo de consuelo, sus ojos de color marrón dorados se mostraron serios cuando me observó.

—Acompañaré a la señora Prescott y a la señora Harvey a sus aposentos, luego iré a buscar a tu tío.

No me preguntó si yo me encontraría bien quedándome con el cuerpo; confiaba en que lo estaría. Lo observé un instante más, y su confianza fue como un bálsamo que aplacó mis nervios agitados y mis temores. Asentí una vez, respiré hondo y luego me enfrenté a la mesa. El capitán Norwood estaba observando un naipe, una carta que estaba clavada en la espalda de la señorita Prescott y que yo no había visto antes. Se encontraba directamente en el centro de su espalda. Se me heló la sangre. Quienquiera que hubiera arrojado el cuchillo había insertado en primer lugar la carta a través de la hoja. Una advertencia potencial y una pista.

—Necesitaré que este sector quede intacto, capitán —dije, retomando lo aprendido durante meses de entrenamiento forense mientras Thomas acompañaba a las dos mujeres hacia la salida. Tío estaría orgulloso; había contenido mis emociones como muestras anatómicas y las había almacenado para su futuro análisis—. También tendrá que interrogar a todos los presentes en este salón.

—Las luces estaban apagadas, señorita Wadsworth. —Norwood tragó saliva con esfuerzo y su mirada se deslizó de vuelta a los cuchillos clavados en la espalda de la señorita Prescott y la carta rota—. Dudo que hayan presenciado algo que sea de utilidad.

Deseé propinarle un golpe en la nuca al escuchar ese comentario tan evidente.

Las luces solo habían estado apagadas durante un corto tiempo, alguien podría haber detectado un comportamiento sospechoso antes de eso.

—Por favor, tenga en cuenta lo que le digo, señor —respondí, valiéndome de mi mejor tono autoritario. El capitán apretó la mandíbula. Una cosa era escuchar órdenes de un hombre, pero otra muy diferente era recibirlas de una joven de diecisiete años. Por respeto a la mujer asesinada que yacía delante de nosotros, me deshice de mi enfado—. Mi tío es experto en escenas del crimen —agregué, percibiendo la indecisión del capitán—. Es lo que él habría aconsejado.

Se pasó una mano por la cara. Una muerte en la primera noche del Carnaval Luz de Luna no

auguraba nada bueno para sus futuros planes.

—Muy bien. Esta noche enviaré a la tripulación a interrogar a todos en sus aposentos.

Obedeciendo una señal del capitán, la tripulación entró en el salón como un ejército bien vestido y condujo hacia fuera a los pasajeros de primera clase con tanta tranquilidad como le fue posible. Algunos pocos comensales dirigieron unas miradas nerviosas en nuestra dirección, pero la mayoría se encontraba charlando con entusiasmo sobre lo realista que había sido la presentación. Lo real que parecía la sangre. ¿Y cómo diablos había conseguido el maestro de ceremonias hacer que los cuchillos de la espalda parecieran tan auténticos? El capitán Norwood no dijo nada que confirmara o negara esas teorías. Se quedó allí de pie, con la cara seria, y les deseó las buenas noches a los pasajeros.

A medida que se vaciaba el salón, una sensación incómoda me recorrió la espalda con un cosquilleo. Me giré y me sorprendí al encontrar a Mephistopheles observándonos con detenimiento desde el escenario, la expresión inescrutable detrás de su antifaz. Sin embargo, a diferencia de los demás, sus ojos no estaban posados sobre la joven asesinada. Me estaba observando a mí. Su mirada era pesada, casi tangible, y me pregunté qué habría visto o qué podría saber. Di un paso en su dirección con la intención de hacerle esas preguntas y más, pero se perdió entre las sombras y desapareció.

• • •

La cámara que nos habían ofrecido para realizar la autopsia de la señorita Prescott me recordó a una cueva húmeda.

Nos encontrábamos en lo profundo de las entrañas del *Etruria* y, al estar tan cerca del sistema de calderas, la temperatura era desagradablemente cálida y las luces parpadeaban con demasiada frecuencia, como si el barco mismo estuviera nervioso por los oscuros hechos que estaban por venir. Me sentía agradecida por la refrigeración a bordo, no mantendríamos este cuerpo en esta cámara durante mucho tiempo para que no se hinchara con podredumbre durante la noche y atrajera a los gusanos.

Se me erizó la piel a pesar del calor. Sin importar cuánto luchara por pensar en otra cosa, no podía evadir los recuerdos de otro laboratorio siniestro. Uno en el que los sonidos de *chuf-rum* todavía conseguían escabullirse en mis pesadillas algunas noches. Las pesadillas eran menos frecuentes que en las semanas anteriores, pero me atormentaban cada cierto tiempo, recordatorios dolorosos de todo lo que había perdido durante el Otoño del Terror.

Ignoré el siseo de vapor que emanaba de una tubería expuesta y me concentré en Tío Jonathan mientras él se arremangaba y procedía a lavarse con jabón de fenol. Cuando terminó, caminé alrededor de la mesa de examen espolvoreando serrín para absorber cualquier resto de sangre o fluidos que pudiera gotear al suelo. Los rituales eran una parte necesaria de nuestro trabajo. Según Tío, ayudaban a mantener el corazón y la mente despejados.

—Antes de quitar los cuchillos, quiero un registro de la descripción física. —El tono de Tío sonó tan frío como los bisturís metálicos que había desplegado sobre la bandeja improvisada—. Altura, peso y demás. Audrey Rose, necesitaré mi...

Le entregué su delantal y luego me anudé el mío a la cintura. No me había quitado mi ropa nocturna, y el contraste entre mi elegante vestido de seda y el simple delantal me recordó lo impredecible que podía ser la vida. No creía que, cuando la señorita Prescott había despertado esta mañana, hubiera temido yacer boca abajo sobre nuestra mesa de examen, apuñalada con

cuchillos que tenía clavados desde la base del cráneo hasta casi el coxis.

Thomas agarró un cuaderno y me hizo un gesto con la cabeza con una expresión decidida. Él y yo conocíamos muy bien nuestros roles macabros, ya que los habíamos practicado muchas veces en más de un país. Parecía que, sin importar a dónde nos dirigiéramos, la muerte nos seguía y, como avaros codiciosos, almacenábamos información y en cierto sentido nos beneficiábamos de las pérdidas. Yo le relataba los hechos científicos y él los registraba, un verdadero equipo.

Hurgué dentro del maletín de cuero de Tío hasta que encontré la cinta métrica. La sostuve desde la coronilla hasta la punta de los pies como me habían enseñado, y mi mente comenzó a despejarse con la tarea familiar. Ahora no era el momento de pensar en todas las cosas que la señorita Prescott hubiera querido hacer en vida. Ahora era el momento de leer su cuerpo en busca de pistas. Yo no creía en la venganza, pero no podía evitar buscar justicia por ella.

—La fallecida es una mujer llamada Olivia Prescott, aproximadamente de un metro sesenta y cinco de estatura y dieciocho años de edad —informé e hice una pausa para que Thomas pudiera escribir la información. Levantó la mirada, mi señal para continuar—. Diría que su peso ronda los cuarenta y ocho kilos.

—Bien. —Tío alineó los bisturís, las sierras para huesos y las tijeras que yo necesitaría para la subsiguiente examinación interna—. Causa de la muerte.

Desvié la mirada del cadáver.

—Perdón, señor, pero tiene casi una decena de cuchillos sobresaliendo de la espalda. ¿Acaso la causa de muerte no es un tanto evidente? Estoy segura de que uno o más de ellos atravesaron su corazón o pulmones o le seccionaron la columna.

Fijó sus ojos verdes de mirada aguda en mí, y yo luché contra el impulso de encogerme. Claramente, me había olvidado de una lección importante.

—Como examinadores forenses, no podemos descartar otras posibilidades de investigación. ¿Qué te he enseñado acerca de confiar solamente en lo que puedes ver?

En lo que respecta a las reprimendas, esta no era la peor, pero mi cara aun así se sonrojó bajo su mirada.

—Tienes razón... es... supongo que es posible que los cuchillos hayan sido envenenados. O que la señorita Prescott haya sido asesinada de otra manera y los cuchillos hayan sido una distracción. Falleció de manera muy rápida y silenciosa.

—Muy bien. —Tío asintió—. Es fundamental que controlemos nuestras emociones e hipótesis mientras realizamos una autopsia. De otra manera, corremos el riesgo de tergiversar nuestros descubrimientos. O quedar tan perturbados que nos dará un ataque, como a tu tía Amelia.

Tío cerró los ojos y yo tuve la sensación clara de que él no había deseado mencionarla.

—¿Tía Amelia? —Fruñí el ceño—. ¿Qué es lo que la afectó? ¿Padre se encuentra bien?

Una incómoda pausa prolongada sobrevino después de mi pregunta y Tío pareció no encontrar las palabras. Me aferré a la cinta métrica, sabiendo que cualquier cosa que le llevara tanto tiempo responder no podía ser algo bueno. Finalmente, le lanzó a Thomas una mirada tensa, como si no estuviera seguro de querer que su otro pupilo escuchara lo que él tenía para decir, y luego suspiró.

—Parece que Liza ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Eso no puede ser verdad. —El chirrido agudo que había resonado antes en mi cabeza había vuelto. Di un paso tambaleante para alejarme del cuerpo por temor a desmayarme sobre él—. Recibí una carta de ella la semana pasada. —Cerré la boca e intenté recordar la fecha de esa carta. No lo conseguí. Pero no había escrito nada fuera de lo común. Se había mostrado feliz, estaba teniendo encuentros secretos con un joven. Los coqueteos inocentes no presentaban

ningún peligro—. Seguramente Tía Amelia está exagerando. Es probable que Liza solo esté...

No había visto a Thomas ponerse de pie, pero me miró desde el otro lado de la pequeña cámara. Si Liza se había escapado con el joven que había mencionado en la carta, eso sería un golpe devastador para nuestra familia y nuestra reputación. Con razón Tío había dudado delante de Thomas.

Tío se restregó la sien.

—Me temo que las noticias provienen de tu padre. Amelia se encuentra devastada por el dolor y no ha abandonado su dormitorio en más de una semana. Liza salió una tarde y nunca volvió a casa. A tu padre le preocupa que esté muerta.

—¿Muerta? Eso no puede... —Mi estómago pareció desplomarse hasta mis rodillas. Ya fuera por el viaje por el océano o por las noticias, estaba a punto de vomitar. Sin pronunciar otra palabra, escapé de la cámara, ya que no quería observar la desilusión en los ojos de mi tío mientras mis emociones salían a borbotones de la caja en las que las había guardado y me consumían.

• • •

Me envolví en mi capa y observé desde la gélida cubierta de paseo cómo el sol se acercaba al horizonte y volvía las oscuras y agitadas olas del color de la sangre coagulada. El sonido constante del agua golpeteando contra el casco era como un canto de sirena atrayendo a sus víctimas, prometiendo que todo iría bien si alguien daba un salto de fe y entraba en sus dominios submarinos.

—¿En qué te has metido esta vez, prima? —suspiré, y la nubecilla de aliento cálido se entremezcló con la neblina fría del océano. A modo de respuesta, las olas se estrellaron contra el costado de nuestro barco, consternadas e incansables, y quizás un tanto desesperadas por empujarnos de vuelta a Inglaterra. De regreso adonde yo tendría la oportunidad (aunque fuera débil) de encontrar a Liza.

Con qué rapidez los sueños se convertían en pesadillas.

A pesar de la imposibilidad en la que estaba sumergida, me rehusé a admitir que estaba varada en el mar, incapaz de ayudar a aquellos a los que quería. No podía creer que Padre me hubiera permitido abandonar Inglaterra sin decirme que mi prima estaba desaparecida. Había creído que él había dejado atrás sus hábitos sobreprotectores después de que me hubiera permitido estudiar medicina forense en Rumania, pero claramente estaba equivocada. A pesar de que no era mi culpa, sentía como si yo ya le hubiera fallado a la señorita Prescott. Y ahora a Liza...

—No volveré a fallar —juré en voz alta. Solo había una línea que nunca cruzaría... el asesinato. Quitarle la vida a una persona; eso no me haría mejor que los asesinos que yo esperaba detener. Una voz cruel en mi cabeza me susurró que en realidad yo nunca los había *detenido*. Yo solo recolectaba pistas hechas de sangre y hueso, e intentaba hacerlas encajar antes de que más cadáveres se sumaran a la cuenta.

Para detener en serio a un asesino, tendría que convertirme en uno.

Observé los botes salvavidas que colgaban en la pared de la cubierta, preguntándome si poseía la fortaleza física necesaria para bajar uno al agua y remar todo el camino hasta Inglaterra. Apreté los dientes y miré el agua. La sal y la neblina marina me hicieron escocer la nariz, y el rocío que se elevaba con el aire helado cubrió mi cara. Me despertó de mis visiones irracionales.

Detrás de mí se abrió una puerta de golpe, que reveló a una silueta alta bañada por la luz, y el

sonido de fondo de los tripulantes realizando la limpieza después del terrible espectáculo inaugural acentuó su propio silencio. Se quedó allí, tan envuelta en sombras que no pude distinguir su cara, pero a juzgar por el aleteo involuntario de mi pecho, supe que era Thomas.

Cuando se acercó a la barandilla junto a la que yo estaba parada, vi un telegrama asomando del bolsillo de su abrigo. Me pregunté si sería de mi padre y si él se habría comunicado con todos en este barco menos conmigo. Si alguien le había hecho daño a Liza, lo mataría. Lentamente.

Casi sonreí después de que ese pensamiento no me perturbara en lo más mínimo.

—Si no te conociera, Wadsworth, querida mía —dijo Thomas, la voz teñida de burla, su método típico para alejarme de mi oscuridad—, creería que estabas a punto de realizar tu propio acto de escape. Entonces, ¿eso me convierte en tu asistente? —Se miró a sí mismo y frunció un poco el ceño—. Dejé en Londres la levita que tiene un bordado de lentejuelas con forma de dragón y esta es un tanto sencilla. No parece muy «carnavalesca».

—En realidad, estaba considerando cometer un asesinato.

—Espero que no sea el mío. —Se apoyó sobre la barandilla y me miró de reojo—. Aunque estoy muy guapo con este traje. Supongo que, si ha llegado mi hora, me iré con estilo. Asegúrate de mantener mi cara intacta. Quiero que hagas el duelo desvaneciéndote por mi belleza en mi funeral.

Casi solté un quejido.

—Eso es de mal gusto, teniendo en cuenta los sucesos recientes. —Le propiné un empujoncito con mi codo mientras él suspiraba—. Siempre te elijo a ti a pesar de tus errores, Cresswell.

—Es mi inteligencia, ¿verdad? —Thomas se giró para mirarme y esbozó apenas una sonrisa—. No puedes soportar la idea de estar lejos de ella. Sinceramente, me sorprende que no le hayas informado a tu tío sobre tus intenciones respecto a mí. Me parece que son noticias que te gustaría compartir.

Había un interrogante en sus ojos, pero yo volví la mirada rápidamente hacia el agua y simulé no haberlo detectado. Las estrellas poblaban el cielo esta noche, titilando y brillando sobre el océano ondulado. Me recordaban el cuadro que Thomas había pintado para mí la semana anterior: una orquídea que contenía el universo entero dentro de sus pétalos. Me maravillaba que el mundo pudiera retomar su órbita sin importarle la destrucción que había tenido lugar. Me preguntaba cómo se estaría sintiendo la señora Prescott, si le habrían dado su brandi y si estaría flotando en algún lugar entre los sueños y las pesadillas.

Quizás debía acompañarla.

Sentí que Thomas me estaba observando, pero ya no tuve la necesidad de esconder mi expresión como solía hacerlo. Abrió la boca y luego la cerró, lo que me hizo preguntarme qué querría haber dicho. Quizás él también estaba exhausto de hablar sobre lo mismo. Yo no quería informar a nadie sobre nuestro futuro compromiso hasta que los dos hubiéramos hablado con mi padre. Thomas lo consideraba una inseguridad de mi parte, algo tan ridículo que rehusaba siquiera a pensar en ello. Simplemente no habíamos tenido el lujo de poder visitarlo e informarlo de nuestras intenciones mientras corríamos hacia el barco, sin importar cuánto lo hubiera deseado. Yo no tenía ningún otro deseo que compartir la vida con él para siempre. Después de todo lo que habíamos atravesado durante el último mes, creía que él lo sabría.

Un instante más tarde, me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia él, una indiscreción que pasó desapercibida, ya que nos encontrábamos solos en la cubierta helada. Me relajé en sus brazos y dejé que la calidez de su cuerpo y el aroma de su colonia me reconfortaran.

—No puedo prometer que todo irá bien, Audrey Rose.

Suspiré con fuerza.

—Este es uno de esos momentos en los que está bien mentir, Thomas. Soy muy consciente de lo grave que es la situación, pero me gustaría fingir lo contrario. Al menos durante algunos instantes.

—Sí —respondió, y contuvo sus pensamientos—. Lo que quiero decir es que prometo permanecer a tu lado sin importar lo que se presente en nuestro camino. Sin duda, tú terminarás siendo la heroína, pero yo me veré bien junto a ti. Y eso es lo que de verdad cuenta.

—¿Hablas en serio?

Se echó hacia atrás, fingiendo estar ofendido.

—No puedes gozar de *toda* la gloria. ¿Ser preciosa y también la heroína? Este es uno de esos momentos en los que está bien mentir, Wadsworth.

—¿Acaso no tienes...? —Rozó sus labios contra los míos, y me olvidé de mis preocupaciones, tal como había sido su intención. El beso comenzó de manera vacilante y dulce, una distracción y una promesa en sí misma, pero pronto se volvió más profundo y urgente. Le rodeé el cuello con los brazos y lo acerqué a mí, y me perdí en el ritmo del mar y de nuestro beso. Incluso en la noche más fría, él podía encender una hoguera en mi interior. Me preocupaba que algún día las llamas me consumieran por completo.

Demasiado pronto, él se apartó. En momentos como este creía que él tenía razón, debíamos anunciar nuestras intenciones y casarnos de inmediato. Entonces podría besarlo siempre que lo deseara.

—¿Debería decir lo que se supone que no debo? —preguntó, su tono serio.

Respiré hondo. El hecho de que él mostrara vacilación significaba que yo definitivamente *no* quería escuchar sus palabras.

—Hemos prometido no mentirnos.

—Muy bien. Estos son los hechos. —Me observó una vez más, la expresión controlada pero amable—. No hay nada que podamos hacer por Liza desde aquí. Podemos hacer los arreglos necesarios para volver a Londres una vez que lleguemos a Estados Unidos, pero por ahora debemos enfrentarnos al asunto de que hay un asesino a bordo de nuestro barco. Quizás sea un incidente aislado, pero no creo que ese sea el caso.

Se me erizó la piel de los brazos. Las deducciones de Thomas rara vez eran incorrectas. Si él creía que habría más asesinatos, era solo cuestión de tiempo antes de que encontráramos más cuerpos.

—¿Qué sugieres que hagamos? —pregunté, y me restregué los brazos.

—Me alegra que lo preguntes. He estado pensando en esto durante un tiempo.

—¿Y?

—Propongo escondernos en tus aposentos durante lo que resta del viaje. —Una sonrisa jugueteó en sus labios cuando yo enarqué una ceja—. Beber, besarnos, dejarnos llevar hasta que lleguemos a Nueva York. —Suspiró con ensoñación—. Debes admitir que estaríamos a salvo del asesino. Felices hasta el delirio. Y esas dos opciones son mucho mejores que estar analizando cadáveres.

Puse los ojos en blanco.

—O podríamos terminar la autopsia y ver qué descubrimos.

—Una elección menos divertida pero más valiente, tal como siempre, Wadsworth. Aunque tu tío desea continuar con la autopsia mañana a petición del capitán. —Exhaló, aunque un brillo de preocupación se reflejó en sus ojos—. Me han asignado el deber de acompañarte a tus aposentos, una tarea difícil, pero una que me tomaré con toda seriedad, te lo aseguro.

Sacudí la cabeza. Thomas me había rescatado de mis preocupaciones más profundas y me había

hecho recuperar la concentración... todo eso mientras conseguía robarme otro beso. No podía afirmar que su método no era atractivo mientras recorriamos la cubierta tomados del brazo.

3

AS DE TRÉBOLES

APOSENTOS DE AUDREY ROSE

RMS ETRURIA

1 DE ENERO DE 1889

Una criada me trenzó el pelo y me ayudó a colocarme un camisón de algodón de mangas bordadas con encaje sin pronunciar ni una palabra; si bien la mayoría de los pasajeros todavía creía que el asesinato de la señorita Prescott era parte del espectáculo, casi toda la tripulación a bordo parecía contener el aliento junto con sus lenguas, temerosos de que otra pesadilla se desatara pronto.

Una vez que se hubo retirado, dejé escapar un suspiro de agotamiento y eché un vistazo a mi alrededor. Mis aposentos se encontraban espléndidamente amueblados con una mesilla de noche de mármol, un tocador tallado, una mesilla, sillas pequeñas y un armario que hubiera complacido al rey Luis debido a sus adornos dorados. Sin embargo, los tornillos de tamaño industrial y el acero que rodeaban la ventana diminuta no podían ocultar la verdad de dónde me encontraba. A pesar de todos los lujos, una brisa helada se coló por las rendijas.

Nuestro fastuoso barco no era nada más que una prisión flotante.

Me coloqué un par de calcetines gruesos y me acosté en la cama, sabiendo que dormir sería lo último que lograría teniendo tantos pensamientos dando vueltas en la cabeza. Sujeté el as de tréboles que había encontrado clavado en el cuerpo de la señorita Prescott y lo analicé. ¿Qué conexión tenía con el asesinato? Sopesé algunas pistas posibles, y la más plausible se relacionaba con trucos de magia.

Nunca había pensado demasiado en la prestidigitación, aunque en Londres había visto cómo los magos callejeros hacían deslizar las cartas por sus nudillos. Debían practicar durante largas horas para hacer que pareciera un movimiento tan fluido, y sus engaños eran indetectables frente a ojos no entrenados. No eran técnicas muy diferentes a las de los infames asesinos.

Las escenas del crimen estaban repletas de sus propios actos de prestidigitación. Los asesinos intentaban manipular las escenas, alterarlas para cubrir sus verdaderas intenciones e identidades. Mephistopheles era talentoso para el arte de la distracción, que se basaba en los hechos, no en la fantasía. Hacía que las personas miraran en una dirección cuando en realidad debían hacer exactamente lo opuesto. Si no hubiera estado en el escenario cuando asesinaron a la señorita Prescott, él sería el principal sospechoso.

Me senté, con el corazón al galope, mientras por fin comprendía mi preocupación inicial con respecto al joven maestro de ceremonias. Quería aprender sus mismas habilidades; utilizar esa parte de mi cerebro mientras me situaba en las mentes de los perversos y asesinos sería de lo más beneficioso. Una inquietud acechaba en algún rincón de mi mente, una idea borrosa y remota que sería casi imposible de llevar a cabo. Si podía engañar a Thomas Cresswell, hacerle creer lo imposible —que mis sentimientos habían cambiado— entonces tendría la certeza de que era una

experta en esa clase de arte...

Abandoné el plan, me recosté una vez más sobre mis almohadas y di la vuelta al as de tréboles, buscando algo que tuviera un significado en particular. Estaba rajado en el centro y manchado con sangre seca, pero el dorso tenía un diseño muy interesante. Un cuervo —oscuro como la tinta— desplegando las alas contra una luna plateada. Unas enredaderas y espinas estaban entretejidas de manera intrincada alrededor de los bordes de la carta con gruesas pinceladas negras. Tanto en el centro de la parte superior como de la inferior había un extraño doble ocho dibujado de forma horizontal, una parte superpuesta sobre la otra.

Evité tocar el sector donde el cuchillo lo había rasgado, todavía me negaba a creer que la señorita Prescott había sido asesinada justo a mi lado y yo no había logrado comprender qué había sucedido. Si Tío no hubiera...

Alguien llamó suavemente a la puerta que conectaba mi habitación con la de mi carabina, lo que me sobresaltó e hizo que abandonara mis cavilaciones. Me puse de pie, apoyé la carta en mi mesilla de noche y me envolví con una bata bordada con orquídeas. Se me erizó la piel, aunque no a causa de la sorpresa. Sentí la seda de muaré fría y suave como un líquido cuando rozó las partes de mi piel que no estaban cubiertas por mi camisón.

—Adelante.

—Soy yo, querida. —La señora Harvey abrió la puerta, y un pequeño juego de té se balanceó sobre su amplia cadera—. Pensé que te vendría bien beber algo caliente. También he traído mi tónico de viaje en caso de que necesitaras algo un poco más *cálido*.

Sonreí, recordando el nombre astuto que le había asignado a su bebida espirituosa cuando habíamos viajado a Rumania el mes anterior. Su petaca grabada se tambaleó sobre la bandeja. El aroma punzante del alcohol se detectaba desde donde yo estaba sentada, y decidí que la verdad era que me reconfortaría rápidamente. Y quizás me haría un agujero en el estómago en el proceso.

—Un té estaría bien por ahora, gracias. —Fui a sentarme junto a ella en la mesita, pero me detuvo con un gesto firme de la cabeza. Sirvió el té y luego me hizo volver a la cama y me entregó una taza humeante. La bergamota y las rosas aromatizaron el ambiente de inmediato y me relajaron en un instante—. Gracias.

—Ya, ya, niña. —Se dejó caer junto a mí y bebió un trago generoso de su tónico—. No es necesario que me las des. Yo también necesitaba la compañía. Hace que me resulte más fácil beber el tónico de viaje. —Su mirada se deslizó hacia la carta que estaba depositada sobre mi mesilla de noche—. Riqueza.

—¿Disculpe? —dije, preguntándome si ella ya llevaría un rato bebiendo.

—Mi marido solía adentrarse en la cartomancia, en su juventud leía la fortuna en las cartas. Así fue cómo nos conocimos. —Su cara dejó entrever una expresión melancólica—. Era terrible. Que en paz descanse su alma. Aunque tenía mucho talento en otras áreas.

—¿Cómo lo está llevando? —pregunté, cambiando rápidamente de tema. No deseaba averiguar qué talentos estaba recordando ella de manera soñadora—. Ha sido un día difícil.

—No consigo comprender cómo tú y mi Thomas hacéis lo que hacéis y aun así conservan la cordura —comentó, regresando de pronto al presente—, pero estoy orgullosa de los dos. Formáis una bonita pareja, ¿sabes? En cuanto al aprendizaje y en otros aspectos también. ¿Acaso Thomas ha dejado en claro sus intenciones?

Incliné la cabeza sobre la taza y deseé que el vapor justificara el rubor que estaba trepando por mi piel.

—Sí... bueno... creo que él desea hablar con mi padre.

—Él no es convencional. Qué Dios lo ayude, tiene mucho que aprender sobre cómo utilizar esos modales suyos, pero posee un buen corazón. —La señora Harvey bebió otro sorbo y me observó detenidamente por encima de sus gafas—. Lo harás muy feliz, Audrey Rose. Pero, lo que es más importante, creo que él también te hará muy feliz a *ti*. —Se enjugó unas lágrimas del rabillo de su ojo—. Esto no es apropiado... pero... toma.

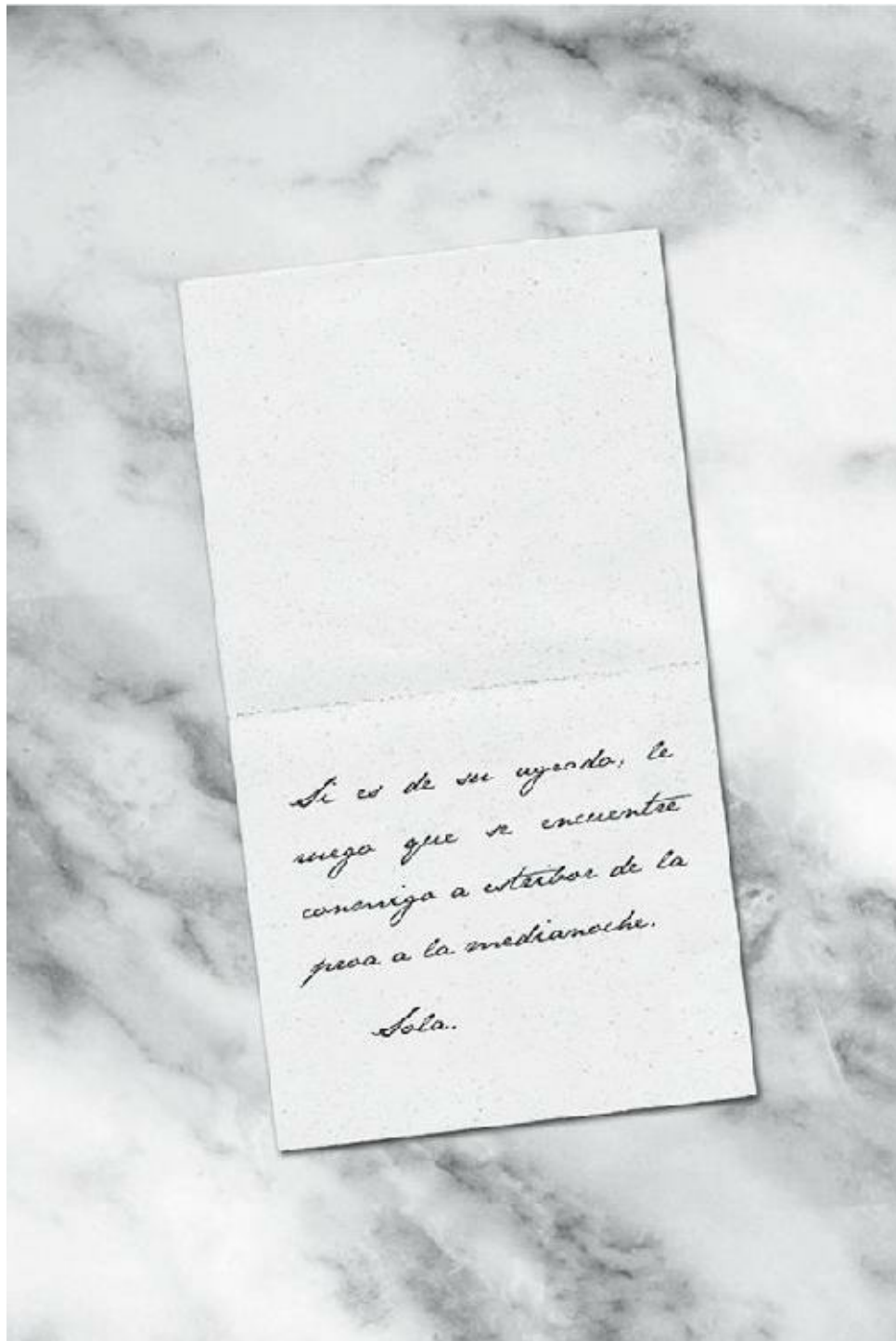
Sin decir más, me entregó una nota doblada. No había ningún nombre en ella y no tenía sobre. Levanté la mirada con rapidez.

—¿Qué es esto?

La señora Harvey guardó su petaca y se dirigió hacia la puerta a la vez que levantaba un hombro.

—No tengo la más remota idea de a qué te refieres, querida. Yo simplemente soy una mujer vieja que ha venido a darte las buenas noches. Duermo como los muertos, así que tendrás que gritar si me necesitas. Con seguridad no escucharía nada si abrieras y cerraras la puerta.

Me guiñó un ojo y cerró la puerta que conectaba nuestras recámaras, me dejó boquiabierta. Claramente no había ignorado, como yo había pensado, la manera en la que Thomas había coqueteado conmigo durante el último mes. Sin pensar demasiado en cómo él la había convencido de formar parte de esta nueva conspiración, desdoblé el papel. Me encontré con un mensaje breve escrito con letra cuidada. Me pregunté quién la habría escrito hasta que la leí.



Mi pulso se aceleró ante la proposición expresada en una sola línea pequeña. No era la primera vez que Thomas me había pedido que nos encontráramos en algún lugar a una hora tan indecente. Sin acompañante. Sin embargo, esta vez no estábamos en un internado casi vacío en Rumania, lejos de ojos curiosos. Si nos encontraran solos aquí entre la clase alta, me considerarían una mujerzuela y mi reputación quedaría destruida. Pero, por otro lado, quizás Thomas había deducido una teoría nueva o descubierto otra pista que podría desvelar al asesino de la señorita Prescott.

Mi maldita curiosidad rebosaba de posibilidades.

Observé la nota un instante más, mordiéndome el labio, sorprendida de que Thomas hubiera hecho que un miembro de la tripulación escribiera un mensaje tan personal. Podía fingir que nunca lo había recibido. Actuar de manera educada y decente, tal como se esperaba de mí. Pero ese camino era aburrido. Pensé en los labios de Thomas sobre los míos, imaginé sus manos enredadas en mi pelo oscuro, nuestras respiraciones aceleradas mientras sus manos viajan lentamente por mi cuerpo, explorando y provocándome.

Ya fuera aceptable o no, yo deseaba sus caricias.

Mis ojos viajaron con rapidez hacia el pequeño reloj colocado sobre mi mesilla. Ahora ya casi era medianoche. Eché un vistazo a mi bata de seda y a mi camión de encaje, los volantes de mis mangas caían por mis dedos. No tenía el tiempo suficiente para vestirme y correr todo el camino hacia el estribor del barco sin que alguien me viera. Sin embargo, mi estado actual causaría una embolia a cualquier otra persona que decidiera dar un paseo de medianoche. Lo que parecía exactamente la clase de plan perverso que a Thomas se le ocurriría.

—Sinvergüenza. —Sonreí, luego me envolví en mi abrigo de invierno, saqué un bisturí de mi maletín médico solo para sentirme segura y deseé lo mejor mientras salía en silencio por la puerta.

• • •

Durante las horas del día, el *Etruria* despertaba las sensaciones de frivolidad y de estar experimentando un viaje majestuoso, entre los inmensos mástiles y las enormes chimeneas de vapor. Las cubiertas de madera habían sido lustradas y pulidas hasta que reflejaban el sol como si estuvieran hechas de diamantes, y el toldo que protegía la cubierta de paseo era un agregado muy bonito al corredor perlado de la primera clase.

De noche, esas mismas características parecían peligrosas y acechantes. El toldo se asimilaba más a una boca abierta que esperaba devorar a los pasajeros; los mismos suelos brillantes ahora me recordaban a una lengua que goteaba saliva. Los botes salvavidas sujetos a la pared en realidad eran recovecos perfectos para esconderse en lugar de parecer miniaturas pintorescas. Las inmensas velas se batían como si fueran las alas de alguna criatura marina gigantesca que estaba en busca de carne fresca. Las chimeneas exhalaban, la niebla se suspendía alrededor de la barandilla, vigilante. Cualquier cosa podría estar acechando en la neblina. O, mejor dicho, cualquier *persona*.

—Qué tontería —susurré, y me envolví aún más en mi abrigo de piel mientras unos dedos helados me recorrían el cuerpo. Si no hubieran asesinado a la señorita Prescott, hubiera culpado a mi imaginación exaltada por transformar el barco en una criatura colosal. Pero realmente *podía* haber algo escondiéndose entre las sombras, esperando hundir sus garras en mi espalda de un momento a otro. Decidí que los viajes marítimos no me gustaban ni un poco.

Sería mejor que Thomas eligiera un lugar más razonable para cualquier futuro encuentro clandestino. Preferentemente puertas adentro, cerca de una chimenea y lejos de corredores vacíos y aguas tumultuosas. Castañeando los dientes, caminé de prisa por la cubierta de paseo, atenta a cualquier cosa que pareciera extraña, aunque era difícil discernir si había algo fuera de lo ordinario. Nunca había viajado en un transatlántico como este.

El viento azotaba el corredor exterior con un aullido grave de advertencia. Las cuerdas crujían. Cada sonido nuevo era como una aguja que me pinchaba las venas. Sostuve mi bisturí con firmeza

a mi lado, no quería herir a nadie por error. Necesitaba contener mis emociones o alguien saldría herido. Deseaba besar a Thomas, no eviscerarlo por accidente.

A medida que me aproximaba a la proa del barco, disminuí el paso. No vi a mi futuro prometido, pero con seguridad ya tendría que haber llegado. Forcé la vista para buscar entre los bancos y las sillas de maderas que estaban sujetas al suelo. Era difícil distinguir algo más que siluetas en la noche cubierta de nubes; los faroles tenues que bordeaban la cubierta o bien estaban apagados, o no llegaban hasta mi ubicación. Reprimí mis temores. Nadie me estaba cazando.

—¿Thomas? —susurré, acercándome a la proa. En esta parte del barco, el viento era despiadado. Acerqué el mentón al pecho, aunque eso apenas me resultó de utilidad. Si Thomas no aparecía pronto, yo...

Caminó hacia mí una silueta con forma humana. Mi corazón se aceleró.

—¿Era necesario este lugar tan dramático para encontrarnos, Cresswell?

Se detuvo a algunos pasos de donde yo me encontraba temblando. Casi puse los ojos en blanco cuando él me observó primero a mí y luego a nuestro alrededor. No se acercó más y mi enfado alcanzó un nuevo nivel. Esta no era la cálida bienvenida que me había imaginado mientras me escabullía por el barco gélido.

—¿Y bien? Estoy a punto de morirme. ¿Qué era tan urgente que necesitabas verme aquí afuera a esta hora? ¿Tienes alguna novedad sobre el asesinato de la señorita Prescott?

Inclinó la cabeza hacia un lado, pensando. Y en ese momento noté el leve reflejo cuando la luz le dio en la cara. Como si parte de sus rasgos estuvieran cubiertos con... solté una exclamación.

—Me disculpo por desilusionarla, señorita, pero mi nombre no es Cresswell. —Mephistopheles dio un paso vacilante hacia mí—. Aunque me intriga que una joven de su posición accediera a un encuentro sin estar acompañada.

Sostuve en alto el bisturí y maldije a mis manos temblorosas. No quería que él creyera que mi temblor se debía enteramente a lo asustada que me encontraba.

—¿Q-qué quiere? —logré preguntar.

Hubiera jurado que el viento estaba jugando a su favor, aullaba y siseaba y encontraba cualquier rendija en mi vestimenta para abrirse camino por mi cuerpo. Mephistopheles dio un paso adelante, su capa azotando detrás de él. Yo no creía en tales cosas, pero en ese instante él pareció convertirse en el heredero del diablo que el primer magistrado Prescott había asegurado que era.

—D-deténgase. O juro que le cortaré una arteria. Sé pr-precisamente dónde infligir el mayor daño, señor.

No sé qué estaba esperando, pero con seguridad no un estallido repentino de risa. Se quitó su propio abrigo con movimientos lentos para no sobresaltarme y evitar que lo atacara.

—Contrariamente a lo que usted pueda pensar, no me dedico a observar a las jóvenes morir. Por favor. —Sostuvo el abrigo hacia mí—. Tómelo. Es una mezcla de angora. No encontrará otra prenda tan cálida y suave, se lo garantizo. —Apreté los dientes para evitar que castañearan y observé el abrigo. No quería aceptar ninguna clase de ayuda de este joven de apariencia malvada. Esbozó una sonrisa lenta—. Tenga. Lo dejaré sobre esta silla y usted puede sujetarlo. —Lo apoyó con cautela y luego retrocedió, haciendo una reverencia burlona—. Su abrigo la espera, bella dama.

—¿Qué es lo que q-quiére? —repetí, y sostuve en alto mi bisturí. Él solo se cruzó de brazos y miró con fijeza el abrigo. Exhalé con fuerza y luego lo agarré con brusquedad. Contuve el impulso de restregar mi mejilla contra la suave tela aterciopelada. En cuestión de instantes, la calidez invadió mi cuerpo y dejé de temblar. Él esbozó una sonrisa burlona, y yo blandí una vez más mi

bisturí y borré su expresión de arrogancia—. Responda mi pregunta o me iré.

Desplegó la silla más cercana y se sentó, cruzando una pierna sobre la otra. Si tenía frío, sentado allí vestido con su chaqueta de noche de color escarlata mientras el viento rugía su enfado, no lo dejó entrever. Quizás él no era por completo humano. Eso al menos justificaría su aparente talento inexplicable para los trucos de magia. Por primera vez noté sus guantes, cada uno tenía una luna creciente bordada en el dorso con estrellas desplegadas sobre los nudillos. Eran magníficos.

—Tengo una propuesta para usted. —Comencé a sacudir la cabeza, pero él sostuvo una mano en alto—. Es un pacto que yo creo que le será muy beneficioso. He visto cómo usted ha observado el desafortunado incidente de esta noche. Ha actuado de manera calculadora y tranquila cuando los demás se han asustado. Usted ha buscado pistas y ha observado los detalles. Esas son dos habilidades que yo necesito.

—Sí, es algo muy desafortunado encontrar una decena de cuchillos clavados en la espalda de alguien —respondí con frialdad—. Qué gran talento el suyo, hacer que el asesinato de una joven no suene más horrible que un simple acto de mala fortuna. Y después intentar utilizarlo para su beneficio. Es usted desagradable.

Me observó desde su asiento.

—Repréndame a su gusto, pero hay un hecho que sigue siendo verídico: *es* desafortunado. ¿La haría sentir mejor si derramara una lágrima?

Tuve la sensación de que su pregunta era sincera, como si nada le gustara más que convertir esto en una oportunidad para practicar sus habilidades de actuación.

—He tenido suficientes travesuras por una noche. Si me disculpa, tengo que...

—He venido a ofrecerle mi tutelaje a cambio de su ayuda. Tengo la sensación, basada en la curiosidad que usted demostró durante el espectáculo, de que desea aprender el arte de la prestidigitación. Yo deseo preservar algo que me es muy importante. Usted puede ayudarme con eso.

—No tengo deseos de aprender trucos, señor.

Me dedicó una mirada que sugería que yo era una mentirosa terrible.

—No encontrará un mejor maestro.

—Pero quizás encuentre uno menos arrogante. —Me obligué a respirar. Yo no deseaba aprender magia, pero él estaba a punto de adivinar la verdad que yo prefería ocultar—. En fin, lamento informarle, señor, de que no creo en tonterías como la magia. Soy científica. No me insulte con sus actos teatrales baratos. Si sus prácticas engañosas de adivinar la fortuna funcionaran, entonces usted debería haber sabido que no valía la pena molestarse conmigo.

—«¿Actos teatrales baratos?»—. Saltó de la silla y dio unos pasos en mi dirección. Yo me mantuve firme en el sitio y observé cómo extendía una mano con lentitud y luego hacía aparecer una carta aparentemente del aire mismo.

»La magia es ciencia. Es solo un término más adornado para demostrarle a la gente que se puede alcanzar lo imposible.

Observé la carta, el corazón golpeteaba en mi pecho mientras él la deslizaba por sus nudillos. Era difícil de afirmar bajo la luz tenue, pero parecía similar a la carta singular que habían clavado en el cuerpo de la señorita Prescott. Deseé sostener en alto mi bisturí una vez más, pero no quería alertarlo sobre mi cambio de actitud. O Mephistopheles era el responsable de la muerte de la señorita Prescott, o alguien que tenía acceso a sus cartas lo era. Debido a que él había estado sobre el escenario, sabía que la última posibilidad era la más probable.

Me observó de cerca. Sin la distancia del escenario entre nosotros, pude ver con facilidad el brillo inteligente de su mirada.

—¿También niega la atracción de la prestidigitación? ¿Está solo interesada en una clase de ciencia o le interesaría expandir sus conocimientos?

—¿Acaso no fue usted quien le advirtió a su audiencia sobre aceptar los pactos de medianoche? Contrariamente a lo que usted pueda pensar —dije, devolviéndole las palabras que él había pronunciado con anterioridad—, yo no me dedico a ser una tonta. Ahora si me disculpa, es tarde y esto ha sido una pérdida de tiempo. Buenas noches, señor.

Pasé a su lado y no me molesté en mirar hacia atrás cuando él dijo:

—Nuestro pacto sigue en pie para que usted lo acepte. Tengo la sensación de que cambiaré de opinión muy pronto. Después de todo, el asesinato es otra forma de prestidigitación, ¿no es así?

Deseé que no hubiera notado la vacilación de mis pasos mientras me daba prisa por la cubierta oscura, ignorando los escalofríos que recorrían mi espalda. El asesinato *era* otra forma de prestidigitación. Y si la persona responsable tenía el talento suficiente, quizás podría salirse con la suya.

4

UNA TRAMA ENMARAÑADA

APOSENTOS DE LOS PRESCOTT

RMS ETRURIA

2 DE ENERO DE 1889

Jugueteé con los botones de perlas de mis guantes mientras Tío golpeaba el puño contra la puerta del primer magistrado. Se escuchó un balbuceo al otro lado, aunque la discusión no se detuvo. Tío aguardó unos pocos instantes antes de volver a llamar. Se había levantado más temprano que yo y había completado la autopsia de la señorita Prescott por su cuenta, lo que me había dejado demasiado tiempo para pensar sin distracciones sobre los hechos de las últimas veinticuatro horas.

Miré de manera ausente los ejes que rodeaban la puerta. Apenas había dormido la noche anterior, ya que me había quedado dando vueltas en la cama hasta que creí que me volvería loca. Además del extraño pacto de medianoche propuesto por Mephistopheles y el asesinato de la señorita Prescott, estaba la preocupación constante que sentía por Liza. Quería suplicarle al capitán Norwood que diera la vuelta y navegara directamente de vuelta a Inglaterra. En cambio, tenía que conformarme miserablemente con el día a día. La paciencia era una virtud desagradable.

—¿No has escuchado nada de lo que he dicho? —Thomas agitó una mano delante de mi cara y un extremo de su boca se curvó—. Es fascinante cuando haces eso.

—¿Cuando hago qué? ¿Pensar? —Le aparté la mano con un ademán—. Te pido disculpas.

—No es necesario. —Sonrió—. Sabes que no me importa cuando sueñas despierta conmigo.

Tío echó un vistazo por encima de su hombro.

—¿Os importaría actuar de manera apropiada durante cinco minutos?

—¡Yo no he hecho nada! —Sostuve las manos en alto—. De lo único que soy culpable es de pensar en el asesinato de anoche. La señora Harvey dijo algo sobre la cartomancia. Quizás sea un aspecto digno de investigar.

Tío farfulló algo que sonó bastante grosero y llamó a la puerta una vez más. Thomas se interpuso en mi línea de visión y articuló:

—¿Y culpable de imaginarme sin ropa?

Antes de que pudiera dedicarle un gesto impropio con la mano, la puerta se abrió de pronto. En un instante, la sonrisa burlona desapareció de la cara de mi amigo y en su lugar apareció esa expresión fría y calculadora que siempre adoptaban sus rasgos cuando observaba a las personas. Había esperado ver al primer magistrado Prescott, pero nos recibió un hombre más bajo y regordete que tenía una calvicie incipiente.

—Buen día, caballeros —saludó, y no pareció que sus palabras fueran reales—. Y jovencita. ¿En qué los puedo ayudar?

—Soy el doctor Jonathan Wadsworth de Londres y ellos son mis discípulos, el señor Thomas

Cresswell y la señorita Audrey Rose Wadsworth. Hemos venido a hablar con el señor Prescott — indicó Tío—. Necesitaríamos que responda algunas preguntas con respecto a los días previos al asesinato de su hija. Llevará unos pocos minutos de su tiempo.

El hombre rechoncho echó los hombros hacia atrás e intentó mirarnos desde arriba con su corta nariz, aunque Tío era mucho más alto.

—Me temo que eso no es posible en este momento. Le he suministrado un tónico para apaciguar sus nervios. —Extendió una mano regordeta—. Soy el doctor Philip Arden.

Thomas y yo enarcamos cejas al unísono. En general, los caballeros no necesitaban elixires para los nervios, un tonto prejuicio social que suponía que los hombres no experimentaban tales emociones, pero a mí me preocupaba más la mentira descarada. Acabábamos de escuchar a través de la puerta cómo los dos hombres habían discutido.

Tío asintió.

—Cualquier información que el señor Prescott pueda ofrecernos nos servirá, aun en su estado actual.

—Me temo que debo insistir en que vuelva más tarde —dijo el doctor Arden, cerrando lentamente la puerta en nuestras narices—. Los Prescott desean tomarse su tiempo para procesar la muerte repentina de su única hija. Seguramente ustedes comprenden la necesidad de respetar un deseo tan delicado.

Me mordí la lengua. Una parte de mí quería responder que no lo comprendía en absoluto, quería hablar seriamente sobre la importancia de descubrir cualquier pista antes de que quedara perdida en los recuerdos. Sin embargo, sabía que esa era una postura fría dadas las circunstancias. Su única hija había muerto de manera brutal delante de ellos. Si necesitaban tiempo para hacer el duelo, eso era lo menos que podíamos ofrecerles.

Una puerta se entreabrió con un crujido en el pasillo, pero nadie salió a nuestro encuentro. Encontré la mirada de Thomas e hice un gesto con la cabeza en esa dirección. Él dio un paso hacia la habitación y se detuvo, y luego hizo un gesto de asentimiento. Alguien estaba escuchando a escondidas. Devolví mi atención a la conversación entre el doctor Arden y mi tío, deseando que se dieran prisa en terminarla.

—Muy bien —accedió Tío—. Por favor, hágale saber que he venido. Volveré más tarde esta noche.

Yo hice una reverencia educada, pero antes de que el doctor Arden pudiera saludar con el sombrero, yo ya estaba caminando con prisa por el corredor. Estaba a punto de llamar a la puerta cuando vi a la señora Prescott mirando de manera ausente hacia delante, los ojos enrojecidos por el dolor.

—Señora Prescott... —Me moví con lentitud hasta quedar en su línea de visión—. ¿Necesita que le traiga...?

—Le dije que no debíamos aceptar el ofrecimiento —dijo, con los ojos fijos en el océano—. Fue el orgullo de él lo que la condenó.

Sentí que Tío y Thomas merodeaban detrás de mí y levanté la mano para detenerlos.

—¿Qué ofrecimiento la perturbó? ¿Fue algo que recibió antes de abordar el barco?

Ella me miró parpadeando, como si se hubiera dado cuenta de que no le había hablado a la nada después de todo.

—Una carta. Recibimos una invitación. Como lo hicieron los Arden. —Rio, un sonido que pareció cualquier cosa excepto una expresión de diversión—. «Estimado invitado», claro que sí. A Robert le encanta que lo adulen y piensa que su opinión es sagrada. De ninguna manera se

hubiera perdido una oportunidad para alardear. La vanidad es un pecado.

—¿Sabe el señor Prescott quién envió la carta? —insistí—. ¿Puedo verla?

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Luego otra. Volvió su mirada hacia mí y sus emociones calaron muy hondo.

—¿Para qué serviría eso? Mi Olivia se ha ido.

Thomas se mostró inquieto y sus dedos tamborilearon a los costados. Me recordó a un sabueso que había encontrado un rastro prometedor y quería seguirlo a toda costa. Hice el ademán de sujetarlo del brazo, pero él me esquivó con cautela.

—Señora Prescott, ¿podría ofrecerle mi opinión? —preguntó. Cerré los ojos. Thomas tenía muchas cualidades increíbles, pero la sutileza no era una de ellas—. Usted ha sufrido una tragedia que la mayoría de nosotros no podríamos imaginar, y mucho menos tolerar. Y, sin embargo, aquí está usted, de pie y respirando. Que es lo más difícil de hacer. En general las personas admiran la fortaleza física, pero yo creo que son las cosas simples que hacemos después de una tragedia las que nos definen. No hay mayor muestra de poder que continuar viviendo cuando no querríamos hacer otra cosa que más que yacer y dejar que el mundo se desvanezca. En este momento, necesitamos su fortaleza y convicción para ayudarnos a atrapar a quienquiera que le hizo esto a su hija. Quizás la señorita Olivia ya no esté con nosotros, pero lo que usted haga a continuación ayudará a encontrar la justicia que ella merece.

Contuve las lágrimas que me escocían los ojos, completa y absolutamente atónita. La señora Prescott parecía igualmente perpleja, pero se recuperó con rapidez y desapareció dentro de su habitación. Me quedé allí parada, boquiabierta, sin saber quién era este Thomas Cresswell. Esbozó una sonrisa breve.

—Una larga vida de sorpresas, ¿recuerdas Wadsworth?

—Así es. —No podía imaginar un futuro que no involucrara develar cada secreto que él guardaba. La señora Prescott finalmente volvió hacia donde nos encontrábamos nosotros en el umbral de la puerta.

—Aquí tenéis —dijo, entre sollozos—. Por Olivia.

Thomas aceptó la carta con gran cuidado y la sostuvo contra el pecho.

—Encontraremos al responsable de esto, señora Prescott. Y haremos que pague.

Eché un vistazo rápido en dirección a Thomas. Su tono hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. No tenía dudas de que él lucharía con todas sus fuerzas para resolver este caso.

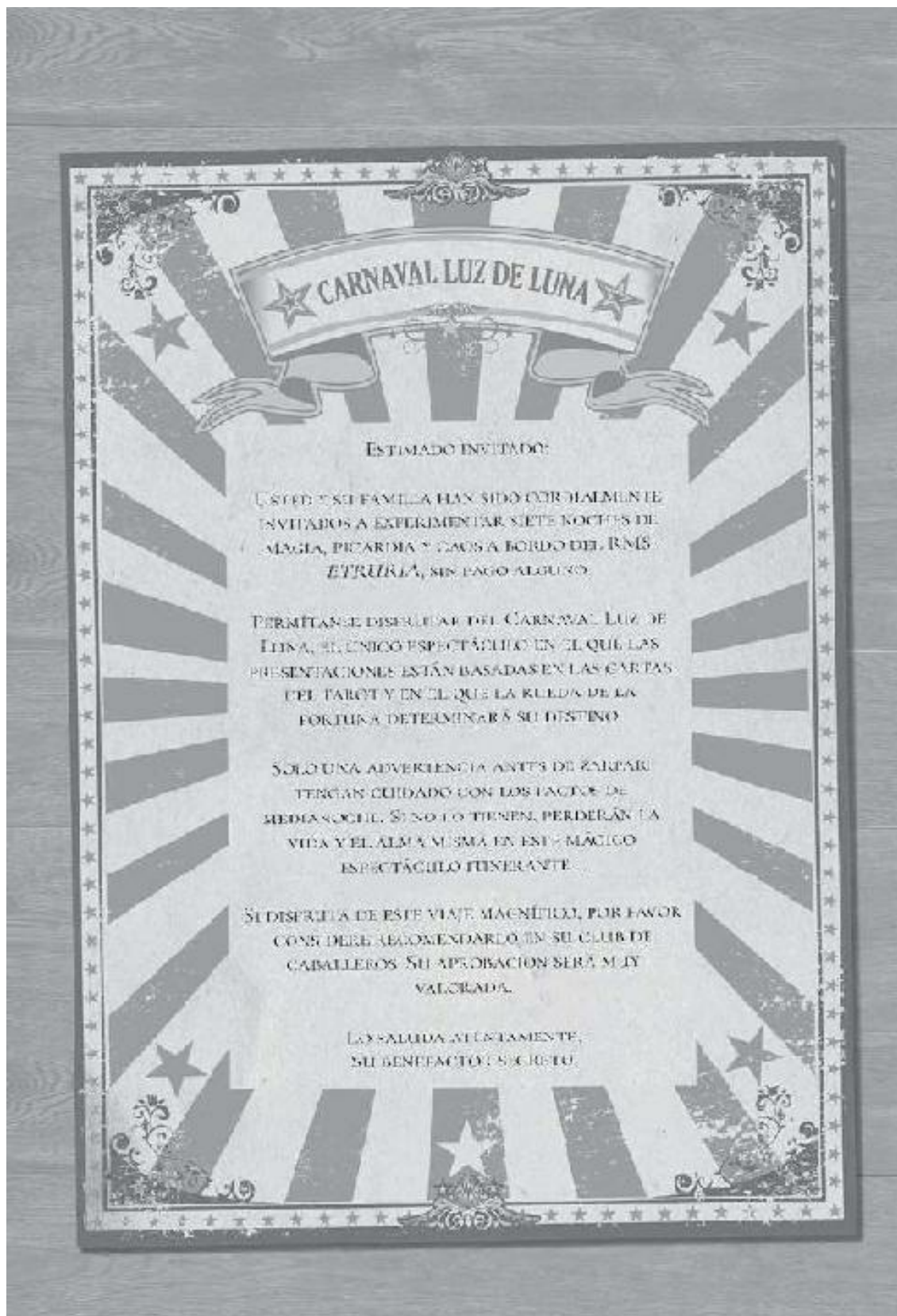
La señora Prescott tragó saliva con esfuerzo.

—Si me disculpáis, necesito recostarme.

Nos despedimos de ella y continuamos caminando por la cubierta de paseo. Tío nos observó mientras caminábamos, su expresión inescrutable. Me pregunté si estaría pensando en la tía Amelia, preocupado de que estuviera en una situación igualmente horrible, aterrorizada por la desaparición de Liza. En general solo nos ocupábamos de abrir a los muertos, de buscar pistas tras los sucesos. Hablar con los vivos durante su período de duelo era mucho más difícil. Era casi imposible apagar las emociones y desconectarse del trabajo macabro que teníamos que llevar a cabo.

Una vez que nos alejamos lo suficiente por la cubierta, Thomas se detuvo y me entregó la invitación. Tenía una apariencia demasiado ostentosa. El papel era de un color azul tinta brillante y las letras eran arabescas doradas y plateadas. Unas estrellas pequeñas rodeaban el borde como si alguien hubiera espolvoreado purpurina sobre la página. Me recordó de inmediato al Carnaval Luz de Luna.

Recorrí con el dedo su superficie brillante y la abrí.



—¿Qué pensáis de esto? —preguntó Tío—. Primeras impresiones.

—Es difícil de analizar. —Respiré hondo y busqué las palabras adecuadas—. Por un lado, comprendo la desconfianza de la señora Prescott, ¿por qué buscar la recomendación de un juez? Seguramente haya otros miembros de la aristocracia más influyentes para esta clase de cosas. —Releí con rapidez la carta y luego se la entregué a Thomas—. Creo que es muy poco probable que la haya enviado alguien relacionado con el carnaval. ¿Quién de ellos podría pagar cuatro billetes de primera clase?

—¿Pero? —dijo Thomas, las cejas enarcadas. Tenía la sensación de que él había llegado a la misma conclusión y me estaba dando la oportunidad de lucirme.

—Se parece mucho al discurso de apertura que hizo Mephistopheles. —Señalé una línea en particular que era idéntica—. «Quizás pierdan la vida, el alma misma, en este mágico espectáculo itinerante». ¿Qué otra persona conocería ese discurso excepto un integrante del carnaval?

Tío se retorció el bigote, sumido en sus propios pensamientos.

—Quizás alguien que haya asistido al carnaval antes. Esta no es la primera presentación del Carnaval Luz de Luna.

—Es cierto —asentí, poco convencida—. Pero seguimos sin tener una explicación de por qué desearían incriminar al circo. Hasta ahora, que sepamos, no hay testigos ni motivos de por qué asesinarían a la señorita Prescott, y no existe una razón plausible de por qué orquestarían una trama tan enmarañada para cometer un solo asesinato. ¿Por qué no esperar simplemente a que se apagaran las luces, asestar el golpe y luego escabullirse de regreso a donde sea que el asesino estuviera escondido?

Thomas se paseó por la cubierta con movimientos rápidos y precisos, tal como imaginé que serían sus pensamientos. Se detuvo de manera abrupta y se dirigió hacia la barandilla para observar el océano infinito. Tío y yo intercambiamos miradas, pero no osamos interrumpirlo mientras él viajaba hacia ese lugar oscuro y retorcido de su interior. Unos instantes más tarde, se giró a medias con la espalda estirada.

—Es probable que el asesino sea alguien que disfruta del espectáculo. No le interesa cometer sus actos macabros en silencio; quiere drama, la emoción de ver cómo las personas se encogen del horror. Yo... —El viento le sopló un mechón de pelo sobre la frente. Se volvió hacia nosotros, con expresión seria—. La próxima vez, revelará a la víctima de una manera más grandilocuente, una que simplemente no podrá considerarse como parte del espectáculo. Dondequiera que se encuentre ahora, está enfadado. Furioso porque no atemorizó a más personas durante su acto de apertura. Cuando vuelva a atacar, cada pasajero a bordo de este barco se verá atrapado por su propio pánico. Estoy seguro de que quiere convertir este crucero en una pesadilla fantástica.

Después de una pausa prolongada, Tío nos hizo un gesto para que siguiéramos camino.

—Estad alerta en todo momento. Lo último que necesitamos es traer más problemas a esta familia.

• • •

Mientras me vestía para el espectáculo nocturno, repasé en la mente la declaración drástica de Thomas. Para el momento en el que la criada terminó de sujetar la última rosa en mi pelo, mi

estómago estaba completamente contraído. Si Thomas tenía razón, y no dudaba de que así fuera, entonces otra persona estaba a punto de morir.

Tío nos había advertido que debíamos estar alerta, así que había tomado su consejo al pie de la letra. Enfundada en mi vestido de seda de hombros descubiertos, de un color púrpura oscuro, sentí como si fuera una silueta que podría fundirse con facilidad entre las sombras y observar el salón comedor si así fuera necesario. Saqué del joyero el relicario con forma de corazón de mi madre y se lo entregué a la criada, y de inmediato me sentí reconfortada cuando sentí su peso sobre mi pecho.

Una vez que la criada se fue, me senté con cautela en el borde de una silla y analicé los hechos. De acuerdo con la señora Prescott, tanto el primer magistrado Prescott y el doctor Arden recibieron invitaciones para disfrutar del Carnaval Luz de Luna con todos los gastos cubiertos de manera anónima. Ellos se conocían desde antes de embarcar en el *Etruria*, pero yo tenía que investigar más su relación. Lo que quizás resultara difícil, ya que el doctor Arden tenía la cálida personalidad de una babosa. Había decidido alojarse en los aposentos del señor Prescott y no deseaba hablar con nadie durante al menos uno o dos días más.

De momento, abandoné esa línea de investigación y me concentré en lo que ya sabía. A la señorita Prescott la habían asesinado tan pronto como las luces se habían apagado, quizás una coincidencia, pero yo no lo creía así. Alguien que sabía precisamente cuándo se oscurecería el salón comedor había esperado ese momento para atacar. Otro indicador de que, quienquiera que hubiera cometido ese acto atroz era alguien que, de alguna manera, estaba relacionado con el carnaval. O alguien que pudo haber presenciado algún ensayo. Hice una nota mental para volver a hablar con el capitán. Él debía tener la lista de los miembros de la tripulación que estaban de servicio.

Y luego estaba la cuestión del as de tréboles; su relación con todo el asunto todavía me resultaba un misterio. Aunque quizás ese era su objetivo. Quizás la carta no era nada más que una distracción. Aunque la cartomancia era otro camino de investigación que podría ser útil...

Alguien llamó a la puerta de la habitación contigua y me apartó de mis pensamientos. Me puse de pie y me alisé la parte delantera del vestido.

—¿Sí?

Esperé encontrar a la señora Harvey, que me buscaría para la cena. En cambio, Thomas se deslizó en mi habitación como si estar a solas conmigo en mi dormitorio no fuera atrozmente escandaloso. Observé su traje de pies a cabeza; seguramente ser tan apuesto debería ser considerado un delito.

—¿Dónde está la señora Harvey? —Esperé y temí al mismo tiempo que ella fuera a acompañarnos.

Thomas aminoró el paso y me observó como si fuera a evaluar mis emociones. Lo que fuera que vio en mi expresión hizo que sus labios temblaran.

—En el salón comedor con tu tío, esperándonos.

—¿Cómo has conseguido...?

Las palabras me fallaron cuando él se acercó a zancadas y me envolvió en sus brazos. Sus ojos, si bien apenas iluminados por la picardía, eran oscuros y tan profundos que podría haberme sumergido en ellos. Nuestro último beso furtivo parecía haber sucedido años atrás, y cada célula de mi cuerpo se agitó con anticipación.

Qué Dios me librara, yo lo deseaba.

Una de sus manos me recorrió lentamente la espalda, y se me cortó la respiración, lo que

despertó algo en su mirada que prácticamente me deshizo. Como era de esperar, no me decepcionó, acercó su cara a la mía y una sonrisa curvó esos bonitos labios mientras me sujetaba del mentón.

—¿Te he hecho caer a mis pies, Wadsworth?

Sin responder, mi boca se posó sobre la de él. Yo todavía no me había colocado los guantes, así que mis dedos recorrieron su piel, y él hizo lo mismo. Cada caricia me consumió los sentidos hasta que lo único en lo que pude pensar fue qué camino explorarían sus manos a continuación, y sentí la esperanza inmensa de que sus labios siguieran sus huellas cuidadosas. Su cariño era puro, pero embriagante, dulce y poderoso. Nunca me cansaría de esto, de tocarlo y de que él me tocara.

Como si supiera exactamente cómo me hacía sentir, deslizó las manos sobre mis hombros y las llevó hacia mi pelo, moviéndose hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados uno contra el otro. Podría haber jurado que había una corriente eléctrica recorriendo cada lugar en el que habíamos entrado en contacto. Él susurró mi nombre mientras me besaba el cuello y los hombros descubiertos, y luego se detuvo justo donde estaba posado mi relicario. Me invadió una necesidad más urgente que la de mantener el decoro. Con el corazón latiendo a toda velocidad, le quité la chaqueta del traje y nos conduje hacia la cama.

Thomas me recostó con cautela, su cuerpo sobre el mío. Quizás no fuera posible en términos médicos, pero juraba que, si no me volvía a tocar pronto, explotaría. Deslizó uno de sus pulgares sobre mi labio inferior, la mirada pensativa.

—Me encanta cuando me miras de esa forma.

Busqué una aclaración en su mirada.

—¿Qué forma?

—Como si pudieras quererme de la misma forma extraordinaria con la que yo te quiero a ti.

Cualquier atisbo de autocontrol al que había conseguido aferrarme se desvaneció de mi cuerpo. Lo atraje hacia abajo hasta que su peso se acomodó sobre mí, y me maravilló lo increíble que me sentía al compartir una cama con él. Acaricé las líneas fuertes de su mandíbula y me perdí en las motas doradas de sus ojos antes de volver a llevar lentamente mi boca hacia la suya. Cuando su lengua tocó la mía, casi perdí la compostura.

Besarlo era mi placer favorito, y él sin duda disfrutaba de consentirme.

—Quizás tengas razón. Deberíamos casarnos en el barco —comenté, respirando de forma entrecortada. Tal vez estuviera lista para hacer más que besarlo, en especial si seguía trazando esos círculos caprichosos en mi corsé. Esbozando una sonrisa cómplice, me besó una vez más y luego volvió su atención a mi cuello. Me mordisqueó la piel mientras deslizaba la mano hasta mi cadera. Que los santos me ayudaran—. ¿Crees que habrá un sacerdote? Padre no podría enfadarse *tanto* si nos casáramos en secreto. Quizás Tío podría acceder a ser nuestro testigo... o la señora Harvey.

Thomas se echó hacia atrás lo suficiente como para mirarme a los ojos, y la sonrisa pícaro volvió a su cara.

—Señorita Audrey Rose Wadsworth, conquistadora de mi alma, es usted una absoluta *bribona*. Le gustaría saltarse la tradición solo porque desea mi cuerpo. —Sostuvo una mano contra el pecho—. Juro que nunca la he amado más que ahora.

Una calidez se extendió por mi rostro.

—Eres imposible.

—Imposible no adorarme. —Con un aparente esfuerzo sobrehumano, se levantó y me ayudó a ponerme de pie. Todavía había en su mirada un deseo que igualaba el mío, y me pregunté quién de

nosotros sería el primero en volverse loco de la necesidad. Desvié la mirada de él y la volví a posar sobre la cama, ideando un plan para retroceder algunos instantes en el tiempo—. ¿Alguna vez te he hablado sobre nuestra propiedad del campo?

Parpadeé ante el cambio repentino de tema.

—No lo creo.

Thomas movió las manos desde mis muñecas hasta mis brazos, y luego las deslizó hasta mi cintura. Atrajo mi cuerpo al suyo, los labios rozaban los míos, y yo luché para mantener el control. Tenía la sensación de que, si lo besaba de nuevo, ninguno de los dos podría recuperar la compostura. En ese momento, no estaba segura de querer hacer lo adecuado.

—Una vez que estemos casados, me gustaría llevarte allí —susurró—. Haré que todo el personal se retire. Tendremos toda la privacidad del mundo y ya no nos escabulliremos. Cuando me miras de la manera en la que lo haces ahora, mi virtud se encuentra peligrosamente cerca de la corrupción. Y yo nunca he sido un hombre muy piadoso, Wadsworth.

Una sensación ardiente invadió mi pecho frente a esa declaración tan escandalosa. Me di cuenta de que ya no podía esperar el día en el que dejáramos de contenernos.

—La verdad es que eres un canalla, Thomas Cresswell.

Soltó una risita.

—Ah, sí, pero ese brillo en tu mirada indica que te encanta. Y a mí nada me gusta más que complacerte, así que haré mi mayor esfuerzo para ser el peor canalla.

—Qué romántico por tu parte.

—Estoy de acuerdo. —Eché un vistazo al reloj de mi mesilla de noche—. Me temo que tu tío asesinará a la señora Harvey si no nos damos prisa en ir. Estaba observando los cuchillos cuando me he ido, y no creo que estuviera contemplando cuál era el adecuado para cortar su filete.

Me obligué a desviar la mirada de su boca. Pensar en un asesinato real desvaneció cualquier calidez remanente que yo había sentido entre nosotros. Suspiré.

—Salvemos a nuestra carabina.

Thomas volvió a colocarse la chaqueta y luego salió por la habitación de la señora Harvey. Yo observé mi imagen en el espejo y me ordené los rizos oscuros que se habían salido de su lugar. Me toqué los labios, y esperé que nadie notara la hinchazón producida por los besos. Deseaba escribirle a Liza, ella adoraba esta clase de detalles románticos. Estaría conmocionada y maravillada y... solté una exclamación, como si me hubieran propinado un fuerte golpe. Durante un momento me había olvidado de que estaba desaparecida.

Me incliné, apoyé las manos sobre mi pecho y respiré hondo, intentando aquietar mis nervios. Era una persona inmoral, me había dejado distraer por los labios de Thomas. Juré que me comportaría mejor durante el resto del viaje.

Un instante más tarde, él llamó a la puerta exterior de mi habitación como un caballero decente. Dejé de lado mis preocupaciones, abrí la puerta y acepté el brazo que me ofrecía. Él tenía razón, no había nada que pudiéramos hacer por Liza mientras estuviéramos atrapados en este barco. Una vez que hubiéramos llegado a Estados Unidos, yo podría idear un mejor plan.

—¿Estás lista? —preguntó Thomas. Asentí. Nos movimos hacia el corredor interno que conducía al salón con tanta rapidez como me permitieron mis zapatos de seda.

Entregamos nuestros abrigos —y la bufanda blanca de seda de Thomas— a un asistente y nos apresuramos a caminar hacia el vestíbulo, Thomas dando zancadas confiadas ataviado con su elegante traje. Me detuve y contemplé boquiabierta una rosa que llevaba sujeta al ojal de su levita. No la había notado anteriormente cuando yo le había quitado la chaqueta. No había estado

pensando en otra cosa que no fueran nuestros abrazos.

Me descubrió observándolo y me guiñó un ojo.

—Tienen flores de invernadero a bordo a un precio vergonzosamente exorbitante. Sin duda pensé en ti mientras me vestía. No repares en devolverme el favor en cualquier momento. Aunque quizás deberías hacerlo en el orden inverso.

Mi respuesta astuta se desvaneció en mis labios cuando dos camareros en librea nos abrieron las puertas de pronto. La paleta de color consistía en el mismo suelo blanco y negro y el destellante telón azul tinta del día anterior, pero esta noche también había notas plateadas y doradas. Los centros de mesa estaban compuestos por flores, candelabros e hileras de cuentas, una cascada de lujos excesivos.

Lo que me llamó la atención —y la de todos los demás, a juzgar por las miradas de ojos bien abiertos— fueron los artistas enmascarados que entraron en fila en el salón, haciendo girar espadas de plata como si fueran bastones. La luz se reflejó en sus hojas, lo que provocó un aleteo en mi corazón.

Era un ejército de artistas, vestidos para la batalla. Y cualquiera de ellos podría volver su arma en dirección a uno de los invitados. Peor aún, todos ellos tenían el poder de convertir esta celebración en un baño de sangre.

Mis pasos vacilaron. No podía imaginar un espectáculo que deleitara más a un asesino hambriento, y deseaba estar equivocada.





Tiendas circenses

5

CABALLERO DE ESPADAS

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

2 DE ENERO DE 1889

—Todo está bien, respira. —Thomas me condujo a nuestra mesa y me ofreció la silla, aunque había camareros listos para encargarse de esa tarea. Algunos de ellos parecieron desconcertados, pero no se atrevieron a adelantarse y evitar que él cumpliera con el cometido que se había asignado a sí mismo.

Ante la caballerosidad de Thomas, el Tío Jonathan levantó la mirada de su cuchillo y tenedor. Nos miró con fijeza, la expresión insondable, y solo Dios sabe lo que pensó del gesto atento de Thomas hacia mí. Dudaba que pudiera escuchar los golpes sordos de mi corazón, pero de manera irracional me preocupé de que las palabras HE BESADO A THOMAS CRESSWELL DE LA MANERA MÁS INDECENTE estuvieran de pronto escritas en mi frente.

Sus labios comenzaron a esbozar una sonrisa como si hubiera diseccionado ese mismo pensamiento de mi cabeza.

—Audrey Rose. —Asintió mientras mi acompañante se sentaba junto a él, enfrente de mí—. Thomas. Llegáis justo a tiempo.

La señora Harvey se sentó a mi derecha, enfrente de mi tío, y me dedicó un gesto de aprobación.

—Estás preciosa, querida. Ese color te sienta bien. ¡El color púrpura es un tono maravilloso para las noches oscuras de enero! También oculta una multitud de pecados.

Ante mi ceño fruncido, hizo un gesto hacia una pequeña mancha en su vestido color pálido. Parecía algo líquido, aunque no podía estar segura.

—Gracias, señora Harvey. —Antes de que pudiera elogiar su vestido a la moda y sus joyas deslumbrantes, las luces se atenuaron. Estar a bordo de un barco equipado con electricidad era magnífico, en especial cuando era utilizada para crear una corriente de entusiasmo.

Eché un vistazo alrededor del salón para detectar si alguien parecía nervioso, pero nadie me llamó la atención. El capitán Norwood no había anunciado la verdad detrás de la muerte de la señorita Prescott, mayormente para su propio beneficio, pero también porque los Prescott le habían solicitado discreción. Los comensales conversaban con entusiasmo en sus mesas, en voz baja, y los artistas continuaron haciendo girar las espadas, y todo parecía estar saliendo raramente bien. Quizás Thomas estuviera equivocado. Quizás el espectáculo de esa noche no terminaría con una muerte. Sujeté mi copa y bebí un sorbo, y dejé escapar el último atisbo de tensión de la espalda.

El humo se filtró en volutas a lo largo de la parte inferior del telón, tentando y a la vez prometiendo un destello de luz justo fuera de la vista. Mis palmas humedecieron mis guantes transparentes. El momento casi había llegado. Eché un vistazo a Tío, pero él estaba ocupado con

su cena. Cortó su filete con una concentración singular que en general reservaba para los muertos que analizaba. Al parecer, no creía que un asesinato estuviera otra vez en el menú de esta noche. Al menos no en este salón.

—Estimados pasajeros del *Etruria* —canturreó el maestro de ceremonias, quien surgió nuevamente entre la cortina de humo denso. Me estremecí ante el recuerdo de cómo había aparecido de manera tan repentina la noche anterior—. ¡Bienvenidos a la segunda noche del Carnaval Luz de Luna! La rueda de la fortuna ha escogido una presentación extraordinaria. Para su deleite, les presentaré una noche de emociones. Escalofríos. Y, posiblemente, un poco de... *¡sangre!*

Sin advertencia, el telón se abrió como carne rasgada y reveló a una joven enmascarada vestida con un corsé hecho de terciopelo rojo y unas mallas del color de la medianoche. Y casi nada más.

Tenía el pelo marrón caramelo peinado en rizos recogidos que añadían centímetros a su altura. Su polisón tenía capas de crinolina negra que estaban bordeadas con una bonita cinta roja.

Un escote con forma de corazón exponía su piel entre el cuello y el pecho. Unas cintas negras formaban la parte trasera de su corsé y mantenían en su lugar el escote. Sus caderas estaban adornadas con apliques negros a juego. Llevaba puesto un antifaz afiligranado que era de un metal tan oscuro que parecía petróleo congelado. Vestida de rojo y negro, su traje era el equivalente femenino del que llevaba el maestro de ceremonias.

Se escuchó una exclamación colectiva de asombro cuando la audiencia observó a la joven enmascarada y luego a la espada gigantesca que destellaba en sus manos. Como el disfraz de la mujer, la empuñadura de la espada era algo maravilloso, tallada en un metal casi negro, y se asemejaba a un ramo de flores silvestres y a alas de pájaro. Era como una espada de hadas forjada en una fragua lejana y celestial.

Detrás del antifaz, los ojos de la joven encontraron los míos y se agrandaron. ¿Qué demonios...?

Me cubrí la boca, intentando contener una exclamación cuando lo que vi me atravesó como una flecha. Sin importar cómo o por qué, supe una cosa con seguridad.

La joven que estaba sobre el escenario era mi prima desaparecida, Liza.

Tragué saliva con esfuerzo, y mi mirada nunca abandonó la de ella. Incluso con el antifaz cubriéndole la mitad de la cara, supe que era ella. El maestro de ceremonias se interpuso en mi línea de visión, rompiendo el hechizo entre nosotras, y yo apoyé mi copa con un golpe sordo. El líquido salpicó el mantel, y uno de los camareros, siempre atentos, rápidamente limpió el desastre. *Liza*. Apenas pestañeé, preocupada porque ella fuera un espectro que yo hubiera imaginado y fuera a desaparecer tan rápido como se había materializado.

—Intenten no perder el corazón o la cabeza. —Los ojos de Mephistopheles brillaron—. Y la adorable Liza intentará no perder la suya cuando Jian Yu el Invencible, el Increíble, el magnífico Caballero de Espadas... ¡la corte por la mitad!

Mientras la multitud rugía de deleite, yo sofoqué mi creciente horror.

—Bueno, este es un giro interesante —susurró Thomas. Lo miré fijamente, sin sorprenderme de que prácticamente estuviera rebotando en su silla. A él le encantaba solucionar acertijos y hacer encajar piezas inesperadas, y esta noche se había convertido en uno de los acertijos más intrigantes de todos.

—Si por «interesante» quieres decir absolutamente horrendo, entonces sí, estoy de acuerdo.

Tío inhaló de pronto y supe que también había reconocido a nuestra obstinada pariente. Me negué a mirarlo, sabiendo que debía estar furioso. Lo que ella había hecho era mucho peor que

simplemente escapar. Quizás Tío no lo pensara así, pero la sociedad la consideraría una mujerzuela.

Mephistopheles se aclaró la garganta, lo que hizo que mi prima entrara en acción. Liza le dedicó a la audiencia una sonrisa seductora y levantó la espada por encima de su cabeza, pavoneándose por el escenario como si hubiera nacido para ello. Mi pulso se aceleró. Me había quedado sin palabras, pero también me sentía orgullosa.

—Tu tía sufriría un ataque si viera a Liza en ese estado —comentó Thomas, y se ganó una rápida mirada fulminante de mi tío. Frunció el entrecejo—. ¿No es así?

—Thomas —advirtió Tío—. Suficiente.

A pesar de las circunstancias terribles, sonreí. Mi prima estaba viviendo sus sueños románticos, sin importarle lo que el mundo pensara de ella. Yo la admiraba, aunque un atisbo de preocupación me invadió cuando recordé las palabras proféticas de Mephistopheles. Parecía que Liza había perdido el corazón y la cabeza en este carnaval. De pronto, recordé su última carta. Había mencionado que estaba siendo cortejada en secreto por un artista de escapismo.

Unas exclamaciones se sucedieron a nuestro alrededor, y yo me moví para ver qué había causado tal revuelo. Un sonido siniestro de pezuñas invadió el salón cuando Jian Yu, el Invencible, el Increíble, el Caballero de Espadas, entró al comedor vistiendo una cota de malla y cabalgando sobre un corcel negro. Los ojos líquidos del animal se agrandaron y quedaron casi en blanco cuando se alzó en el aire sobre sus patas traseras, que luego cayeron sobre el suelo con la fuerza suficiente para hacer tintinear las copas. La señora Harvey se aferró a mi brazo, y algunas mujeres que estaban sentadas cerca soltaron chillidos.

Jian parecía tan imponente como la armadura que vestía. Su antifaz de plata le cubría por completo un ojo y terminaba en el lado opuesto en una serie de puntas tan afiladas que podrían rasgar la piel. Parecía como si una corona de espadas se hubiera fundido y adaptado a su cabeza. Era la imagen viva de la carta de tarot del Caballero de Espadas, y su disfraz lo reflejaba a la perfección.

Detrás de él, los otros artistas, que también blandían espadas, las enfundaron con un sonido que me provocó pinchazos en las venas. Se dejaron caer de rodillas como si estuvieran en súplica y se me erizó la piel de los brazos. Toda la escena era aterradora, acentuada por el silencio que guardaba Jian.

Condujo al caballo escaleras arriba, sus pasos sin prisa, ya que quería que lo admiráramos a medida que pasaba. Llevaba su largo pelo oscuro atado a la nuca y así le ofrecía a la audiencia una vista detallada de sus igualmente oscuros rasgos angulares, tan agudos como para romper algunos corazones, a juzgar por los abanicos que se abrieron de pronto y los murmullos de emoción que soltaron las mujeres. La señora Harvey bebió un gran sorbo de agua fría, y Thomas puso los ojos en blanco.

—¿Acaso un cuerpo musculoso es tan inspirador o es la peligrosa cicatriz sobre su ojo? —preguntó, aunque la señora Harvey no se molestó en responder. O desviar la mirada del joven, que ahora se encontraba sobre el escenario.

Jian bajó de un salto de su corcel y le arrojó las riendas a Liza, haciéndole un gesto con el mentón hacia el telón.

—¿Has estado leyendo esos cuadernos que te entregué, Audrey Rose? —interrumpió Tío, atrayendo mi atención hacia él—. Necesitaré que tanto tú como Thomas conozcáis bien las marcas hechas con un...

Tío fijó la mirada en algo al otro lado del salón, lo que despertó mi curiosidad. Una segunda

asistente hizo rodar un artilugio con forma de ataúd sobre el escenario. Había agujeros hechos en la parte superior, en la inferior y en los lados del extraño cajón. Unas extensiones de cuerda estaban amarradas en cada extremo y también enlazadas en los hombros de las asistentes.

—Ah, bien —dijo Thomas sin expresión—, estaba esperando que trajeran al muerto antes del postre. Las entrañas combinan mejor con el plato principal, ¿no lo crees, Wadsworth? —Arrugó la nariz—. Y son terribles para acompañar los dulces.

—Compórtate. —Mi corazón galopó a pesar de mi reprimenda—. Nadie va a derramar entrañas.

Inclinó la cabeza a un lado.

—Me estoy comportando. Ese cajón se utiliza para cortar a las personas por la mitad. Un movimiento en falso y los que se encuentran en primera fila quedarán bañados de sangre y los órganos cercenados caerán sobre sus mesas. Un asunto repugnante para la *mousse* y los frutos rojos. Aunque si tenemos a un asesino a bordo, este podría ser el asesinato espectacular que temíamos.

Jian enfundó las espadas que había estado haciendo girar e hizo la pantomima de inspeccionar cada resquicio del cajón de madera. Liza y la segunda asistente se colocaron a cada lado, esbozando sonrisas amplias como si una de ellas no estuviera a punto de ser mutilada delante de nuestros ojos. Yo me limpié las manos con disimulo en la parte delantera de mi falda. Una parte de mí se encontraba fascinada de manera morbosa. Y la otra parte, disgustada por esa misma fascinación. Algunos días despreciaba las contradicciones de mi mente y la oscuridad de mi corazón.

—No creerás que Liza será la que... —Dejé de hablar, los ojos fijos en Jian mientras se acercaba al borde del escenario y se llevaba una mano a la cara como si estuviera protegiendo sus ojos del sol. El salón comedor se aquietó un poco, pero el ruido persistió.

—Un voluntario —gruñó, con un leve acento—. Ahora mismo.

Nadie pareció dispuesto a ofrecerse como posible sacrificio. Y no podía culparlos. ¿Quién, en posesión de sus plenas facultades mentales, haría tal cosa? El antifaz de Jian brilló mientras se dirigió a zancadas al extremo opuesto del escenario. Miró con enfado a una mesa repleta de jóvenes caballeros.

—Son todos unos cobardes, no merecen enfrentarse a mis espadas. —Se giró hacia las asistentes del escenario—. ¡Liza!

La sonrisa de mi prima estaba congelada, aunque fue evidente cómo tragaba saliva y cómo se le paralizaban las rodillas, dejando entrever su pánico. Respiró hondo y dio un paso adelante. Antes de saber lo que estaba haciendo, salté de mi asiento y dejé mi servilleta sobre mi plato de comida a medio terminar.

—¡Espere!

—Ah. —Jian esbozó una sonrisa amplia que dejaba al descubierto sus dientes—. Alguien se ofrece después de todo.

Aunque me encontraba de pie, lista para correr por el escenario y arrojarme dentro de ese cajón de la muerte, la mirada del caballero no estaba posada en mí. Estaba mirando al otro lado de donde yo me encontraba, las rodillas temblorosas, hacia donde Thomas ya estaba abriéndose camino por las escaleras que conducían al escenario, sus pasos seguros y despreocupados. El ritmo opuesto al latido de mi corazón. Todo dentro de mi cuerpo se adormeció y cosquilleó al mismo tiempo.

—Thomas, por favor no. —Lo miré con las manos formando puños a los costados, mientras él

se detenía delante del cajón y, después de guiñarme un ojo por encima de su hombro, se metía dentro.

—Siéntate, querida —susurró la señora Harvey, y me sujetó del brazo—. Pareces un poco alarmada, bebe un poco de vino. Aquieta los nervios. —Le hizo señas a un camarero, quien sirvió un vino de un color rojo intenso de la jarra que sostenía. Intenté no pensar en la sangre de la señorita Prescott mientras el líquido se agitaba en mi copa—. Aquí tienes, sé buena y bebe algunos sorbos.

Sin ofrecer resistencia, me recliné sobre el respaldo de mi silla, agarré la copa que me ofrecía, la llevé a mis labios y apenas sentí el sabor agrio de las uvas mientras la bebida se deslizaba por mi garganta con tragos ligeros. No me gustaba mucho el vino, pero me distraía. Temporalmente. Me enjuagué las comisuras de los labios con una servilleta de lino y mi mirada se dirigió hacia donde Thomas asomaba la cabeza, los brazos y los pies fuera del cajón y luego se quedaba completamente quieto.

Unas visiones de él yaciendo muerto sobre la mesa de una morgue asaltaron mis sentidos, y tomó todo mi autocontrol evitar correr hacia el escenario y atraerlo hacia mis brazos. La parte racional de mi cerebro sabía con certeza que nada malo le sucedería. Los carnavales iban de vender entradas y ofrecer espectáculos. No de asesinar a los invitados.

Aun si eso era precisamente lo que había sucedido la noche anterior.

No podía deshacerme de la tensión de mis miembros mientras Liza y la segunda asistente cubrían el cajón de madera con una tapa, y le hacían un gesto a Jian. Me senté más derecha y las varillas de mi corsé se destensaron. El salón de pronto pareció más cálido, y deseé estar fuera en la cubierta, el aire helado del invierno soplando junto a mí mientras se deslizaba bajo el techo de la cubierta de paseo.

Tío resopló al ver cómo Thomas se quedaba encerrado en el cajón, pero noté una arruga de preocupación entre sus cejas. Lo que no hizo nada para apaciguar mis propios temores.

—Jovencito tonto.

Aferré el relicario con forma de corazón de mi madre, que pendía de mi cuello, e ignoré el frío del metal en mi palma. El brazo de Thomas desapareció de la vista y luego reapareció enseñando una carta. Podría haber jurado que el enorme barco navegaba en aguas turbulentas mientras yo me balanceaba en mi asiento.

Las personas de la audiencia rieron ante la imagen ridícula del brazo sin cuerpo de Thomas blandiendo la carta, pero yo no podía apartar la mirada de la enorme sierra que ambas asistentes le entregaron al caballero. Los dientes de metal de la hoja destellaron, listos para hundirse en el cajón de madera —y en la carne de Thomas— si algo no resultaba de acuerdo con el plan. O quizás asesinarlo *era* el plan.

Una gota de sudor corrió por mi espalda. Lo único que se necesitaba era un movimiento en falso y su sangre se derramaría...

—Tranquila, tranquila, querida mía. —La señora Harvey me dio unas palmaditas en la mano. Dejé escapar un suspiro, y ella sonrió—. Es solo una ilusión. Lo que sucedió ayer fue terrible, pero las probabilidades de que ocurra un segundo asesinato son, bueno, nulas. Nuestro Thomas sabe lo que está haciendo. ¿*Mmm?*

Tragué saliva con esfuerzo y asentí. Sabía que estaba en lo cierto, pero mi corazón no quería escuchar a la lógica. Se aceleró ante el pensamiento de todas las cosas horribles que *podrían* suceder. Thomas sabía lo que estaba haciendo, incluso aunque pareciera una idea *terrible*.

Liza me dedicó una mirada enigmática. Yo me paralicé una vez más cuando Jian levantó la

sierra por encima de la cabeza. Casi corrí hacia uno de los artistas arrodillados, lista para asir una de sus espadas en caso de que Thomas saliera herido.

—Como pueden observar, la hoja es muy real. Isabella, por favor. Haz una demostración. — Hizo un gesto hacia la segunda asistente. Isabella dio un paso adelante y golpeó la sierra con una espada que había agarrado de la mesa, y el metal retumbó para que todos lo escucharan. Yo apreté los dientes ante el sonido. Un joven de la mesa contigua se cubrió las orejas—. También está muy afilada. ¿Liza?

Mi prima enseñó con un ademán ostentoso un antifaz de filigranas que tenía escondido en su vestimenta y lo apoyó sobre el cajón. Jian lo serruchó con cuidado hasta que se partió en dos. Intenté no pensar demasiado en el hecho de que solo habían sido necesarios tres pases de la hoja para partir el metal a la mitad, era demasiado afilada para estar tan cerca de mi amado Cresswell.

Respiré hondo para aquietar mis nervios mientras Jian merodeaba alrededor del cajón, con la sierra orgullosamente levantada por encima de su cabeza. Se detuvo cerca de donde estaría la mitad del cuerpo de Thomas, y luego le hizo un gesto a Isabella. Ella comenzó a cruzar el escenario, esbozando una sonrisa amplia, las manos apoyadas con firmeza sobre sus caderas como una bailarina de *ballet*. Se ubicó al otro lado del caballero; al parecer, se necesitaban dos personas para efectuar el acto. Retorcí la servilleta que se encontraba sobre mi regazo mientras Jian colocaba la hoja sobre un lado del cajón y la deslizaba hacia Isabella.

—A la cuenta de tres —ordenó—. Uno. Dos. ¡Tres!

El metal sobre la madera chilló formando un patrón de *rish rash, rish rash*, y la hoja se hundió más y más profundamente en el cajón.



Justicia, carta de tarot

6

CORTADO POR LA MITAD

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

2 DE ENERO DE 1889

Quería cubrirme los ojos, escapar del salón y arrojarme por la borda, pero obligué a mi cuerpo a permanecer sentado y quieto. Mientras tanto, en el escenario, las manos y los pies de Thomas se agitaban frenéticamente mientras la sierra se acercaba más a su cuerpo.

Algunas personas desviaron la mirada del espectáculo, abrieron sus abanicos y pidieron sales aromáticas. Si este acto fallaba, era probable que se convirtiera en la visión más macabra que alguien alguna vez presenciara, yo incluida. Las consecuencias de la muerte y de los asesinatos eran un asunto difícil, pero ¿presenciar cómo asesinaban a alguien? Cerré los ojos durante un instante. No quería imaginar la oscuridad que yo desataría si Thomas moría en el escenario.

—Ay, querida. —La señora Harvey bebió un sorbo generoso de su propio vino—. Es terriblemente real, ¿no es así? Juraría que la hoja lo está cortando de verdad.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me dolió. Faltaban solo unos pocos centímetros y la sierra atravesaría la parte central del cajón. Y a Thomas.

Rish, rash. Rish, rash.

Calculé mentalmente dónde se encontraba mi maletín médico, cuánto tiempo tardaría en correr hacia mi camarote ataviada con mi vestido de noche y traérmelo, y si tendría la habilidad necesaria para suturar sus heridas. Deseé que hubiera un cirujano a bordo. Alguien con más conocimiento que el doctor Arden, quien aún estaba ocupado con el primer magistrado Prescott.

Rish, rash. Rish, rash.

Contuve la respiración cuando la sierra dio con el fondo de cajón, y esperé que la sangre y las vísceras brotaran por el corte. Thomas dejó de moverse. Mi corazón pudo haberse detenido también. Unos murmullos se elevaron a mi alrededor, pero las voces eran un ruido indistinguible mientras yo miraba con fijeza esperando ver cómo Thomas se desangraba.

No sucedió nada.

De pronto, las manos y pies de Thomas comenzaron a moverse como si no lo hubieran cortado por la mitad. Me incorporé a medias, lista para aplaudir y terminar con esto, pero al parecer esta pesadilla aún no había terminado. Jian e Isabella repitieron el acto con otra hoja. Una vez que llegaron al fondo del cajón, cada uno de ellos sujetó un extremo del cajón y lo separó.

No recuerdo haber decidido hacerlo, pero grité. Fue un alarido tan fuerte y terrible que hizo que Tío dejara caer su tenedor y que la señora Harvey agarrara con nerviosismo su copa de vino. El Caballero de Espadas se rio, el sonido oscuro y ominoso como una tormenta descargando sobre el mar.

—¡Un hombre cortado por la mitad!

Otras personas de la audiencia gritaron. Me tapé la boca con la mano e intenté contener mis propios chillidos. Las dos hojas anchas cubrían cada extremo del cajón y ocultaban de la vista de la audiencia cualquier víscera derramada, aunque yo sabía lógicamente que no había nada que ocultar. Mis emociones le ganaron a la razón, y el pánico se asentó debajo de mis costillas. Las manos de Thomas. Me centré en ellas y en la carta que seguía agitando. Se estaban moviendo. Él se estaba moviendo. Esto era una ilusión. Un truco terrible.

Contuve las lágrimas y odié a Thomas por hacer esto. Jian exhibió por el escenario las dos mitades de mi corazón entero, enseñando con orgullo su habilidad con la sierra. Después de dar una vuelta completa, volvieron a juntar los extremos del cajón y retiraron las dos sierras. Me aferré al borde de mi asiento con mucha fuerza para evitar volar hacia el escenario, abrir el cajón y recorrer a Thomas con las manos.

Liza desplegó una tela negra que tenía el tamaño suficiente para ocultar el cajón. Lo cubrieron, caminaron a su alrededor una vez más y luego quitaron la tela con un movimiento rápido. Levantaron la cubierta y... nada. Thomas no apareció y sus brazos y piernas ya no eran visibles. Mi corazón latió con un golpeteo sordo, y los sonidos del salón lentamente se volvieron fuertes y silenciosos al mismo tiempo. Una parte de mí deseó haber solicitado sales aromáticas. Liza e Isabella intercambiaron miradas de preocupación que yo no creía que fueran parte del acto. Me puse de pie, con el corazón al galope.

Jian enfundó las espadas que había estado haciendo girar y caminó a zancadas hasta el cajón, las manos formando puños. Algo había salido mal. Cuando se estaba acercando, Thomas saltó como un muñeco de resorte, sosteniendo una segunda carta, y Jian se sobresaltó.

La audiencia se rio a carcajadas ante la expresión de la cara del caballero, amarga como si hubiera estado hincando los dientes en pasteles de limón. Sin advertencia, extrajo una espada delgada de la funda que llevaba en su espalda y la clavó directamente en el centro de la carta, lo que hizo cesar las risas.

Thomas saltó del cajón y le ofreció una reverencia breve antes de descender del escenario, las mejillas sonrojadas de la satisfacción.

—Parecía un tanto molesto por mi actuación —comentó, respirando con un poco de dificultad—. Yo pensé que sería un toque brillante. Un poco de risa para contrarrestar el miedo.

Jian y sus asistentes salieron del escenario, pero yo no me pude concentrar en otra cosa que no fuera un pequeño corte en la tela del chaleco de Thomas. Sentí la sangre fría como el agua del océano mientras circulaba por mi cuerpo.

—Te han cortado.

Thomas se echó hacia atrás un mechón de cabello húmedo, pero no hizo ningún comentario.

Mephistopheles resurgió del humo como el diablo que era. Dedicó una sonrisa burlona a los pasajeros y luego se ocultó detrás del telón de terciopelo. Después de una señal, el telón se abrió, y Jian, Liza e Isabella saludaron al público con reverencias profundas. La audiencia silbó y vitoreó, algunas personas incluso golpearon nuevamente los pies contra el suelo, mientras que otras agarraron las flores de invernadero de los jarrones y las arrojaron al escenario. Yo no pude encontrar la voluntad para unirme a ellas.

En cambio, observé el fuego que destellaba en los ojos del caballero. Mi amigo lo había enfadado y él no parecía ser la clase de persona que disfrutara de que lo dejaran en ridículo. Un músculo de su mandíbula se tensó cuando su mirada se posó en Thomas. Hubiera jurado que intercambiaron una promesa silenciosa cuando Thomas notó que lo estaba observando.

—Damas y caballeros —dijo Mephistopheles—. Al parecer nadie ha perdido la cabeza esta

noche. Pero ¿serán tan afortunados mañana? Consultaremos a la rueda de la fortuna y lo veremos. ¡Buenas noches!

Los artistas dieron un paso atrás justo antes de que el telón se cerrara, y desaparecieron de la vista.

Me volví hacia Thomas, aferrando la copa con ambas manos para evitar estrangularlo.

—¿Estás loco? ¡Podrían haberte hecho daño!

Su mirada viajó desde mis manos, que sostenían con fuerza la copa, hasta mi mandíbula tensa. Sostuvo las manos en alto y se rindió ante mi enfado.

—Tranquila, Wadsworth. Quizás debamos alejarnos de los cubiertos y de las copas. Te aseguro que yo me encontraba perfectamente a salvo.

Resoplé.

—Por supuesto que lo estabas. ¿Quién no estaría *perfectamente a salvo* mientras lo cortan en dos? ¡En especial después de que asesinaran a alguien ayer! Qué tontería por mi parte haberme preocupado.

—Audrey Rose —advirtió Tío—. Por favor, contrólate hasta después de la cena. Ya tengo suficiente, después de presenciar la actuación de Liza. —Se puso de pie y dejó caer la servilleta—. De hecho, iré a buscarla ahora. Se encontrará contigo en tus aposentos.

Dicho eso, se retiró a zancadas del salón. Acto seguido, la señora Harvey agarró su copa vacía y la miró fijamente como si la fuera a transportar lejos de la mesa.

—Encargaos de eso —dijo, mientras le solicitaba a un camarero que le retirara la silla—. Yo me encuentro sobrepasada por el cansancio. Si me disculpáis...

La observé retirarse, demasiado enfadada para pensar que estaría sin acompañante una vez más.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Qué clase de deducciones has hecho para concluir que meterte en ese cajón sería seguro?

Él hizo el ademán de tomarme de la mano, y luego se contuvo. Si bien estábamos solos en nuestra mesa, no nos encontrábamos en la privacidad de mis aposentos. Que me tocara en público hubiera sido muy indecente.

—Ese cajón tenía un fondo falso. Noté un leve cambio en la veta de la madera, unos centímetros extra que no eran necesarios. Una vez que le eché un mejor vistazo, vi que en realidad yo estaría yaciendo directamente debajo del cajón en un compartimento oculto en la mesa. —Esbozó una sonrisa vacilante—. En realidad, es muy ingenioso. El diseño permite que corten el cajón en dos mientras mis manos y pies sobresalen de los agujeros. Quienquiera que la haya diseñado es brillante. Nunca había visto algo como esto.

—¿Dedujiste todo eso antes de meterte en él?

—Mayormente. —Thomas echó un vistazo a las mesas que lentamente estaban quedando vacías de comensales. Pronto seríamos los últimos—. Es muy adorable cuando haces ese gesto tan dramático con la nariz. Esa... —Sonrió, esquivando mi patada rápida debajo de la mesa—, esa es la expresión. Un día haré que un renombrado pintor de retratos la capture y colgaré el cuadro sobre la chimenea en mi estudio.

—Algunas veces realmente me disgustas, Thomas James Dorin Cresswell.

—¿Incluso cuando he tenido la valentía heroica de sacrificarme? —Sujetó las dos cartas del interior de la chaqueta de su traje y las agitó delante de mí—. Apuesto a que me odias un poco menos ahora.

—Un poco. —Le arranqué las cartas de la mano. Una era un as de picas y el segundo era una carta de tarot dibujada a mano, la Justicia. Suspiré y las apoyé sobre la mesa—. ¿Qué piensas de

esto?

—Bueno, las balanzas de la justicia parecen estar extremadamente desalineadas. Parece demasiada coincidencia que la hija del primer magistrado Prescott haya sido asesinada. Valdría la pena investigar su pasado como juez. Claramente, hay alguien que no considera que sus sentencias sean justas. Podría ser un buen motivo. —Dio unos golpecitos en la carta—. Y probablemente el as de picas sea una distracción.

—¿Y qué piensas del as de tréboles que dejaron en el cuerpo de la señorita Prescott? —pregunté—. Quizás la carta de tarot sea la distracción.

Thomas se encogió de hombros.

—Quizás ambas tengan la función de engañar. O quizás simplemente estaban en el lugar incorrecto. Creo que deberíamos investigar...

Un tumulto terrible nos interrumpió. Sonó como si una estampida de elefantes se hubiera escapado y estuviera arremetiendo por los pasillos. Lo cual, dado el espectáculo del carnaval, no era tan descabellado. Confundida, me giré en mi asiento y observé cómo algunas personas pasaban corriendo por la puerta abierta mientras los camareros asomaban las cabezas.

El temor serpenteó por mis extremidades. Ver personas corriendo con la cara bañada en lágrimas nunca era una buena señal. Lo que fuera que las hubiera aterrorizado realmente tenía que ser muy malo. Acababan de ver cómo cortaban en dos a un joven y apenas habían dejado de comer los entrantes.

—Date prisa —pidió Thomas, y sujetó mi brazo con suavidad, y corrimos hacia la puerta—. Si es lo que temo... quizás tengamos tiempo para salvar a la persona.

—¡Espera! —Me liberé de él, corrí a la mesa más cercana y aferré un cuchillo—. Es mejor ser prudente.

Thomas envolvió su mano alrededor de la mía y nos movimos con tanta rapidez como pudimos contra la marea de pasajeros que se dirigían en la dirección opuesta. Mantuve el cuchillo hacia abajo, cerca de mi cuerpo. Nunca había visto el lugar tan repleto de gente, y lo que había parecido una cubierta de paseo agradable ahora parecía una chimenea angosta.

Unos hombres con sombreros de copa iban de un lado al otro, algunos alejando a sus familias del caos y otros sumergiéndose en él. En varias ocasiones casi me solté de la mano de Thomas, pero él no se separó de mí y colocó su cuerpo delante del mío para formar una barrera. Las personas lo empujaban, pero él nos condujo hacia donde la multitud se encontraba más agolpada.

—¡Por favor! —gritó alguien, desde una ubicación que no pude detectar—. Vuelvan a sus camarotes. No corran y no se asusten. Les aseguro a todos que los mantendré a salvo.

—¿Igual que la mantuvo a salvo a ella? —respondió a gritos un pasajero, y se ganó exclamaciones de aprobación de aquellos que lo rodeaban—. Ninguno de nosotros está a salvo aquí sobre el agua. ¡Estamos atrapados!

—Tranquilos, tranquilos —gritó el primer hombre—, todo estará bien. ¡Permanezcan en calma y vuelvan a sus camarotes!

Thomas, valiéndose de su altura, consiguió que nos acercáramos. El capitán Norwood se encontraba de pie sobre un cajón, y les estaba indicando con gestos a los miembros de la tripulación que dispersaran a los pasajeros. Mi mirada viajó alrededor del capitán, buscando la causa de la conmoción.

Luego la vi.

Una mujer estaba colgada por los tobillos de las vigas de la cubierta de paseo. Sus faldas le caían sobre la cabeza, le ocultaban su identidad y dejaban expuesta su ropa interior para que el

mundo la contemplara. Ese hecho hubiera sido horrible en sí mismo, si no fuera porque también estaba atravesada por múltiples espadas que se encontraban en una miríada de ángulos extraños por todo su cuerpo. La sangre goteaba lentamente sobre la cubierta desde cada herida de salida, y causaba un sonido similar al agua goteando de un grifo. Incluso con todo el ruido que estaban haciendo los pasajeros aterrorizados, lo único que podía escuchar era ese goteo siniestro. Era la imagen más horripilante que hubiera presenciado, y yo había estado presente en los descubrimientos de muchos de los asesinatos macabros del Destripador.

Llevé una mano a mi estómago y me obligué a respirar en intervalos regulares. La cuerda crujía mientras el cuerpo se balanceaba como un pez atrapado en un anzuelo. Yo había creído que la muerte de la señorita Prescott había sido terrible, pero esto había alcanzado un nivel nuevo de monstruosidad. El viento arremetió por el corredor abierto, lo que hizo que el cuerpo se balanceara con serenidad sobre nosotros. Intenté concentrarme en otra cosa que no fueran las espadas mientras la sangre trazaba un arco en el suelo.

—Ay. Dios, mira —dije, señalando un sector desgastado de la cuerda—. Si no la bajamos pronto, se romperán las cuerdas. —Y las espadas se clavarían incluso más profundo, y posiblemente la decapitarían delante de nuestros propios ojos. Mi estómago dio un vuelco ante la imagen. Esta pobre víctima no merecía sufrir ni una pizca más de indecencia o trauma.

Thomas observó a la multitud.

—Tu tío se encuentra allí, tenemos que acudir a él.

Nos acercamos a la barandilla, el viento azotando con furia. Me restregué los brazos con las manos, y solo en ese instante me di cuenta de que no solo había olvidado agarrar mi abrigo, sino que también había perdido el cuchillo. Thomas apoyó la chaqueta de su traje sobre mis hombros, aunque nunca apartó la mirada de la escena del crimen. Una vez que la tripulación consiguió dispersar a la mayoría de los pasajeros, Tío nos hizo un gesto para que nos acercáramos.

—Por favor, vuelvan a sus aposentos. —Un marinero de cubierta nos bloqueó el camino—. Órdenes del capitán.

Thomas observó al joven.

—Estamos aquí para ayudar con el cuerpo.

La mirada del marinero viajó hacia mí.

—¿Los dos?

—¡Déjalos pasar, Henry! —vociferó Norwood—. Y que alguien encuentre a ese maldito maestro de ceremonias. Si uno de sus condenados artistas ha hecho esto, ¡lo colgaré a *él* de inmediato! —El capitán se volvió hacia mi tío, las manos formando puños a los costados—. No podemos dejarla en este estado de indecencia toda la noche; les daré veinte minutos y luego pueden terminar dentro. —Comenzó a moverse hacia la tripulación—. Diríjense a los camarotes y comprueben si alguien está buscando a un pariente. Esta joven no viajaba sola. Alguien tiene que estar preocupado ahora mismo. Ah, y asegúrense de enviar brandi para aquellos que estén más conmocionados. Lo último que necesitamos es que se desate una ola de pánico. ¡Vayan!

Tío me miró antes de caminar alrededor del cuerpo. Durante un instante horripilante imaginé que era Liza quien estaba allí colgada, atravesada por las mismas espadas que ella había ayudado a blandir antes. Luego mis sentidos lógicos tomaron el control, y observé los hechos que tenía delante de mí. La mujer no llevaba puesto un disfraz de carnaval. No podía verle la cara, pero parecía ser más alta y corpulenta que mi prima.

Respiré hondo, pero eso no hizo nada para aquietar mi pulso mientras me acercaba a la víctima. De cerca, la cuerda crujía mientras el cuerpo se balanceaba con la brisa. El aroma intenso a cobre

estaba mezclado con el agua del océano, un olor que no olvidaría pronto.

Thomas caminó alrededor del cuerpo, la cara fría como el aire invernal que nos rodeaba. Era difícil imaginar cómo era la misma persona que algunas horas antes se había mostrado tan ardiente. Señaló un bote salvavidas que estaba apoyado a medias sobre el suelo.

—Alguien cortó la cuerda de uno de los extremos y la utilizó para colgarla. Mira.

Me moví hacia adelante y me acuclillé.

—Eso indicaría que esto no fue planeado. De lo contrario, imagino que el asesino hubiera traído la cuerda con él.

—Permíteme expresar mi desacuerdo, Wadsworth. Eso es lo que él esperaba demostrar. Pero mira allí... utilizó otro tramo de cuerda y la amarró alrededor del trozo que había cortado y luego la hizo pasar dos veces por las vigas. Hubiera tenido suficiente cuerda para no tener que cortar ese tramo extra. —Hizo un gesto hacia donde la cuerda caía enrollada en el suelo—. ¿Por qué tomarse la molestia de cortar el bote salvavidas y arriesgarse a llamar la atención?

Esa era una pregunta para la que no tenía respuesta. Volví mi mirada hacia el detalle espeluznante de las espadas. Una cosa era segura, quienquiera que la había apuñalado debía tener una fuerza increíble. Algo me resultaba raro en toda esta escena.

—¿Por qué nadie ha escuchado nada? Sin duda debió haber pedido ayuda a gritos. No me la imagino aquí de pie en silencio mientras la estaban empalando con una espada, y mucho menos...

—Las conté, y el estómago se me contrajo—. Mucho menos con siete. Ha tenido que haber algún testigo.

Tío agarró sus gafas y las limpió con su manga. Imaginé que deseaba llevar ya el cadáver hacia nuestro laboratorio improvisado.

—Estoy seguro de que nuestro examen responderá algunas preguntas. Os pediré que os cambiéis y os reunáis conmigo en el laboratorio. —Se giró, y luego vaciló—. Thomas, por favor asegúrate de que Audrey Rose esté acompañada. Y procura dejar a Liza bajo la vigilancia de la señora Harvey. Quiero tener a todos bajo control esta noche.

—Sí, Tío. —Le eché un último vistazo a la escena.

—Siete de Espadas —dijo una voz fría y grave, y me sobresaltó. Thomas y yo dirigimos la mirada hacia el recién llegado. Mephistopheles metió las manos en los bolsillos y silbó—. Invertida. Nunca una buena señal. Pero eso es bastante evidente, ¿no es así?

—¿De qué está hablando? —pregunté, ya enfadada por su presencia. Ni siquiera se había molestado en quitarse el antifaz, Dios no quiera que el mundo viera su verdadera cara—. ¿Qué significa eso?

—En serio, ¿caso ninguno de ustedes se ha dado cuenta de que la han hecho parecerse a la carta de tarot del Siete de Espadas? —Frente a nuestras miradas inexpresivas, Mephistopheles hurgó en los bolsillos de su abrigo y tomó un mazo de cartas. Buscó entre ellas y luego sujetó una con un ademán que no era apropiado dada la escena del crimen—. ¿Esto no les resulta familiar? Esperen. Algo no está del todo bien... ah... aquí tienen. —Invirtió la carta—. Cuando el Siete de Espadas está invertido, o boca abajo, significa algo complicado. Engaño. Vergüenza. También puede significar que alguien creía que se había salido con la suya. —Señaló el cuerpo con un dedo—. Alguien ha montado esta escena con mucho cuidado.

Thomas entrecerró los ojos.

—Su actitud es terriblemente frívola teniendo en cuenta que su carnaval alardea de utilizar las cartas de tarot durante sus actos.

Mephistopheles guardó las cartas en su chaqueta, y luego le dio unas palmaditas al bolsillo. Su

mirada viajó con la mía hacia donde yo había estado mirando, intentando encontrar la protuberancia en la tela de su traje. Se cerró el abrigo con mayor fuerza y sonrió.

—¿Le gustaría buscar las cartas? Le garantizo que no las encontrará, pero la búsqueda puede resultar divertida.

Mis manos se cerraron en puños.

—Quizás el capitán debería arrojarlo al calabozo.

—Eso sería de lo más desafortunado —comentó el maestro de ceremonias—. He denunciado que me habían robado algunos objetos antes de que el espectáculo comenzara esta noche. Cuerdas. Cartas de tarot. Y... ¿qué otras cosas?... —Se tomó el mentón a modo de burla fingiendo pensar, y luego recordó—. Ah. Espadas. Un conjunto entero de ellas. De hecho, creo que ya han aparecido. Aunque dudo que Jian las quiera de vuelta ahora. La muerte no es algo bueno para los negocios.

—Es usted despreciable —dije, incapaz de contenerme un segundo más—. Una mujer está muerta, ha sido asesinada de la manera más brutal, y de alguna manera ha conseguido convertirla en una completa burla.

Mephistopheles me miró fijamente, como si en serio me estuviera viendo por primera vez más allá de las apariencias superficiales.

—Mis más sinceras disculpas, señorita. No tengo más información que ofrecerles. Es una desgracia absoluta que hayan asesinado a otra mujer, pero mi carnaval no tiene nada que ver con ello. No puedo permitir que las personas comiencen a creer que... o a temer asistir a mis espectáculos. Muchas de las personas que empleo dependen del carnaval para vivir. Sugiero que pongan el ojo en otro lugar.

Le dedicó una última mirada al cuerpo, y luego se retiró con pasos firmes por la cubierta. Me envolví aún más en el abrigo de Thomas. Cuando alguien declaraba su inocencia con tanto ahínco, me hacía considerar su culpabilidad.

—Vamos. —Thomas me ofreció su brazo—. Te acompañaré a tu camarote.

Mientras nos abríamos camino, miré hacia el agua y me arrepentí. De noche, parecía una bestia oscura y tumultuosa. La luz de la astilla de luna se reflejaba sobre ella, mil ojos diminutos que observaban nuestra procesión, titilando y parpadeando a medida que nos movíamos. Me pregunté qué más habría presenciado el agua silenciosa esta noche y qué otros secretos estaría guardando. ¿De cuántos otros crímenes habría sido cómplice al engullir los cuerpos por completo?

7

UN ASESINATO DE LO MÁS BRUTAL

CAMAROTE DE AUDREY ROSE

RMS ETRURIA

2 DE ENERO DE 1889

Thomas me dejó en mis aposentos con la promesa de regresar en breve para que nos dirigiéramos a realizar la autopsia. Cuando entré en mi habitación, encontré a Liza tumbada en mi cama, la nariz metida en uno de mis libros forenses.

—No te tomes esto a mal, querida prima, pero ¿cómo lo haces para dormir de noche? —preguntó, señalando una disección un tanto gráfica—. Esto es demasiado repugnante para leer antes de dormir.

—Liza... ¿qué haces...?

—En serio —insistió, enarcando las cejas y leyendo el título—. «¿Análisis de caso de armas contundentes y golpes?». —Hojeó el libro y se detuvo en las páginas que tenían ilustraciones—. Es macabro, prima. Incluso para ti. ¿Esos son los intestinos de alguien? —Hizo un gesto de meterse el dedo en la boca y hacer una arcada.

—Tu madre se encuentra terriblemente desesperada —dije, sin emitir comentarios sobre mis lecturas habituales antes de dormir, aunque me había impresionado su conocimiento de anatomía—. Ella y Padre han hecho circular rumores de que estás enferma. Creo que todos creen que te estás recuperando en Thornbriar. Aunque mi padre cree que puedes estar *muerta*.

—Al menos podrían haber pensado en algo un poquito más romántico. —Liza hizo una mueca—. La propiedad campestre de tu padre es magnífica, pero es una historia aburrida. Debería escribirle a Madre y ofrecerle algunas sugerencias propias. —Alzó el as de tréboles de mi mesilla de noche—. ¿Sabías que los cuatro palos también están asociados con elementos?

—No.

Sonrió, una clase de sonrisa extraña y pícara que me hizo creer que estaba a punto de ofrecerme algo especialmente jugoso.

—Harry tiene un talento magnífico para crear historias maravillosas. Lo juro, hace que las cosas más corrientes parezcan extraordinarias. Asegura que existe un gran poder en cómo se venden las cosas. ¿Por qué decir perfume cuando se lo puede llamar «neblina del amor»?

—¿Harry? —Me senté en la cama junto a mi prima y jugueteé con los pliegues de mi falda—. Hablando de eso... ¿qué te poseyó, en el nombre de la reina, para que escaparas con un hombre que apenas conoces? Espero que no te haya contado una historia demasiado buena para ser verdad.

—La mayoría de las historias son muy buenas para ser verdad. Eso es lo que las vuelve encantadoras.

—Y peligrosas —murmuré.

Liza apoyó la carta, se inclinó hacia mí y apoyó la cabeza sobre mi hombro como solía hacer cuando éramos niñas y jugábamos en los jardines de Thornbriar.

—Tengo tanto por lo que estar agradecida, tantas oportunidades que otros ni siquiera se imaginarían y, sin embargo, cada vez que me probaba un vestido nuevo para mi baile de debut, sentía como si me estuvieran estrangulando. Estaba viviendo la vida, pero no disfrutándola. Me vestía con sedas, pero bien podría haber estado cubierta de espinas.

Suspiré. Era un sentimiento que conocía demasiado bien.

Se acurrucó más cerca de mí, y su voz se entrecortó.

—¿Nunca has querido ser alguien más? Aunque fuera solo durante un instante. O tal vez no alguien más, tal vez deseabas ser tu *verdadero* yo. Vivir exactamente como quisieras sin temer las consecuencias ni los prejuicios. Sé que este quizás sea un error terrible, una ilusión más compleja que las de este carnaval, pero por primera vez soy la dueña de mi destino. Siento como si me hubieran liberado de una jaula y finalmente pudiera volver a respirar. ¿Cómo podría renunciar a esta libertad?

La culpa hundió sus dientes torcidos en mí. Sabía exactamente qué se sentía al estar encadenada a las expectativas que los demás depositaban sobre mí. Todos merecían vivir con libertad y siendo auténticos consigo mismos. Un derecho básico no debería ser un lujo. Rodeé a mi prima con el brazo y apoyé mi cabeza sobre la de ella.

—Así que... hágame sobre el Rey de las Cartas. Quiero escuchar todos los detalles mientras me preparo para la autopsia.

—Bueno, entonces creo que debería comenzar por el principio.

Pude percibir la alegría en la voz de mi prima mientras recitaba todas las maneras en las que el señor Harry Houdini había hecho que su buen juicio desapareciera. Me sentí emocionada por ella, aunque la preocupación me carcomía de manera desagradable cuanto más hablaba. No compartía sus sentimientos por un hombre que podría arruinarla en un abrir y cerrar de ojos, en especial porque no le había hecho una propuesta de matrimonio. Parecía que Houdini no tenía nada que perder, y mi prima tenía mucho a lo que renunciar. Intenté deshacerme de mi inquietud, ya que quería mostrarme tan comprensiva como ella lo era conmigo. No dejó de hablar hasta que llegó Thomas, y en ese momento me prometió terminar su relato una vez que yo hubiera regresado.

Hice el ademán de retirarme, pero luego me giré.

—Me alegra tenerte de vuelta.

—Por supuesto, tonta. Apuesto a que la vida era completamente sosa sin mí. Ahora, vete. — Sonrió, y levantó mi libro de anatomía como si tuviera la intención de seguir estudiándolo—. No me iré a ninguna parte.

Me dirigí hacia la puerta, y luego me quedé paralizada.

—¿Liza? ¿Acaso has notado si algún miembro de la compañía del carnaval ha estado comportándose de manera extraña?

—No estarás insinuando que uno de mis amigos nuevos es el culpable de estas atrocidades, ¿no es así? —Se sentó más derecha, los ojos entrecerrados—. No. No he escuchado ni visto nada excepto su propio terror.

—No ha sido mi intención...

—Ve a resolver este misterio espeluznante por el bien de todos. Te prometo que estaré aquí para cuando vuelvas.

Hizo un juramento sobre su corazón, y deseé que de verdad cumpliera con su palabra.

• • •

No pude evitar pensar que la luz que teníamos sobre nuestra tabla de autopsias improvisada emitía un sonido parecido al de una abeja agonizante. El leve zumbido y el parpadeo de la luz no ayudaron en nada a mejorar mi ánimo mientras Tío retiraba la sábana y dejaba al descubierto a la víctima.

Observé su pelo del color del trigo, la expresión pacífica de su cara. Era difícil imaginar que había muerto de una forma tan violenta, hasta que mi mirada se posó más abajo. Había un total de catorce heridas en su cuerpo, dos en cada brazo, dos en cada pierna y diez en el torso. Heridas de entrada y salida de las espadas. Quería cerrar los ojos, pero esconderme no cambiaría nada. Ella aún estaría muerta y yo todavía necesitaría encontrar cualquier pista que pudiera conducir a descubrir el motivo. Me estremecí un poco y recordé cómo su muerte había sido escenificada como si fuera un carta del tarot.

—Comienza el examen, Audrey Rose. —Tío ya había terminado de lavarse las manos y le entregó a Thomas un cuaderno y una pluma—. Esta vez, empieza con las heridas, por favor.

—Sí, señor. —Me aclaré la garganta y luego caminé alrededor del cuerpo, observándolo—. La piel que rodea sus tobillos tiene una leve abrasión, aunque no hay ningún indicio de quemadura por cuerda. Si la hubiera habido, eso hubiera indicado que había estado viva y luchando contra sus ataduras. Al no estar presente, es probable que no haya luchado y, por lo tanto, que ya hubiera estado muerta.

—Bien. ¿Qué más?

Volví a observar su cara, mordiéndome el labio. Tenía una expresión demasiado tranquila. Sus ojos estaban delineados con kohl, pero no tenía la pintura borroneada. Era raro que una persona que había sido asesinada de una forma aberrante no hubiera derramado lágrimas. Señalé esa pista.

—El kohl de la víctima se encuentra perfectamente intacto —señalé—. O el perpetrador se lo aplicó después de la muerte, lo cual me parece improbable, o quizás encontremos un elixir en su organismo. Dudo que esta mujer estuviera consciente cuando la atacaron.

—Brillante. —Thomas levantó la mirada de sus notas y me observó—. Sus uñas también se encuentran intactas. No hay signos de heridas defensivas.

—Lo cual también explica por qué no gritó —indiqué, basándonos en nuestra examinación—. O ya estaba muerta, o se encontraba incapacitada cuando la colgaron boca abajo.

Tío se inclinó sobre una de las heridas.

—Creo que los hechos concuerdan con esa teoría. Mirad los cortes. ¿Qué nos indican?

Me acerqué a mi tío y me incliné para observar mejor. Al principio no estaba segura... eran unos cortes horribles, pero luego me di cuenta. Había sangre, pero no magulladuras.

—Es probable que le hayan clavado las espadas *después* de su muerte.

—Muy bien. ¿Causa de la muerte?

Dejé de ver a una joven muerta. Delante de mí yacía un acertijo que esperaba una respuesta. Le abrí los párpados.

—No hay petequias. No hay hematomas en el cuello. —Caminé alrededor de la mesa—. Con seguridad no la estrangularon. Hasta que no la abramos, me temo que no podemos estar seguros de la causa de la muerte. Sin embargo, dada la ausencia de otras lesiones, quizás podamos estar frente a un envenenamiento.

Thomas se puso de pie de manera abrupta, dejó caer su cuaderno y levantó el brazo de la víctima. Lo observó de cerca y luego lo volvió a bajar, con el rostro serio.

—Parece como si le hubieran aplicado una inyección. O le hubieran hecho una sangría. Mirad aquí. Una pequeña jeringa podría haber dejado esa marca.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—Sabemos que hay al menos un doctor a bordo de este barco.

—Uno que tenía una conexión con nuestra primera víctima —agregó Thomas—. Y no estaba para nada dispuesto a que nos acercáramos a su próximo paciente.

—El doctor Arden admitió haberle suministrado un elixir al primer magistrado Prescott. —Me invadió una sensación creciente de temor—. Y ninguno de los dos Prescott estuvo presente en el salón comedor. —Yo había imaginado que habían escogido permanecer en sus aposentos, llorando a su hija. Pero ¿y si no habían podido salir?—. Sé que él dijo que no asistiría, pero ¿alguno de vosotros ha visto al doctor Arden durante el espectáculo de esta noche?

Tío sacudió la cabeza.

—Yo no lo vi. Y el primer magistrado Prescott no ha abierto la puerta cuando lo he visitado antes de la cena. De hecho, la habitación parecía como si estuviera vacía. No se escuchaba ningún movimiento. Lo cual me resulta raro si es que los dos estaban allí como habían asegurado.

—Muy bien, entonces... —Thomas agarró nuestros abrigos—... vamos de inmediato a averiguar dónde se encuentran. Iremos a buscar al capitán de camino.

—No es necesario. —El capitán Norwood se apoyó contra el marco de la puerta, y su rostro parecía más cansado de lo que había estado la última vez que lo había visto—. He venido a darles la noticia yo mismo.

Cubrí el cadáver con la sábana con el deseo de brindarle a ella tanto respeto como me fuera posible. El capitán desvió la mirada del cuerpo y pareció algo descompuesto.

—Mi tripulación ha recorrido cada camarote de primera clase con la esperanza de encontrar a un testigo. Pero...

—Creemos haber encontrado al responsable, señor —informé, no quería perder el tiempo. Necesitábamos ver cómo se encontraban los Prescott y esperábamos que no fuera demasiado tarde—. Usted tiene que localizar y detener al doctor Arden de inmediato. Lo vieron por última vez en...

—Discúlpenme, señorita Wadsworth —interrumpió—, pero me temo que todos ustedes están equivocados. —Volví a echar un vistazo al cuerpo y tragó saliva con fuerza—. Verán... hablamos con todos... y la señorita Arden, la hija del doctor, ha desaparecido. —Sacó una fotografía del bolsillo de su abrigo y la sostuvo para que la viéramos. Yo retrocedí, y el estómago me dio un vuelco—. Esta es la joven que se encuentra sobre su mesa de examen, ¿no es así?

Contemplé la fotografía en silencio, y mi mente lentamente asimiló la información nueva y lo que significaba para nuestro caso. Si la hija del doctor Arden era nuestra víctima, y si no existía conflicto entre ambos, entonces eso lo eliminaba como sospechoso. Teníamos que comenzar de nuevo, y la tarea parecía abrumadora.

—Pero esto no es todo lo que usted ha averiguado, ¿verdad? —Tío hizo un gesto hacia otro papel que sobresalía del bolsillo del abrigo del capitán.

—Por desgracia no. —Norwood suspiró y sujetó la nota—. Otra familia está exigiendo que investiguemos la desaparición de su hija. Les tengo que pedir que me acompañen de inmediato.

Mis rodillas cedieron. Tan pronto... la posibilidad de que apareciera otro cadáver. Thomas me miró a los ojos. No fue necesario que pronunciara ni una sola palabra; dos cuerpos y la posibilidad de un tercero en tan solo dos días. Nos estábamos enfrentando a otro asesino en serie. Uno que empezaba a perpetrar sus actos oscuros.

• • •

Una tela carmesí estaba derramada como sangre fresca sobre el suelo del camarote de primera clase de la señorita Crenshaw, una herida discordante en unos aposentos que, de otra manera, hubieran estado impecables. Me coloqué en medio del caos, las manos sobre las caderas, estudiando las sedas como imaginé que Thomas lo estaría haciendo junto a mí, intentando discernir el orden del caos. Era una tarea monumental, en especial dado que yo era demasiado consciente de la necesidad de mantener la discreción mientras las miradas de sus padres me perforaban la espalda. No necesitaba poseer las asombrosas habilidades de deducción de Thomas para saber que ellos no se verían complacidos con mi conclusión.

Sin embargo, el destino de la señorita Crenshaw parecía ser mucho mejor del que yo había imaginado en un principio. Observé el vestido arrugado hasta el cansancio, esperando encontrar alguna pista de dónde se encontraría su dueña. Una pista que no provocaría desmayos o escándalos. Lord Crenshaw era una figura popular, y sabía que la reputación de su familia y su buen nombre eran de suma importancia.

Me volví a concentrar en el vestido. La tela era muy bonita, una de las más elegantes de toda Europa, por lo que podía observar. La única conclusión a la que llegué fue que era una horrible desgracia que estuviera tirada sobre el suelo de una forma tan desdeñosa.

Quizás la señorita Crenshaw tuviera una personalidad descuidada, pero eso no significaba que hubiera sido asesinada. Si no estábamos lidiando con algo macabro, entonces eso indicaba que ella había escapado... y las mujeres jóvenes y solteras en general no lo hacían solas. Un vistazo a sus padres bastó para que me preguntara qué opción preferirían que fuera cierta. Un escándalo de esta naturaleza era una muerte en sí misma.

Dos copas de champán estaban apoyadas sobre la mesilla de noche junto con una porción de pastel de chocolate a medio terminar, lo que aumentó mis sospechas de que ella no había estado sola.

Miré a mi tío, pero él estaba ocupado en observar cómo los miembros de la tripulación registraban la habitación para asegurarse de que no alteraran cualquier posible pista forense. Después del anterior descubrimiento del cuerpo de la hija del doctor Arden, todos caminaban por el filo del bistrú.

Miré con los ojos entrecerrados hacia el ojo de buey y recordé el constante ir y venir de las personas que habían trabajado en los muelles antes de zarpar el día anterior. Sería un lugar ideal para perderse en la multitud.

—¿Ustedes aseguran que su hija ha estado desaparecida desde ayer? ¿Antes de que el barco zarpara? —Asintieron—. ¿Han interrogado a su dama de compañía? —Toqué el vestido con la punta de mis propios zapatos de seda bordados—. Alguien tiene que haberla ayudado a quitarse este vestido. El corsé es muy intrincado. Observen las varillas de la espalda, no hay forma de que ella se lo haya quitado sola.

Thomas enarcó sus cejas oscuras a modo de aprobación, pero no emitió ningún comentario. Lo observé de reojo y noté la sonrisa que estaba conteniendo, y me pregunté si yo había ignorado algo que lo había divertido.

—Con seguridad esto no indica que se haya cometido un acto criminal —dijo lord Crenshaw. Noté que no había respondido a mi pregunta. Desvié la atención de su llamativo bigote blanco—. Quizás nuestra hija esté visitando a otro pasajero. O quizás cambió de opinión y volvió a Londres

antes de zarpar.

Dispuesto a aferrarse a cualquier teoría que resguardara la reputación de su barco, el capitán Norwood estuvo de acuerdo de inmediato.

—Puedo decir con toda autoridad que no sería la primera vez que un pasajero decide desembarcar. Los viajes marítimos pueden resultar algo abrumadores para algunas personas.

—Sí —asintió lord Crenshaw, parecía esperanzado—. Ese probablemente sea el caso. Elizabeth tiene terror al agua. Quizás no quería hacer una escena y volvió a casa. Ayer por la mañana mencionó lo nerviosa que se encontraba. Y esa fue la última vez que la vimos.

—¿Alguien la habrá acompañado? ¿Una carabina? —pregunté al ver la duda en la cara de lady Crenshaw. Era una historia agradable, pero la mayoría de los cuentos de hadas tienen un lado oscuro, en especial en lo que se refiere al destino de una princesa—. ¿Un sirviente o criada?

—Yo... yo no creo que haya desaparecido alguien más —agregó lady Crenshaw—. Pero Elizabeth no... ella es una joven muy buena. Probablemente no deseaba fastidiarnos el viaje. No es como si ella fuera una mujerzuela de clase baja.

Contuve mi respuesta inmediata, la cara me ardía. Si *ella* fuera un *él*, dudaba que se lo llamara así. Y su posición no se relacionaba con el asunto en cuestión. Muchas familias de menor renombre tenían más clase de la que lady Crenshaw acababa de mostrar.

—¿Han notado si falta algo de valor? —pregunté—. Joyas, algún objeto...

Lady Crenshaw sacudió la cabeza.

—Solo un anillo de esmeraldas. Pero Elizabeth nunca se lo quita.

—¿Están seguros de que eso es todo? —insistí.

—No he hecho que nadie registre sus cosas. —Lady Crenshaw abrió el joyero, lo revisó y luego frunció el ceño—. También falta un collar de perlas. Sin embargo, no estoy segura de que eso tenga algo que ver con su desaparición.

Thomas se mordió el labio inferior, una señal de que estaba teniendo un conflicto interno.

—¿Estaba sola? Veo dos copas de champán, una de las cuales tiene carmín, y la otra no —indicó—. Otra conclusión evidente sería que a ella la desvistió su amante después de haber bebido algunas copas.

Todos en la habitación contuvieron la respiración. Yo puse los ojos en blanco y me pregunté qué había hecho yo para provocar la ira de algún poder superior que pudiera existir. Ese comentario era lo único que se suponía que todos *pensábamos*, pero que no debíamos *mencionar*. Incluso Tío se puso tenso.

—Eso explicaría la pila descuidada de ropa —agregó Thomas, imperturbable frente al silencio repentino—, las sábanas arrugadas y la posterior ausencia de la señorita Crenshaw. Quizás haya escapado con alguien y no quiso confesárselo a sus padres. Si tuviera que adivinar, diría que era alguien de menor posición social. Lo que resultaba mucho más probable después de observar esa mancha oscura sobre la funda de su almohada. Al parecer, alguien que trabajaba con las manos las apoyó allí. También se observa en el cristal.

—¿Cómo se atreve! —exclamó lord Crenshaw con el rostro sonrojándose más con cada segundo que pasaba. Me pregunté qué lo había ofendido más: la idea de que la señorita Crenshaw hubiera escapado o que posiblemente lo hubiera hecho con alguien de menor clase—. Nuestra hija no haría tal cosa... la mera idea de *sugerir* esa clase de comportamiento indecente es...

—No pierdas la compostura, querido. —Lady Crenshaw apoyó una mano sobre el brazo de su marido—. Dejemos que ellos se encarguen de esto y retirémonos a dormir. Elizabeth se encuentra en nuestro hogar en Londres. Le escribiremos cuando estemos en Nueva York en una semana. Esto

ha sido todo un malentendido.

Lord Crenshaw le hizo un gesto con frialdad al capitán y le dedicó a Thomas una mirada fulminante antes de abandonar la habitación. Una vez que se retiraron, volví a analizar el camarote. No había ningún signo de lucha y ninguna salpicadura de sangre. A juzgar por el vestido que había sobre el suelo, dudé que un asesino hubiera pasado tiempo limpiando la sangre de las paredes y hubiera dejado la cama y el vestido desaliñados. En especial teniendo en cuenta la naturaleza teatral del último cadáver que habíamos encontrado. Aunque la segunda copa de champán era un detalle inquietante. Uno que no encajaba.

Era probable que, tal como había sugerido Thomas, la joven hubiera elegido un camino diferente. Después de haber pasado la última media hora con sus padres, yo hubiera afirmado que era hora de que escapara. Una hora más con ellos y yo hubiera hecho lo mismo.

Tío se asomó al baño, echó un vistazo y luego empujó sus gafas por el puente de su nariz.

—Todo parece en orden, capitán. Teniendo en cuenta esta inspección preliminar, no creo que haya intenciones maliciosas en juego. Al parecer, todo esto se trata de una joven que quizás sea un poco... —Sus ojos se dirigieron a los míos—... vivaz para los gustos de su familia.

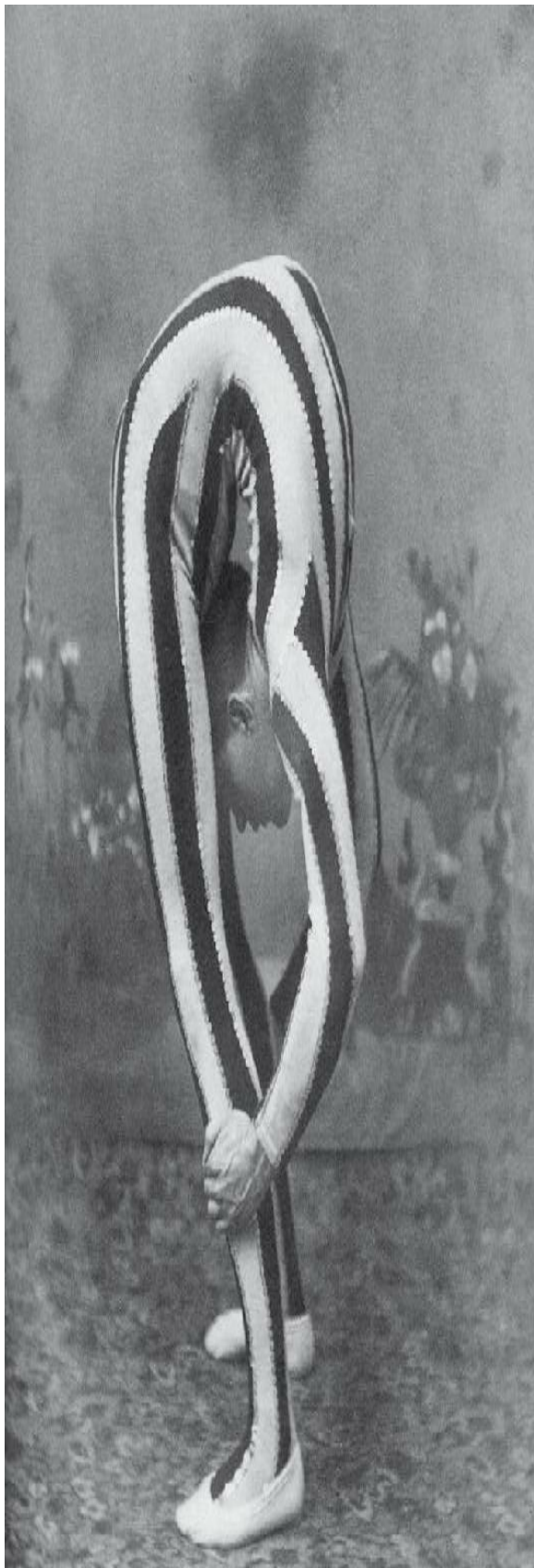
El capitán Norwood se relajó visiblemente del alivio. Si aparecía un cadáver más esta noche, imaginé que remaría por su cuenta de regreso a Inglaterra.

—Muy bien, entonces. Lo que queda de este viaje *debe* transcurrir en paz. Hay muchas expectativas depositadas en este barco y en mí. —Exhaló—. Vamos. Los acompañaré a los tres a sus camarotes. ¿Han tenido tiempo de visitar las velas auxiliares? —Apoyó una mano sobre el hombro de Tío y lo guio hacia la cubierta de paseo—. Son realmente increíbles. Cuando lo impulsan las chimeneas de vapor, este barco puede cortar el océano como si fuera un jamón de Navidad.

—Qué festivo —murmuró Thomas mientras intentábamos alcanzarlos caminando a sus espaldas—. Un transatlántico que se asemeja a un cuchillo cortando carne curada. Si eso no indica lujos, nada lo hace.

Eché un vistazo más al camarote, pero no vi nada fuera de lo común. Aun sí, mi estómago se retorció un poco. Lo ignoré. No habían asesinado a una tercera mujer durante la segunda noche a bordo de este barco. Eso era, afortunadamente, algo demasiado terrible, incluso para el asesino que había atravesado un cuerpo con siete espadas y había montado la escena para que se asemejara a un carta de tarot.

Thomas me ofreció el brazo y yo lo acepté, y luego dejamos atrás el camarote vacío, aunque la preocupación se abrió camino en mí como una astilla y permaneció justo debajo de la superficie.





Contorsionista victoriano

8

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

CAMAROTE DE TÍO JONATHAN

RMS ETRURIA

3 DE ENERO DE 1889

Liza se cruzó de brazos, su expresión cuidadosamente controlada. Si esto fuera una partida de ajedrez, parecía decidida a ganar. Aunque un vistazo a Tío dejaba en evidencia que él tenía la misma determinación. Los Wadsworth eran una familia terca. Este duelo podría llegar a extenderse durante horas.

—No puedo echarme atrás en la presentación de esta noche —dijo ella—. Hemos estado ensayando toda la semana. Sería de mala educación retirar mi palabra después de haberme comprometido.

—¿Tu *palabra*? —Tío tomó una respiración profunda como si estuviera evitando estallar como un fuego artificial—. Si por tu «palabra» te refieres a acceder a ayudar a un joven después de haberte escapado, posiblemente destruido nuestro buen nombre y casi destrozado el corazón de tu madre, entonces discúlpame si no consigo ver el honor en tus acciones. O le envías una nota a este Houdini o te encerraré en tu camarote hasta que lleguemos a Nueva York. Tal como están las cosas, tendremos que dar la vuelta para poder acompañarte de regreso a Londres. No agraves la situación para ti faltándome más el respeto.

Liza me lanzó una mirada de súplica, pero no había nada que yo pudiera hacer. Cuando batió las pestañas, cedí. Me volví hacia Tío con la esperanza de encontrar un hilo de razón del cual tirar.

—Señor, ¿podría decir algo?

Enarcó las cejas.

—Audrey Rose, te aconsejaría no probar mi paciencia, o de lo contrario terminarás siguiendo el destino de tu prima, encerrada en tus aposentos.

Dejé escapar un suspiro, sintiendo como si estuviera caminando por una cuerda floja mientras probaba el humor nefasto de Tío. Un pequeño paso en falso y la libertad que tanto me había costado conseguir se evaporaría.

—Lo comprendo, señor. Yo... lo que quería decir es... los artistas llevan antifaces.

—Una observación muy astuta.

Apreté los dientes. Enfadarme con Tío no resultaría beneficioso para mí ni para Liza. Aunque me daría una satisfacción inmensa.

—El hecho es que, si tienes la gentileza de permitirle a Liza completar su actuación de esta noche, nadie se daría cuenta. Su identidad permanecería a salvo, junto con el nombre de nuestra familia. —Abrió la boca para discutir, pero lo interrumpí con lo que esperaba que fuera la jugada ganadora—. Después ella prometerá no volver a pisar nunca el escenario. ¿No es así, Liza?

Mi prima me lanzó una mirada de incredulidad, como si la hubiera traicionado después de

salvarla. La seguí mirando con firmeza hasta que por fin suspiró.

—Te lo prometo. Después de esta noche, no aceptaré más actuaciones. Solo terminaré con esta presentación con la que me he comprometido.

Tío caminó de un lado al otro por el pequeño camarote y luego se detuvo para mirar por el ojo de buey.

—¿Hace falta que os recuerde a las dos que han asesinado a dos jóvenes en este viaje? —Liza y yo intercambiamos miradas—. Y ahora me pedís que apruebe un comportamiento imprudente. ¿Acaso eso os parece sabio a alguna de las dos? —Nos volvió a encarar, las manos entrelazadas detrás de la espalda—. Después de la presentación de esta noche, obedecerás cada una de las reglas que yo dicte hasta que volvamos a Londres. ¿Estamos de acuerdo?

Liza asintió lentamente, los ojos fijos en sus zapatos incrustados de gemas.

—Sí, señor.

—Dejemos esto perfectamente claro —continuó Tío—, si en algún momento piensas hacer algo que no debes, recomendaré que pases el resto de tus días en el asilo para jovencitas. Tengo la sensación de que tu madre aprobará cualquier diagnóstico que te hagan.

Sentí cómo el color abandonaba mi cara. Era uno de los peores castigos que alguna vez había escuchado, en especial por parte de Tío. Le eché un vistazo a mi prima, pero ella pareció más aliviada que perturbada. Al parecer, el sermón no había terminado. Tío se dirigió a mí.

—Te haré responsable a ti de cualquier cosa que pueda suceder —advirtió. Lo miré a los ojos, aunque deseaba hundirme en el suelo—. Os sugiero que las dos os retiréis de mi vista antes de que cambie de opinión.

Agarré la mano de Liza, y obedecimos con rapidez. Una vez que estuvimos en la cubierta de paseo, ella me sujetó de la otra mano y me hizo girar.

—¡Eso ha sido brillante! No puedo creer que te haya escuchado. ¡Debo aprender tus secretos! Estaba casi convencida de que nos encerraría a las dos allí mismo.

Con gentileza me liberé de las manos de Liza y miré hacia el océano. Era la primera mañana soleada que habíamos tenido y la luz se volvía casi cegadora cuando rebotaba contra las olas.

—Liza... —Pasé una mano enguantada sobre mi rostro—. Quizás deberías cancelar tu presentación. Tío es impulsivo, pero tiene razón. Han asesinado a dos jóvenes. Y yo... bueno, para ser completamente sincera, me preocupa que alguien del carnaval sea el responsable. ¿Quién más montaría un crimen imitando una carta de tarot?

Liza me observó durante un instante, y luego extendió los brazos y me abrazó.

—Te preocupas demasiado, prima. Y creo... bueno, sé que si conocieras a los otros artistas no sospecharías de ellos. Son muy agradables. —Dio un paso atrás, todavía sosteniéndome de los hombros. Su cara se iluminó como si el sol la estuviera bañando en oro—. Tengo la solución perfecta. ¡Debes conocerlos! Ven. Los saludaremos y lo verás por ti misma. Son inofensivos.

—No creo que... —Contemplé la expresión de esperanza en la cara de mi prima y me rendí—. Muy bien. Preséntame a tus nuevos amigos.

• • •

Mi mirada viajó incesantemente alrededor del espacio caótico. El capitán Norwood le había otorgado al carnaval una bodega de carga vacía, y ellos estaban utilizando cada resquicio de ella. Las mujeres hacían equilibrio en cuerdas, los payasos practicaban saltando sobre barriles y tambores, una joven de aproximadamente nuestra edad estaba cubierta de tatuajes de animales,

mayormente de leones y tigres similares a los que estaba haciendo saltar por aros. Una mujer tomó una bola de fuego y se la tragó como si fuera un panecillo. Dejó escapar una exclamación.

—¿Quién, en el nombre de la reina, es...?

—Anishaa, As de Bastos. El acto de cada artista se basa en la carta de tarot que representan. — Liza observó cómo la mujer se tragaba otra vara en llamas—. La joven del trapecio es Cassiopeia. La llamamos la Emperatriz. Es la favorita de Mephistopheles y es muy engreída.

Ante la mención de su nombre, lo busqué de forma disimulada, curiosa por saber cómo serían sus ensayos. Imaginé que solo se pavonearía y caminaría con el pecho inflado.

—Él no se encuentra aquí —agregó Liza con las cejas enarcadas—. Pasa su tiempo encerrado en un camarote trabajando en sus invenciones mecánicas.

—Ah. —Volví la mirada a Cassiopeia. Dio una voltereta de un trapecio a otro, rodando con gracia por el aire como si fuera un cometa. Su pelo caía en largas capas plateadas, lo que acentuaba su apariencia etérea. Era deslumbrante. Observé cómo las demás artistas aéreas se dejaban caer de cuerdas y luego volvían a subirlas. Parecía como si la gravedad estuviera bajo su hechizo tanto como lo estaba yo.

—¿Cómo manipulan las cuerdas y sedas?

—Peso corporal y mucha práctica. No dejes que sus estaturas bajas te engañen —agregó Liza—. Son más fuertes que la mayoría de los hombres.

Un hombre vestido con un leotardo rayado blanco y negro llevó su brazo alrededor de la cabeza y lo extendió recto sobre su hombro. Me quedé paralizada, con el corazón latiendo a toda velocidad, mientras observaba sus movimientos.

—¡Se ha dislocado el hombro! —le susurré a Liza. El contorsionista hizo el mismo movimiento con el lado opuesto y luego se sentó y se convirtió en un pretzel. Mi boca se contrajo de manera involuntaria—. Eso no puede ser bueno para su salud. El desgaste de sus ligamentos...

Miré a Liza, quien se mostró divertida y sacudió la cabeza.

—Ese es Sebastián Cruz. Sus actuaciones son muy populares. —Se me acercó—. He escuchado que hace buen uso de su talento, se esconde en baúles cuando los maridos ingenuos llegan a casa.

Le propiné una palmadita en el brazo.

—Eso es horrible.

—Horriblemente escandaloso. —Sonrió Liza—. Se rumorea que ha tenido inconvenientes en el barco. Por esa razón se lo llama el Hierofante, debe tener el visto bueno de Dios para escapar de tales aprietos profanos todo el tiempo.

Lo observé algunos instantes más, fascinada por cómo contorsionaba su cuerpo. Me asaltó un pensamiento.

—¿Dónde se encuentra tu Houdini?

—Es probable que esté con Mephistopheles —suspiró Liza—. Los dos siempre están juntos, planeando nuevas formas de sorprender a la audiencia. Te buscaré esta noche para que lo conozcas después del espectáculo.

A menos que ocurriera otro asesinato. En cuyo caso conocería a una nueva víctima. Ese pensamiento hizo que se desvaneciera el hechizo del ensayo del carnaval. Ahora, mientras echaba un vistazo a mi alrededor, los artistas hicieron que la piel me cosquilleara como si me estuvieran recorriendo gusanos de cementerio. Incluso aunque no estuvieran delante de una audiencia, todos llevaban antifaces, lo que les permitía esconderse tanto del mundo como de los demás artistas. En un extremo había un gran tablero que tenía círculos concéntricos, y unos petardos estallaban mientras el tablero giraba en el sitio. Jian Yu arrojó una daga tras otra hacia el centro del blanco, y

la última daga se hundió en la empuñadura de la daga anterior. Un escalofrío se deslizó debajo de mi vestimenta.

—¿Quién es el hombre que está junto a Jian? —pregunté, y lo observé retirar las dagas y tambalearse hacia atrás—. ¿Es un ayudante?

—Dios, no. Ese es Andreas, el Loco.

Resoplé.

—Hubiera imaginado que ese era el nombre escénico de Mephistopheles.

—En serio, prima. Mephistopheles no es tan malo como tú crees. Es el Mago, naturalmente. Y es uno de los mejores que he visto. Harry lo admira y constantemente parlotea sobre su inteligencia. La forma con la que utiliza la ciencia y las matemáticas es increíblemente innovadora. Si le dieras una oportunidad, quizás incluso te gustaría.

Me contuve y evité poner los ojos en blanco. Parecía como si todos estuvieran convencidos de que el maestro de ceremonias no podía obrar ningún mal. Si bien me intrigaba su ciencia, no deseaba dejarlo entrever. Hice un gesto hacia Andreas.

—¿Por qué lo llaman el Loco?

—Asegura tener un espejo mágico que predice el futuro romántico de las personas. —Sacudió la cabeza—. Lo triste es que de verdad cree que funciona. Me he sentado en una de sus lecturas y hasta ahora no me ha informado de quién será mi futuro marido. Lo único que veo es mi imagen distorsionada y una cantidad indecente de telarañas. ¡En todo caso es un espejo embrujado!

—Si no es bueno, ¿por qué Mephistopheles sigue contratándolo?

Liza me miró como si hubiera dicho algo particularmente tonto.

—Es increíble en el espectáculo de la clarividencia. Su tienda es una de las más populares, enciende incienso, habla con un misterioso y oscuro acento bávaro. Además... —Me propinó un empujoncito en las costillas—, es muy interesante de observar. No es exactamente apuesto, pero sí llamativo de alguna manera.

—¿Y qué...?

—Ella no debería estar aquí. —Liza y yo nos giramos a la vez, y nos encontramos frente a una inmensa silueta ataviada con una armadura. Levanté la mirada y tragué saliva con dificultad. La mirada de furia de Jian viajó desde mí hasta Liza—. Y tú aún no perteneces aquí.

—No te enfades tanto, Jian. No te favorece. —Mi prima simplemente puso los ojos en blanco—. Ella no es cualquiera, es mi prima. La señorita Wadsworth. Es la hija de un lord, así que deberías tratarla con una pizca de respeto.

Jian me apuntó con una de sus espadas, las manos repletas de cicatrices de los ensayos que debieron haber salido mal.

—No debería estar aquí, *señorita*.

La cara de Liza se volvió casi escarlata, pero antes de que pudiera estallar de ira, sonreí con educación.

—Fue muy agradable conocerlo, señor Yu. Su habilidad con las espadas es impresionante, debe practicar con mucha frecuencia.

Sus labios se contrajeron con lo que imaginé que sería un intento de sonreír, pero pareció más una mueca burlona.

—Algunas veces utilizo blancos móviles. Hace que los ensayos sean más interesantes.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Alguna vez ha cometido algún error con blancos vivos?

—Una sola vez.

Sin explicar mucho más, se fue de regreso al tablero estático y arrojó una daga tras otra contra la madera. Andreas se echó hacia atrás mientras las astillas salían volando. Era necesaria una cantidad increíble de fuerza para causar esa clase de daño; la misma clase de fuerza que era necesaria para clavar siete espadas en un cuerpo y colgarlo boca abajo.

—Lamento atrocemente su actitud —dijo Liza mientras dejábamos atrás el círculo de ensayos—. Los artistas se vuelven un poco susceptibles con respecto a los desconocidos.

—Tú no eres una desconocida —señalé—. Y él no ha sido muy agradable contigo.

—Una vez que los acepte como mi sangre, nuestra unión se volverá inquebrantable —comentó Liza, y sonó como si estuviera citando un extraño manual carnavalesco—. Pero ni un minuto antes.



EL FENÓMENO MÁS IMPACTANTE DE EUROPA.

HOUDINI

EL REY MUNDIAL DE LAS ESPOSAS Y DEL ESCAPISMO.



NADA EN EL MUNDO PUEDE
MANTENER PRISIONERO A

HOUDINI



Póster publicitario de Houdini

9

REY DE LAS ESPOSAS

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

3 DE ENERO DE 1889

El escenario de esta noche estaba adornado de plata y gris, como si la luz de la luna estuviera filtrándose por las rendijas del casco del barco y se reflejara sobre cristales rotos o, en este caso, sobre decantadores de cristal y pasajeros enojados. Los comensales hicieron una pausa y observaron a los artistas de la función previa mientras se deslizaban por el salón caminando en zancos. Sus movimientos eran gráciles de manera sorprendente a pesar de los postes largos sobre los que estaban de pie.

Cada parte de sus disfraces era plateada, desde sus antifaces hasta sus zapatos cubiertos de lentejuelas. Unos jirones de tul colgaban de ellos y se movían de manera etérea cada vez que daban pasos en sus falsas piernas altas. De hecho, los zancos sobre los que hacían equilibrio parecían espadas. Eran piezas bellas y resplandecían como un filo, hojas listas para caer en cualquier momento y apuñalar a quienes menos lo esperaran.

Mientras mi tío y la señora Harvey hablaban cordialmente en la cena, yo observaba los giros de los bastones, hipnotizada por las cintas plateadas y blancas que atravesaban el aire. La creación de los disfraces, sin duda, había requerido un extraordinario esfuerzo de trabajo y habilidad, y me pregunté quién habría confeccionado unos trajes tan elegantes. Esa misma persona podría trabajar para la reina, aunque supuse que trabajaba para una realeza diferente.

—Te pareces a alguien que está pensando en coser cuerpos abiertos. —Thomas me dedicó una sonrisa por encima de su entrante de pato asado cuando lo miré. Era inquietante lo bien que me conocía a veces. Levantó su copa—. Deberíamos brindar por eso. Este champán es exquisito, las burbujas suben directas a la cabeza. No te preocupes —agregó con un guiño—. Me aseguraré de acompañarte a bailar sobre la mesa después de que hayas bebido algunas copas.

—Mi cómplice para el desenfreno —respondí, e hice chocar nuestras copas—. Soy una mujer afortunada.

Thomas pareció muy satisfecho con mi declaración.

Las luces se atenuaron, nuestra señal nocturna de que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Me acomodé en el asiento, observando al maestro de ceremonias, quien subió al escenario con agilidad en medio de un retumbar de platillos y un estallido de humo. Su traje se ajustaba a su silueta y era de un color carbón tan oscuro que podría haber salido de una mina. Tanto el antifaz como el chaleco eran de color escarlata esta noche, y la cinta roja que adornaba su sombrero de copa imitaba salpicaduras de sangre. Una elección audaz, aunque acertada, teniendo en cuenta todo lo que había sucedido. Intenté ignorar cómo sus botas altas hasta la rodilla atraían la mirada hacia abajo, incluso aunque el ojo deseara tercamente permanecer en su maldita cara.

Thomas inspeccionó al joven de la misma manera con la que analizaba los cuerpos. No hubiera podido afirmar si deseaba asesinarlo o diseccionar aún más sus secretos.

—Damas. —Mephistopheles recorrió el perímetro del escenario, y su antifaz arrojó haces de luz que atravesaron a la audiencia ruidosa y terminaron con la mayoría de las conversaciones—. El espectáculo de esta noche es tan aterrador que es probable que se desmayen debido a la tensión. Sin embargo... —Asió un pequeño frasco de cristal—, tenemos sales aromáticas para cualquier ataque o indisposición. No duden en solicitarlas. Nuestros artistas en zancos las tienen a su disposición si las necesitan.

Le hizo un gesto a alguien detrás del telón. Nadie apareció, lo que probablemente significaba que algo se había puesto en movimiento detrás de escena. Tragué un poco de pato asado que de pronto pareció atascarse en mi garganta. Esperaba que Liza se encontrara bien.

—Damas y caballeros. —Mephistopheles se paseó por el borde del escenario—. Quizás quieran desviar la mirada si sufren de alguna afección médica. Particularmente alguna afección del corazón. —El maestro de ceremonias hizo una pausa, echó un vistazo a su alrededor y su mirada se posó en mi mesa—. Para los valientes y temerarios entre ustedes —continuó—, esta noche será siempre recordada como el espectáculo más impactante de sus vidas.

Un murmullo recorrió la audiencia ante esa osada declaración. El Carnaval Luz de Luna era magnífico como compañía ambulante, pero ni siquiera sus ilusiones maravillosas podían hacerle justicia a esa afirmación. Un sonido de truenos retumbando entre nubes de tormenta comenzó a escucharse un instante antes de que Liza, enmascarada, y otra asistente hicieran rodar al escenario un enorme baúl y luego retrocedieran.

Desvié mi mirada del baúl hacia las asistentes. Estaban vestidas con trajes plateados de lentejuelas que eran básicamente solo corsés y gruesas mallas blancas. Me llevó un instante darme cuenta de que la mayoría de los colores escogidos provenían de una paleta inspirada en la noche: luna, estrellas y nubes contra cielos entintados. El maestro de ceremonias llevaba su ensoñación de luz de luna hasta el último detalle.

—Esta noche experimentarán una metamorfosis como ninguna otra. Esta noche lo imposible es posible. Llegado desde Appleton, Wisconsin. —Mephistopheles extendió el brazo en un ademán de bienvenida—. El genial. El maravilloso. El hombre que no puede ser domado ni enjaulado; por favor contemplan al magnífico Harry Houdini, ¡Rey de las Esposas!

La audiencia aplaudió educadamente, pero no se volvió loca como lo había hecho en presencia del maestro de ceremonias en la noche de apertura. La señora Harvey me guiñó un ojo, luego levantó su copa de vino para hacer un brindis cuando un joven que vestía un esmoquin subió al escenario. Me senté más derecha, sin querer perderme el más mínimo detalle. Este era el joven que había tenido la astucia suficiente para ganarse el afecto de mi prima. Su pelo oscuro estaba peinado con la raya al medio, y cuando sonrió, unos hoyuelos saludaron al público.

A diferencia de los otros artistas, Houdini no llevaba antifaz. Tenía una presencia imponente, algo que parecía como una carga eléctrica en el aire antes de la caída de un rayo. Liza esbozó una sonrisa amplia, y todo su cuerpo pareció irradiar alegría cuando Houdini levantó los brazos por encima de la cabeza. Con una voz resonante que era sorprendente para su corta estatura, gritó:

—¡Cuerdas!

Liza sacó una cuerda del baúl y la levantó para enseñársela a la audiencia antes de hacerla chasquear en el aire como un látigo. Houdini giró sobre los talones, y ahora su espalda estaba vuelta hacia el público.

—Eso es un tanto maleducado, ¿no es así? —susurró la señora Harvey—. Es grosero darle la

espalda a... ah... ah, ya veo. Está sucediendo *algo*.

Houdini extendió los brazos detrás de él y le hizo un gesto a Liza mientras ella los ataba en silencio mientras formaba una red de cuerdas entrecruzadas. Me sentí impresionada por sus nudos expertos; Tía Amelia no estaría tan feliz de saber que sus clases de bordado estaban siendo utilizadas con esos fines.

—Mira esos nudos —susurró la señora Harvey—, tardará una eternidad en liberarse de ellos. Me pregunto si llevará un cuchillo escondido en sus pantalones... sin duda lo tendrá.

Thomas se atragantó con el agua y le lanzó una mirada incrédula a nuestra carabina.

Liza tiró y ajustó las cuerdas, y casi hizo que el escapista perdiera el equilibrio. Un joven de la mesa contigua dijo en voz alta:

—Qué aburrido. Seguro que la cuerda ni siquiera es real.

Houdini se giró hasta que volvió a mirar a las mesas, y sus ojos destellaron.

—¡Dos voluntarios de la audiencia! ¿Quién desea inspeccionar mis ataduras?

El joven que había hablado se hundió en su asiento, el cobarde. Al parecer, era uno de esos perros que ladraban, pero no mordían.

La audiencia mantuvo la mirada en el escenario, probablemente deseosa de presenciar el mismo drama que se había desatado la noche anterior. Dos hombres aceptaron la invitación de Houdini y agregaron otra cuerda alrededor de sus manos atadas para asegurarse. Eso pareció satisfacer al público, aunque el espectáculo estaba siendo un tanto más aburrido en comparación con la tensión que había suscitado el Caballero de Espadas.

Eché un vistazo alrededor del salón, poco sorprendida de que no hubiera otros artistas entre la audiencia, excepto los caminantes en zancos, quienes aún se deslizaban entre nuestras mesas, silenciosos e inquietantes como fantasmas de tres metros.

—Y ahora... —Houdini se retorció en el lugar—. ¡Mis esposas!

La segunda asistente, Isabella, exhibió las esposas que lo habían coronado como rey. Houdini nos enseñó la espalda una vez más y se mantuvo perfectamente quieto mientras las esposas se cerraban de manera rotunda. Houdini caminó a zancadas hacia el baúl y se metió dentro, doblándose con firmeza como un rollo de tela. Al parecer había tomado las lecciones de contorsionismo de Sebastián.

Thomas apoyó la copa cuando la tapa cayó y se cerró. Liza rodeó el baúl con otro tramo de cuerda y luego lo aseguró con cadenas y colocó un candado. Es probable que tuviéramos que permanecer aquí toda la noche esperando a que Houdini consiguiera liberarse de todos esos obstáculos.

La conversación de los pasajeros menguó. Sin ninguna señal, ambas asistentes se ocultaron detrás del escenario y volvieron a aparecer haciendo rodar un armazón que era más alto que una persona y que estaba cubierto por una tela de un color carbón oscuro. Cubrieron el baúl con el armazón y lo ocultaron de la vista. Para mi completa sorpresa, Liza dio un paso adelante, el antifaz brillaba mientras las luces parpadeaban en lo alto, antes de ocultarse detrás del armazón con un gran ademán de las manos.

—Cuando aplauda tres veces, ¡contemplan el milagro!

Aplaudió una vez, y los comensales se revolviaron en sus asientos. Dos veces, y las conversaciones se convirtieron en meros susurros. Aplaudió una tercera vez, y la audiencia contuvo la respiración, lista para soltar una exclamación.

Houdini apareció de pronto completamente libre desde detrás de la cortina que había ocultado a Liza. Extendió un brazo.

—¡Contemplan! ¡Metamorfosis! —Retiró de golpe la cortina y reveló a Liza esposada en el baúl.

Thomas y yo intercambiamos miradas mientras la audiencia cobraba vida. El truco literalmente había tardado tres segundos; cómo habían conseguido tal cosa era realmente cuestión de magia. Me pregunté si habría algo de lo que Harry Houdini no pudiera escapar.

O si habría alguna trampa que no fuera capaz de diseñar para alguien más. A nuestra última víctima la habían colgado de los tobillos; quizás acabábamos de encontrar al joven que había logrado llevar a cabo esa difícil tarea.

10

CORAZÓN O CABEZA

SALÓN DE DAMAS

RMS ETRURIA

3 DE ENERO DE 1889

—Mira, prima —susurró Liza, una expresión de asombro en la cara. A esta distancia tan cercana, la cera de su pesado maquillaje estaba agrietada, como una muñeca de porcelana cuya pintura se había descascarado por los años—. Ese es él. Mi verdadero amor. —Contempló a Houdini al otro lado del salón repleto, y el poder de sus emociones me golpeó como una ola. Yo deseaba poder expresar el mismo nivel de entusiasmo, pero algo que no podía lograr identificar me mantenía escéptica sobre sus intenciones—. ¿No es el joven más increíble que alguna vez hayas visto?

—Es intrigante —admití, y mi mirada se desvió hacia Mephistopheles antes de volver a Houdini. Mis propias mejillas se sonrojaron cuando la mirada del maestro de ceremonias se posó en mí y allí permaneció. Fingí no notarlo, parecía algo peligroso que un joven como él estuviera interesado en mí.

Ajena a quién había atraído mi atención en un principio, mi prima asintió.

—Solo observa la forma en la que se mueve por la estancia. Todas las miradas se encuentran posadas sobre él. Te juro que en serio posee la magia para escapar. —Seguí su mirada, pero una vez más caí en la trampa de Mephistopheles—. Con toda seguridad estoy hechizada y no tengo escapatoria. ¡Es la gloria más horripilante de todas!

Aparté de golpe la mirada del maestro de ceremonias y observé a mi prima. Dos manchas rosas como pétalos florecieron en sus mejillas. Era evidente que estaba embelesada por el escapista. Aunque después de echar un vistazo por el salón —repleto de mujeres que se abanicaban— enarqué una ceja y contuve mi lengua.

Houdini parecía tener a un jardín entero de rosas sonrojadas que cuidar. Zumbaba de una flor a otra, riendo y besando manos enguantadas a medida que pasaba. Liza parecía completamente hechizada, mientras yo sentía que mi cara se contraía con una expresión de lo más desagradable. Houdini se detenía demasiado tiempo cerca de algunas mujeres, y sus gestos sobrepasaban el límite de la decencia.

—Damas.

Me giré de manera abrupta ante el sonido de esa voz grave, y el corazón golpeteó contra mis costillas. Mephistopheles estaba allí de pie ataviado con toda su gloria, y su antifaz afiligranado se enroscaba alrededor de sus ojos pícaros. Los mismos que mantenía fijos sobre los míos. A esta distancia podía ver que el pelo que caía sobre su frente era negro. Era sedoso y con ondas sutiles, la clase de rizos suaves que hacían que una deseara acariciarlos.

—Parece que aún no he tenido el placer de presentarme *adecuadamente* —dijo—. ¿Liza? ¿Quién es esta bella criatura y por qué la has mantenido oculta?

—Es mi prima. —Sonrió con orgullo Liza—. La señorita Audrey Rose Wadsworth.

Y ese fue el final de nuestra presentación «adecuada». Puse los ojos en blanco.

—¿Criatura? Usted me halaga demasiado con tales cumplidos, señor. No me asombra que tantas hayan perdido el corazón en sus espectáculos itinerantes.

Me miró con fijeza, las cejas enarcadas sobre el antifaz. Al parecer, el descaro no era lo que él estaba esperando, aunque sinceramente debería haberlo visto venir después de un comentario como ese. Criatura, claro que sí. Como si las mujeres fueran animales con los que fantasear cada vez que un caballero lo deseara.

—Qué palabras tan mordaces —dijo—. Deberían estar acompañadas de una advertencia.

—Con frecuencia se compara a la verdad con una hoja afilada —respondí—. Dudo de aquellos que se sorprenden cuando hiere.

Liza se encontraba detrás de él, sacudiendo la cabeza con disimulo, pero la sonrisa de su rostro me indicó que estaba de acuerdo con mi comentario. Ella me secundaba en todo lo referente a la igualdad. A nosotras las mujeres nos podían llamar criaturas si tan solo los hombres que pronunciaban semejantes palabras descuidadas aceptaban que nuestras garras eran algo que temer cuando decidíamos arañar.

Para mi completo asombro, él rio.

—Señorita Wadsworth, yo...

Una joven se interpuso entre nosotros, una copa de champán en cada mano mientras sus dos amigas se colocaban junto a ella. Con nerviosismo, extendió una copa y se la ofreció al joven maestro de ceremonias. Él la sujetó con cortesía, pero no bebió de ella; aún parecía algo divertido por mi respuesta.

—Señor Mephistopheles, su actuación fue increíble en la noche de apertura. Absolutamente maravillosa, incluso —dijo la joven, y bebió un gran trago de su champán. Hizo una mueca, probablemente por haber bebido las burbujas con demasiada rapidez, y sus mejillas se sonrojaron con intensidad—. Nos preguntábamos si quizás podría enseñarnos un nuevo truco solo para nosotras. Sin duda, usted no puede rechazar a *todas*.

Unas risitas brotaron del pequeño grupo que nos rodeaba. Liza sonrió. Era una oferta bastante escandalosa, una que me hizo sonreír a pesar de mí misma. Me gustaban estas jóvenes. Tenían algo audaz que me recordaba a mis amigas Ileana y Daciana. Una punzada de tristeza se alojó en mi pecho; deseé que ellas estuvieran en el barco con nosotras, pero se encontraban en Rumania poniendo las cosas en orden después del caso Drácula. Habían prometido que tal vez abordarían otro barco y se reunirían con nosotras en Estados Unidos el mes siguiente si les era posible, algo que yo deseaba mucho.

Los labios del maestro de ceremonias se curvaron hacia arriba en las comisuras, aunque sus ojos estaban clavados en los míos mientras consideraba la oferta. Yo enarqué una ceja, esperando. Él se giró hacia la joven e hizo una reverencia profunda.

—Por supuesto. Pero solo si me permiten escoger a mi próxima víctima.

Una de las amigas sonrientes dejó de reír.

—¿Víctima?

—Así es —asintió Mephistopheles—. No puedo pensar en un término más apropiado para el crimen de seducción que estoy a punto de cometer, ¿y ustedes?

—No, supongo que no.

Ella sacudió la cabeza y se acercó a sus amigas. Todas las jóvenes, vestidas de manera elegante, intercambiaron miradas; no era exactamente lo que habían esperado, pero de todas maneras era un

pacto interesante. Dos de ellas asintieron, y la que había iniciado la conversación se mordió el labio y pareció evaluar si aceptaba o intentaba una contraoferta, pero al final asintió.

—Muy bien, señor. ¿A cuál de nosotras elige?

Él señaló a su presa.

—A ella.

Casi me atraganté con mi propio sorbo de champán cuando me di cuenta de que él me estaba señalando. Nada bueno resultaría de su interés. No sabía a qué juego estaba jugando Mephistopheles, pero supuse que, queriéndolo o no, yo estaba a punto de seguirlo.

No podía negar la emoción que me invadió al haber sido elegida para su próxima actuación, aunque no se debía al enigmático hombre enmascarado que me estaba conduciendo al centro del salón de mujeres. Esta era una oportunidad magnífica para observar de cerca su arte de prestidigitación, para analizar su actuación y presenciar las tácticas que utilizaba para distraer tanto a la *víctima*, como él me había llamado, como a la audiencia.

—Damas, me han solicitado que realice una presentación para ustedes. —Mephistopheles sostuvo mi mano enguantada en la suya y la elevó a la altura de mis hombros para que todos la vieran—. La señorita Wadsworth adoptará el papel de víctima voluntaria. Si lo desean, necesitaré que todos se reúnan en un círculo a nuestro alrededor. Finjan que estamos a punto de mantener una sesión espiritista. Estoy seguro de que todas ustedes han asistido a una o dos.

Chasqueó los dedos, y un camarero en librea agarró una pequeña silla de una de las mesas del costado y la colocó en el centro del círculo recién formado. Las mujeres susurraron con entusiasmo, las miradas hambrientas de más magia escandalosa. O quizás solo se encontraban felices de poder deleitarse un poco más con el joven maestro de ceremonias. Mientras me encontraba allí parada sentí cómo el poder de sus miradas viajaba de Mephistopheles hacia mí, y no supe qué hacer. De todas las noches, había escogido esta para llevar puesto un vestido sin mangas, y me sentía expuesta y vulnerable.

Hice girar el anillo de mi madre en mi dedo y luego me detuve. Me concentré en el salón, deseando apaciguar mis nervios crecientes mientras Mephistopheles se colocaba su sombrero de copa y su traje. No me gustaba esa clase de atención, como si no fuera nada más que un portaobjetos bajo un microscopio. Houdini se dirigió lentamente hacia Liza, y en varios momentos su mirada viajó hacia el maestro de ceremonias mientras se despedía de varias jóvenes.

—A continuación, pediré que atenúen las luces. —Un instante más tarde, los candelabros sisearon con una luz más brillante antes de adquirir un dorado brillo apagado—. Les pido que den un gran paso hacia atrás a la cuenta de tres. Uno. Dos. Tres.

Se me cortó la respiración. Era muy inquietante escuchar cómo el salón entero se movía como una sola persona. Mephistopheles dirigía a la audiencia como un titiritero. Todos se habían convertido en siluetas ante la luz tenue, sombras bailando alrededor de una fogata del diablo. Podría haber jurado sentir el aroma de la madera chamuscada, aunque sabía que eso era algo imposible.

Volví a mirar al maestro de ceremonias mientras caminaba alrededor de los presentes y se detenía delante de mí. El color rojo de su chaleco se reflejó en su antifaz cuando inclinó la cabeza hacia abajo y me hizo un gesto para que tomara asiento. Dudé, recordando a las dos víctimas, y luego obligué a mis pies a que me condujeran hacia cualquiera fuera el deleite pecaminoso que Mephistopheles había planeado. No perdería la vida delante de tantos testigos.

—Observen de cerca —indicó, con voz apenas más alta que un susurro—, o se lo perderán.

Caminó en círculos a mi alrededor, y sus manos viajaron desde mis hombros desnudos hasta mi

cuello, su roce casi tan eléctrico como las luces del barco. Ya no sentía las miradas de las mujeres que nos rodeaban; solo me podía concentrar en sus dedos enguantados, que nunca se desviaron del camino que él había elegido mientras se movía a mi alrededor con mayor velocidad cada vez que pasaba. Era casi escandaloso, aunque no del todo, y a tan corta distancia la línea de la decencia era indistinguible. Sus movimientos eran seguros y firmes, a diferencia de mi pulso.

Excepto por un roce de su mano en mi nuca —quizás un amable gesto de disculpa— no detecté ningún cambio desde el momento en el que comenzó a caminar a mi alrededor hasta cuando se detuvo abruptamente y dio un paso hacia atrás. Sentí la piel ardiente y helada al mismo tiempo donde sus dedos me habían tocado, tan insegura como me sentía yo acerca de toda la situación. Las mujeres abrieron sus abanicos, y el sonido me hizo regresar al salón.

—¿Han observado de cerca? —preguntó el maestro de ceremonias, con la voz fría y suave como la seda. Como si todavía estuviera en trance, la audiencia asintió y murmuró que sí. Dudaba que las mujeres hubieran podido desviar la mirada del hombre carismático aun si lo hubieran deseado. Él se inclinó y acercó peligrosamente su boca a mi oído. La piel se me erizó; esta vez sabía exactamente por qué.

—¿Le falta algo valioso, señorita Wadsworth? ¿Algo que desearía recuperar a toda costa?

Sacudí la cabeza con la esperanza de aclarar la mente con el gesto.

—No, no lo creo.

Y lo decía en serio. Aunque sus dedos habían sido una distracción muy *atrayente*, yo no había desviado la mirada de ellos; en ningún momento habían abandonado mi piel. Mephistopheles se dejó caer sobre una rodilla, y sus ojos danzaron cuando encontraron los míos.

—Qué raro. Hubiera jurado que acabo de robarle el corazón.

—¿Cómo...?

—Tal como lo hago con la mayoría de las mujeres que conozco, me temo.

Me ardió la cara. Pero antes de que pudiera reprenderlo, exhibió el relicario con forma de corazón que había sido una de las joyas favoritas de mi madre, observando cómo yo lo miraba estupefacta. Me palpé el cuello y tiré de la cadena.

—Es imposible. Aún llevo puesta...

Mi mano estaba sosteniendo un reloj de bolsillo que no me pertenecía. En el reverso, había grabadas unas espinas y una frase en latín, *VINCERE VEL MORI*. Lo miré sin parpadear, intentando comprender cómo era posible. De alguna manera, delante de todos, Mephistopheles había intercambiado mi relicario por su reloj. Reprimí mis preguntas. No tenía ni idea de cómo había logrado hacer tal cosa sin que se notara, pero tenía que ser una combinación de suerte y prestidigitación. Quería saber cómo lo había conseguido y si su habilidad podía aplicarse en otras áreas, como la actuación; sin embargo, eso tendría que esperar hasta que estuviéramos solos. Y yo me aseguraría de que eso sucediera pronto. Esta noche.

—Muy impresionante, supongo —admití. Sabía que estaba mintiendo. Era una de las proezas más sorprendentes que hubiera presenciado, además del truco de Metamorfosis de Houdini—. Ahora, devuélvame, por favor.

Extendí la mano y de inmediato tuve la sensación de haber entrado en una trampa. Era un señuelo bien pensado, tan oculto que yo no me había percatado de que había sido el verdadero truco todo este tiempo. Quise cerrar los dedos en un puño, pero contuve el impulso. Mephistopheles tomó con rapidez mi mano en las suyas y la hizo girar para que la palma mirara hacia abajo. Todavía sobre una de sus rodillas, hizo que un anillo apareciera y desapareciera en sus dedos. El latido de mi corazón se volvió más lento.

—Si tuviera que elegir —preguntó—, ¿querría su corazón o su mano?

Todos los susurros que se habían escuchado se extinguieron. Una vez más, todas las miradas se volvieron hacia mí, lo que me provocó un sudor en las palmas. Apenas podía pensar, y mucho menos concentrarme en otra cosa que no fuera el anillo y el relicario de mi madre en manos de un extraño. Robarme el relicario era una cosa; cómo había conseguido también quitarme el anillo era demasiado para procesar. Me sentía completamente desarmada, una balsa meciéndose a la deriva en el medio de una tormenta.

—Ambos me pertenecen. —Fruncí el ceño—. No tengo que elegir.

Me observó desde detrás del antifaz, los ojos eran curiosos.

—Todavía no. Pero creo que lo hará pronto. —Se acercó hasta que nadie más pudo escuchar sus próximas palabras—. ¿Ahora sí está interesada en nuestro pacto?

Se me aceleró el pulso. Esta elección. Tenía la sensación de que traería el caos a mi vida. Pero la recompensa lo valdría. Incliné un poco la cabeza.

—Lo veré donde nos encontramos la última vez.

Sin decir otra palabra, me entregó las dos joyas y se incorporó, mientras aplaudía con fuerza.

—Por favor, ofrézcanle una ronda de aplausos a nuestra última víctima, la señorita Audrey Rose Wadsworth. Ha sobrevivido esta vez, pero quizás todavía pierda su corazón por mi culpa.

Liza esbozó una sonrisa radiante junto a Houdini y aplaudió con más fuerza que nadie mientras él se inclinaba y hablaba con una de las jóvenes que había incitado este espectáculo. Yo quería sentir la misma euforia que Liza, pero no podía deshacerme del presagio de futuros problemas que pendía en el aire como la neblina.

Si Mephistopheles tenía tanto talento para hurtar objetos, quizás también lo tenía para robarle los sentimientos a una persona. Recorrió el salón mientras besaba manos y se ganaba la admiración de las mujeres, y me pregunté si había cometido un error fatal al aceptar reunirme con él esta noche.

11

PRÍNCIPE O MENDIGO

SALÓN DE MUJERES

RMS ETRURIA

3 DE ENERO DE 1889

Recuperé mi estola de piel y abandoné el salón de mujeres tan pronto como pude escapar de las conversaciones sobre qué había sentido con el roce ardiente de las manos del maestro de ceremonias. Aunque pertenecieran a la alta sociedad, estas jóvenes ciertamente no evitaban las conversaciones indecentes. Tampoco recibí ni una mirada acusatoria o prejuiciosa. Era como si todas hubieran sido hechizadas.

Me envolví más en la estola de piel e intenté ignorar el frío gélido mientras salía del corredor y me daba prisa en recorrer la cubierta de paseo desierta. Unos diminutos copos de nieve comenzaron a caer, sin prometer ni negar que se avecinaba una tormenta. Divisé una silueta reclinada contra la pared de los botes de remo.

Mephistopheles se levantó el sombrero.

—Me alegra que haya decidido venir a mi encuentro.

—¿Por qué me escogió para esa actuación?

—¿Quiere la verdad o una versión adornada? —preguntó.

—No necesito versiones suaves de la realidad, señor...

—Ah. Lidiemos con una verdad a la vez, ¿de acuerdo?

Se acercó a la barandilla de la cubierta e inclinó la cabeza hacia mí. Los copos de nieve danzaban y se arremolinaban entre nosotros, aunque él no pareció verse afectado por el frío. Sin embargo, yo me arrebujé aún más en mis pieles, y deseé haber traído también un abrigo.

—La escogí porque creo que usted busca la verdad oculta en la mentira. Otros disfrutaban de la magia y el espectáculo. A usted le fascina el *cómo*. No creo que se sienta atraída por mí o por la ilusión que yo ofrezco... la distracción. —Me miró directo a los ojos, pero no supe qué buscaba. Transcurrió un instante y su expresión no cambió—. ¿Qué es lo que usted hace para ese hombre mayor con el que viaja?

Pensé que no causaría ningún daño admitir el camino que había elegido.

—Estudio medicina forense con mi tío. El señor Cresswell y yo somos sus aprendices. —Abrí la boca y luego la cerré, dudando si era apropiado relatarle los casos del Destripador o de Drácula. Ambos eran demasiado recientes y personales para que los compartiera con un extraño—. En realidad, nos dirigimos a Estados Unidos para investigar un caso nuevo.

—¿Estudia a los muertos? —Enarcó una ceja por encima de su antifaz cuando asentí—. Lo que significa que es consciente de la oscuridad y desea arrojar algo de luz. No puedo evitar sentirme igualmente intrigado por ello. Yo creo el caos, y usted extrae un orden de él. No somos tan diferentes. Los dos tenemos una esencia que se basa en la ciencia, solo la expresamos de manera

diferente.

Sus pensamientos eran similares a los míos de manera inquietante. No deseaba encontrar puntos en común con este bribón, pero no podía negar sus declaraciones. A pesar de las advertencias internas que me incitaban a mantenerme alejada de este joven, no podía contener mi curiosidad sobre sus invenciones mecánicas.

—¿Por qué escogió el camino del ilusionismo? —pregunté—. Podría haberse convertido en un químico maravilloso. ¿No desea ayudar a las personas?

—Algunos podrían afirmar que entretener a las personas es ayudarlas.

Puse los ojos en blanco.

—Hacer brotar humo de espejos no equivale a crear avances científicos o de ingeniería que podrían erradicar enfermedades y salvar vidas.

—Permítame disentir, señorita Wadsworth. Hay muchas maneras de ayudar a las personas. Algunas veces la risa y la distracción son cosas que las personas necesitan junto con los diagnósticos y tratamientos médicos —observó Mephistopheles—. Quizás en algún momento desee explorar otras opciones, ya que usted es una estudiante con mucho talento de la ciencia. Yo *solo* puedo ofrecer algunas horas de distracción, pero para algunos eso es suficiente para atravesar horas oscuras y seguir adelante. La esperanza es una fuerza invisible, pero poderosa. No desestime su valía.

Lo miré parpadeando, asombrada tanto por la razón que tenía y por la ignorancia con la que yo había visto las cosas. Un recuerdo distante emergió de la tumba donde lo había enterrado. A menudo yo le había leído historias a mi madre mientras ella agonizaba con la esperanza de distraerla de su dolor, aunque fuera solo durante unos pocos instantes. Una parte de mí se molestó porque un joven tan poco apropiado me diera un sermón, pero más que nada me ruboricé de la vergüenza por no haber comprendido antes su mensaje. Las personas realmente necesitaban el entretenimiento, tener las mentes ocupadas con pensamientos que no fueran un bombardeo constante de negatividad. El ánimo de mi madre sin duda mejoraba cada vez que yo abría un libro para transportarla a una nueva aventura.

—Yo...

De pronto, Mephistopheles tomó mi mano en la suya y depositó un beso casto. Las disculpas se desvanecieron en mi boca mientras contemplaba cómo el fuego de sus ojos me recorría justo por encima de mis hombros. Estaba brindando otra actuación, y no era para mi beneficio. Retiré la mano con rapidez, pero era demasiado tarde. Sonrió.

—Ha sido un completo placer, señorita Wadsworth —dijo—. Quizás nos volvamos a encontrar en nuestro lugar favorito... —Se me acercó para que solo yo pudiera escuchar sus próximas palabras—. Digamos, ¿alrededor de la medianoche? Parece que nuestro encuentro ha llegado a un final abrupto y aún tenemos mucho de lo que hablar, si usted está interesada. —El maestro de ceremonias hizo un gesto por encima de mi hombro y mantuvo esa sonrisa antagonista—. Buenas noches. El señor Cresswell, supongo. Justo estábamos hablando de usted. ¿Y quién es la adorable dama que lo acompaña?

Exhalé profundamente, no queriendo girarme y encarar a Thomas.

—Oh. ¿Hablaban de mí? —Thomas sonó escéptico y lo pareció incluso más cuando yo me giré y encontré su mirada posada en mí—. Es todo un honor, teniendo en cuenta que no poseo un sombrero mágico repleto de rosas entintadas. O la habilidad de dar volteretas por el escenario. Aunque *soy* encantador de manera oscura. Comprendo el interés que suscito. —Hizo una pausa como si estuviera pensando sus próximas palabras—. Veo que todavía lleva puesto ese antifaz.

¿No le incomoda?

—En absoluto. Está revestido de terciopelo. —Mephistopheles le dedicó una sonrisa a la señora Harvey, tan radiante que temí que ella se desmayaría de la emoción—. ¿Me presentaría a esta dama tan bella o moriré sin saber su nombre?

—Soy la señora Edna Harvey, señor... —La señora Harvey frunció el ceño—. Eh... ¿señor...?

—«Mephistopheles» es perfectamente adecuado, gracias. —Inclinó la cabeza—. Si me disculpan, debo ocuparme de algunos asuntos del negocio. Buenas noches a todos.

Nos quedamos allí de pie en la cubierta durante un instante, observando cómo el maestro de ceremonias volvía con su compañía a ocuparse de los asuntos que los artistas del carnaval tuvieran entre manos después del espectáculo. Una vez que se hubo alejado, la señora Harvey se soltó del brazo de Thomas y se abanicó.

—Es todo un personaje, ¿verdad? —preguntó—. Tan misterioso con ese antifaz y ese nombre. Me pregunto si alguna vez se descuida, no puede ser fácil adoptar una nueva identidad como esa. Supongo que debe quitarse el antifaz para dormir...

—Quizás uno de nosotros debería escabullirse en sus aposentos y descubrirlo —dije, bromeando.

La señora Harvey me lanzó una mirada.

—No me importaría ofrecerme como voluntaria.

Thomas sonrió y luego volvió a sujetar el brazo de la señora Harvey, y nos condujo a nuestros aposentos con una muestra de modales corteses que me impresionó.

—Dudo que alguno de sus artistas conozca su verdadera identidad. Hay una razón concreta para que lleven antifaces, y estoy seguro de que no es simplemente para crear un aura mística. Apuesto a que se está escondiendo de alguien o que oculta un pasado sórdido.

Resoplé de la manera más impropia para una dama.

—¿Es esa una de tus deducciones infames basadas en la observación?

—Búrlate de mí a tu gusto. —Thomas elevó un hombro—. Pero sus gestos indican que pertenece a la aristocracia. Al igual que sus botas.

Sinceramente, no me sorprendió que una vez más Thomas hubiera adivinado algún detalle al parecer imposible del aire salado del océano.

—Muy bien. Háblame más sobre sus botas y cómo son una señal de aristocracia según el libro de deducciones de Thomas Cresswell.

—Estoy seguro de que algo terrible le sucedió. Pobrecito. —La señora Harvey se detuvo delante de su camarote. Observó la cubierta por encima de nuestros hombros—. Señorita Wadsworth, ya que su camarote se encuentra junto al mío, creo que no objetaré a que Thomas la acompañe esta vez. A menos que usted lo crea muy indecente. De pronto siento que necesito...

—¿Su tónico de viaje? —completó Thomas, y falló en ocultar la risa de su voz cuando ella le dio un empujoncito con el dedo en el pecho—. *Auch*.

—Cállate —dijo ella, pero no de forma descortés—. Es de mala educación burlarse de tus mayores. Algún día tú también necesitarás un sorbo del tónico de viaje para ayudarte a dormir.

Ignoré las bromas de su conversación y le dediqué una sonrisa a nuestra desganada carabina. Era absolutamente impropio que Thomas caminara conmigo a *cualquier lugar* sin un acompañante, pero habíamos estado en situaciones mucho más comprometedoras que un corto paseo, para horror de mi padre, si alguna vez se enteraba.

—Está bien, señora Harvey. Ya que nuestros aposentos están conectados, estoy segura de que nadie se escandalizará demasiado. De cualquier manera, casi todos se han retirado por la noche.

No nos quedaremos mucho tiempo más en el pasillo.

—Qué noche más mágica ha sido esta. ¡Y ningún cadáver ha fastidiado la diversión! —Besó mis mejillas y las de Thomas, y luego abrió la puerta—. Estoy completamente exhausta.

Una vez que cerró la puerta, Thomas y yo dimos algunos pasos hasta un banco que se encontraba entre mi camarote y el próximo. Presintiendo que él tenía algo para decir, me senté y di unas palmaditas al sitio junto a mí. Los copos casi habían cesado de caer, pero el frío aún cortaba el aire. Siempre en sintonía conmigo, Thomas se quitó su abrigo y lo depositó sobre mis hombros.

—Gracias —dije—. Estabas diciendo algo intrigante sobre botas, ¿no es así?

—Las suelas no estaban marcadas —comentó, y echó un vistazo a su alrededor antes de sentarse y restregarse las manos—. Antes de que lo menciones, no, no creo que una buena limpieza lo explicaría. Las botas son nuevas. O al menos no las ha utilizado mucho.

—Quizás solo las lleva durante las presentaciones.

Thomas se reclinó, y esbozó una sonrisa desoladoramente malvada en la oscuridad.

—Una teoría plausible, Wadsworth, pero la manera en la que recorre el escenario... incluso si utilizara esas botas solo durante los espectáculos, estarían algo desgastadas. Ya que no es así, ¿qué indicaría eso?

—Que ha comprado un par nuevo.

—Precisamente. Ni siquiera un exitoso hombre del espectáculo gastaría tanto dinero en el cuero delicado que él escoge —acotó Thomas—. Sin duda no compraría unos zapatos caros para cada presentación. Lo que me conduce a pensar que definitivamente es alguien que proviene de un hogar adinerado y que no tiene reparos a la hora de gastar de manera frívola. Si tú necesitaras reemplazar tus zapatos cada noche, ¿comprarías los más caros?

Tenía razón.

—Bueno. Eso también explicaría su insistencia en llevar antifaz y utilizar un nombre artístico, ¿no es así? —Observé a mi amigo y a los familiares rasgos afilados de su perfil—. Y, sin embargo, crees que él es peligroso.

—Es sigiloso, manipulador, capaz de hacer que las cosas más inofensivas parezcan siniestras, y que las siniestras parezcan inofensivas. Dos mujeres jóvenes han muerto. Teniendo en cuenta solo esas razones, no confío en él. —Thomas ignoró las normas educadas de nuestro mundo y tomó mi mano entre las suyas y entrelazó nuestros dedos, la expresión pensativa—. Quiere algo de ti. No estoy seguro de qué se trata, pero apuesto a que no es nada bueno. Lo que sea que lo impulse, es estrictamente para *su* beneficio o el beneficio del carnaval. Y si llegara a ocasionarte algún daño...

—Soy capaz de cuidar de mí misma, lo sabes. Me he encontrado con él a solas y he sobrevivido, no hay nada de qué preocuparse. Creo que acercarme a él sería provechoso de múltiples maneras.

Thomas se puso de pie y se paseó junto a la chimenea más cercana a la proa del barco, los hombros encorvados a causa del viento o del plan tentativo que yo acababa de proponer. Me puse de pie con lentitud y lo seguí, deseando haber contenido las palabras en mi boca. El vapor se elevaba como nubes detrás de él y me recordaba a fumadores de cigarros descansando en un salón para hombres, volutas de un blanco grisáceo lentamente viajando hacia el cielo. Ojalá Thomas estuviera tan relajado como esos hombres. Se encontraba tan tenso que temí que se arrojara al océano en cualquier momento.

—En realidad —dije, después de observarlo caminar de un lado al otro algunas veces más—, sabes que es el mejor método de distracción, Thomas. Te ofrecerá una oportunidad maravillosa de

poner en práctica tu magia Cresswell y a mí me brindará tiempo para acercarme a los artistas. No te sientas celoso porque no se te ha ocurrido a ti primero. Esa expresión de enfado no te sienta bien.

Dejó de pasearse y me miró fijamente como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Quizás entrar en la jaula de un león sea la mejor distracción, pero no es la más segura, Wadsworth.

—La naturaleza misma de nuestro trabajo es peligrosa —objeté—. Esta es simplemente otra herramienta para cazar asesinos. Si los ojos de todos están fijos en Mephistopheles y yo, no estarán prestando demasiada atención a Tío o a ti.

—Ah, ¿en serio? ¿Así que nadie le prestará atención a tu pobre, absolutamente apuesto y abandonado amante mientras tú te acercas al maestro de ceremonias? —Enarcó una ceja—. Quizás yo me ofrezca como señuelo. Estoy seguro de que puedo ganarme los corazones de algunos artistas con mi encanto.

—¿De eso se trata? ¿Te sientes excluido de toda la emoción? —pregunté—. Tu trabajo es mucho más apasionante y crucial que coquetear con el maestro de ceremonias. A ti te toca analizar las marcas de desgaste de las botas y calcular cómo se produjeron y quién es responsable. ¿Lo ves? Un trabajo muy importante.

—Entonces deberías tener el honor de tomar mi lugar —dijo—. Estoy a favor de la igualdad en nuestra asociación. —Apreté los labios, y él sonrió, triunfante—. Eso es precisamente lo que pensaba. No hay una buena razón para que te arriesgues. Es probable que Mephistopheles sea un asesino. Pasearse por la cubierta con él es tan sabio como si yo metiera la cabeza en la boca del león que ya hemos mencionado. Y si bien sería algo divertido, sin duda es una mala idea.

—No estoy de acuerdo.

—¿Entonces estás diciendo que yo debería meter la cabeza en la boca del león?

—Sí así lo quisieras, yo te apoyaría aun si no estuviera de acuerdo. —Levanté el mentón—. Si Mephistopheles es el asesino, entonces no sería tan estúpido como para atacarme sabiendo que él sería la persona de la que Tío y tú sospecharíais. Sin embargo, permanecer cerca de él, ganarme su confianza, incluso coquetear con él me daría la oportunidad de infiltrarme en la compañía. Si él confía en mí, entonces los demás también lo harán. ¿Quién sabe lo que sería capaz de averiguar?

—Hay demasiadas hipótesis involucradas —comentó Thomas, con la voz controlada—. Si algo sale mal, entonces *tú* también estarás en la línea directa de fuego. En este caso, la recompensa no justifica el riesgo, Wadsworth.

—Entonces lamento informarte de que estamos en un punto muerto. —Sacudí la cabeza—. Yo pienso lo contrario. Vale la pena correr algunos riesgos, incluso si en primera instancia parecen imposibles.

Thomas resopló, pero su expresión estaba teñida de un leve disgusto.

—Ahora suenas como él. De hecho, me atrevería a decir que disfrutas de su compañía, admítelo. ¿Es eso lo que...?

Me acerqué a él y giré su rostro hacia el mío.

—Él no me hará daño ni se interpondrá entre nosotros, Cresswell. No me interesa qué clase de ilusión intente llevar a cabo. Mi corazón es tuyo, y ningún acto de prestidigitación lo alejará de ti.

Antes de que él pudiera responder, di un paso adelante y lo besé. Me acercó hacia él un poco más y sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, como dos anclas en un mar de incertidumbre. Nos quedamos allí, besándonos debajo de las constelaciones titilantes y de la nieve que caía de forma esporádica, hasta que los sonidos de los pasajeros trasnochadores nos

separaron.

Con esfuerzo, Thomas me acompañó hasta mi camarote y me deseó las buenas noches con un beso casto. Yo miré la luna, mis pensamientos dispersos como las estrellas. Si Thomas estaba en lo cierto, y estaba segura de que era así, entonces, ¿quién era el maestro de ceremonias y de quién estaba escapando o escondiéndose?

Me deslicé en mi habitación y eché un vistazo al reloj. La medianoche se aproximaba con rapidez. Después de intercambiar mi piel por un abrigo de lana, apoyé la oreja contra la puerta que conectaba mi habitación con la de la señora Harvey y me sentí aliviada al escuchar su ronquido suave. Con suerte ella dormiría toda la noche y no me vigilaría. No había forma de que yo me durmiera ahora, así que me escabullí por el extremo tranquilo de la cubierta con la esperanza de obtener algunas respuestas del hombre en cuestión.

• • •

—Aquí está usted, la curiosa señorita Wadsworth. Me preguntaba si se aventuraría a salir una segunda vez. Pero ¿se encuentra aquí para terminar nuestra pequeña charla o hay algo más detrás de este encuentro?

Mephistopheles apareció de entre las sombras de los botes a remo, un demonio emergiendo de la neblina, mientras balanceaba una botella de vino con una de sus manos. Su antifaz ahora reflejaba la luz de la luna, lo que hizo que me estremeciera; deseaba que se quitara esa cosa espeluznante.

—Ah. Ya lo sé. —Miró sin descaro mi figura—. ¿Ha venido a recuperar su alma? Quizás me sienta un poco generoso esta noche, pero no tanto. Es mía y yo no comparto.

Puse los ojos en blanco.

—Tiene una gran estima de sí mismo. ¿Por qué le importa si a mí me gusta usted o no cuando tiene a un barco entero de pasajeros que se encuentran cautivados por sus actos teatrales? ¿No debería estar mortificando a uno de ellos? Sin duda apreciarían que usted estuviera al acecho, amenazante. Por no mencionar... —Lo miré de cerca—... que mi prima dice que esa artista de trapezio, Cassie, la Emperatriz, se encuentra embelesada por usted.

Apoyó la botella y se recostó contra una pared, un movimiento que, de alguna manera, pareció demasiado casual y corriente para él. Me observó con detenimiento. Thomas tenía razón, ahora que prestaba atención, él parecía arrastrar un aire de alta cuna. Uno que no había cultivado observando a los adinerados, sino viviéndolo y poniéndolo en práctica desde el nacimiento. Había muchas más facetas en él de las que dejaba entrever.

—¿Posee tantos amigos que no necesita hacer otro? —preguntó al final—. ¿Qué daño le he infligido para merecer esas palabras punzantes? Simplemente la estoy conociendo. No veo ningún crimen en ello. Y, sin embargo, aquí está usted, lista para condenarme.

—No crea que no me he percatado de su actuación de antes o de sus intenciones detrás de ella. —Caminé con pasos firmes hacia donde él estaba apoyado contra la pared de botes a remo—. Estaba intentando crear un desencuentro entre Thomas y yo. Considero que eso ya es una injuria suficiente.

—¿Y? —preguntó—. ¿Se ha ofendido porque le he besado la mano? De ser así, entonces debería buscar otro pretendiente. Los celos son una enfermedad que se disemina. En todo caso, le he hecho un favor considerable al extirpar esa emoción enfermiza. De nada.

—Sería necesario algo mucho más imperdonable para separarnos, y le garantizo que es

imposible, así que ni siquiera lo intente.

—Ahí lo tiene —dijo con un gesto de la mano—. Si ustedes son inseparables, entonces, podría intentar con todas mis fuerzas ganarme su afecto. ¿Cuál es el daño?

—Es indecente y completamente innecesario teniendo en cuenta que usted y yo ni siquiera nos conocemos, y además otra mujer está enamorada de usted. No quiero formar parte de su juego. —Intenté evitar gritar, pero mi voz se elevó de todas maneras. Me tomé un instante para recomponerme—. Y es descortés. Si de verdad quiere que seamos amigos, esta difícilmente es la manera de conseguirlo.

—Soy un hombre del espectáculo. No soy cortés. Tampoco decente. —Levantó un hombro como si estuviera hablando de algo tan insignificante como el clima—. Si espera eso de mí, entonces la decepcionaré.

Lo fulminé con la mirada, con las manos tensas a los costados.

—Entonces, ¿por qué, dígame, quiere que nos volvamos a reunir?

Tuvo el *descaro* absoluto de sonreír.

—Teniendo en cuenta su experiencia con la medicina forense, tengo una propuesta actualizada para usted. Y no versa sobre el matrimonio... ah, por favor, no se ponga tan triste. —Casi le enseñé los dientes, y él levantó las manos a modo de tregua—. Solo estoy bromeando, señorita Wadsworth. Requiero su ayuda para mi espectáculo.

Hizo una pausa para ver si yo presentaba algún argumento en contra, cosa que no hice.

—Vi su rostro cuando su prima apareció en el escenario esa primera noche, y creo que usted no aprueba el carnaval o el papel que ella tiene en él, ¿verdad?

Eso no era cierto.

—No es asunto suyo.

—Ah, ¿no? —Volvió a sonreír y pensé en todas las formas con las que podría arrancarle la sonrisa del rostro—. ¿Y si le dijera que puedo ayudarla? Usted desea liberar a su prima del espectáculo y de Houdini. Yo conozco un secreto que ayudaría a su causa. Solo si usted me ayuda a mí. ¿Tenemos un pacto? ¿Mi ayuda a cambio de la suya?

Me sentía desesperadamente curiosa sobre el secreto que él guardaba, pero había aprendido el precio de la curiosidad. Sin embargo, debió haber visto algo en mi expresión, algo que le dio esperanza.

—Solo hay una condición. No puede pronunciar *ni una palabra* sobre nuestro pacto. Ni al señor Cresswell, ni a su prima, ni a cualquiera a bordo de este barco. Si descubrieran... bueno, me vería obligado a jugar mi mano y tendría que contar *su* secreto.

—¿Qué secreto? —pregunté, furiosa—. No he hecho nada de lo que deba preocuparme.

—¿Está segura? —preguntó, pura inocencia y engaño al mismo tiempo—. Dudo que Liza alguna vez vuelva a casa si descubre que usted fue la culpable de su inevitable ruptura amorosa.

—Ni siquiera he accedido a esto ¿y ya está chantajeándome?

Volvió a levantar un hombro.

—No se ha negado de inmediato, ¿o sí?

Lo miré con fijeza, considerando la oferta e intentando refrenar mis emociones. Mi impulso inicial *había sido* responder que no, propinarle una bofetada con un guante y alejarme de él. Correr en la dirección opuesta y no volver a verlo hasta que llegáramos a Estados Unidos.

Sería la opción más sabia.

La más segura.

También era la opción más egoísta y la que no nos ayudaría ni a mí, ni a mi prima. Me habían

criado para valerme de la inacción como si fuera una red de seguridad, pero eso no me permitía explorar tierras desconocidas.

Mephistopheles se me acercó como un lobo olfateando a su presa. Pude ver mi imagen distorsionada reflejada en la filigrana de su antifaz, y me estremecí.

—Le daré lo que más desea, señorita Wadsworth. Su prima a salvo de la ruina y la desgracia, y todo eso sin que usted tenga que ser la villana. Y yo conseguiré lo que más quiero a cambio.

—¿Qué es lo que más quiere? Con seguridad no se trata solo de mi ayuda con el espectáculo.

—Si creemos en los rumores, su prima ya no podrá actuar de asistente. Necesito otra bella joven para ayudarme a deslumbrar a la audiencia. Eso es todo.

—No puedo actuar por las noches; es absurdo creer que mi tío me otorgará el permiso, en especial considerando que fue él quien le prohibió a Liza esa misma actividad.

—No necesito su ayuda todas las noches. Solo para un espectáculo en particular. —Me miró con atención—. ¿Quiere liberar a su prima de Houdini o no?

Me escocieron las palmas. No quería que la reputación de Liza quedara en ruinas si su romance con Houdini terminaba o se daba a conocer.

—Liza será el objeto de las risas, se burlarán de ella, la mirarán con desprecio —insistió Mephistopheles, sabiendo que había encontrado el hilo correcto del cual tirar, el que determinaría mi decisión—. Su familia quedará destruida. Nunca será la anfitriona de otro té, nunca más la cortejará otro caballero apuesto o la invitarán a un baile lujoso. —Dio otro paso adelante—. A ella le encantan esas cosas, ¿verdad? ¿Se quedará usted observando cómo ella arroja por la borda su vida entera por un hombre que con seguridad desaparecerá cuando estalle el escándalo?

Una nube flotó delante de la luna y oscureció el cielo durante un instante. Era la medianoche, y ya me habían advertido sobre esta clase de pactos.

Se me acercó, su mirada fija en la mía.

—¿Tenemos un trato?







Artistas circenses de la última etapa del siglo XIX

12

UN PACTO CON EL DIABLO

PROA

RMS ETRURIA

3 DE ENERO DE 1889

Su dedo enguantado merodeó sobre mi mejilla, nunca tocándola directamente, pero haciendo que mi pulso se acelerara de todas formas. Quería que mi prima volviera a casa. Quería que fuera feliz y estuviera libre de prejuicios. Pero sabía que estaba navegando en aguas turbulentas. Solo porque viera cuánta destrucción causaría su elección no me otorgaba el derecho de elegir *por* ella.

El amor era algo difícil y delicado, moralmente gris. A menudo se realizaban actos tanto magníficos como terribles en su honor. Pero ¿podía hacerse algo verdaderamente por amor si existía la posibilidad de herir a la persona en cuestión? Dudé.

—Suena como un acuerdo justo, ¿no es así? —preguntó—. Lo único que tiene que hacer es participar en el acto final, sin contarle ni a un alma lo que usted está haciendo, y todo lo que desea será suyo. Incluso le daré esas clases de prestidigitación que le había prometido en un principio. Ya que usted se ha convertido en una clase de celebridad en la sociedad de Londres, su presencia le otorgará credibilidad a mi trabajo científico; y mi ayuda salvará a su prima. ¿Qué tiene que perder?

Recordé de inmediato sus palabras de la noche de apertura: *¿Qué perderán antes de que termine la semana? ¿El corazón? ¿La cabeza? Quizás también pierdan la vida, el alma misma.* Las sombras que nos rodeaban se cernieron sobre nosotros. Mi corazón comenzó a golpetear con fuerza. El pacto me parecía muy simple, muy fácil de acceder. Lo que significaba que había un beneficio secreto para Mephistopheles y algún detrimento para mí. Analicé su expresión cuidadosamente compuesta.

—Yo...

—¿Sí? —De alguna manera había logrado moverse de nuevo sin que yo lo notara. Olía a un incienso picante y abrasador. Nos envolvió un dejo de jengibre y cítricos mezclado con notas leves de vainilla y lavanda. Resistí el impulso de aspirar profundamente el aroma. Su mirada viajó por mis rasgos, examinándome sin disimulo.

—¿Lo único que tengo que hacer es subir al escenario durante el acto final?

—Algo así. —Sonríó—. Todavía estoy ajustando los detalles.

Técnicamente, Liza descubriría la verdad, y luego tomaría su propia decisión basándose en los hechos presentados. No habría nada que ocultar. Si aun así ella eligiera permanecer con el carnaval y Houdini, entonces yo no volvería a interferir, aunque estaba segura de que Tío tendría algo que decir al respecto. Sentí un cosquilleo en las palmas. Yo solo estaba intercambiando información. No estaba forzando su voluntad o tomando una decisión por ella. Y lo único que tenía que hacer era subir al escenario para su tonto y magnífico acto final; a duras penas era una

propuesta difícil de aceptar. Aun así...

—¿Tenemos un trato, señorita Wadsworth?

La indecisión dejó de aferrarse a mi mente. No podía permanecer en la comodidad de mi red de seguridad, no cuando el riesgo era demasiado alto para mi prima. Esa era una obligación moral suficiente.

—Si acepto su oferta, necesitaré más detalles de lo que Harry Houdini esconde. Sin mentiras. Mephistopheles se hizo un juramento sobre el corazón.

—Sin mentiras.

Me mordí el labio, la curiosidad no estaba jugando a mi favor.

—Entonces acepto el trato.

Mephistopheles elevó la comisura de sus labios, y mi corazón se aceleró a modo de protesta. Su mirada no me garantizaba que no me arrepentiría en el futuro. Más bien lo contrario. Pero era muy tarde para advertencias. Ya había sellado un pacto con el Diablo y ahora lo cumpliría.

—¿Qué información tiene sobre Houdini?

—Hay una mujer en Estados Unidos a quien él escribe. Con mucha frecuencia. —Sacudió la cabeza—. No tengo que ser detective para afirmar cuánto la quiere. En cada ciudad o pueblo por el que pasamos le envía una carta. —Su expresión pasó de engreída a dolida—. Incluso después de que conociera a Liza, sé que nunca dejó de enviarlas. Me temo que, bueno, para ser sincero, sé que no le ha mencionado nada a ella.

¡El canalla! Enamorado de otra mujer, enviándole cartas detallando cada aventura... y todo a espaldas de mi querida prima. Cerré los ojos, esperando apaciguar mi ira. Fingir no saber que era un sinvergüenza sería una tarea ardua, en especial cuando deseaba destriparlo.

—¿Por qué le importa la reputación de Liza? —Analiqué la cara del maestro de ceremonias, buscando cualquier pista que develara su verdadera motivación. Como todo lo demás en él, su expresión parecía contenida de manera cautelosa, y no me brindaba mucho más que una sonrisita de satisfacción. Una sonrisita que tenía el toque justo de inocencia para hacer que el pacto valiera el riesgo—. ¿Por qué le importa eso?

—No me importa. Simplemente necesito darle un impulso a mi espectáculo, y como los pasajeros están al tanto de su formación en medicina forense, usted, querida mía, me seguirá el juego y dará testimonio de que mis trucos son realmente mágicos. Si usted, una experta en la materia, está convencida, entonces mi reputación mejorará. Algo que necesito con desesperación ya que los cadáveres continúan apareciendo durante o después de mis presentaciones. Esta información es estrictamente una moneda de cambio, una que no utilizaría si no tuviera la necesidad. —Una sonrisa lenta se extendió en su rostro—. No parezca tan irritada. Como ya le he dicho, no soy un hombre decente.

Respiré de manera contenida. No, no lo era.

—Usted se da cuenta de lo imposible que será convencer a los pasajeros de que la magia existe, ¿verdad?

Mephistopheles sostuvo una mano en alto.

—No creo que su tarea sea tan difícil, señorita Wadsworth. Lo único que necesitaré es su adorable presencia en el momento justo del acto final.

Consideraré sus palabras durante un instante.

—¿Me está pidiendo que sea una de sus artistas?

—Solo por una noche. Aunque necesitará practicar con los demás cada noche para alcanzar el nivel adecuado.

—Maravilloso. —Me restregué las sienes—. Me está obligando a aprender de los criminales que usted ha contratado.

—Artistas —corrigió.

Y posiblemente al menos un asesino.

—Bueno, no me recibieron muy bien cuando asistí a su ensayo esta mañana. No estoy segura de si me ayudarán con este trato.

Dio un paso adelante, y esbozó una vez más esa sonrisa peligrosa.

—Por esa razón le daré las lecciones frente a ellos. Dejaré que vean cuánto la estimo... y entonces ellos se esforzarán, creerán que hay algo más inapropiado sucediendo entre nosotros. — Me di cuenta de otra cosa mientras él asentía.

—En realidad, usted está apostando a eso.

—Así es, mi alumna estrella ya está aprendiendo. —Sonrió con entusiasmo—. Así que ahora comprende por qué el... ¿señor Cresswell se llama?, no debe estar al tanto de nuestro trato. Lo nuestro tiene que parecer auténtico. Dejemos que crean que yo realmente la estoy cortejando y enamorando. De esa manera, estarán mucho más predispuestos para aceptarla entre ellos. Y yo necesito que todo funcione a la perfección durante el acto final, en especial después de los asesinatos. Los inversores tienden a desaparecer para no asociar sus nombres y dinero a esa clase de cosas.

Thomas confiaba en mí por completo; sin embargo, no podía imaginar que no fuera a sentirse un *poco* incómodo con este pacto, en especial después de nuestra conversación anterior. Dudé.

—Thomas sabe guardar secretos. Además, usted desearía que él también participara del acto final. Tiene mucho talento...

—Su reacción frente a nuestro supuesto romance debe ser espontánea, señorita Wadsworth. Si él fallara en su actuación, los demás descubrirán que no hay nada entre nosotros. Nunca le volverían a hablar o quisieran conocerla, si percibieran un ápice de falsedad. Y necesito que todos trabajen para asegurar el éxito del carnaval. Nada se interpondrá en mi camino, en especial no un amante sensible. He trabajado muy arduamente y he sacrificado mucho por este proyecto. No fallaré ahora.

Me dirigí hacia la barandilla y permití que la brisa helada me aclarara la cabeza. Quizás esto no le gustara a Thomas, pero la farsa solo duraría cuatro días. Durante ese período sería capaz de proteger a Liza de las mentiras de Houdini, aprender el arte de la prestidigitación como había deseado y aplicarlo a mi ciencia forense, y me concederían el acceso a la hermética compañía del carnaval. La misma que podría estar amparando a un asesino. Si bien tenía sus desventajas, nuestro pacto también tenía puntos a favor. Yo necesitaba acceso a los artistas para resolver este caso, y dado su desinterés hacia mí, esta era una oportunidad que no me podía dar el lujo de rechazar.

Mephistopheles caminó hacia donde yo me encontraba y su brazo casi rozó el mío cuando se apoyó sobre la barandilla y observó cómo la luz de la luna rebotaba sobre el mar. Esta era una transacción de negocios, nada más. Cualquier advertencia de perder la cabeza o el corazón se evaporó con la siguiente ráfaga oceánica.

—Muy bien. —Extendí la mano, y me sentí satisfecha cuando él me devolvió el gesto y la estrechó—. Usted y yo jugaremos nuestro juego de farsa, pero requeriré pruebas para Liza sobre Houdini. Creo que las noticias deberán provenir de mí. En el momento y lugar que yo elija.

Eché un vistazo hacia nuestras manos, casi sorprendido de encontrarlas todavía entrelazadas, y me solté de pronto.

—¿Algún otro requerimiento?

—No tiene permitido besarme. Sin importar lo que suceda. Esa es una parte que no deseo fingir.

—Interesante. —Sus labios se curvaron—. Muy bien. Siempre y cuando usted no desee que lo haga, tiene mi palabra.

Mantuve los ojos fijos en los suyos, negándome a bajar la mirada por temor a que se le ocurrieran más ideas sórdidas.

—Bien. Estamos de acuerdo, entonces. —Me envolví aún más en mi abrigo y eché un vistazo a la cubierta vacía—. Me encontraré con usted después del desayuno para... ¿qué sucede? ¿Por qué está sacudiendo la cabeza?

—Tenemos cuatro días antes del gran final, señorita Wadsworth. —Extendió el brazo—. Su primera lección comienza esta noche.

• • •

Cuando Mephistopheles entró de manera desenfadada en el salón de ensayos, un contoneo en sus pasos y una sonrisa torcida en los labios, las conversaciones menguaron y luego murieron de forma repentina. Los lanzadores de dagas detuvieron su práctica con los blancos; los artistas de trapecio se sentaron en sus columpios; toda la atención se centró en el maestro de ceremonias. Y en mí. Realmente, sus miradas estaban fijas en mi mano, que estaba posada sobre el brazo de él. La mano que moví un poco más arriba ante su insistencia susurrada. No había olvidado lo que Liza había dicho sobre que él nunca aparecía en estos ensayos. Era otra jugada deliberada de su parte, una que sin duda causaría un gran impacto.

—¿Lo ve? —Se acercó a mí un poco más, y sentí la calidez de su respiración en la nuca—. Mire cómo la están evaluando, preguntándose si usted se ha ganado mi favor y cómo podrían arrebatárselo. Usted, querida mía, ahora es una amenaza. Y un premio. —Como si acabara de percatarse del silencio del salón, desvió la mirada de la mía. Me sorprendí de lo auténtica que parecía su actuación incluso cuando yo sabía que era otra de sus farsas—. Si desean tener la oportunidad de actuar esta semana, les sugiero que sigan ensayando.

Todos retomaron sus rutinas, bueno, todos excepto Cassie, la artista del trapecio; la Emperatriz. Estaba sentada en lo alto, observando desde su antifaz mientras Mephistopheles me conducía a una mesa y me ofrecía una silla. Una vez que acomodé mi falda, él arrastró otra silla y se sentó tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaron. Batí las pestañas, pero bajé la voz.

—Cuidado, señor. Odiaría patearlo por accidente.

—Usted me pidió que no la besara, señorita Wadsworth —aclaró, y su sonrisa se volvió más amplia—, pero sus condiciones nunca mencionaron los roces. Suerte para la próxima. Ahora bien. Repasemos los pasos básicos. —Agarró un mazo de cartas de su traje y lo colocó sobre mi palma, donde permanecieron sus manos—. Primero, debe sostener las cartas de la manera adecuada para cortarlas con una sola mano.

Las acomodó hasta que cupieron en mi palma.

—Así es cómo los crupieres sostienen las cartas. Para nuestros propósitos, comenzará así y luego las moverá hacia la punta de los dedos. —Movié las cartas de mi palma hasta la punta de mis dedos, manteniéndolas en la misma posición. Con una eficiencia precisa, me bajó el meñique hacia la parte inferior del mazo, y así lo aseguró a una posición cómoda en mi mano—. Bien. Eso le permitirá tener el espacio suficiente para cortar el mazo entre sus dedos y palma, y además tendrá un mejor dominio de él.

Moví el mazo, intentando conseguir un mejor sostén.

—¿Cómo corto el mazo con una sola mano? Parece que dejaré caer algunas cartas cuando lo haga.

—Ah, una observación excelente. —Mephistopheles le dio unos golpecitos suaves a mi dedo índice y luego a mi meñique—. Estos dos dedos serán los que sostengan las cartas en su lugar. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse, pero una vez que haya practicado lo suficiente, descubrirá que su pulgar está libre para dar la vuelta las cartas, y su anular y su dedo corazón ayudarán a cortar el mazo a la mitad y al mismo tiempo rotarlos. Mire, permítame.

Olvidando las miradas que todavía sentía perforándonos, me incliné hacia él. Presionó la mitad superior del mazo con el pulgar, haciendo que se abriera por la mitad, como si fuera una boca dando un bostezo. A continuación, su dedo índice soltó la parte superior cuando la porción inferior se deslizó hacia un ángulo de noventa grados, y formó una L con las cartas. Tanto su dedo corazón como el anular soltaron la mitad superior mientras que su dedo índice empujaba la mitad inferior hacia arriba y completaba el corte. Se me cruzaron los ojos.

—La mecánica es bastante complicada —dije, observando cómo repetía los pasos mucho más rápido—. Usted hace que parezca muy fácil.

—Una vez que consiga los movimientos, se trata de memoria muscular. —Me entregó las cartas—. Ni siquiera tendrá que pensar en lo que está haciendo, le saldrá naturalmente.

No era diferente de cómo algunas de mis prácticas forenses se habían vuelto tan naturales que mi cuerpo las recordaba de memoria. Centré mi atención en las cartas de mi mano y con lentitud, penosamente, repetí los movimientos. Había llegado a la parte donde cortaba el mazo en dos, me había permitido soltar un gritito de alegría, cuando las cartas escaparon de mi mano y se esparcieron por la mesa y el suelo. Maldije con uno de mis juramentos más coloridos, y el maestro de ceremonias echó la cabeza hacia atrás y estalló en risas.

Lo fulminé con la mirada.

—Me alegra que mi sufrimiento sea una experiencia tan alegre para usted.

Todavía riendo, recolectó las cartas y me las entregó.

—Se está tomando esto muy en serio. Es solo magia, señorita Wadsworth. Se supone que es una experiencia divertida.

Lo intenté algunas veces más, y terminé obteniendo los mismos resultados horribles. Las cartas seguían deslizándose de mi mano enguantada, yo maldecía de formas muy impropias y Mephistopheles prácticamente jadeaba de risa. Lo odié.

Justo cuando pensé en caminar con decisión hacia Jian Yu y robarle una de sus dagas para atravesar las cartas, una voz tranquila de acento marcado me preguntó:

—¿Le podría enseñar otro truco?

Me giré en mi asiento, observé a quien había tenido el valor suficiente para interrumpirnos y reconocí al joven que había visto durante mi visita anterior. Andreas, cuya contraparte en las cartas de tarot era el Loco. Su pelo y su piel tenían casi el mismo tono pálido, un rubio blanquecino. Unas constelaciones salpicaban su chaqueta de terciopelo, otra referencia no tan sutil al Carnaval Luz de Luna.

Mephistopheles enarcó una ceja.

—Andreas. Ella es la señorita Wadsworth, mi nueva pupila. Estamos intentando descubrir qué uso podríamos hacer de sus talentos para el acto final. Señorita Wadsworth, esta criatura entrometida es Andreas. —Contuve mi sorpresa cuando el maestro de ceremonias se alejó de la mesa y le ofreció su asiento. Con una mirada persistente que podría chamuscar a alguien con su

calor, hizo una reverencia—. Mis disculpas. Iré a traer algo de champán.

Recordando mi papel, hundí los dientes en mi labio inferior y observé cómo el maestro de ceremonias se abría camino entre los artistas. Deseé que mi expresión transmitiera deseo y no estreñimiento. Cuando llegó a la mitad del gran recinto, hizo una pausa, como si se hubiera olvidado de algo. Giró lentamente sobre un talón y se detuvo cuando volvió a encontrar mi mirada. Sonriendo, sopló un beso en mi dirección y luego siguió con su camino.

Esta vez, no fingí el rubor de mi rostro.

Andreas se aclaró la garganta, incómodo de manera evidente. Éramos dos. Me liberé de mi mortificación y me obligué a prestarle atención al joven que tenía delante de mí. Era hora de que comenzara a cumplir con mi parte del trato.

—¿Qué clase de magia tiene para enseñarme? —pregunté, e intenté sonar tan interesada como me fue posible—. ¿Más trucos de cartas?

Una sonrisa jugueteó en sus labios. A diferencia de Mephistopheles, no escondía problemas ni advertencias. En todo caso, parecía un tanto tímido. Mi mente dio vueltas con una sensación inmediata de sospecha.

—Fue el primer truco que me salió bien y no es difícil de aprender. —Sostuvo una carta en alto con una mano, la Reina de Corazones. Con su otra mano, dio la vuelta a la carta, delante de mis propios ojos, y ahora estaba mirando al Rey de Espadas. Parpadeé—. Se lo llama cambio de carta. Mephistopheles dice «engaña a los ojos, convence a la mente». Lo que necesita son dos cartas, y las tiene que sostener una encima de la otra.

Casi solté un quejido.

—Cada vez que alguien afirme que algo es fácil, sabré que es una mentira. ¿Cómo puede ser tan simple?

Su sonrisa se volvió más amplia y reveló un hoyuelo.

—Mi Liesel solía decir algo parecido. Odiaba los trucos de cartas, pero le encantaba este. —Lo repitió, y yo aún no pude identificarlo—. Coloque las dos cartas una sobre la otra. Luego lo único que tiene que utilizar es su pulgar, el índice y el del medio. El dedo corazón tirará de la primera carta hacia abajo y revelará la carta que hay detrás. El golpecito es la distracción. Hay algo en esa distracción audible que desvía la atención durante ese instante crucial.

Lo hizo algunas veces más con la lentitud suficiente como para permitirme comprender la mecánica del movimiento. Básicamente, la carta de delante se deslizaba debajo de la otra y descansaba entre el pulgar y el dedo corazón, oculto de la vista por la segunda carta. El truco no era para nada simple, pero era más fácil de intentar, ya que consistía en realizar un movimiento repentino. Andreas me entregó las cartas y me observó mientras yo lo intentaba. No estaba segura de cómo dominar un truco de magia le otorgaría autenticidad al Carnaval Luz de Luna, pero me resultaba divertido, y mi verdadero objetivo de conocer a los artistas se estaba cumpliendo, así que continué con la práctica.

—¿Qué hace Liesel en el carnaval? —pregunté, mi mirada desviada hacia él—. ¿Así se conocieron?

Él mezcló el mazo, sujetó dos cartas más y continuó demostrando el truco mientras yo lo imitaba.

—No, ella no trabajaba para el circo. Mephistopheles me había enviado a un pueblo de Alemania para conseguir rosas. La miré una sola vez y supe que estaba perdido para siempre. De hecho, ella me regaló el espejo que utilizo para mi espectáculo de adivinación.

—¿Están casados?

La tristeza descendió sobre sus hombros, volviéndolos más pesados.

—Comprometidos. Estuvimos comprometidos. Mi Liesel... falleció.

Mis pensamientos viajaron hacia Thomas. No podía imaginar seguir adelante sin él. Cuando levanté la mirada vi una clase de fortaleza diferente en Andreas.

—Siento mucho su pérdida. —Quería preguntar cómo había sucedido, pero no logré pronunciar las palabras.

Él movió las cartas de manera ausente, deslizándolas una sobre la otra en una sucesión rápida.

—Jian me asegura que todo mejora, aunque no estoy seguro de que el dolor de esa clase de pérdida desaparezca alguna vez.

Apoyé mis cartas.

—¿Jian también ha perdido a alguien a quien amaba?

Andreas echó un vistazo a su amigo y se quedó mirándolo sin parpadear mientras Jian practicaba sus trucos de espada.

—A su familia entera. Los asesinaron. ¿Las espadas? —Hizo un gesto hacia Jian mientras él alzaba una y la hacía caer sobre una pila de madera—. Creo que se imagina utilizándolas sobre los hombres que lo hicieron.

—¿Cómo...? ¿Conoce los detalles?

La mirada de Andreas viajó con rapidez a su alrededor.

—Solo que los soldados arrasaron con su pueblo cuando él estaba ausente. Asesinaron a todos y quemaron sus casas. Cuando él regresó, encontró cuerpos chamuscados y cenizas humeantes. Se rumorea que él los persiguió y les cortó las gargantas mientras acampaban, pero no creo que eso sea verdad. Comenzó a practicar con las espadas después de sus muertes, no quería volver a ser incapaz de defender a alguien.

—Santo Dios —dije, sintiendo como si me hubieran propinado una patada en el pecho—. Eso es horripilante. ¿Cómo...?

—¿... se ha hecho tan tarde? —Mephistopheles apareció en mi línea de visión, y sostuvo un reloj de bolsillo delante de su rostro enmascarado—. Creo que es hora de despedirnos. Usted tiene una lección muy temprano por la mañana y necesita descansar.

Me encontraba demasiado entristecida por la historia como para oponerme. Le dediqué una última mirada a Jian antes de ponerme de pie. Hice el ademán de retirarme cuando Andreas se incorporó de un salto.

—No se olvide de sus cartas, señorita. Necesitará practicar tan a menudo como le sea posible. Todos lo hacemos.

Sonreí y acepté el mazo. Mephistopheles me condujo hacia la salida delante de todos los artistas, su mano nunca dejaba de rozar la parte baja de mi espalda. Cuando llegamos al corredor oscurecido, se detuvo y sacó una carta de su chaqueta.

—Aquí tiene. Houdini había comenzado a escribir esto antes del accidente improvisado.

—¿Accidente? ¿A qué se refiere con...? —Abrí la carta, las cejas enarcadas—. ¡La mayor parte está cubierta de tinta!

—Lo sé. —Sonrí—. Debería haberlo visto despotricar sobre lo torpe que era yo después de que chocara con él. La verdad es que pensé que me podría haber destripado allí mismo si hubiera podido. —Se inclinó hacia mi hombro y leyó la primera línea—. Para mi querida...

Lo aparté con un gesto de la mano.

—Sé leer, gracias. —Ojeé lo que quedaba de la carta salpicada de tinta con el estómago contraído.

Mephistopheles había dicho la verdad: Houdini amaba a otra. Deseé destrozar el papel, pero en su lugar lo guardé en mi corsé. A simple vista, el trato pareció haber beneficiado más a Mephistopheles, pero de pronto me sentí mucho mejor por proteger a Liza de Harry Houdini y sus mentiras.

Para mi querida

No puedes esperar a que vuelva

Enviaré dinero tan pronto

Nunca había visto un paisaje como

Debo irme, pero te escribiré de nuevo

Te quiero, fu siempre fiel

Harry







Acróbatas

13

AS DE BASTOS

SALÓN DE ENSAYOS DEL CARNAVAL LUZ DE LUNA

RMS ETRURIA

4 DE ENERO DE 1889

—¿Así? —pregunté, enganchando las piernas sobre la barra. Incluso teniendo la red de seguridad debajo de mí no sentía ni una pizca de comodidad. Y no creía que se debiera a mi vestimenta, un mero corsé sin varillas de color azul escarcha y unas gruesas mallas blancas. Aunque me sentía un tanto preocupada de que el peso añadido por las decoraciones de cuentas asegurara mi muerte si caía.

Cassie resopló, pero no se rio de mí.

—Solo se balanceará hacia atrás y hacia adelante. Con las piernas enganchadas sobre la barra, será capaz de aferrarse con la fuerza suficiente para no caer. —Sostuvo la barra de manera firme, los ojos marrones fijos en los míos, no con actitud desafiante, sino con curiosidad—. No se preocupe, este no será su papel en el acto final. Esto solo es por diversión.

La verdad es que cuestionaba su idea de pasar un buen rato. Balancearse de una barra diminuta a más de seis metros de altura parecía una muerte segura. Cómo conseguía hacerlo ataviada con vestimentas adornadas con cuentas y colas largas era o milagroso, o mágico, o ambas cosas.

Sebastián se balanceó desde su extremo en el salón de ensayos, las piernas sobre la barra y los brazos extendidos, una sonrisa amplia en la cara. Como si él ya no tuviera talento con sus contorsiones, ahora las estaba realizando en las alturas.

—Es fácil, ¿lo ve? Lo único que tiene que hacer es soltarse.

—Están todos locos —baluceé en voz baja—. Completamente locos.

—Lo normal está sobrevalorado. —Cassie me dio un empujoncito hacia la barra—. Lo extraordinario es inolvidable. —Sujeté la barra con la mano, pero la Emperatriz se apresuró a detenerme. Me espolvoreó las manos con una extraña sustancia blanca que pareció tan pegajosa como arcillosa—. Resina. La ayudará a aferrarse.

—Creí que solo utilizaría las piernas.

—Sí, bueno... —Cassie me hizo girar y colocó mis manos sobre la barra—, necesita sostenerse y luego enganchar las piernas, ¿lo ve?

Yo hubiera preferido hacer acrobacias desnuda en la proa y cantar una canción de burdel.

—¿Va todo bien allí arriba? —gritó Mephistopheles, ahuecando las manos sobre la boca—. El ensayo casi ha terminado. Los pasajeros irán a desayunar pronto, y debemos conducir a la señorita Wadsworth a sus aposentos antes de que alguien note su ausencia.

Le lancé una mirada fulminante que probablemente no llegó a divisar, ya que yo me encontraba más alto que un edificio.

—Qué fastidio. Me gustaría verlo a él balancearse en el trapecio.

Cassie rio.

—No lo desafíe. Lo hará, y si se rompe el cuello, entonces todos nos quedaremos sin trabajo. Y necesito el dinero.

Agarré la barra con las manos e ignoré el sudor que parecía filtrarse a través del polvo de resina.

—¿Está ahorrando para algo?

Ella acomodó mis manos, me enseñó cómo elevar y pasar las piernas por encima de la barra e ignoró mi pregunta. Mi estómago dio un vuelco.

—No... yo... —Dejó escapar un suspiro—. Tomé decisiones equivocadas y le debo dinero a algunas personas.

Pasé una pierna por encima de la barra, mi corazón latiendo al galope por múltiples razones.

—¿Personas que también trabajan para el carnaval?

Cassie me hizo un gesto para que repitiera el movimiento con la otra pierna. Yo dudé, pero solo durante un instante, deseando que ella siguiera hablando. Esto era exactamente lo que necesitaba: información que se pudiera considerar como un motivo para un asesinato. Ella me ayudó a pasar la pierna por encima de la barra y se aseguró de que esta se encontrara bien colocada contra la parte posterior de mis rodillas. Si bien me encontraba aferrada, sentí cualquier cosa menos confianza mientras colgaba cabeza abajo. El suelo se encontraba muy, muy lejos.

—No —respondió por fin—. Las personas a las que les debo dinero no están en el carnaval.

Antes de que pudiera seguir preguntando, ella desató el trapecio de donde había estado asegurado a dos grandes postes y me dio un empujoncito. No pude controlar el chillido que escapó de mis labios mientras volaba a través del salón. Cerré los ojos, temiendo que vomitaría o entraría en pánico o haría algo estúpido y caería hacia mi muerte.

—¡Abra los ojos! —gritó Mephistopheles—. ¡Disfrute de la vista! Vamos. No pensé que fuera una cobarde.

El sinvergüenza estaba cacareando como una gallina. Abrí un poco los ojos, y vi cómo los colores y las luces pasaban como un destello, tal como imaginé que se me escaparía la vida. Me balanceé hacia un lado, luego hacia el otro, y cada pasada pareció ser tanto eterna como demasiado efímera para recordar.

—Mire eso —gritó Mephistopheles hacia arriba—. ¡Está volando!

Mi corazón se encontraba desbocado y mi respiración salía en jadeos cortos, aunque el pánico estaba dando lugar a la emoción. Extendí lentamente los brazos. En ese momento comprendí la atracción del carnaval, el magnetismo de escapar de las restricciones y simplemente dejarse llevar. Permitirme la libertad completa y absoluta de elevarme.

• • •

A pesar de mi práctica matutina de trapecio, sentí que el pacto de medianoche que había sellado con Mephistopheles había sido como vender mi alma al Diablo. Yo no tenía derecho a interferir con los asuntos de Liza, pero ¿cómo podía quedarme mirando y permanecer pasiva mientras Houdini destruía su vida por un capricho romántico? En su carta, él declaraba su amor y admiración por una mujer que no era mi prima. Y, sin embargo, entregarle la evidencia y observar cómo se rompía su corazón me hacía sentir igualmente horrible.

Me paseé por la pequeña alfombra de nuestro camarote, temiendo la próxima hora de actuaciones. Yo no era mejor que los que estaban en el escenario; fingía ser una prima decente

cuando era una sucia mentirosa. Liza estaba feliz con su elección, pero solamente porque no conocía toda la verdad. De alguna manera, hacer que Mephistopheles interviniera parecía un acto más noble que directamente romperle el corazón.

La verdad era una daga con la que no quería herirla. Quizás debería ser él quien le diera la carta. Parecía ser la clase de maldad que él disfrutaría.

—¿Audrey Rose? —Liza apareció en el umbral de la habitación adyacente. Estaba espléndida ataviada con un vestido de noche color frambuesa que tenía capas de encaje negro sobre la falda, nadie la reconocería vestida con sus prendas más elegantes y sin uno de esos antifacesafiligranados. Agradecí que el Carnaval Luz de Luna requiriera que los artistas llevaran puestos esos disfraces; ayudaría a mantener en secreto la identidad de mi prima y le haría más fácil volver a Inglaterra sin que la sociedad se enterara.

Mephistopheles había considerado todos esos aspectos al escapar de su propio apellido, cualquiera que ese fuera.

—Estás preciosa, prima.

—Es un poco raro —dijo, y giró su rostro de un lado al otro frente a mi espejo, frunciendo los labios—. No me he sentado como espectadora desde Londres. Aunque será agradable estar entre la audiencia por una vez. Una noche entera libre del maquillaje artístico será fascinante. Parece como si fuera yeso y ¡me seca la piel de una manera horrible! —Liza cesó de tocarse el peinado y me echó un vistazo a través del espejo—. ¿Todo está bien? Pareces nerviosa. Ni siquiera estás vestida... ¿no vas a venir al espectáculo?

Me dejé caer en la cama, agobiada por el peso de mis secretos.

—No estoy segura. Hoy me he levantado temprano y no he dormido demasiado bien, quizás no asista esta noche.

Liza dejó caer las manos y se sentó a mi lado.

—¡No te puedes perder este espectáculo! El As de Bastos será algo increíble de admirar. La he visto ensayar y aún no puedo creer lo valiente que es, tragar fuego... también disfrutarás hablando con ella. Siempre está estudiando libros nuevos sobre ingeniería y ciencia. A muchos artistas se les ocurren ideas y luego se las transmiten a Mephistopheles para que él las haga realidad.

Enarqué las cejas.

—¿Él diseña los mecanismos por su cuenta?

—Ah, sí —asintió Liza—. Él los fabrica todos. Para él, ningún sueño es demasiado descabellado o lejano. Siempre que ensayamos, él se recluye para crear lo que necesitamos. En general, no permite que nadie entre a su camarote; asegura que lo distrae, pero creo que quiere evitar que alguien robe sus secretos innovadores. Lo retiene todo para sí mismo.

—¿Así que nadie tiene acceso a su camarote personal? —intenté sonar tan casual como me fue posible.

—Estoy segura de que sí invita a las mujeres con las que yace.

—¡Liza! —Me ardió la cara, pero se me congeló la sangre. Era un aspecto vulgar que no había considerado. Quizás una amante olvidada *sí* podría haber cometido los asesinatos. Quizás tuviera la determinación de destruir su carnaval tal como él había destruido su corazón. Yo nunca lo había visto sin su antifaz, pero el corte afilado de su mandíbula y sus labios carnosos indicaban un cierto atractivo—. ¿Lleva a muchas mujeres a sus aposentos?

—¿Por qué te interesa tanto el maestro de ceremonias? —Malinterpretando la fuente de mi curiosidad, entrecerró los ojos—. Tú tienes algo real, magnífico e irremplazable con el señor Cresswell. Mephistopheles es un gran hombre del espectáculo, pero ese es el punto crucial. Es

puro espectáculo. Te aconsejo que recuerdes eso. Es atrayente, al igual que lo es la llama de una vela. Puede crear una cierta atmósfera, una sensación de calidez, pero si te acercas demasiado, te quemará.

—Te has convertido en toda una poeta —comenté con ligereza. Quería preguntarle si ella albergaba los mismos temores y preocupaciones con respecto a Houdini, pero apreté los labios. Señalé mi baúl con un gesto vago—. ¿Qué debería llevar puesto hoy?

Liza se puso de pie de un salto y juntó las manos de pronto.

—Algo deslumbrante. —Buscó con cuidado entre mis vestidos y sacó uno como si fuera un premio. Era de un color verde pálido con rosas y lazos que habían sido cosidos sobre un hombro y que también caían como una cascada desde la cadera derecha hacia el suelo; era sin duda una prenda fascinante—. Llevarás este. Estarás más deslumbrante que los artistas.

• • •

Esta noche el salón comedor se había transformado una vez más. Las mesas estaban vestidas de seda azul oscuro, las superficies brillaban y reflejaban las luces, mientras que las copas de cristal titilaban como lentejuelas. Unas calas blancas y unas guirnalda de eucalipto adornaban cada mesa y caían sobre el suelo en damero, lujosas y fragantes. Deseé acariciar la suavidad aterciopelada de los pétalos, pero logré mantener un aire de dignidad. Miré a Liza y a la señora Harvey, quienes esbozaban expresiones similares de asombro. Yo no era la única que sentía que estaba entrando en un sueño repleto de estrellas.

Thomas y Tío ya estaban degustando bebidas, las cabezas inclinadas en lo que parecía una charla acalorada, cuando la señora Harvey, Liza y yo entramos al salón. Esa tarde, yo había presentado excusas para no analizar detalles del caso con ellos y me había encerrado para practicar prestidigitación. Fue desastroso. Mayormente me ejercité recogiendo las cartas que había dejado caer por todo el suelo. Aunque mejoraba poco a poco con el cambio de cartas que Andreas me había enseñado.

Siempre en sintonía conmigo, Thomas levantó la cabeza, y me invadió una sensación de calor cuando nuestras miradas se encontraron a través del salón. Él le dijo algo a mi tío, se levantó de su silla y un instante más tarde se encontraba a mi lado, ofreciéndome el brazo. Mi pulso se aceleró ante su roce.

—Señoritas. Están maravillosas esta noche. —Colocó una mano alrededor de la oreja e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Han escuchado eso? Creo que ha sido el crujido de los corazones rompiéndose por el salón. Tengan cuidado, el suelo está repleto de astillas ensangrentadas.

Sacudí la cabeza.

—¿En serio? ¿Astillas ensangrentadas?

—¿Los culpas por sentir envidia? Yo también estaría terriblemente celoso de mí. De hecho, podría retarme a un duelo después de la cena.

Thomas sonrió y nos acompañó a la mesa sin más bromas. Juraba que algunas veces sus modales eran tan educados, tan exquisitamente regios, que me resultaba difícil recordar que era el mismo joven que había recibido el apodo de «autómata» durante la investigación del Destripador. Se inclinó hacia mí y habló en susurros para que solo yo lo escuchara.

—Hemos tenido un día interesante. El capitán Norwood nos ha invitado para hablar sobre un tema de lo más delicado. —Me ofreció la silla y luego hizo lo mismo para la señora Harvey. Un camarero se había acercado para ayudar a Liza. Thomas se sentó junto a mí—. Al parecer, anoche

irrumpieron en un camarote de primera clase. En algún momento entre la cena y el espectáculo.

—Qué raro.

—Así es. Pasajeras asesinadas, una joven desaparecida, un robo... este barco es una pesadilla flotante para el capitán.

La luz de los candelabros se atenuó. No faltaba mucho para el espectáculo. Los camareros se desplazaban por el salón con una soltura entrenada, apoyando platos cubiertos sobre cada mesa. No estaba segura de cuál sería el menú de esta noche, pero lo que fuera, olía exquisito. Ayudaba a opacar el leve hedor a queroseno que provenía del escenario. Se me hizo agua la boca cuando los aromas de la mantequilla, el limón y el ajo se elevaron y despertaron mis sentidos. Un camarero apoyó una jarra de vino blanco sobre nuestra mesa, lo que indicó que nuestro entrante podría consistir en mariscos. Deseé que fueran gambas, ostras o incluso una exquisita y carnosa langosta.

Me libré de mis pensamientos hambrientos y retomé el asunto en cuestión.

—¿Cómo se dio cuenta el capitán o los ocupantes de que habían irrumpido en el camarote?

—Alguien había hurgado en el baúl de la dama —informó Thomas, levantando la tapa de su plato. En el centro había media langosta hervida a la perfección, untada con mantequilla de ajo y sazonada con hierbas aromáticas. Casi solté un gemido cuando vi mi propio plato—. Habían desaparecido sus mejores rollos de seda junto con algunos chales. Como sabes, su criada hubiera empleado el mayor cuidado en ordenar esas pertenencias. Nunca habría dejado un desorden así.

—¿Por qué viajaba con rollos de tela? —pregunté.

—Los estaba llevando a Nueva York para que un renombrado sastre le confeccionara algunos vestidos. Al parecer, las telas estaban diseñadas para un baile de disfraces; llevaba enredaderas enroscadas en árboles cerca de lo que sería el dobladillo, y constelaciones donde debería haber estado el corsé.

—Así que robaron las telas, pero la dama se encontraba allí, ¿verdad?

—Así es —respondió Thomas, e hizo una pausa para beber de su vino—, ella informó a las criadas que limpiaron su habitación.

—*Mmm*. Bueno, si fueran a aparecer, serían inconfundibles. —Todo era muy raro. Rollos de tela robados, mujeres jóvenes que parecían desaparecer bajo el oscuro cielo estrellado. Dos horribles asesinatos. Sin duda, todo tenía que estar relacionado, pero la pregunta clave era *cómo*. La noche anterior habíamos tenido un descanso, aunque temía que no pasaría mucho tiempo antes de que apareciera otro cadáver.

—¿Qué piensas de todo esto?

Thomas cortó su langosta y se detuvo para responderme antes de probar bocado.

—¿La verdad? No estoy seguro. No hemos obtenido muchas pistas, lo que dificulta extraer alguna conclusión. El hecho de que desaparezcan sedas no es algo tan fuera de lo común. Nos encontramos a bordo de un barco que lleva muchos pasajeros, y muchos de ellos ni siquiera firman con su nombre verdadero el registro de pasajeros. Las telas elegantes valen mucho dinero, quizás esa sea la verdadera causa del robo.

—A menos que todo esté conectado. Entonces el robo no sería la única motivación.

—Por desgracia, no tenemos manera de saber qué está conectado y qué no. Hasta donde sabemos, esta dama no tiene ninguna relación con ambas víctimas. —Thomas bebió de su copa—. Las conjeturas y la especulación no son hechos certeros.

Sus palabras sonaron como las de Tío. Si bien estaba de acuerdo con que distanciarme de mis emociones era lo adecuado mientras estaba en el laboratorio, también sabía cuál era el valor de confiar en mis instintos cuando algo no parecía correcto con respecto al robo.

Probé un bocado de mi cena, y me deleité con los aromas sabrosos mientras las luces se atenuaban. Volví la mirada hacia el escenario, donde unas bandas de seda color plata y azul pálido pendían del techo, estrellas y copos de nieve anudados en los extremos. Daban la sensación de ser, al mismo tiempo, estrellas fugaces y copos de nieve cayendo. Los brillos atrapaban la luz tenue mientras las estrellas giraban en el lugar. Era deslumbrante, otra obra maestra del Carnaval Luz de Luna.

Esperé a que Mephistopheles apareciera en el escenario entre el humo y el retumbar de los címbalos. No esperé ver a una joven menuda haciendo girar antorchas idénticas a sus lados mientras entraba al salón. El hedor a queroseno ahora era más intenso y hacía que me escociera la nariz. Quizás deberían haber esperado hasta el final de la cena antes de hacerla actuar. El delicado sabor de la langosta había desaparecido.

—Esa es Anishaa. Su carta de tarot es el As de Bastos. —Liza interrumpió su conversación con Tío y la señora Harvey y se inclinó hacia mí para susurrar—: Se supone que su disfraz representa el hielo.

Podía ver cómo eso era cierto. Su cabello plateado combinaba con las lentejuelas cosidas en su corsé y estaba trenzado en mechones gruesos en la coronilla de su cabeza. Tenía la piel pintada de un color blanco azulado en los lugares donde estaba expuesta: los brazos, las manos, el rostro y a lo ancho del pecho. Era escalofriante, de alguna manera, ver cómo parecía una criatura nacida de la escarcha que jugueteaba de forma tan amenazadora con el fuego. Su sombrero de copa y su corsé eran de un blanco tan puro que casi parecía azul hielo.

De hecho, observándola más de cerca, vi hilos de color azul pálido bordeados de plateado que adornaban todo el atuendo. Incluso sus ojos —expuestos por agujeros grandes en su antifaz— estaban delineados de azul y dorado, y sus pestañas parecían de un blanco puro. Era como una estrella congelada.

Levantó una vara de fuego y exhaló, y las llamas brotaron como si ella fuera un dragón. Unas exclamaciones se elevaron a nuestro alrededor mientras ella caminaba pavoneándose hacia el extremo opuesto del escenario y repetía el truco. No pude evitar mirarla con detenimiento mientras tomaba la misma vara de fuego y se la tragaba como si fuera un bocado delicioso.

—Es magnífica, ¿verdad? —comentó Liza, y sus ojos siguieron a la devoradora de fuego mientras hacía una pirueta por el escenario, se erguía y engullía otra antorcha de llamas. Un asistente le alcanzó otro conjunto de varas en llamas, y ella echó la cabeza hacia atrás y arrojó llamas hacia el techo—. Quizás las actuaciones de los artistas sean mentiras o ilusiones, pero viven de manera honesta. No ocultan su verdadero yo ni fingen aceptar las reglas de la sociedad. No son como la nobleza, que te sonríe en la cara mientras te clava una daga en tu espalda.

Bajé la mirada hacia mi plato, la comida de esta noche era realmente exquisita, aunque de pronto mi apetito había desaparecido. Si Liza supiera que yo era la que estaba sosteniendo una daga que terminaría con sus sueños de casarse con Houdini, nunca volvería a dirigirme la palabra. Los instantes siguientes transcurrieron mientras yo por un lado escuchaba las conversaciones que se sucedían a mi alrededor y por el otro sufría la culpa que lentamente seguía creciendo en mi interior.

Hasta que no estallaron los primeros gritos, no regresé de un salto a la realidad.

14

LA ESTRELLA

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

4 DE ENERO DE 1889

Una llamarada de fuego hizo erupción en el escenario y convirtió a la magnífica escenografía de invierno en una pesadilla infernal. Las llamas, que saltaban de una franja de seda a la otra, rugían amenazando a los pasajeros que escapaban. Ahora, en lugar de copos de nieve y estrellas fugaces había una lluvia de fuego y cenizas. Anishaa gritaba con desesperación solicitando ayuda detrás del telón, y pronto aparecieron unos cubos de agua. A medida que el hedor acre del humo se elevaba en el aire y el hollín negro caía sobre el escenario, el griterío se intensificó. Otro hedor casi familiar invadió el ambiente. Olía como si fuera...

—Dios santo... ¿qué *es* eso? —Liza me sujetó del brazo con tanta fuerza que chillé—. ¡Allí arriba! Creo que... creo que voy a vomitar.

Miré hacia el techo y sentí que la sangre me abandonaba. Amarrada con exquisitas sedas que envolvían cada uno de sus brazos, una persona envuelta en gasa negra se balanceaba sobre el escenario con los brazos y piernas extendidas, una corona negra de estrellas sujeta a la cabeza. Las llamas envolvían a la silueta de pies a cabeza como si fuera una antorcha humana viviente. Me quedé mirándola, paralizada por la incredulidad mientras unos trozos de carne quemada comenzaban a desprenderse.

Habían colgado a la persona en posición erguida, y las llamas viajaban desde los pies hacia la cabeza a un ritmo vertiginoso.

Con seguridad, esto no podía ser real. No había pasado mucho tiempo desde mi última alucinación; me habían atosigado mientras estábamos en Rumania. Eso era esta visión terrible: un truco de la mente.

Solo que no lo era.

—No mires. —Sujeté a mi prima y acerqué su cabeza a mi hombro, permitiéndole sollozar. Thomas encontró mi mirada, la sostuvo y me ofreció su fortaleza a la vez que permitió que yo le brindara la mía. Acaricié el cabello de Liza con la esperanza de tranquilizarla a ella y a mí misma.

—Todo está bien. Todo estará bien.

—Permanezcan sentados. Y tranquilos. Las llamas se encuentran mayormente reducidas al cuerpo. —Tío recorrió nuestra mesa con la mirada; su prioridad era garantizar nuestra seguridad, aunque sabía que lo que él quería hacer era llegar pronto hasta la víctima. Miró a Thomas, asintió y le entregó en silencio la responsabilidad de esa tarea antes de desaparecer entre la multitud que se retiraba.

—Esa persona no está viva —dijo Thomas, su voz calma a pesar del infierno salvaje y de los

chillidos de la señora Harvey—. Mirad.

Lo último que quería hacer era observar a la pesadilla que teníamos delante de nosotros. Pero mi cerebro lentamente adoptó la frialdad de una científica.

—¿Cómo...? —Me obligué a ignorar el hedor a carne y pelo chamuscado. A evitar mirar los trozos de Dios sabe qué que caían al suelo. Mecí a Liza con gentileza, notando la ausencia de gritos o movimientos mientras el fuego convertía a la víctima en una estrella viviente. Thomas tenía razón, quienquiera que fuera esta persona, ya había estado muerta antes de que le prendieran fuego.

Un gesto de amabilidad, si uno podía considerar amable que te asesinaran y luego encendieran tu cuerpo.

Con una sacudida, el cuerpo que estaba sobre el escenario cayó unos metros hacia abajo, y aquellos que aún no habían conseguido escapar por la puerta gritaron horrorizados.

—¡Bajad otra vez las cuerdas! —Mephistopheles subió con rapidez al escenario y les gritó a los ayudantes de la compañía que debían estar escondidos en las vigas—. ¡Cortadlas! ¡Cortadlas ahora!

Dos hombres que blandían espadas se colocaron debajo del cuerpo en llamas, intentaron cortar la tela que se desintegraba y esquivaron las cenizas ardientes que llovían sobre ellos. Podrían haber sido Jian y Andreas, pero yo al parecer solo era capaz de mecer a Liza e intentar contener mis propias lágrimas. Circunscribir mi mundo a ese solo gesto de consuelo me estaba ayudando a mantener la compostura.

Los camareros y los miembros de la tripulación gritaban intentando poner orden, pero los pasajeros estaban descontrolados. Mesas patas para arriba. Mujeres que se balanceaban y hombres que empujaban. Era un absoluto espectáculo horroroso mientras las personas luchaban por escabullirse a través de las dos únicas puertas de salida.

—¡Sofocad las llamas! —El capitán Norwood emergió entre el caos, y arrojó mantas para caballo a las personas que estaban sobre el escenario—. ¡Aplastadlas!

La señora Harvey se tapó la boca con la mano, pero los riachuelos de lágrimas que le corrían por la cara dejaban en evidencia su estado de pánico. Yo quería obedecer a Tío y permanecer sentada y en calma, aunque también deseaba hacer escapar a mis seres queridos de este infierno y protegerlos de todas las cosas horribles que el mundo desplegabá. Quería enterrar el rostro en mis almohadas y gritar hasta sentir la garganta en carne viva y quedarme sin lágrimas. Podía tolerar diseccionar cuerpos, pero observar cómo se quemaba una persona era algo completamente diferente. Quienquiera que hubiera hecho esto era un monstruo, uno que incluso Jack el Destripador y Vlad Drácula dudarían en imitar.

—Ay, Dios... ese olor. —Liza había enterrado incluso más la cara en mi hombro. Mis propias emociones se despertaron, intentando sobrepasarme, pero las aferré y las guardé en lo más profundo de mi ser. No sucumbiría ante ellas en este momento. Posiblemente jamás. Todo a nuestro alrededor se volvió mecánico en mi mente, la única manera en la que podía procesar lo que estaba sucediendo y no desmoronarme del dolor.

Finalmente, el cuerpo cayó al escenario y sonó como una bolsa de cincuenta kilos de avena estrellándose contra el suelo. La mayor parte del daño en el salón había sido infligido sobre el cuerpo y las sedas que lo habían amarrado. Excepto el agua repleta de hollín que estaba cayendo sobre el escenario y formando charcos en el suelo, el salón comedor había escapado a la ruina. Mi mirada horrorizada volvió a los restos carbonizados. No deseaba examinarlos de cerca. No quería creer que esto era real. Pero en mi corazón no había lugar para los deseos ni las necesidades.

Thomas le dio unas palmaditas en el hombro a la señora Harvey, esforzándose por consolarla, aunque yo podía ver la tensión en su propio rostro. Era algo difícil adoptar esa tranquilidad fría cuando el hedor de la carne quemada hacía escocer nuestros ojos y narices.

—¿Señora Harvey? ¿Podría acompañar a la señorita Liza de vuelta a sus aposentos? —El labio de la mujer tembló, pero se dio prisa en asentir—. Bien. Casi todos se han ido y el fuego está extinguido. Estarán bien. Quiero que las dos se dirijan directamente al camarote y cierren la puerta. Iré a verlas en un momento una vez que acompañe a Audrey Rose. ¿Estamos de acuerdo?

Habló con tranquilidad, pero había una fortaleza en su voz que hizo que mis sentidos volvieran en sí. Pareció tener el mismo efecto en la señora Harvey. Ella parpadeó algunas veces y luego le extendió el brazo a Liza.

—Ven, querida. Vamos a preparar el agua para un baño.

Liza me soltó lo suficiente como para mirarme a la cara. No estaba segura de qué fue lo que vio allí, pero parpadeó con rapidez para reprimir nuevas lágrimas.

—Deberías venir con nosotras. Por favor. Por favor, no te acerques a... ese escenario... por favor, ven conmigo.

Quería hacerlo. Más que nada quería sujetar la mano de mi prima y escapar de ese salón, y nunca mirar atrás. Solo una vez había cuestionado mi amor por la ciencia forense, y esto otra vez estaba poniendo a prueba mi pasión.

—Iré pronto. Lo prometo.

—¡No! Tienes que...

—Hay un cuchillo en mi mesilla de noche. —La abracé—. Quiero que te lo lleses y lo conserves contigo hasta que yo vuelva. No permitas que nadie entre a menos que sea yo, Thomas o Tío. Ni Mephistopheles, ni ninguna persona del carnaval. Ni siquiera Harry. ¿Lo comprendes?

Había querido que mis palabras le dieran fuerza, pero las lágrimas de Liza se derramaron por su cara y cayeron sobre su corsé.

—¿Estamos en peligro? ¿Crees que seremos las próximas víctimas? Yo...

—Es solo por precaución —respondí—. Nada más. —Le sujeté la mano con fuerza—. Cuida a la señora Harvey, ¿de acuerdo?

Liza apretó los labios. Vi cómo su corazón derretido se endurecía como el acero. Quizás hubiera flaqueado un poco, pero era demasiado fuerte para venirse abajo. Ella me sujetó las manos y asintió.

—Me esforzaré. —Se volvió a la señora Harvey y, aunque el temblor de sus manos dejó entrever rastros de su temor, se enderezó—. Démonos prisa.

Echando una última mirada por encima de su hombro, Liza guio a nuestra carabina fuera del salón repleto de humo. Me quedé mirando la puerta durante algunos segundos después de que se hubieran retirado, y formé mi propia coraza de acero. Un roce suave en mi brazo me indicó que era hora de ponerme mi propia máscara, ahora adoptaría el papel de una científica forense. Respiré hondo una vez más y me arrepentí al instante cuando el humo me escoció la nariz. Tosí, lo que solo empeoró las cosas.

—Ten. Quizás esto te ayude un poco a tolerar el hedor y el humo. —Thomas me entregó una servilleta húmeda y luego humedeció una para él en una copa de agua. Sostuvo la tela contra su cara para que actuara como una barrera. Yo hice lo mismo, y el ardor de mi garganta menguó. Thomas mantuvo la mirada fija en mí mientras yo me recomponía—. ¿Mejor?

Asentí.

—Gracias.

Sin pronunciar otra palabra, nos dirigimos al escenario y a los restos humeantes. Tío ya se encontraba inclinado sobre ellos.

—Capitán, necesito que todos se retiren del escenario durante el resto de la noche. Debemos tener cuidado para proteger las pruebas. No quiero a nadie de la tripulación aquí.

Norwood pasó una mano por su rostro. Tenía ojeras que indicaban que no había dormido bien. Lo cual era comprensible, ya que su viaje mágico se había desviado del Cielo y se estaba dirigiendo al Infierno.

—Lo que necesite, doctor Wadsworth. Pero debemos limpiar las mesas y manteles y...

—Ahora no. Todo este salón tiene que quedar vacío de inmediato. —Tío se puso de cuclillas junto al cuerpo ennegrecido. Desvió la mirada hacia mí—. Haremos la autopsia aquí.

Sentí un cosquilleo en las palmas mientras me encontraba en la base del escenario, observando nuestro laboratorio improvisado. Las sedas que no se habían quemado por completo pendían en harapos, el humo se elevaba del cuerpo y las cenizas cubrían gran parte de la escena como nieve gris. Parecía el peor lugar para abrir un cuerpo, pero en realidad encajaba muy bien con la teatralidad de todo.

Un miembro de la tripulación corrió hacia Tío y le entregó su maletín médico. Tío debió haberlo solicitado tan pronto abandonó nuestra mesa. No tenía ni idea de cómo siempre permanecía tan tranquilo durante las peores tormentas, y solo podía desear emularlo algún día. El joven retrocedió de la escena, los ojos bien abiertos, la mirada fija. Unos instantes más tarde, el salón comedor había quedado vacío, y estábamos listos para trabajar. De manera mecánica, saqué del maletín de Tío, los repartí y luego sujeté el mío alrededor de mi cintura. Sentí cómo las flores de mi vestido abultaban mi delantal, y sin duda el dobladillo quedaría destrozado por las cenizas, pero no me importó. Me quité los guantes y los doblé con cuidado. Me impedirían sujetar los bisturíes de manera adecuada.

Thomas me ayudó a subir al escenario, y de alguna manera encontré la voluntad para hacer que mi corazón latiera más lento, para aclarar mi mente. Me coloqué junto al cuerpo, presionando la tela húmeda contra mi nariz.

—El fuego ha comenzado en los pies —informé con voz quebrada. Tío y Thomas apartaron la mirada del cuerpo hacia mí—. La gasa se ha derretido allí, pero no en el rostro. Lo mismo ha sucedido con la piel quemada. Está carbonizada en las piernas, pero no tanto en la cabeza. Thomas había estado en lo cierto antes; quienquiera que ella fuera, no estaba viva cuando comenzó el fuego.

Thomas dio unas zancadas alrededor del cuerpo, dándose golpecitos en los labios con los dedos mientras echaba un vistazo desde el techo hacia el suelo y a su alrededor. Su cara se había convertido en una máscara de hielo. Cuando adoptaba ese papel, yo comprendía por qué otras personas algunas veces le temían. Excepto que ahora yo ya no creía que las burlas que afirmaban que él era un autómatas fueran correctas; cuando se transformaba en un científico experto en deducciones parecía más como un dios despiadado, enviado para impartir justicia.

Un músculo de su mandíbula se contrajo.

—Un anillo de esmeralda. Parece una reliquia familiar.

Desvié la mirada de Thomas y observé el anillo, con el corazón al galope. Me asaltó un recuerdo al instante.

—La señorita Crenshaw —solté—. Su madre dijo que ella llevaba un anillo de esmeralda. Y que nunca se lo quitaba.

Thomas se arrodilló junto al cuerpo.

—La víctima tiene el pelo de color marrón. Lady Crenshaw tiene un tono similar, aunque no es una prueba definitiva.

—No. Pero es un comienzo. —Tío se retorció el bigote—. Necesitaremos obtener una descripción física y ver si los Crenshaw pueden confirmarnos la altura y el peso. No es imposible identificar el cuerpo, pero no traumaticemos a nadie pidiendo que la reconozcan si no es estrictamente necesario. También me gustaría saber si el doctor Arden ha tratado alguna vez a algún miembro de la familia. Quizás todas las víctimas estén conectadas con él. —Hizo un gesto hacia el anillo—. Una vez que completemos nuestra investigación, también averiguaremos si este anillo es el que ellos habían mencionado. —Su boca se transformó en una línea severa—. Pásame el bisturí, Audrey Rose.

Hice lo que me pidió. En general los cuerpos ya se encontraban sin vestimenta cuando yo ayudaba a Tío en su laboratorio. Quitar las prendas fue una tarea más ardua en este caso; Tío tuvo que cortar cuidadosamente la mayor cantidad de tela posible, evitando cortar la piel quemada de manera accidental. En lugar de arriesgar dañar la parte inferior del cuerpo, se concentró en retirar la tela del torso hacia arriba. Noté que ella estaba en ropa interior y, teniendo en cuenta lo que quedaba de ella, el encaje parecía ser de buena calidad. Era probable que fuera otra pasajera de primera clase, las víctimas predilectas de nuestro asesino. Tío se movió con rapidez y eficacia, demostrando sus años de entrenamiento y práctica.

En pocos instantes tuvo el cuerpo listo para que lo inspeccionáramos. Después de llevar a cabo una rápida examinación externa y de no encontrar ninguna causa evidente de muerte, llevó el bisturí a la piel, hizo una incisión con forma de «Y» y separó la piel con rapidez. Le entregué el costotomo y retrocedí cuando él expuso su cavidad interna. Tío se limpió las manos con su delantal y manchó la tela color crema con un líquido de color óxido. Imaginé que estaría deseando lavarse con fenol, pero ahora no podía preocuparse por la contaminación. Se inclinó sobre el cuerpo, olfateando. Mi experiencia me indicaba que estaba buscando señales de envenenamiento. Con frecuencia se podía detectar un hedor cerca del estómago si la persona había ingerido veneno. Intenté no pensar en las víctimas de nuestro último caso en Rumania.

Le entregué otro instrumento y él abrió con cautela el estómago para revisar sus contenidos. Revolvió unos minutos y luego retrocedió.

—Si comió pastel de chocolate, bayas azucaradas y bebió champán antes de morir, ¿qué indicaría eso?

—Debió haber tenido un dolor de estómago espantoso —respondió Thomas sin expresión.

—¡Thomas! —Le lancé una mirada de horror—. Compórtate.

—Lo estoy haciendo. —Levantó las manos—. Todo eso es dulce. Y lo más probable es que disimulara el veneno. Imagino que le debió haber dolido mucho el estómago. Quizás comenzó lentamente, y ella debió haber creído que era solo debido al atracón. Entonces, a continuación, debió darse cuenta de que algo iba mal cuando el dolor aumentó y comenzó a sudar profusamente. —Señaló sus manos, rojas e hinchadas donde tenían quemaduras—. Tiene las uñas rotas, pero los cortes se encuentran en las palmas, no por luchar contra el asesino. Son un buen indicador de que se sujetó la barriga para intentar apaciguar el dolor.

Tío extrajo el estómago y señaló una bandeja. Yo la sostuve mientras él depositaba el órgano, que hizo un sonido resbaladizo, e hice lo posible por no recordar la langosta hervida que la bandeja había sostenido con anterioridad. Utilizando unos fórceps, extrajo algunas bayas no digeridas.

—Tendremos que hacer algunas pruebas, naturalmente, pero estas parecen bayas de belladona.

Hice una revisión mental de las clases sobre veneno. La belladona era una solanácea, y sus frutos algunas veces recibían el nombre de bayas del diablo. Una sensación incómoda se deslizó por mis huesos. Debió haber sufrido mucho tras ingerir tantas bayas; era probable que su ritmo cardíaco se hubiera acelerado y su respiración y músculos hubieran dejado de funcionar como corresponde. Quienquiera que le hubiera servido este postre de la muerte era despiadado. No podía imaginar cómo debió haberse sentido, estar allí sentada, convulsionando mientras la muerte la reclamaba. Este asesinato había sido lento y deliberado, y la exhibición del cuerpo, una imagen extrema.

Coloqué las bayas dentro de un frasco para su futura inspección y observé cómo Tío volvía a coser el cuerpo. Sus puntadas eran cuidadas y precisas, exactamente como me había enseñado.

—Decidle al capitán que enseñe el anillo a lord y lady Crenshaw. Comprad si pueden identificarlo como perteneciente a su hija. —Volvió la mirada al cuerpo con una expresión triste—. Es lo menos que podemos hacer para darles algo de paz.

Thomas se aprestó a realizar la macabra tarea de quitarle el anillo del dedo, pero yo lo detuve. No quería ser tan fría ni impersonal en este momento. Era demasiado solemne. Me arrodillé, le levanté el brazo con gentileza y empleé gran cuidado mientras le quitaba lo que alguna vez había sido un tesoro para ella, de acuerdo con su familia. Permanecí sobre los talones un segundo más, y luego le apoyé el brazo sobre el pecho. La habían torturado y asesinado, y luego habían convertido su cuerpo en parte de un espectáculo aterrador.

—La Estrella —dije, casi para mis adentros. Thomas y Tío adoptaron las mismas expresiones de confusión—. La carta de tarot que probablemente esté asociada con la escenificación de esta muerte. Yo he... —No quería contarles que había conseguido un mazo de cartas de tarot junto a mis cartas comunes, así que me encogí de hombros—. Tomé prestadas las cartas de Liza y las analicé anoche. Este cuerpo parece como esa carta. Tenemos que descifrar qué significa. En combinación con las demás podría conducirnos a nuestro asesino.

Tío se mostró escéptico, pero asintió. Me puse de pie sujetando el anillo con firmeza. Atrás habían quedado mis sentimientos de horror y tristeza. En su lugar, había una chispa de ira encendida. Quienquiera que hubiera hecho esto había llegado demasiado lejos, y yo no descansaría hasta que pagara por sus crímenes.

—Cubridla con una manta antes de sacarla de aquí —ordené, con la voz como el hielo—. Le llevaré esto al capitán.

Me giré sobre mis talones y me encaminé hacia la puerta, la determinación latía en mi interior como un segundo corazón. Quizás este barco se estuviera convirtiendo en una pesadilla flotante, pero yo me negaba a ceder ante el miedo.

15

UNA SITUACIÓN INDECENTE

CAMAROTE DE LORD CRENSHAW

RMS ETRURIA

4 DE ENERO DE 1889

—Eso es de Elizabeth. —La mirada de lady Crenshaw nunca se apartó del anillo que sostenía el capitán Norwood—. ¿D-dónde lo han e-encontrado?

El capitán Norwood respiró hondo.

—Lamento mucho ser el portador de malas noticias, señora. Pero el cuerpo de la señorita Crenshaw... —Bajó la mirada, incapaz de encontrar las palabras.

—No. No puede ser. —Lady Crenshaw sacudió la cabeza con los ojos vidriosos. Lord Crenshaw la sujetó del brazo y ella se tambaleó—. Elizabeth está camino de regreso a Londres. Estoy segura de eso. Ya debe estar en casa. Le escribiremos y esperaremos respuesta tan pronto estemos en Nueva York. Esto no puede ser verdad. —Se le quebró la voz.

—Lamento mucho su pérdida. —La boca de Norwood se cerró de pronto cuando lady Crenshaw cayó de rodillas—. Estamos haciendo todo lo posible para encontrar a su asesino...

—Fuera de aquí. —El tono de lord Crenshaw sonó grave y peligroso.

—Señor, nosotros...

—Déjenos.

—Muy bien. Si necesitan algo, acudan de manera directa a...

—¡Maldito sea usted y este condenado barco! —gritó, y sobresaltó tanto al capitán como a mí—. Olvídense del respaldo absoluto que esperaba obtener. Sería mucho mejor recomendar un burdel. Me aseguraré de que usted y ese circo queden en ruinas.

Cerró la puerta con tanta fuerza que el bote salvavidas que colgaba fuera rebotó contra la pared. Los hombros del capitán Norwood se elevaron cuando inspiró.

—No sirvo para esta clase de tareas. El doctor Arden no reaccionó mejor ante la noticia. No puedo culpar a ninguno de ellos, perder un hijo es un dolor que ningún padre debería sufrir.

—Tío tiene que hablar con el doctor Arden —dije lentamente, deseando no sonar insensible—. ¿Le enviaría un mensaje para que se reúna con Tío pronto?

El capitán asintió, aunque su mirada se encontraba fija en el océano oscuro.

—Se suponía que este sería un viaje legendario. Ahora será recordado como infame. Mephistopheles prometió la luna. Juró que, si yo le daba el visto bueno a su espectáculo, él haría que el entretenimiento nocturno en los transatlánticos se volviera la última moda. Que nuestros nombres quedarían escritos entre las estrellas. No es nada más que un mentiroso.

No supe cómo responder. Toda la noche había caído en espiral hacia la oscuridad y no creía que eso pudiera atribuírselo a una sola persona. Haber sido testigo del dolor de los Crenshaw y ahora del dolor del capitán era demasiado. Y tenía mucho trabajo que hacer antes de encerrarme en mi

propio camarote.

—Todavía queda tiempo para arreglar las cosas —respondí al fin—. Tenemos tres noches más. El capitán Norwood se alejó de la puerta y me condujo hacia mi camarote.

—Tres oportunidades más para que se cometan asesinatos, señorita Wadsworth.

Caminamos en silencio después de esa respuesta, y no pude evitar temer que tuviera razón.

• • •

—¿Estás loca? —exclamó Liza, y saltó de la cama mientras yo me ponía un vestido más sencillo—. ¿Cómo es que tú tienes permitido buscar a Mephistopheles a esta hora, pero yo tengo prohibido acudir a Harry?

—¿En serio tenemos que repasar esto otra vez? —Me restregué las sienes. Estaba exhausta y quería esconderme debajo de mis mantas y no volver a salir hasta que estuviéramos llegando al puerto de Nueva York—. Tío ya te ha confinado a este camarote y ha amenazado con enviarte a un asilo. Y si esa no es una razón suficiente, siempre está el hecho de que hay un asesino suelto en este barco.

Liza adquirió ese brillo desafiante en su mirada cuando se puso de pie y se cruzó de brazos.

—Lo que significa que debemos caminar juntas. Sus camarotes están cerca uno del otro. ¿Acaso andar acompañada no es más seguro? —Abrí la boca para protestar, pero había mencionado un punto válido. Sintiendo mi vacilación, insistió—. Por no mencionar que tú ni siquiera sabes dónde se encuentra el camarote de Mephistopheles. ¿Cómo planeas encontrarlo? ¿Quién daría la vida mintiendo para defenderte, si atrapan a alguna de nosotras?

Le lancé una mirada de exasperación.

—Tengo que hacerle preguntas con respecto al asesinato. A duras penas es un asunto clandestino sobre el que necesites mentir. Y no me atraparán.

—Ah, ¿no? ¿Y qué sucederá si Thomas descubre que has estado visitando a otro joven? De noche. A solas. Para simplemente hablar sobre un *asesinato* en sus aposentos sin la presencia de Tío o Thomas. Pensaré que...

—Liza —dije, interrumpiéndola antes de que pudiera terminar ese pensamiento escandaloso—. Thomas nunca sería tan tonto. Nos tenemos confianza.

—Es humano, ¿sabes? Sin importar lo inteligente o calculador que sea, tiene emociones humanas. Creo que te olvidas de eso algunas veces. Él las esconde, pero se encuentran ahí.

Una parte de mí deseó entregarle la carta que Houdini había escrito para su amante secreta y ver si estaría tan dispuesta a visitarlo después de descubrir de primera mano lo sinvergüenza que era. Respiré hondo varias veces. Esta noche no era el momento de divulgar esa desgracia. Con suerte, él mismo lo revelaría con sus propias acciones infames, y yo nunca tendría que enseñarle esa terrible carta.

Después de soltar un suspiro exageradamente largo, le arrojé un abrigo a mi prima.

—Solo tengo que hablar con Mephistopheles durante algunos minutos. Tendrás que salir cuando yo lo haga.

Liza se colocó el abrigo sobre los hombros y sonrió.

—Esto siempre es así para ti, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Siempre siguiendo adelante, persiguiendo la verdad. —Su sonrisa se desvaneció y se convirtió en algo entremezclado con la tristeza—. Siempre imaginé que tu trabajo con Tío sería

como una aventura, pero también es muy difícil, ¿verdad? Las cosas que ves...

Las imágenes de las víctimas de los asesinatos pasaron como un destello por mi mente en una sucesión trepidante. Las víctimas de Jack el Destripador, destrozadas y desechadas como basura. Los cuerpos a los que les habían drenado la sangre justo la semana anterior mientras Thomas y yo habíamos estado estudiando en Rumania. Adonde fuera que yo estuviera, la muerte seguía mi rastro. Esperaba que esta noche no sucediera lo mismo. Me liberé de esos pensamientos.

—Vamos. Se está haciendo tarde.

• • •

Las cuerdas crujían, y el sonido evocaba imágenes de gigantes levantando sus huesos viejos y observando a quienes se atrevían a perturbar su sueño centenario. Incluso caminando del brazo con Liza, no podía negar que la cubierta era un lugar inquietante de noche.

Liza se aferró a mí con más fuerza.

—Tenemos que ir por ese corredor. Si bajamos esas escaleras llegaremos al próximo nivel.

El viento azotó unos mechones de mi trenza, lo que me provocó más escalofríos de los que ya recorrían mi cuerpo sin control. La verdad es que no deseaba entrar en un corredor oscuro por la noche mientras había un asesino suelto en el barco, pero no teníamos otra opción. Al menos Liza y yo estábamos juntas. Eso me ofrecía algo de consuelo. Tragué saliva con esfuerzo y seguí a mi prima mientras abría la puerta del pasillo y echaba un vistazo sobre su hombro.

Las luces del corredor titilaban, y el zumbido de las bombillas parecía un enjambre de abejas defendiendo su panal. Liza se desplazó con velocidad por las escaleras metálicas, y yo me di prisa, intentando ignorar el latido acelerado de mi corazón o el tercer conjunto de pasos que sin duda había inventado mi imaginación.

Bajamos durante lo que pareció un siglo entero, pero en realidad solo nos había llevado algunos minutos. Sin dudar, Liza empujó la puerta y espionó la cubierta de la segunda clase.

—Todo está despejado —anunció, y me sujetó la mano—. Pero caminemos deprisa.

No fue necesario que me lo repitiera. Corrimos por la cubierta y solo nos detuvimos de vez en cuando para mirar por encima de nuestros hombros. Aunque yo juraba que alguien nos estaba siguiendo, ninguna silueta se materializó. Yo estaba segura de que no era la única pasajera a bordo de este barco que estaba comenzando a inventar monstruos de medianoche. No nos habíamos cruzado con nadie desde la cena, y todas las habitaciones parecían estar cerradas con llave, como si pudieran crear una barricada contra el mal.

—Allí está el camarote de Mephistopheles. —Liza se detuvo algunas puertas más allá—. La habitación de Harry se encuentra a tres puertas. Búscame cuando estés lista para marcharte.

Me dio un beso rápido en la mejilla y se alejó con prisa. La observé escabullirse en el camarote de Houdini y deslizarse en su interior antes de que yo llevara el puño a la puerta del maestro de ceremonias. Escuché algo que sonó como un revoloteo de papeles. Conté cinco latidos de mi corazón y volví a llamar. La puerta se abrió de pronto y reveló a una mujer enmascarada vestida con una bata. Cassie. A juzgar por cómo la tela se ceñía a su complexión delgada, no creía que llevara nada debajo. Su expresión hostil indicaba sin sutilezas que yo había interrumpido algo. Me ardió la cara cuando me di cuenta de eso.

—Lo-o siento mucho, yo...

Mephistopheles apareció en el umbral, una sonrisa perezosa en el rostro. Me percaté de que él se encontraba completamente vestido, ni siquiera una arruga en su vestimenta, y su maldito antifaz

estaba firme en su cara. Casi me desmayé del alivio.

—¿Ha venido a declarar su amor eterno?

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunté en voz alta para que Cassie me escuchara. Me acerqué a él de manera indecente y susurré—: Quizás en sus sueños.

—Al menos no en mis pesadillas. —Me guiñó un ojo—. Eso sería de lo más desafortunado para usted.

Di un paso atrás, eché un vistazo por encima de su hombro, y logré ver rollos de telas y una extraña selección de redes, perlas y más lentejuelas de las que creí que el mundo podría albergar. Una chaqueta que tenía borlas colgando de los hombros estaba apoyada sobre una mesa, donde había más decoraciones para añadirle. Al parecer, Mephistopheles tenía el pasatiempo de la costura, otra pieza más que agregar al rompecabezas que él representaba.

—¿Cassie? —preguntó, sonando impaciente—. A menos que haya algo más que necesites, hemos terminado por esta noche.

Cassie me miró con detenimiento antes de desaparecer de la vista. Recordé lo que Liza me había dicho: Cassie tenía una relación muy... cercana con el maestro de ceremonias. De pronto deseé realizar mi propio acto de escapismo. Ahora comprendía por qué estaba tan enfadada; yo había fastidiado sus planes románticos. Como si me hubiera leído la mente, Mephistopheles inclinó la cabeza.

—Cassie solo estaba terminando su prueba final de vestuario. Su disfraz nuevo es realmente sensacional, tiene que verlo.

—Lo que estaban haciendo no es de mi incumbencia —aclaré—. Y yo no le he preguntado.

—No, no lo ha hecho. —Había vuelto a esbozar su sonrisa torcida. Si se encontraba alterado por el asesinato de antes o porque yo le había fastidiado el resto de su noche romántica, no lo dejó entrever—. Pero parece terriblemente aliviada para alguien que no tiene ningún interés. —Antes de que pudiera responderle, retrocedió hacia el interior del camarote y volvió con un abrigo pesado—. Ya conoces la salida, Cassie. Haré que alguien te entregue el disfraz antes del espectáculo de mañana.

Me quedé allí parada, boquiabierta.

—No puede estar hablando en serio.

—A menudo no, pero tengo mis momentos.

—¿Dará otro espectáculo mañana? ¡Eso es una locura!

—Lo cual es bueno para el negocio, señorita Wadsworth.

—Por supuesto que sí, qué tonta he sido al pensar que dar otro espectáculo después de que un cuerpo se *carbonizara en el escenario* esta noche no fuera otra cosa más que una idea formidable.

El maestro de ceremonias enarcó una ceja por encima de su antifaz. Realmente era una proeza extraordinaria.

—Es algo ideal porque servirá como distracción para aquellos que la necesiten. Le gana a la alternativa de encerrar a todos durante tres noches, sobresaltarse ante cada crujido o quejido que emita el barco. Eso, querida mía, llevaría a la locura. Encierra a un hombre y las grietas comenzarán a aparecer.

—¿Eso es algo que usted conoce de primera mano?

Me hizo un gesto para que avanzara por la cubierta, y nos colocamos a una distancia suficiente para que Cassie no pudiera escucharnos cuando se retirara. Estábamos manteniendo una distancia respetable, pero aun así parecía que nos encontrábamos muy cerca.

Una vez que llegamos a un extremo del barco, me apoyé sobre la barandilla y mantuve la mirada

lejos del maestro de ceremonias. Necesitaba pensar con claridad, y él volvía la tarea difícil con su coqueteo descarado. El viento jugueteó con mis orejas y cuello. El frío me ayudó a acomodar mis pensamientos.

—¿Y bien? ¿A qué debo el honor y deleite de su presencia? ¿Está lista para su próxima lección? ¿O ya ha conseguido dominar el truco de la carta y ha venido a alardear?

Miré hacia el océano agitado. Las olas se arremolinaban y rompían sin cesar, tal como mi mente vadeaba con la información nueva.

—Han pasado dos días —dije, todavía sin mirarlo—. ¿Sinceramente espera que domine trucos cuando los cadáveres no dejan de aparecer?

Mephistopheles soltó una carcajada de sorpresa.

—No suelo comportarme con sinceridad, pero usted es un verdadero deleite, señorita Wadsworth. Es una pena que no me permita el honor de partir mi corazón en dos.

Me giré, y finalmente lo miré a los ojos.

—No estoy segura de qué significa eso.

—Bueno, yo no estoy seguro de creerle —respondió, observándome con detenimiento—. Lo que significa que le está yendo mucho mejor con sus lecciones de lo que yo había anticipado.

—La prestidigitación a duras penas puede aplicarse en una situación como esta.

—Ah, ¿no? Las palabras son engañosas en sí mismas, cosas retorcidas. —Sonrió como si hubiera descubierto alguna verdad que yo no había ocultado particularmente bien—. En fin, a lo que me refiero es a que todas las rosas pueden hacer brotar sangre tanto como despertar deleite. Sin embargo, no dudamos en inhalar su fragancia, ¿no es así? El peligro no disminuye la atracción; la aumenta.

Se acercó tanto a mí que su respiración fue un susurro de calidez sobre mi piel. Me recorrieron unos escalofríos. De miedo o entusiasmo, no lo pude discernir.

—A mí no me atemoriza pincharme cuando la recompensa es tan dulce. Usted, sin embargo... ¿a qué le teme?

Por alguna razón, la cara de Thomas cruzó mi mente.

Mephistopheles dio un paso hacia mí.

—¿Cuál es su mayor temor? Sin duda no es la muerte. La muerte le intriga. —Colocó los brazos a los lados de mi cuerpo, y yo me tensé de manera involuntaria—. Ah. ¿Los barrotes que la encierran? Eso sí la aterra. Si quiere vivir una vida de libertad, simplemente hágalo. ¿Qué la detiene?

El corazón me latió tan rápido que temí que se detuviera.

—¿Esto es parte de la lección de esta noche?

—¿Esto? —Acercó su rostro a mi oreja—. Esto es un consejo amistoso. No puede vivir su vida siguiendo las reglas de alguien más. ¿Le gustaría explorar otros caminos de la ciencia? Quizás la ciencia forense no sea lo único que la apasione. Tal vez le gustaría aplicar sus habilidades en la ingeniería.

Intenté mantener estable mi respiración. Quizás estuviera mostrándose interesado para aparentar, pero él veía la verdad en mí. Una verdad que yo creía que ni siquiera Thomas había descubierto. Me hacía querer abrazarlo y al mismo tiempo propinarle una patada. *Sentía* curiosidad por las cosas mecánicas, mi padre había diseñado juguetes y yo siempre había deseado aprender cómo hacerlos por mi cuenta. Padre le había enseñado a mi hermano, pero a mí nunca me lo había permitido, ya que yo era una niña y ese pasatiempo no era «apropiado para mujeres». A mí me habían regalado tantas muñecas que ya no sabía qué hacer con ellas, pero los tornillos y

engranajes... eso era lo que yo realmente había deseado.

—Quiero hablar con Jian —solté, rompiendo el raro momento—. Lléveme adonde sea que estén los artistas e inventemos cualquier truco que usted desee.

—No estoy seguro de que sea una decisión sabia después de los hechos de esta noche. —La expresión burlona de su cara desapareció—. Los artistas han decidido lidiar con el estrés con su propia manera especial. Quizás todo se vuelva un poco desenfrenado. —Sujetó su reloj de bolsillo—. Es probable que ya haya llegado a ese nivel.

—Cassie no se encuentra con los otros artistas —señalé—. Quizás Jian no esté inmerso en ese desenfreno del que usted está hablando.

—De hecho, estoy bastante seguro de que él es el que está haciendo circular el licor. —Miró hacia el agua oscura—. Espero que Andreas vuelva a esconder sus espadas. La última vez las cosas se volvieron muy interesantes cuando él bebió para escapar de su estado de ánimo. El Hada Verde es una amante engañosa. —Se apoyó sobre la barandilla junto a mí y miró en mi dirección—. ¿Cree que él es capaz de cometer un asesinato?

—¿Cómo es posible que yo responda eso cuando no he podido hablar más con él? Si realmente quiere resolver esos asesinatos, entonces lléveme allí ahora.

—Por supuesto que quiero resolver esto. Si este carnaval falla, tengo que volver a mi antigua vida. Y preferiría saltar al océano que entrar en otra jaula dorada.

Analiqué su rostro. Quizás él y yo no éramos tan diferentes.

—¿Dónde están los artistas?

Su mirada me recorrió, aunque no con su habitual descaro. Ahora había algo suave y casi analítico en ella. Se apartó de la barandilla.

—Si insiste en ir a esa reunión, necesitará la vestimenta adecuada.

Me alisé mi capa de terciopelo. El vestido que llevaba debajo era un tanto más sencillo que el vestido de noche que había llevado antes, pero no había nada de malo con él. Fruncí el ceño.

—Quiero mimetizarme con ellos.

—Y para ello tiene que deshacerse de esa vestimenta aburrida. Será una hierba en un manto de flores silvestres. —Arrugó la nariz—. Algunas veces es necesario sobresalir para mimetizarse.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Pero pronto lo tendrá. —Volví a sacar su reloj de bolsillo aparentemente de la nada, sonriendo mientras yo sacudía la cabeza—. La lección número dos comienza ahora.





Pósteres y etiquetas retro de absenta

16

LA FÉE VERTE

SECTOR DE ENSAYOS DE LOS ARTISTAS

RMS ETRURIA

4 DE ENERO DE 1889

—Tire del escote todo lo que desee —susurró Mephistopheles cuando nos colocamos al otro lado de la puerta del sector de ensayos de los artistas—, pero le prometo que no le crecerán brotes que la cubran. Destrozaría su propósito.

Le lancé mi mirada más fulminante, aunque era difícil discernir si tenía el mismo efecto, ya que yo también llevaba puesto un antifaz.

—No puedo creer que le haya permitido vestirme con esto. Parezco una bailarina de cancán. A mi tía le daría un ataque al corazón si me viera.

—Ya puedo ver el rubor en las mejillas de mi madre. —Liza sonrió desde detrás de su propio antifaz—. Quizás debería sugerirle este tema para mi baile de debutante.

A pesar de lo expuesta que me sentía, sonreí. Tía Amelia sin duda se desmayaría en un diván si nos viera en nuestros atuendos actuales. La vestimenta de Liza era similar a la mía; ambas llevábamos corsés rojos y negros —ceñidos con firmeza para hacer alarde de nuestros *escotes*, como había mencionado Mephistopheles— y mallas negras, pero de alguna manera el maestro de ceremonias había logrado convertirme a mí en su equivalente de mal gusto al añadirme algunas decoraciones extra.

Unas lentejuelas cubrían mi polisón llamativo y atraían la mirada a partes de mi cuerpo que se encontraban peligrosamente cerca de estar desnudas. Mi ropa interior blanca tenía pliegues y encaje bordeados de plateado, los únicos detalles que representaba al Carnaval Luz de Luna. Pero era una parte de mi atuendo que nadie vería alguna vez, ya que me negaba a levantarme la falda y enseñar las piernas. Mi sombrero de copa de seda era negro y tenía un lazo rojo, casi idéntico al sombrero que Mephistopheles había llevado en la noche de apertura.

Harry le dedicó a Liza una sonrisa divertida.

—No puedo esperar a conocer a tu querida mamá.

—«Madre» sería lo correcto —dijo Mephistopheles con delicadeza—. «Querida mamá» es demasiado informal por tu parte.

Liza desestimó la corrección.

—¿Podemos entrar ya? Si solo nos quedaremos una hora, quiero que valga la pena. —Me miró y batió las pestañas—. ¿Por favor? Estás maravillosa, Audrey Rose. Déjate llevar un poco esta noche. Diviértete. A todos nos vendría bien algo de ligereza.

Yo no creía que lo más apropiado fuera concentrarnos en la «diversión», en especial después de haber visto ese cuerpo carbonizado, pero lo dejé pasar. Necesitaba descifrar qué artista estaba llevando su teatralidad a un nivel criminal, y una reunión donde corriera la bebida sería el lugar

adecuado para recolectar información. Aunque a juzgar por la vibración de la música, tal vez la fiesta fuera una mala idea. Eché un vistazo a mi escote y suspiré. Thomas definitivamente se enfadaría por perderse este pequeño acto de libertinaje por mi parte, en especial dado que él siempre bromeaba sobre el desenfreno en estado de ebriedad.

—Contemplad. —Mephistopheles abrió las puertas. A diferencia del ensayo organizado de la noche anterior, el recinto estaba sumido en un caos absoluto. La música rebotaba en las paredes, los artistas enmascarados bailaban al compás del ritmo hedonista, hileras de mujeres ataviadas con vestimentas de cancán similares a la mía daban patadas al aire, y dejaban expuesta su ropa interior con volantes.

—¿Es esta la picardía de la que advirtió a los pasajeros? —pregunté, intentando dominar mis pensamientos acelerados. Las luces pulsaban sobre nuestras cabezas, peligrosamente cerca de apagarse.

Unas bebidas de color verde lechoso se derramaban sobre el suelo y goteaban de los mentones de las personas, quienes no lo notaban, o no les importaba. Mi mirada se posó en una escena tras otra, el corazón golpeteando al ritmo de los tambores. Nunca había visto tantos cuerpos en movimiento; tantas personas bailando unas contra otras de maneras escandalosas. Unos payasos saltaban sobre barriles, luego se desplomaban sobre el suelo y se sujetaban las barrigas y reían hasta que se les borroneaba la pintura. El humo de los cigarrillos se elevaba en intervalos diferentes por todo el recinto cavernoso, el olor pesado y espeso en el aire. Habíamos entrado directamente en la Guarida del Diablo.

Esto había sido un error terrible. Retrocedí un paso, y caí justo en los brazos abiertos del maestro de ceremonias. Él se me acercó y elevó la voz por encima del clamor y, a pesar del calor del recinto atestado, un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Esto, señorita Wadsworth, es la parte caótica del espectáculo. —Estábamos tan cerca que sentí cómo su pecho se elevaba y caía con cada respiración—. Este también es un momento para recordar la primera regla de oro... *no pierda la cabeza.*

—No se preocupe. Yo no...

Jian, después de dar una pirueta, aterrizó cerca de nosotros, y yo salté hacia atrás y casi trastabillé con Mephistopheles en un intento apresurado por no salir herida. Jian estaba igual de deslumbrante que las mujeres que estaban bailando el cancán. En lugar de la típica mirada de furia que me solía dedicar, nos miró a ambos con una sonrisa torpe.

—¡Bienvenidos al espectáculo *real!*

Pasó un brazo sobre mis hombros como si fuéramos los mejores amigos y me apartó del maestro de ceremonias. Eché un vistazo hacia atrás adonde se encontraba Mephistopheles, intentando contener las risas. Hasta aquí había llegado confiar en él para que me ayudara. Miré a mi alrededor con rapidez, pero Liza y Houdini ya se habían escabullido entre la multitud.

—Veamos qué puedes hacer —dijo Jian arrastrando las palabras—. ¡Baila conmigo!

—Ay, n-no creo que...

—¡Exacto! —gritó sobre el estrépito—. No creas nada. Solo baila.

Antes de que pudiera rechazar educadamente su propuesta, me hizo girar, y mi falda voló hacia arriba mientras daba vueltas y chocaba con otra bailarina. Ella echó la cabeza hacia atrás y rio, girando con su compañero. Yo casi trastabillé conmigo misma, intentando empujar mis enaguas hacia abajo. Jian cayó al suelo y abrió las piernas a cada lado de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —grité. Por Dios, eso debía haberle dolido. Se incorporó de un salto, dio una patada en el aire y palmeó las manos debajo de la rodilla, su sonrisa pícaro, salvaje y...

libre.

—¡Vamos! ¡Inténtalo, te gustará!

Prefería clavarme un tenedor en la mano. Sacudí la cabeza y señalé una mesa sobre la que se encontraban alineadas unas fuentes de lo que parecía ser agua helada. Un refresco era una idea mucho mejor, y el agua fría quizás ayudaría a aliviar algo de su estado de ebriedad.

—Estoy sedienta.

Dirigió la mirada con dificultad en la dirección general que yo había señalado, el ceño fruncido. Entrecerró los ojos y luego sonrió.

—Ah. Una idea excelente. Estoy comenzando a entender la admiración que Mephistopheles siente por ti.

Apenas podía escucharlo por encima de la música y decidí que no valía la pena pedirle que me repitiera sus palabras. Si creía que el maestro de ceremonias de verdad se encontraba maravillado por mí, entonces eso significaba que nuestra farsa estaba funcionando. Nos abrimos paso entre los bailarines, la mayoría de los cuales se separaron cuando Jian abrió paso entre ellos. Yo me mantuve cerca de él, tanto por necesidad como por preocupación de que me hicieran participar de otra danza escandalosa.

Caminó derecho hacia el primer grifo y preparó una bebida. Yo me moví con sutileza y contemplé a las personas que se estaban besando en los rincones oscuros. Me sorprendí cuando vi a Cassie en los brazos de otro joven que definitivamente no era Mephistopheles. De hecho, creía que podía ser el contorsionista, aunque era difícil saberlo con seguridad, ya que se encontraban muy entrelazados.

Jian me entregó una bebida turbia y siguió mi mirada.

—No te preocupes, no sucede nada entre ella y Mephistopheles. Desde hace un tiempo que no.

Acepté la bebida y la olfateé. No tenía un olor demasiado intenso, pero no quería correr el riesgo de entorpecer mis propias habilidades de deducción.

—¿Se molestó cuando...?

—¿... se enteró de que él estaba interesado en ti? —Rio—. Nunca había visto a alguien tan pequeño estallar de esa manera. Destrozó su disfraz y casi arrojó un zapato al espejo mágico de Andreas. —Su mirada se posó sobre mi bebida intacta. Se la entregué, y él la bebió de un trago—. Eso sí hubiera sido algo digno de ver.

—¿Acaso Andreas hubiera recurrido a la violencia?

Detrás de su antifaz, podría haber jurado que se le dilataron las pupilas.

—Bueno, le hubiera roto el corazón. —Se preparó otra bebida y se balanceó en el lugar—. En fin, Cassie no está enfadada contigo. Si está enfadada con alguien es con Mephistopheles. Será mejor que él tenga cuidado, a ella le gusta dar lecciones. Deberías haber visto al último hombre. —Sacudió la cabeza—. Hubiera tenido un mejor destino con los leones.

Intenté no mirarla con demasiado detenimiento. Ahora tenía al mismo hombre contra la pared, besándole el cuello. Era un momento muy íntimo como para entrometerse, a pesar de que ella no tenía tapujos en convertir el beso en un espectáculo.

—Ese es Sebastián.

—¿El contorsionista?

—Sí, y es su marido. —Jian soltó una risita ante mi expresión de sorpresa.

Alguien escogió ese momento para romper una bombilla. Me arrojé al suelo, las manos sobre la cabeza mientras los cristales llovían y todo se volvía mucho más oscuro. Los artistas soltaron gritos de alegría ante la iluminación más tenue. Mi pulso se desbocó mientras me ponía de pie

lentamente. Esto era una locura.

Completamente impávido por el creciente libertinaje, Jian terminó su bebida y luego se tambaleó hacia la fuente. Temía que, si bebía algo más, no obtendría ningún detalle útil de él. Hice mi propio nerviosismo a un lado y me di prisa para seguirlo.

—¿Cassie y Sebastián están casados? —pregunté—. Debió haberse puesto furioso con Mephistopheles.

Un motivo para destruir el carnaval si lo que Jian decía era verdad. ¿Quizás se trataba de un dúo de asesinos? Los observé mientras se aferraban a las vestimentas del otro. Los celos eran un motivo poderoso para cualquiera. Y ambos podían estar sufriendo por ello. Sebastián porque su esposa había deseado de manera tan abierta a otro hombre y Cassie porque había sido desplazada sin demasiados miramientos. Quería correr hacia Thomas y contarle cada una de las teorías que estaban germinando en mi mente, pero el maldito pacto me privaba de hacerlo.

—Ambos hacen lo que les place y eso funciona para ellos. —Jian me miró con los párpados a medio caer—. Ey... no has terminado tu bebida. —No me molesté en señalar que él se había hecho ese trabajo por mí en dos ocasiones—. *Brindeeeeeemos*.

—Quizás tengamos que esperar hasta la próxima —sugerí. Sus palabras eran cada vez más incomprensibles. Me saludó y se dio prisa en servirse dos bebidas más, concentrándose como si el destino del mundo dependiera de ellas. Me hubiera divertido más si no hubiera estado tan preocupada porque las personas responsables de las tres muertes estuvieran besándose tan apasionadamente en un rincón.

Jian sirvió una medida de líquido verde en cada copa y luego consiguió apoyar cucharas con agujeros sobre ellas sin volcarlas. Un milagro, teniendo en cuenta su estado. A continuación, colocó terrones de azúcar sobre las cucharas, los prendió fuego y llevó todo a la fuente de agua después de que las llamas se extinguieran.

Colocó los terrones de azúcar debajo de los grifos y los abrió. El agua helada goteó lentamente y desintegró el azúcar mientras caía sobre el líquido que esperaba debajo. El color verde pálido se volvió de un color humo opaco, y me recordó a una bebida prohibida. Al final me di cuenta de lo que era. Absenta.

Intrigada, acepté la copa y la sostuve en alto hacia la luz tenue. Era la última moda tanto en los clubes de la clase alta como en los de las clases bajas; algunos aducían que provocaba alucinaciones, pero eso solo era verdad si le agregabas ajeno extra. Me mordí el labio. Tenía muchos deseos de probarla, pero también necesitaba actuar de manera responsable y recolectar pistas.

Alguien llegó junto a mí, pero había muchas personas apiñadas. No les presté ninguna atención.

—¿Vas a fingir que te bebes eso? —Volví mi atención a mi alrededor. Cassie enarcó las cejas—. ¿O necesitas un poco de ayuda?

—No estoy fingiendo beber nada.

—Quizás no. —Me miró detenidamente—. Pero estás fingiendo otras cosas, ¿verdad? —Su mirada se desvió de mí durante un instante, y no tuve que seguirla para darme cuenta de que estaba hablando del maestro de ceremonias—. Quizás tú estés fingiendo un enamoramiento, pero él no.

Tragué saliva con esfuerzo. No pude detectar malicia en sus palabras, en todo caso, había casi un sentido de camaradería, como si fuéramos hermanas en una batalla, luchando contra hombres malvados. Llevé la copa a mis labios.

—Aprecio tu consejo —admití—, pero realmente estoy disfrutando de este momento.

Me apresté a terminar la bebida de un trago como había visto a Jian hacer en repetidas

ocasiones, pero una mano apareció de la nada y me cubrió el borde de la copa. Mis labios tocaron el guante bordado con una luna creciente, y me eché hacia atrás como si me hubiera quemado. Mephistopheles sacudió la cabeza.

—Quizás esto sea demasiado mágico para usted, señorita Wadsworth. Me gustaría devolverla a sus aposentos en una pieza. Dios no permita que Thomas Cresswell me rete a un duelo.

Sostuvo mi mirada y podría haber jurado que su rostro mostraba verdadera preocupación. Con delicadeza, le quité la mano de mi copa, atenta a las personas que nos rodeaban. No dudaba de que él también lo estaba. Lo cual era precisamente el motivo por el que no debería haber mencionado a Thomas.

—Beba un trago conmigo.

—Es tarde.

Levanté un hombro.

—Como quiera.

Antes de que él pudiera pronunciar otra palabra, me bebí el resto de mi copa de un trago. Sin duda un acto muy impropio y poco civilizado para una dama. Me encantó. Sabía a regaliz, provocaba una sensación agradable de ardor a medida que bajaba por la garganta y, a diferencia del vino, emitía una calidez que se expandía desde mi estómago hasta mis extremidades. Sentí el cuerpo tan liviano como el aire. Los sonidos ahogados se tornaron más fuertes. Los colores, más intensos. Alguien rio cerca de mí, y yo también solté unas risitas sin ningún motivo.

—Vamos, debe recostarse. —Mephistopheles me sujetó del brazo con delicadeza, tenía el ceño fruncido. Realmente era muy diestro en fingir todo esto. Casi me había convencido de que yo le importaba.

Me zafé de su mano y agarré un puñado de mis enaguas mientras me alejaba con rapidez. La tela gruesa resultaba maravillosa al tacto, y de pronto quise dar volteretas por todo el lugar, elevando las piernas en el aire. Con razón todos parecían tan felices; este elixir era magia pura. Una mujer que llevaba un antifaz que le cubría toda la cara extendió una mano hacia mí y me hizo un gesto para que me uniera a ella. Varias mujeres tenían los brazos entrelazados y lanzaban patadas al aire al unísono. De pronto, me pareció que era lo más mágico que podía hacer.

Sin dudar, entrelacé mi brazo con el de ella y me uní a la diversión. El corazón me galopaba en el pecho, vivo y rebelde. Nunca me había sentido tan desatada, tan libre de los prejuicios y ataduras. Mi familia entera reprobaría mi comportamiento; hasta donde yo sabía, incluso Thomas se sentiría perplejo. Pero no me importaba. No me importaba nada de esa oscuridad. Asesinatos. Crímenes. Tristeza. Pérdidas. Fingí que cada emoción era un globo que debía soltarse al universo, y las dejé ir.

Pateaba más alto cada vez que cambiaba de pierna, ignorando el hecho de que estaba exponiendo más piel de la que alguna vez había enseñado en público. Cerré los ojos, y el ritmo y yo nos convertimos en uno. Así se sentía una al ser verdaderamente libre.

Dos manos grandes me sujetaron de la cintura y me elevaron en el aire. Reí y sacudí las faldas, y la emoción me recorrió el cuerpo. Liza había estado en lo cierto, divertirse no restaba importancia a la gravedad de lo que había sucedido en la noche, pero era una manera fantástica de lidiar con los hechos. La muerte me rodeaba, pero también la vida. En estos momentos robados a la tristeza, aprecié lo viva que me encontraba.

Unos labios me rozaron la oreja, y yo me arqueé de manera instintiva ante el roce, olvidando momentáneamente dónde y con quién me encontraba. Las manos que me habían tomado me bajaron y en el momento en el que mis zapatos tocaron el suelo, me giré riendo. Los ojos de

Mephistopheles se agrandaron de la conmoción y retrocedió de manera abrupta. Estaba divirtiéndome demasiado como para sentir desilusión de que él no fuera quien yo había imaginado.

—¿Podría volver a hacer eso? —pregunté. Él dudó durante un instante y luego me acercó a él y me hizo girar, y su arrogancia regresó cuando me volvió a levantar sobre la pista de baile. Extendí los brazos a cada lado mientras él nos hacía girar—. Siento que estoy en un cuento de hadas.

Me volvió a bajar, los ojos iluminados del júbilo.

—Si un cuento de hadas es lo que usted busca, entonces le lanzaré una maldición y la encerraré en un ataúd o en una torrecilla de su elección. Luego la besaré para que despierte y viviremos felices para siempre. Así es como funcionan esas cosas, ya sabe.

Sacudí la cabeza.

—Usted es realmente encantador, ¿no es así?

—Soy el *príncipe* Encantador para usted, señorita Wadsworth.

No volvimos a hablar durante lo que parecieron horas, pero bailé, reí y casi me convencí de que un futuro en el carnaval no sería el peor destino después de todo.

ALGO EN LAS CARTAS

CAMAROTE DE AUDREY ROSE

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

Me levanté antes de que saliera el sol y miré hacia fuera a través del ojo de buey de mi camarote, observando cómo las aguas casi negras se volvían doradas mientras el sol se elevaba y se expandía por el horizonte. El mar estaba agitado y vaticinaba una tormenta de invierno en los próximos días. Me giré y no pude evitar esbozar una sonrisa. Liza dormía profundamente, las piernas y brazos enredados en las mantas y su pelo se derramaba a su alrededor como caramelo líquido. Todavía no podía creer que nos hubiéramos escabullido en la fiesta del carnaval, y que yo hubiera bailado el cancán. Fue algo muy temerario y el recuerdo me causó preocupación. No por lo que había hecho, sino por cuánto lo había disfrutado. Solo deseaba que Thomas nos hubiera acompañado.

Apartando ese pensamiento de la mente, me dirigí en silencio hacia el pequeño tocador de mi habitación y hojeé las notas que había escrito en pergamino en algún momento después de haber vuelto a nuestro camarote. Había registrado cada suceso extraño que había tenido lugar desde que habíamos abordado el *Etruria*.

Había escrito: «La señorita Arden: asesinada, posiblemente envenenada, aunque no había pruebas que lo confirmara. Apareció una carta común en el escenario antes de que el cuerpo fuera exhibido: el as de picas. ¿Había una conexión? El padre era médico. Representación de la carta de tarot: Siete de Espadas.

En otra hoja: «Rollos de seda robados, chales».

En una tercera hoja había escrito: «La señorita Crenshaw asesinada por envenenamiento. No se encontró ninguna carta. Representación de la carta de tarot: la Estrella».

De mi intento fallido de explicar el significado de la carta de tarot, la mejor conclusión que se me ocurrió para la Estrella fue «transformación». Aunque seguía desconociendo cómo eso encajaba con el caso y el asesinato.

La siguiente hoja decía: «Señorita Prescott, primer asesinato, acuchillada. Carta encontrada: as de tréboles. El padre es primer magistrado. Representación de la carta de tarot: Diez de Espadas. Traición. Literalmente, acuchillada por la espalda».

Me recliné y mis dedos golpetearon sobre los pergaminos. Tenía que haber algo allí, algo que relacionara todo. O quizás había dos misterios por separado que coexistían. Una persona estaba cometiendo hurtos menores; otra estaba asesinando mujeres como si fueran cartas de tarot que habían cobrado vida. Un escalofrío me recorrió la piel como insectos en una tumba. Sabía que Thomas estaba en lo cierto cuando afirmaba que los criminales utilizaban los viajes en barco para lograr trasladarse de manera anónima entre continentes, pero ¿realmente podría haber dos

criminales a bordo de nuestro transatlántico? Suponía que no era descabellado; dos personas entre algunos cientos de pasajeros no era un gran número.

Lo que quería hacer a continuación era entrar en el camarote de la señorita Crenshaw. Después de haber encontrado pastel de chocolate en su estómago, quería comparar ese contenido con una muestra de su habitación.

Alguien llamó con suavidad a mi puerta y, suponiendo que era el servicio del té o una criada, la abrí. Me ajusté un poco más mi bata y entrecerré los ojos. Eché un vistazo rápido por encima de mi hombro y vi que Liza todavía roncaba suavemente, sus respiraciones profundas y regulares.

—Es algo temprano para visitas, Cresswell. —Lo sujeté y lo hice entrar, y miré hacia la cubierta para asegurarme de que nadie lo había visto—. Las personas creerán que has pasado la noche aquí. —Observé cómo curvaba los labios y agrandaba los ojos. Bribón—. Que es exactamente lo que tú deseas.

—Me ofendes con esa acusación, Wadsworth. ¿Acaso siempre debo tener segundas intenciones? —Se llevó la mano al pecho y se tambaleó un poco—. Quizás simplemente te estaba trayendo un té.

—Ah. ¿Es eso lo que estabas haciendo? —Fijé la mirada en sus manos vacías—. Olvídalo. Estás aquí y en realidad es el momento perfecto. Ven a ver esto. Pero hazlo en silencio. —Señalé las pistas, intentando ignorar el hecho de que me encontraba en bata y que estábamos en mi camarote. Al menos no estábamos solos. Si él comenzaba a besarme, no estaba segura de querer detenerlo. Lo había echado de menos con locura la noche anterior—. ¿Ves algún patrón o fórmula en estas pistas?

Thomas se quitó el sombrero de copa y cruzó la habitación con unas pocas zancadas de sus piernas largas. Distribuyó los papeles sobre el tocador y frunció el ceño ante uno de ellos.

—A la señorita Prescott la asesinaron la primera noche, pero la señorita Crenshaw desapareció antes de que zarpáramos. El orden en el que encontramos los cuerpos no indica necesariamente el orden en el que fueron asesinadas.

—Thomas —dije cuando se me ocurrió una idea nueva—, ¿me enseñarías a meterme en la mente de un asesino? ¿Tal como tú lo hiciste la primera vez que nos conocimos?

Se dio unos golpecitos en los muslos con los dedos.

—¿En la clase de tu tío?

—Sí —respondí, y mi mirada viajó con rapidez hacia mi prima, que todavía dormía—, cuando fingiste ser Jack el Destripador y haber destripado a tu primera víctima. Quiero aprender a hacer eso. No es muy diferente de toda la magia del carnaval, ¿verdad?

Thomas me miró extrañado.

—Supongo que las dos cosas requieren un cierto nivel de actuación, pero me gustaría creer que mi método es un poco más científico que el del hombre que hace girar las espadas.

—Aun así, me gustaría... —Se escuchó otro golpe en la puerta y me tragué mis palabras con tanta rapidez como Anishaa había devorado las llamas. Comencé a empujar a Thomas hacia mi baúl, sin saber dónde más esconderlo. Liza se movió, pero no se despertó.

—Métete allí... ¡rápido!

Sin discutir demasiado, Thomas se contorsionó y se metió en el baúl —una proeza formidable dada su alta estatura—, y yo arrojé uno de mis vestidos sobre él, esperando ocultarlo debajo de la falda que se parecía a una tienda de campaña. Alisé mi bata y abrí un poco la puerta.

Mephistopheles estaba apoyado contra el marco, y su mirada se posó en lo que llevaba puesto. Sentí que el aire abandonaba mi cuerpo en una ráfaga, como si me hubieran propinado un golpe.

Este era el peor escenario. No podía permitir que Thomas escuchara nuestra conversación debido a nuestro pacto, y no podía admitir frente al maestro de ceremonias que ya había un joven en mis aposentos. Si Mephistopheles mencionaba algo sobre el cancán de la última noche, estaba segura de que Thomas no descansaría hasta que yo admitiera lo que había hecho.

—Hola, señorita Wadsworth. ¿Estaba esperando a alguien más? Parece como si se hubiera tragado un huevo.

Hizo el ademán de entrar, pero yo extendí el brazo con firmeza.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Buenos días para usted también —bromeó—. Es sorprendente, usted no se niega a que nos encontremos en los rincones más oscuros del barco o en mi camarote en horas impropias, pero Dios no permita que yo proponga un encuentro privado con usted. Qué vergüenza.

—Si desea hablar conmigo —respondí en voz baja—, entonces deberíamos acordar un lugar para encontrarnos. En público. Preferentemente cuando esté vestida de manera decente y acompañada por una carabina.

—¿Acaso Liza estaba siendo su carabina anoche? —Espió a mi alrededor e hizo un gesto exagerado de inspeccionar mis aposentos—. ¿Está usted escondiendo a un amante secreto?

—Estoy ordenando mis bisturís —respondí, y señalé el maletín médico que había sobre mi mesilla de noche—. Si no tiene cuidado, podría utilizar esos filos en sus trajes brillantes.

—Las amenazas son impropias y no le sientan bien. —Resopló, fingiendo sentirse afectado. Se giró para retirarse y luego se volvió hacia mí. Incluso al alba, llevaba un antifaz, que reflejaba los rojos anaranjados del sol naciente.

—Ah, y debería avisar al señor Cresswell que no se olvide de su sombrero. Veo que está allí sobre su tocador. No querría que alguien se hiciera una idea equivocada, ¿no es así? Gracias a Dios su prima está fingiendo dormir, porque de lo contrario las personas comenzarían a hablar.

Antes de poder negar o decir que el sombrero era mío, el maestro de ceremonias metió las manos en los bolsillos y se alejó con rapidez por la cubierta de paseo. El sonido de su silbido taciturno se sumó al coro del viento y las olas. Cerré las manos en puños, deseando poder odiarlo. Estar rodeada por dos jóvenes que no dejaban de hacer observaciones molestas era suficiente para volver loco a cualquiera.

Una vez que la puerta se cerró con un *clic*, Thomas apartó el vestido y enarcó las cejas.

—Ahora sería un buen momento para hablar de Mephistopheles, en especial dado que tu tío me ha pedido que te cuide. ¿Qué es tan importante para él que necesita visitarte a esta hora? ¿Acaso no sabe que tal nivel de descaro se encuentra estrictamente dentro de mi área de estudio?

Caminé hacia él, me incliné, rodeé su cara con las manos y disfruté de la sensación de su piel cálida sin tener una capa de seda entre nosotros.

—Pronto hablaremos de todo, lo prometo. Pero ahora mismo necesito vestirme y tú tienes que irte antes de que alguien te encuentre aquí.

Después de echar otro vistazo a mi prima «dormida», le di un beso, suave y delicado al principio y luego libre de restricciones. A Thomas no pareció importarle la distracción; me acercó hacia él mientras nuestro beso se volvía más pasional. Con gran esfuerzo, lo besé con delicadeza y luego me senté sobre los talones. Sin duda era mi mejor forma de prestidigitación.

—No querríamos que alguien se hiciera una idea equivocada —dije, incapaz de esconder mi sonrisa—. Pensarían que estamos aquí besándonos.

—No querríamos eso por nada del mundo. —Thomas sacudió la cabeza, y de alguna manera volvimos a besarnos de nuevo—. Sería una absoluta indecencia. Estar casi a solas. En la

habitación de la joven con la que me quiero casar. La que no deja de rechazarme.

—Thomas... yo... tú sabes que no te estoy rechazando —aclaré—. Quiero hacer esto de la manera correcta. Mi padre merece que le consultemos. Por favor, no pienses que eso indica dudas por mi parte, yo...

—¿Una boda? —Liza se levantó de pronto de entre las mantas, con los ojos bien abiertos por el deleite—. ¡Debo ayudar a planearlo! ¿En qué momento del año estáis pensando? Si fuera en primavera sería maravilloso. ¡Las flores, los colores pastel! El invierno también es asombroso con la planificación adecuada. Tu pelo negro estaría deslumbrante contra el azul claro y el blanco.

—Una boda, una fuga romántica. Estoy a favor de cualquier estación del año u ocasión. —Thomas saltó del baúl, luego me ayudó a incorporarme y me dio un beso casto. Agarró su sombrero de copa del tocador y sonrió—. Nos ocuparemos de los detalles más adelante. —Eché un vistazo a las pistas que yo había dejado sobre la mesa—. Mientras tanto, veré a qué conclusión puedo llegar con eso. Quizás aparezca alguna conexión. Ah, y ¿Liza? —La miró sonriendo—. Me quedan muy bien los colores pálidos. Y la primavera se encuentra muy cerca. Quizás quieras comenzar por eso.

Nos saludó levantándose el sombrero y se deslizó fuera de mi camarote. Mientras escuchaba cómo Liza parloteaba sobre ideas para la boda, me dirigí a mi baúl y hurgué entre las sedas y los terciopelos.

—Tu padre estará encantado —dijo con esa mirada soñadora todavía presente en el rostro—. No puedo creer que no me hayas mencionado las intenciones de Thomas. Realmente espero que Harry también me lo proponga; hacemos una buena pareja, ¿no lo crees?

La carta que Mephistopheles me había entregado pareció prenderse fuego sobre mi mesilla de noche. Una vez que Liza la leyera, su corazón se haría añicos. Le ofrecí una sonrisa tensa, incapaz de comunicarle la mala noticia.

—No tengo dudas de que te casarás con un hombre que te hará muy feliz.

Solo había una cantidad determinada de secretos que podía guardar antes de empezar a hablar.



Carta de tarot El Loco

18

EL LOCO

CUBIERTA DE PASEO DE PRIMERA CLASE

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

Apoyé la mano en el hueco del codo de Thomas e intenté no mostrar mi asombro ante la transformación del barco mientras nos abríamos paso por la cubierta, ahora atestada de personas. Los salones públicos y la extensa cubierta techada de primera clase habían sido redecorados como si fueran tiendas de carnaval privadas en un mercado flotante.

El salón de cigarros de los caballeros se encontraba repleto de espejos que distorsionaban la figura; el salón comedor albergaba equilibristas que caminaban sobre cuerdas y acróbatas y... payasos. Me estremecí ante sus caras maquilladas de forma estridente, y decidí que sin duda prefería abrir un cuerpo hinchado que estar encerrada en una habitación con un solo payaso. Apresuré el paso, deseando no permanecer cerca de ellos, y Thomas soltó una risita. Le dediqué una de mis mejores miradas de furia, lo que lo hizo reír más fuerte.

—Extraer intestinos antes del almuerzo está bien para ti, pero ¿los payasos son tu límite? —preguntó—. Nunca dejas de sorprenderme, Wadsworth. ¿Qué pasaría si me visto como uno de ellos y llamo a tu puerta más tarde? ¿Crees que te desmayarás y caerás sobre mis brazos adornados con volantes? Reanimarte haría que valiera la pena el maquillaje y el tonto disfraz.

—No hagas que deslice arañas en tu camarote —amenacé—. Yo también puedo jugar sucio.

—Qué mujer tan deliciosamente cruel eres. —Sus ojos brillaron con picardía—. ¿Qué dice de mí el hecho de que me sienta más atraído por ti después de esa amenaza?

—Significa que eres tan retorcido como yo, mi amigo.

Continuamos caminando por la cubierta y nos detuvimos a observar cómo Sebastián, el contorsionista, retorció su cuerpo de maneras que desafiaban a mi mente tan centrada en la anatomía. Levantó el mentón a modo de saludo y se escabulló por la cubierta como si fuera un arácnido. Lancé una carcajada cuando Thomas se dio prisa en desviarnos de su camino.

No pude reprimir el salto que dio mi corazón cuando nos topamos con el salón de música recién transformado. Un letrero escrito con letras ornamentadas se encontraba en la entrada de la estancia y prometía secretos del pasado, presente y futuro que serían develados por el ASOMBROSO ANDREAS; MÍSTICO Y VIDENTE DE TODAS LAS FORTUNAS.

No había incluido en el anuncio su apodo de tarot, el Loco, una elección astuta, ya que yo dudaba que eso atrajera a muchos creyentes. Me detuve, y obligué a Thomas a hacer lo mismo, mientras recordaba otra ocasión en la que había encontrado a alguien que aseguraba ver el futuro. Durante el caso del Destripador, un hombre llamado Robert James Lees se había ofrecido a ayudar a Scotland Yard aduciendo que tenía comunicación directa con una de las víctimas. No queriendo desperdiciar una posible pista, Thomas y yo habíamos viajado hasta su casa y aceptado

su ofrecimiento de desvelar los secretos de los recién fallecidos.

Unos escalofríos me recorrieron la espalda; tenía la sensación de que no se debían a la helada brisa del océano que se colaba por los corredores abiertos. El señor Lees nos había asegurado que había hablado con mi madre y, si bien yo desconfiaba de tales sinsentidos ficticios, había encontrado lo que había estado buscando, tal como el espíritu de mi madre le había asegurado a él. Ya fuera por suerte o pura coincidencia, había algo interesante. O al menos algo digno de investigar. Quizás descubriera una pista para esta investigación, una que podría terminar para siempre con estos asesinatos.

En un barco inmerso en un libertinaje diabólico, la esperanza parecía el pecado más letal de todos. Sentí cómo tiraba de mí hacia adelante, provocándome y tentándome con la promesa de algo que sabía que era imposible. Andreas era un hombre del espectáculo, no un adivino. Él no podía contarme quién había asesinado a esas mujeres al igual que no podía conjurar a mi madre. Thomas inspeccionó el letrero que me había dejado hipnotizada y después mi rostro. Sonrió con tristeza, analizó mis emociones y dedujo su origen. En momentos como este, me sentía agradecida por su inquietante habilidad para leer mis estados de ánimo.

—¿Te gustaría que el Asombroso Andreas te leyera el futuro? —preguntó.

—Tú no crees en el destino o en la fortuna.

—No, no creo. —Sonrió ante mi expresión de exasperación. Me resultaba completamente irritante cómo un hombre podía ser encantador un instante y afilado como un cuchillo al siguiente—. Me reuniré contigo aquí en unos momentos.

Eché un vistazo a las cortinas a rayas blancas y negras que hacían las veces de puerta y me mordí el labio.

—¿Es esa una forma educada de decirme que no me acompañarás? ¿Y qué pasa con la petición de mi tío de que me siguieras a todas partes? Una correa solo se extiende hasta cierto punto, ya sabes.

—Yo nunca seré tu guardián, Audrey Rose. —Cualquier rastro de diversión se evaporó. Thomas llevó mi mano a sus labios y depositó un beso en ella, lo que hizo que mi corazón se acelerara por una razón completamente nueva—. Además, es un gesto magnánimo no distraeros a ti ni al Asombroso Andreas con mis propias habilidades supremas de adivinar el futuro. —Rio cuando yo puse los ojos en blanco—. Me retiro por lo que te he dicho y porque en la cubierta principal he visto un puesto que vende pastelería frita en mantequilla derretida y recubierta con azúcar.

—Me estás abandonando por unos dulces —me quejé sacudiendo un poco la cabeza—. Eres muy magnánimo, la verdad.

—No sientas celos de los pasteles, querida mía. Sus cortezas doradas y su sabor mantecoso no se pueden comparar con tu deliciosa personalidad. En absoluto. —Thomas le echó un último vistazo al letrero y sus labios se curvaron hacia arriba—. Está bien... hagamos un trato, ya que esas cosas parecen estar de moda aquí. Te daré cinco minutos para que te acomodes y otros diez para que el Asombroso Andreas conjure a los fantasmas y los convenza de quedarse a beber té y a hablar. Y luego estaré de regreso.

—¿Cómo es eso un trato? —pregunté.

—No lo es, en realidad. Quería probar que estuvieras prestando atención. —Le dediqué una mirada severa, y él levantó las manos en un gesto burlón de rendición—. Una broma. Ya sabes... ¿esas cosas en las que soy terrible pero que insisto en poner en práctica? —Cuando se inclinó hacia mí y sus labios rozaron mi oreja, no hubo nada divertido en el deseo que me atravesó—. Quizás te traiga un dulce a ti también.

Sonreí con delicadeza.

—Y yo que creía que el solo hecho de estar en tu presencia era algo dulce en sí mismo. —Antes de que pudiera entretenerse con otro de sus comentarios ingeniosos, descorrí la cortina rayada y entré en la guarida del vidente.

En el interior, un candelabro de cristal colgaba de un techo que parecía no tener fin. Unas exuberantes capas de seda negra y blanca se arremolinaban alrededor del candelabro y estaban dispuestas de manera tal que daban la apariencia de estar bajo una tienda de campaña gigantesca. Unas velas plateadas goteaban cera sobre candeleros forjados en hierro que se encontraban desplegados de forma regular por el interior del salón.

De las sombras emergió Andreas. Respiré hondo. Su antifaz era del color de la sangre fresca y me recordó a una calavera a la cual le habían extraído la piel con agua hirviendo. Se quedó allí de pie durante un instante, totalmente inmóvil, lo que me dio la oportunidad de observarlo con detenimiento. Llevaba puesto un frac de color azul marino bordado con unas constelaciones plateadas, y unos pantalones y guantes negros.

Hizo una reverencia. Su pelo era de un rubio tan pálido que casi parecía blanco.

—Disculpe que entre de esta manera, señorita Wadsworth. Mi alma viaja entre mundos, incansable y errante —dijo con un acento marcado—. En mi búsqueda constante del pasado, presente y futuro encuentro el momento para moverme como una ola ociosa. —Intenté descifrar sus palabras y fracasé—. Soy el Asombroso Andreas. Bienvenida a mi alcoba de adivinación.

—Me alegra verlo de nuevo. —Incliné la cabeza a modo de saludo y terminé de entrar en el salón. Unos cojines de bordes plateados yacían apilados en grupos, aunque también había banquetas, sillas y mesas. En un rincón, unos elaborados quemadores de incienso colgaban de manera escalonada y llenaban el recinto con un aroma picante y tentador. Me recordó a Mephistopheles. Me mordí el labio, sin saber a dónde ir. Sentarme en el suelo me parecía demasiado indecente, aunque supuse que estar a solas con un hombre enmascarado ya era bastante impropio.

—Siéntese, por favor.

El Asombroso Andreas hizo un gesto hacia un espejo un tanto grande. Estaba apoyado contra la pared, era alto y de alguna manera emanaba una sensación de mal augurio para ser una pieza de mobiliario tan modesta.

—El espejo está impregnado con la magia de Baviera —anunció—. No es un espejo normal y corriente; tiene la capacidad de enseñar el futuro. —Se pasó las manos por su chaleco, inflando un poco el pecho—. Según mi conocimiento, puede predecir quién será su futuro marido con casi un cien por cien de exactitud. La mayoría de las jóvenes abandonan este lugar muy satisfechas.

Qué terriblemente decepcionante.

—¿Es lo único que hace? —pregunté—. Pensé que enseñaba el futuro. ¿Qué sucede si yo no me caso? ¿Me enseñará qué sucederá con mi carrera o con alguna otra parte de mi vida? Existen personas que prefieren no casarse con nadie. ¿Qué aparece en el espejo para ellas?

Andreas me dedicó la clase de mirada que uno haría al sujetar un orinal nauseabundo. A su favor, el tono que utilizó todavía fue muy cordial.

—Para poder realizar el hechizo de manera adecuada, tendré que asegurarme las manos con un lazo detrás de la espalda. —Sujetó un grueso lazo de satén negro de su abrigo y dejó que sus extremos revolotearan hacia abajo con un ademán dramático—. Y cúbrase los ojos. El arte de los hechizos es muy caprichoso.

Apreté los labios con la esperanza de contener la respuesta que se me había ocurrido. Ahora

comprendía por qué lo llamaban el Loco. Tenía que estarlo para pensar que accedería a que me atara y me tapara los ojos estando a solas con él. ¿Había algún joven en este carnaval que no fuera un sinvergüenza? Después de un minuto, respondí:

—Ciertamente, imagino que lo es.

Suspiró, el primer sonido espontáneo que había emitido.

—Mephistopheles cree que será un buen ensayo para el acto final. Dijo que la venda en los ojos brinda el toque adecuado de estilo.

Miré con fijeza al espejo empañado, poco convencida de que tal cosa sórdida poseyera algo de estilo.

—Bueno, ya que Mephistopheles no se encuentra aquí, creo que estamos a salvo de cumplir con sus exigencias. —Eché un vistazo a su alrededor y mi mirada se posó sobre una baraja de cartas. La señalé—. Preferiría una lectura de tarot. Quizás resultaría útil para la investigación.

A Andreas no pareció gustarle demasiado la idea de desobedecer al maestro de ceremonias, pero sonrió.

—Como usted desee.

Sin más comentarios, me senté en la banquetta acolchada y mantuve la mirada fija en las cartas que él mezclaba. Solo veía sus dorsos, pero estaban pintados de manera muy bonita por un artista con talento. Eran más oscuros que la noche, tenían unas florituras plateadas en cada esquina y una luna de color perla estaba en estado creciente, rodeada de sombras. Un conjunto de estrellas plateadas se encontraba en la parte superior, inferior y a cada lado de la luna.

Andreas me descubrió admirando las cartas y sostuvo una en alto.

—Le presento a la única e inigualable *Cirque d'Eclipse tarot*. —Sonrió con timidez ante mis cejas enarcadas y agregó—: Mephistopheles desea que el tema del Carnaval Luz de Luna esté presente en cada detalle, incluso en algo tan pequeño e insignificante como una baraja de cartas de tarot.

Giró la carta hacia un lado, luego hacia el otro, haciendo alarde del brillo magnífico de las líneas plateadas, pero nunca revelando la imagen del frente. Había dos ochos entrelazados en la parte superior e inferior de las cartas, lo cual me recordó algo que no pude identificar del todo.

—¿Usted las pintó? —pregunté, esforzándome por mantener las manos quietas. Deseaba dar la vuelta a las cartas y ver el arte delicado que sabía que estaría presente en el otro lado—. Son absolutamente maravillosas. Nunca había visto que una pintura brillara de esa manera.

—No fui yo —respondió, y sacudió la cabeza—. Son obra de Mephistopheles. Él prefiere... Mephistopheles les enseña a todos la cartomancia y el tarot. No podemos unirnos al carnaval hasta que no dominemos ambas artes. —Soltó una risita y continuó mezclando las cartas, dejándome intrigada sobre lo que había omitido decir.

—¿Así que todos los artistas tienen conocimientos tanto en cartomancia como en el tarot?

Andreas asintió, pero no agregó detalles.

—¿Es esta su primera experiencia con el tarot?

Al margen de los cadáveres que estaban apareciendo, aunque no creía que esa fuera una respuesta adecuada. En cambio, asentí de manera ausente mientras un nuevo pensamiento se abría paso hacia mi cerebro. Observé cómo el vidente mezclaba las cartas, los pensamientos dando vueltas. Si Mephistopheles diseñaba cartas, ¿podía ser él la persona que las estaba dejando junto a los cuerpos? Me quité de la cabeza ese pensamiento absurdo. Él no era un asesino. Volví a observar a Andreas; era evidente que él era muy versado en el tarot y en sus numerosos significados. Pero también los demás artistas, gracias a Mephistopheles.

—Si usted es el adivino, ¿por qué todos deben saber el significado de las cartas?

Andreas se rascó la nuca.

—Las personas pagan una suma decente por sus futuros. Cuando visitamos una ciudad nueva, en general disponemos múltiples tiendas de campaña para hacer lecturas de tarot o asistimos a diferentes tabernas. Algunas veces Sebastián adopta ese papel, otras incluso Jian. De esa manera podemos triplicar nuestros ingresos. Es bueno para el negocio. Ahora bien. —Andreas apoyó las cartas boca abajo delante de mí—. Es su turno. Mezcle las barajas hasta que sienta que alguna carta le habla. Tenga en cuenta que quizás solo sea un susurro, así que escuche con atención.

Hice el ademán de tomar la baraja, pero retiré la mano.

—¿Y qué sucede si las cartas no me dicen nada?

—Lo harán. Cerrar los ojos y concentrarse en una sola pregunta ayuda —dijo Andreas—. ¿Cómo se siente sobre sí misma y sobre el camino que ha escogido? Piense solo en eso y cierre los ojos y mezcle. La respuesta se le dará a conocer.

Hice lo que me indicó, incapaz de evitar sentirme ridícula mientras pasaba de una carta a la siguiente y me concentraba en una multitud de emociones. Que las cartas pudieran decirme algo sobre mí misma que yo ya no supiera era una idea absurda. La manera en la que me había obsesionado la idea de acudir al vidente era un indicador de cuánto este carnaval tonto estaba afectando a mi buen juicio. Quizás a Andreas lo llamaban el Loco por las personas que atraía a su tienda de campaña, como a mí.

De pronto, sentí una leve atracción en el pecho... una resistencia extraña y ligera al pasar a la siguiente carta. Abrí de pronto los ojos, ¿cómo podía ser...?

—¿Ya ve? Los espíritus hablan con susurros y llamadas repentinas. —Andreas esbozó una sonrisa paciente y dio unos golpecitos en la mesa delante de él. Sin duda no parecía un asesino cuando adoptaba esa expresión, pero no lo descartaría basándome solo en eso—. Coloque la primera carta aquí, apóyela boca abajo. Desplegaremos seis cartas y luego les daremos la vuelta una vez que las tengamos todas aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Respiré hondo, dudando de la validez de todo, pero la alternativa era observar cómo Tío pinchaba verduras y charlaba con la señora Harvey sobre el postre.

—Esta vez quiero que se concentre en el deseo más profundo de su corazón. ¿Qué verdad esconde, incluso ante usted misma?

Cerré los ojos con fuerza y me pregunté cómo encontraría algo que estuviera oculto para mí. Una vez que sentí esa misma resistencia extraña, agarré otra carta. Las siguientes cuatro preguntas sobre las que necesitaba concentrarme eran mis miedos, qué fuerzas trabajaban para mí en la vida, qué fuerzas estaban conspirando en mi contra y cuál sería el resultado de todo. Satisfecho de que me hubiera tomado mi parte en serio, Andreas dio la vuelta a la primera carta y reveló a un nudoso anciano de barba que estaba de pie solo en la cima de un pico montañoso, el cielo negro y gris arremolinado detrás de él.

—Ah. El Ermitaño. Dado que esta carta indica cómo se siente consigo misma, apostaría a que usted se encuentra luchando con algún conflicto interno. Es probable que tenga muchas preguntas, se esté sintiendo sola y quizás se le haya terminado la paciencia. Ahora es el momento de retroceder hasta que encuentre las respuestas a lo que sea que la esté alterando.

—*Mmm.* —Miré atónita la carta, y la incredulidad hizo que se me frunciera la boca. Era suerte. Un estúpido golpe de suerte que la primera carta tuviera una pizca de verdad. Me *estaba* sintiendo sola y necesitaba respuestas. Tenía que dilucidar unos cuantos misterios y, debido al pacto que había sellado con Mephistopheles, no podía recurrir a Thomas para que me ayudara con algunos

de los problemas que tenía. Las cosas serían mucho más fáciles con mi compañero... odiaba recluírme en mí misma.

No dispuesta a revelar mis sentimientos, di la vuelta a la siguiente carta. Un joven enmascarado bailando de manera desarticulada, su vestimenta vulgar y similar a la de un payaso. Claramente mi espíritu interior se estaba sintiendo como un bufón. Fabuloso. Según esa carta, lo que yo más deseaba era estar loca. Aunque supuse que estaba en lo cierto. Esta noche entera era una locura que a duras penas podía permitirme, y sin embargo aquí estaba yo, haciendo que me leyeran las cartas como una ingenua.

—El Loco. Una elección interesante. Es la única carta de tarot que indica infinitud. —Andreas juntó las manos tocándose las puntas de los dedos y me miró de manera directa y desvergonzada a los ojos—. ¿Hay algo en su vida de lo que no se sienta segura? ¿Quizás un interés romántico o posible pretendiente? Esta carta sugiere que quizás usted tenga sentimientos en conflicto por alguien... Mephistopheles o...

Di la vuelta a la siguiente carta. Ni siquiera deseaba tocar ese tema.

—El Mundo. ¿Qué es lo que significa?

Era otra magnífica obra de arte, una mujer joven sostenía dos bastones, y la cola de su vestido de color lavanda flotaba debido a una brisa invisible. En cada esquina de la carta había una bestia diferente: un hombre, un águila, un toro y un león alado.

Andreas le dio un golpecito a la carta.

—Esta carta representa sus miedos. Se encuentra cerca de rendirse porque le teme al fracaso. —Di la vuelta a las dos cartas siguientes: la Emperatriz y el Sol. Lo que estaba a mi favor y en mi contra—. La Emperatriz señala un momento de cosecha. Es un momento propicio para comenzar una familia o responder la llamada de su pasión. El Sol, por otro lado, está causando algunas demoras. Si usted persevera, conseguirá lo que busca en un estallido de llamas y gloria.

Exhalé por la nariz. Todo esto era una ridiculez, pero tenía que admitir que las cartas eran perturbadoramente precisas para describir mis dilemas actuales.

—¿Andreas? —comencé, todavía no estando lista para ver mi última carta—. ¿Qué significa la carta de La Estrella?

Me miró desconcertado ante mi repentino cambio de tema, pero luego frunció el ceño mientras pensaba.

—La Estrella es una carta interesante. Se relaciona con la transformación personal... la esperanza... y con que los esfuerzos sean bendecidos. Aunque hay muchas, muchas otras formas diferentes de leerla. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo sentía curiosidad. —No quería iniciar un debate con respecto a la última víctima de asesinato, así que di la vuelta a la última carta y la observé con el ceño fruncido. No tuve necesidad de leer el nombre en la parte inferior, el artista había hecho un trabajo maravilloso en pintar un autorretrato. Un rostro, similar al de Mephistopheles, me observó con una sonrisa de satisfacción, y el brillo maldito de sus ojos era una réplica casi perfecta de la mirada del maestro de ceremonias.

—El Mago —informó Andreas, y no apartó la mirada de la carta— es el resultado más probable que la espera en su futuro. Pero tenga cuidado de forjar pactos que no pueda cumplir. El Diablo es un gran timador. A menudo nos hace creer una cosa mientras oculta la verdad ante la vista de todos. —Unos escalofríos me acariciaron el cuerpo ante esas palabras tan similares a mis antiguos pensamientos. Andreas se mordió el labio y pareció considerar con mucho cuidado sus próximas palabras—. Cuídese de a quién le entrega su corazón. Y tenga incluso más precaución

con aquellos que desean robárselo.

19

UNA CONEXIÓN AMPUTADA

CUBIERTA DE PASEO

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

Thomas se apoyó contra la pared opuesta al salón de música y terminó el último bocado de su pastel frito. Sonrió cuando me observó merodeando fuera de la «tienda» improvisada del vidente y sostuvo en alto un segundo bocadillo cubierto de azúcar.

—Juro que te iba a rescatar del Asombroso Andreas una vez que terminara mi dulce. Aquí tienes —me entregó el mío—, dime que no es lo más delicioso que has probado. Además de mí, naturalmente.

Contuve una risa. Thomas era un desvergonzado y coqueteaba sin descaro, pero yo no podía negar que lo disfrutara. A pesar de la inquietud que revoloteaba en mi cuerpo ante la visión de la carta del Mago y la revelación de que muchos de los artistas tenían talento para leer las cartas del tarot, me metí un trozo de masa frita en la boca y casi solté un gemido de placer. La verdad es que era uno de los bocados más deliciosos que había probado nunca.

—Quiero saber cuánta mantequilla han utilizado para hacer que sea tan exquisito

—*Mmm.* —Thomas fingió pensar un instante—. Probablemente no, Wadsworth. Y con seguridad no deseas saber cuánto azúcar le han espolvoreado por encima una vez que ha salido de su baño de mantequilla. —Me ofreció su brazo y lentamente nos dirigimos hacia el bar—. ¿Te ha enseñado Andreas un vistazo asombroso de tu futuro? He escuchado que su espejo mágico está de última moda. Una joven estaba hablando de forma muy intensa sobre su futuro marido. Al parecer, vio su reflejo en el espejo y no quedó conforme.

Le dediqué una mirada divertida, pero no emití comentarios.

—Pensaré que te has quedado sin palabras por lo adorables que serán nuestros hijos. Seguro que se parecen más a mí. Mis genes Cresswell son impresionantes. Aunque tú también tendrías pequeños adorables que se te parezcan. —Me dio unos golpecitos delicados en la mano—. Pero intenta no ser tan dura contigo misma. No podemos negar quién es el más atractivo de los dos.

Dejé de caminar, boquiabierta.

—¿Nuestros hijos?

Thomas inclinó la cabeza.

—Ya sabes... ¿esos humanos de tamaño pequeño que escupen sobre cosas y requieren una cantidad indecente de atención hasta que crecen? Me imagino que tendremos una prole completa.

—No puedes estar hablando en serio, yo...

Mephistopheles avanzó a zancadas por el corredor junto a Jian y Anishaa, y sus labios adoptaron su característica sonrisa de suficiencia cuando levantó la mirada y se percató de nuestra presencia. Se separó de los artistas y estrechó algunas manos de pasajeros entusiastas a medida

que se acercaba. Rogué en silencio porque no mencionara nuestro baile de la noche anterior.

—Qué sorpresa afortunada, señorita Wadsworth. —Tomó mi mano con la suya, fingió besarla e hizo aparecer una rosa azul tinta de la nada—. Una rosa para la adorable Audrey Rose.

—Ah, maravilloso —dijo Thomas—. Satán ha decidido salir del Infierno y acompañarnos. No tenía ni idea de que realizaba trucos de poca monta.

El maestro de ceremonias miró a mi compañero como si lo hubiera visto por primera vez.

—Satán. El Diablo. Príncipe del Inframundo. No olvidemos que Lucifer era un ángel caído... imagino que era muy apuesto. Si el papel encaja bien conmigo... —Mephistopheles se encogió de hombros—. En fin, siempre me resulta interesante volver a verlo, señor Cresswell, pero si nos disculpa, necesito hablar con su... —Miró con detenimiento mi dedo anular, que no llevaba ningún anillo—... amiga, ¿no es así? —Mephistopheles no volvió a sonreír, pero la satisfacción emanó a raudales de él cuando Thomas apretó la mandíbula—. No se preocupe. Se la devolveré en breve. Si a ella le interesa regresar, por supuesto.

Thomas se quedó allí de pie, con los dedos golpeteando sus costados. No estaba segura de si estaba esperando mi negativa o considerando lo enfadado que se pondría Tío si descubriera que me había retirado sin acompañante con alguien que él no aprobaba. Eché un vistazo a Mephistopheles y me mordí el labio. No deseaba abandonar a Thomas, pero algo importante debía haber sucedido para que el maestro de ceremonias quisiera hablar conmigo antes de nuestra reunión establecida. Di un paso en su dirección y luego me detuve.

Thomas respiró hondo.

—Si me encuentro con tu tío, le diré que necesitabas un poco más de tiempo para prepararte. Búscame fuera de tu camarote en media hora.

—Thomas. —Hice el ademán de sujetar su brazo, pero me detuve—. Gracias.

—No es necesario que me las des. —Se me acercó y me besó la mejilla, sin preocuparse por nuestro espectador, que ahora nos miraba con el ceño fruncido—. *Siempre* tienes la libertad de hacer lo que desees. Incluso si escoges seguir a un extraño vestido con un traje vulgar a las entrañas de un barco a vapor mientras que alguien de su compañía está asesinando mujeres. —Se le iluminaron los ojos del deleite cuando el maestro de ceremonias exhaló con fuerza—. Te veré en un rato.

—Si mi traje es tan vulgar, ¿por qué lo está mirando como si fuera su amor verdadero?

—Thomas —advertí—. No hagas comentarios sobre su chaqueta. Mephistopheles se ha perdido su siesta de la tarde y ahora está molesto.

—Sí, bueno, había solo un lugar disponible en la guardería y pensé que el señor Cresswell debería ocuparlo.

Escondí mi sonrisa mientras Thomas observaba al maestro de ceremonias como si fuera un cuerpo reanimado.

—¿Señorita Wadsworth? —preguntó Mephistopheles, y su tono careció de decoro o paciencia—. ¿Me acompaña?

Me ofreció su brazo, pero lo ignoré y me dirigí hacia la cubierta de paseo sin asistencia. Ya me encontraba de un humor nefasto gracias a la lectura de tarot, y ahora la repentina aparición de Mephistopheles, el Diablo encarnado, no hizo más que empeorar mis ánimos. ¿Confundida por mis sentimientos? Seguro. Le enseñaría a Andreas lo equivocados que estaban sus cartas.

Una vez que llegamos al extremo de la cubierta y nos libramos tanto de pasajeros como de artistas, me volví hacia él.

—Usted está intentando enfadar a Thomas y eso no es justo para mí. Cuando accedí a ayudarlo

se suponía que el trato también me beneficiaría, ¿recuerda? Esto... —Hice un gesto entre nosotros —... no me beneficia. ¿Qué es tan importante que necesita mi asistencia justo en *este* momento? Parecía estar divirtiéndose con Jian y Anishaa, no buscándome a mí.

—Aquí no. —Mephistopheles señaló un pasillo que conducía a los pisos inferiores. Intenté esconder mis escalofríos mientras entrábamos en el corredor de luz tenue y bajábamos con prisa por el angosto tramo de escaleras. Nuestros pasos hicieron eco en los escalones metálicos, y alertaron de nuestra presencia a cualquiera que estuviera por allí. Quería preguntarle sobre las cartas y qué papel tenía la cartomancia en los asesinatos, pero no deseaba hacerlo cuando nos encontrábamos tan lejos de otras personas.

Llegamos al final de la escalera, y me sorprendí cuando se abrió ante nosotros un vasto espacio de almacenamiento que debía ocupar por lo menos un cuarto del casco entero. Alineadas a cada lado del recinto cavernoso había innumerables jaulas con barrotes de hierro que encerraban animales exóticos. Monos, tigres, leones, elefantes y lobos más blancos que la nieve. Me detuve cerca de las cebras para admirar sus colores contrastantes.

—¿Y bien? —Me enfrenté al maestro de ceremonias con las manos sobre las caderas—. ¿De qué asunto urgente se trata?

De pie allí a solas con él, intenté no pensar en la noche anterior, en sus manos sobre mi cintura, en el sonido de mi risa como si fuera otra persona mientras él me hacía girar por el salón. En lo libre que me había sentido durante un instante.

—He notado que aún no le ha entregado la carta a Liza. —Pasó sus manos enguantadas por el costado de una de las jaulas y luego inspeccionó sus guantes y los sacudió—. ¿Preferiría que lo hiciera yo? De esa forma podría fingir que sus manos no se encuentran manchadas con la inmundicia del asunto.

—¿De eso quería hablar? —Me enfurecí ante su tono de voz—. ¿Por qué considera que abrirle los ojos a alguien para que vea la verdad es algo terrible?

Mephistopheles dejó de caminar por la hilera de jaulas y giró hacia mí.

—Algunas veces elegimos no ver las cosas que sabemos que son verdad, simplemente porque deseamos mantener viva la fantasía de lo que podría haber sido. Ver la realidad de algo, bueno, algunas veces destruye la esperanza. Un efecto secundario desafortunado. Como científica, debería saberlo. No siempre se puede extraer un tumor sin llevarse una porción de los tejidos sanos, ¿no es así?

Me crucé de brazos.

—No, no deseo su ayuda. Y no deseo hablar poéticamente sobre cómo decir la verdad es extraer un tumor o cualquier otro sinsentido. ¿Hay algo más que necesite o solo deseaba irritarme?

—Se enfada demasiado rápido —dijo—. Me encanta el caos, ¿recuerda? Me gusta estudiar las reacciones. No se dio tanta prisa en deshacerse de mí anoche.

Una sensación de calor me subió por la piel.

—¿Algunas palabras más de sabiduría o puedo volver al carnaval?

Mephistopheles caminó a zancadas hacia la jaula del león, y un músculo de su mandíbula se tensó de la irritación.

—Me disculpo por interrumpir su noche romántica, señorita Wadsworth. Pero pensé que querría ver lo que descubrí antes de que alerte a nuestro tan controlador capitán. —Hizo un gesto con el mentón hacia el fondo de la jaula. A juzgar por el olor intenso a tierra, habían cambiado el heno de manera reciente.

Dudaba que me hubiera arrastrado aquí para ver eso, así que me acerqué un poco más con

cautela y luego retrocedí de un salto. Había manchas de sangre en el suelo de la jaula. Pero eso no podía ser correcto. Respiré hondo y exhalé. Tenía que haber una explicación lógica. Simplemente necesitaba pensar como una científica.

—¿Alimentan a los leones con carne fresca? —pregunté. Mi cerebro rehusaba aceptar la verdad que veían mis ojos, la base de todas las buenas ilusiones—. Estoy segura de que esto solo es...

—¿Producto de ese miembro cercenado? —Señaló algo que yo no había visto al principio; estaba extendido y sobresalía del heno. Cerré los ojos brevemente y maldije.

Era un brazo pálido mordido hasta el hueso en uno de los extremos.

A menos que fuera una pieza de utilería *muy* bien lograda para el carnaval, era demasiado real. No era una ilusión ni un truco.

—Sí, estoy casi seguro de que eso explica toda esa sangre. Qué tonto por mi parte solicitar su ayuda para descubrirlo.

Le lancé una mirada de exasperación.

—No se enfade conmigo. Yo no soy la que está intentando destruir su carnaval. Quizás debería haber pensado en estas consecuencias antes de coquetear con una mujer casada.

—Mi carnaval corre peligro y hay un brazo cercenado delante de usted, ¿y aun así quiere debatir sobre mis problemas de alcoba?

—¿Cuando podrían ser la *causa* de tales infortunios? Sí.

Pasé junto a él, percatándome de la expresión conmocionada de su rostro, y di una vuelta alrededor de la parte trasera de la jaula para intentar ver mejor el brazo. Debido a que el heno era fresco, resultaba difícil saber si alguien había muerto *dentro* de la jaula o si simplemente habían arrojado el brazo después del asesinato.

—Tiene que ordenar que saquen al león de aquí de inmediato —comenté—. Es necesario preservar la jaula y buscar pistas.

Observé al león. Era imposible saber cuánto del cuerpo había devorado; quizás era solo un brazo, que estaba allí para distraernos. El enorme felino se lavó con pereza, lamiendo sus patas y luego pasándolas por detrás de las orejas con un aire de satisfacción que solo podría ser el resultado de una barriga llena. Mi propio estómago dio un vuelco ante el significado de tales acciones. Esta noche casi había terminado sin que hubiera más muertes.

—¿Acaso este animal no debería estar junto a los otros para el espectáculo?

Mephistopheles se acercó más.

—Al parecer está demasiado satisfecho para ser de utilidad. Lo cual explica por qué lo dejaron aquí.

—Eso significa que dejaron el brazo en esta jaula antes del espectáculo.

Contuve mi repugnancia. No podía permitir que mis emociones afloraran ahora, quizás nunca. Había sido testigo de muchas cosas en el laboratorio de mi tío, crueldades casi demasiado violentas para ser creíbles. Pero ¿esto? Esto era un nivel nuevo de horror. Arrojar a alguien a las fauces de un animal para que lo devoraran... era monstruoso.

—Tiene que llamar a mi tío —agregué, notando que Mephistopheles seguía inmóvil—. Y a Thomas. Los necesitamos. Alguien ha muerto. Quienquiera que haya hecho esto está decidido a destrozarnos su espectáculo; será mejor que demostremos que los culpables son Cassie y su marido, o de lo contrario usted podría ser considerado el responsable.

—¿Esa es su mejor deducción? —Mephistopheles se cruzó de brazos y frunció el ceño. Esa no era en absoluto la clase de reacción que yo hubiera esperado de alguien que acababa de toparse con una parte de un cuerpo desmembrado. Si era inocente, estaba fracasando por completo en

demostrarlo—. Cassie y yo, por más que seamos maravillosos juntos, nunca fuimos amantes. Ella lo deseaba, pero yo la rechacé. Mezclar los negocios con el placer nunca es una buena idea. Aunque no me doy cuenta de si usted simplemente es curiosa por sus propias razones. Quizás esté celosa.

—¿Está completamente loco? Usted desearía que yo estuviera celosa.

Pareció considerarlo.

—Sí, la verdad es que sí. Más allá de eso, si quisiera involucrar de inmediato a su tío o a su arrogante asistente, ya lo hubiera hecho. Lo que quiero es que *usted* investigue primero. *Luego* buscaré a esos dos. Necesito discreción, el carnaval no puede seguir soportando estos golpes. Estoy haciendo lo posible para que el espectáculo continúe, para distraer a los pasajeros, pero ni siquiera yo puedo obrar milagros. Necesito su ayuda.

—Thomas es mi compañero —protesté—. Cada uno de nosotros tiene habilidades que se complementan.

—¿Y? ¿Es usted incapaz de simplemente *observar* algo sin la presencia de alguno de ellos?

Nos miramos el uno al otro con firmeza durante un momento exagerado. Era una batalla de voluntades, y si yo fuera a adoptar una actitud egoísta, seguiría oponiéndome solo para fastidiarlo. Pero había una persona asesinada en el medio, así que decidí tomar la decisión más moral.

—Muy bien —asentí con rudeza—. Pero alguien tiene que sacar a ese león de la jaula *ahora mismo*. No puedo investigar la escena de manera apropiada y preocuparme porque esa bestia me destruya.

—Muy bien —repitió Mephistopheles, y pasó junto a mí y agarró el aro de llaves de un gancho ubicado en la pared—. Me alegra ver que hay cosas que puede hacer sin ayuda.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta con un crujido que hizo gruñir al felino, un sonido grave y peligroso. Al parecer, no estaba tan satisfecho ni era tan dócil como yo había pensado.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

Mephistopheles tomó una correa del interior de la jaula y la sostuvo en alto como si fuera lo más común del mundo.

—Sacando al león de la jaula tal como usted pidió. ¿Ha estado bebiendo otra vez el Hada Verde esta noche? Creí que eso era algo *nuestro*.

—¿Por qué está moviendo usted al león? —pregunté con exasperación—. ¿No debería buscar a un experto?

Con un gruñido de indignación, el maestro de ceremonias me dio la espalda y marchó hacia el león. Ahora que lo miraba de cerca, vi manchas de sangre en su hocico pálido y pequeños trozos de carne cerca de los bigotes. Mephistopheles no notó la escena repugnante o fingió que no estaba allí delante de sus ojos a medida que se acercaba al animal. Yo no sabía si mostrarme impresionada u horrorizada mientras el gran felino apoyaba lentamente la pata y miraba al intruso.

Sin importar lo entrenado que estuviera, siempre habría una parte de él que permanecería salvaje para siempre. El brillo inteligente de sus ojos dorados me hizo estremecer. Mephistopheles pareció ignorar ese hecho por completo. Se estaba moviendo con demasiada temeridad para su propio bien.

—Tenga cuidado, ¿de acuerdo? Hará que lo mate —advertí, dando unos pasos hacia adelante—, y luego yo tendré que separar su sangre y entrañas de las de la víctima.

—Si eso sucede, entonces considérela una prueba para su incommensurable habilidad.

Tomé una respiración para calmarme.

—No voy a presenciar esta locura.

—Algunas veces, por el bien de todos —dijo por encima de su hombro—, es necesario ensuciarse las manos. ¿Confía en mí, señorita Wadsworth?

Solo un tonto depositaría su confianza en alguien que no conoce y que se enorgullece de practicar ilusiones.

—Por todos los cielos, ¿qué significa eso?

En lugar de responder, Mephistopheles chasqueó la cuerda como un látigo, lo que hizo que los demás animales se alborotaran en sus jaulas. Mi mirada se posó una vez más en el brazo cercenado y luego la aparté con rapidez. Ya llegaría el momento oportuno de diseccionar ese miembro ensangrentado.

Me adelanté y me aferré a los barrotes para tener algo que hacer que no fuera preocuparme mientras el maestro de ceremonias se acercaba hasta quedar al alcance del león. A diferencia de la tranquilidad del felino, mi pulso se había convertido en un rugido constante que no podía quietar. Tener que lidiar con el miembro cercenado era horrendo, pero presenciar un ataque animal sería incluso peor.

Al percibir la tensión creciente, el león olisqueó el aire y barrió con la cola peluda el heno salpicado de sangre que había detrás de él. Era un resorte listo para saltar al ataque en cualquier momento. Me sujeté de los barrotes hasta que me dolieron los nudillos.

—Tenga cuidado. Por favor.

Susurré con una voz apenas audible para que solo yo la escuchara, así que me sorprendí cuando el maestro de ceremonias tropezó con un montoncillo de heno y me miró. Todo sucedió demasiado rápido después de eso. El león, ya desconfiando del caballero enmascarado que se encontraba dentro de la jaula, se incorporó de pronto sobre sus patas traseras. Mephistopheles dio un salto hacia atrás, pero no con la rapidez suficiente. El león arañó su chaleco y le rasgó la tela sin ningún esfuerzo. Apenas podía imaginar lo que esas garras le harían a la piel desnuda. Si no escapaba pronto, lo averiguaría.

—¡Corra! —grité—. ¡Dese prisa!

Mephistopheles cayó y retrocedió como un cangrejo para escapar. Sin duda, moriría. Mi corazón latió desbocado. Eché un vistazo al recinto apenas iluminado, buscando algo que utilizar contra el león. Mi mirada se posó en un bastón y, sin pensarlo dos veces, lo tomé y corrí hacia el lado opuesto a Mephistopheles e hice chocar el bastón contra los barrotes, lo que creó un ruido espantoso.

En mi mente, consideré que era una distracción fabulosa, pero la realidad no lo confirmó. El león no me prestó ninguna atención; caminó lentamente hacia adelante, la mirada fija en la presa.

—¡Ey! —Golpeé los barrotes como si fuera una jugadora de críquet. El resultado fue un estruendo metálico que casi me hizo castañear los dientes. Por lo menos eso hizo que el león se detuviera. Utilicé todas mis fuerzas para volver a aporrear los barrotes una y otra vez, el sonido demasiado estruendoso como para ignorarlo. Al final, el león giró la cabeza, y su irritación se hizo evidente en el movimiento de su cola. Tanto el felino como el maestro de ceremonias me miraron sin expresión, como si estuvieran esperando el próximo golpe contra los barrotes—. Corra, ¡maldito tonto!

Mephistopheles salió de su estupor y se puso de pie; le dio la espalda al gran felino y estaba próximo a alcanzar la puerta de la jaula cuando el animal giró de pronto y lo atacó por segunda vez. Grité, convencida de que vería cómo le arrancaría miembro tras miembro. El chillido repentino sobresaltó al león; no fue mucho, pero bastó para que Mephistopheles saliera a

trompicones de la jaula y cerrara la puerta de una patada.

Rodeé la jaula a toda velocidad, aseguré el pestillo y arrastré al maestro de ceremonias a un lugar seguro. Hizo una mueca ante la brusquedad de mis movimientos, pero no se quejó. No tenía ni idea de si eso era una buena señal o no. Quizás se encontraba tan malherido que estaba entrando en un estado de conmoción. Los cadáveres eran una cosa; hacer que un cuerpo viviente recuperara la salud no era mi área de conocimiento.

—¿Está herido? —Me arranqué los guantes y recorrí con las manos su pecho en busca de alguna herida evidente. Tenía la vestimenta rasgada, pero no vi sangre—. ¿Siente algún dolor? ¿Cuántos de mis dedos puede ver?

No recordaba qué más preguntar, los muertos en general no me contaban lo que los había herido hasta que los abría y hurgaba en busca de pistas.

Mephistopheles parpadeó lentamente desde detrás de su antifaz característico y pareció pensar en una respuesta. No tenía ni idea de si él estaba pensando en algún dolor en particular o si estaba a punto de desmayarse.

—Es... difícil... decirlo. ¿Quizás la espalda?

Se esforzó para sentarse y luego hizo una mueca. Con gran eficacia, lo recosté contra la pared y le quité el abrigo y el chaleco. Me arrodillé junto a él y le quité el pañuelo del cuello con un movimiento rápido del que incluso yo me sorprendí. Mis dedos desnudos ya estaban desabotonándole el cuello de la camisa cuando me detuve, consciente de pronto de nuestra situación y de lo que yo estaba haciendo; si alguien nos sorprendía aquí abajo estando solos, él a medio vestir, me vería involucrada en un tremendo escándalo.

Mephistopheles me miró parpadeando.

—Esta no es la primera vez que usted quita un pañuelo, ¿verdad?

—Sería la primera vez que lo utilizo para estrangular a alguien.

—Usted es muy violenta. —Cerró los ojos y gimió. Hice a un lado mis preocupaciones. Si alguien bajaba aquí vería a un hombre herido y a alguien capaz de ofrecerle asistencia médica. Nada más.

Terminé de desabotonarle la camisa y la abrí, e inspeccioné con rapidez su torso buscando cualquier signo de heridas. No había nada allí más que una piel bronce intacta. Lo recorrí con la mirada dos veces para estar segura e ignoré la sensación de que estaba haciendo algo impropio debido a su falta de vestimenta. Sacudí la cabeza. Podría tener heridas internas que serían más preocupantes que cualquier herida en su piel. Palpar su torso en busca de alguna lesión quizás sería el mejor curso de acción, aunque no estaba segura de si eso le dolería.

—No parece tener ninguna herida evidente. —Levanté la mirada para encontrar la suya; ahora nos encontrábamos muy cerca. Demasiado cerca. Me miró sin parpadear—. Quizás haya sufrido algún trauma. Parece un tanto...

Cayó hacia delante y casi hundió la cabeza en mi pecho.

—Por favor. —Las dos palabras fueron un ruego en sí mismo. Sus brazos me rodearon con suavidad la cintura—. Por favor acepte mis disculpas.

—No tiene nada de qué disculparse. —Le devolví el abrazo, preocupada por el golpe que había sufrido en la cabeza—. Vamos. Pongámonos de pie, ¿de acuerdo?

Después de un intento tambaleante, por fin conseguí incorporarlo. Lo sostuve, temiendo que cayera hacia atrás y se dañara incluso más la cabeza. Estaba a punto de ofrecerle su chaqueta cuando se balanceó hacia mí y nos aprisionó contra la pared mientras intentaba no caer. A este paso, nos tomaría una vida entera llevarlo a un verdadero médico. El doctor Arden se había

negado a abandonar sus aposentos, y yo no estaba segura de si habría otro doctor a bordo del barco.

—¿Se encuentra bien? —pregunté—. Si nos estamos moviendo demasiado rápido, entonces debería sentarse.

Sus manos se elevaron con lentitud y me rodearon la cara mientras apoyaba su frente contra la mía. Sin duda estaba teniendo una alucinación.

—Recuerde.

—¿Recuerde qué?

—Nuestro pacto, señorita Wadsworth. —Se dejó caer contra mí y temí que hubiera alguna herida en su espalda que yo no había detectado. Antes de que pudiera ayudarlo a volver a incorporarse, escuchamos el sonido de zapatos bajando por las escaleras de a dos escalones por vez. Mi primera reacción fue de alegría al saber que alguien más sería capaz de ayudarme con el desorientado maestro de ceremonias, quien se encontraba en mis brazos. Pero cuando vi que era Thomas quien había aparecido a toda prisa y se había detenido en seco, podría haber jurado que el corazón se me desplomó a los pies.

El maestro de ceremonias retrocedió sin prisa alguna, la mirada dividida entre Thomas y yo. De pronto, su extraña insistencia para que yo recordara nuestro pacto cobró sentido. Él había planeado esto. Todo. Cerré las manos en puños mientras él se incorporaba y comenzaba a abotonarse la camisa, absoluta y completamente estable sobre los pies.

—Señor Cresswell, le aseguro que esto no es lo que parece —afirmó, y no sonó para nada convincente mientras se colocaba su chaqueta rasgada. Señaló los jirones—. El animal me atacó y la señorita Wadsworth me rescató. Fue un acto terriblemente valiente por su parte y muy humillante para mí.

Por lo que pude ver, Thomas apenas respiró, pero su mirada atenta recorrió todo el recinto, probablemente reconstruyendo la escena con esa forma asombrosa que le era característica. Con tristeza me di cuenta de que había observado todo menos a *mí*. Mi tío y el capitán aparecieron en el umbral un instante más tarde con Cassie y se detuvieron.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? —preguntó el capitán—. Tiene que ofrecer un espectáculo. Y ella —señaló a Cassie con el pulgar— no quiso informarme de cuál era la urgencia. Solo que usted nos necesitaba de inmediato.

Mephistopheles se apartó de mí e hizo un gesto hacia la jaula.

—La señorita Wadsworth y yo estábamos investigando el misterio del brazo cercenado. Pero tiene razón, el espectáculo debe continuar. Al menos este asesinato no será la atracción principal de esta noche.

Con esas palabras, hizo una reverencia burlona, le hizo un gesto a Cassie para que lo siguiera y desapareció escaleras arriba, dejándome sola para lidiar con el caos que había desatado. Respiré hondo y me rendí ante la mirada furiosa de Tío. Enfrentarme al león dentro de su jaula hubiera sido algo menos intimidante, incluso después del ataque.

—Puedo explicarlo todo, Tío.

20

UNA DEDUCCIÓN CERTERA

BODEGA DE CARGA DE ANIMALES

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

—¿A qué diablos se refiere con «el misterio del brazo cercenado»? —La voz del capitán Norwood sonó como la descarga de un trueno en mitad del silencio tenso. Un mono que se encontraba en un extremo de la bodega chilló, y yo me esforcé por no encogerme ante ambos arrebatos. El capitán era tan temperamental como el océano que navegaba—. Díganme que eso no es un brazo humano *real*.

—Me temo que hay una extremidad humana en la jaula del león —informé, sin imaginar que alguna vez pronunciaría esas palabras. Desvié la mirada del capitán, me centré en Thomas y deseé explicarle a él, y también al capitán y a mi tío, lo que acababa de suceder... aparte de encontrarme envuelta en los brazos de un hombre desvestido.

—Mephistopheles estaba intentando sacar al león cuando el animal lo atacó —expliqué—. No he podido investigar por completo la escena, así que no tengo más detalles. Sin embargo, a primera vista veo que alguien ha cambiado el heno. Es posible que lo hicieran para limpiar la escena del crimen, pero no lo sabré con certeza hasta que no entre en la jaula y pueda examinarla de manera adecuada.

Thomas caminó a zancadas hacia la jaula y el brazo cercenado en cuestión, y su mirada se deslizó del enorme felino al miembro mordisqueado y luego hacia Dios sabe qué. Tamborileó los dedos por los barrotes de metal, el sonido ahogado gracias a los guantes de cuero que llevaba puestos. El capitán abrió la boca, pero mi tío lo silenció levantando la mano. Nadie debía interrumpir a Thomas cuando se quedaba sumido en esas ecuaciones que él solo podía elaborar. No era la primera vez que deseaba poseer una pizca de ese talento particular suyo.

—Esta no es la escena del crimen —declaró, y para ese momento lo conocía lo suficiente como para saber que no debía cuestionar su deducción—. Este es simplemente el lugar donde dejaron el brazo. De hecho, no creo que el resto del cuerpo haya estado aquí. Es probable que ya lo hayan arrojado por la borda, o el asesino esté planeando deshacerse de él pronto. El motivo no fue robo ni hurto... ¿ven el anillo? Este crimen fue premeditado, o lo cometieron por conveniencia.

—Usted parece sumamente confiado —masculló el capitán—. Quizás debería dejar hablar al doctor Wadsworth, jovencito.

Thomas cerró los ojos, y solo pude imaginar la clase de cosas que debía estar conteniéndose de decir en voz alta. Era increíble que se hubiera refrenado. Un instante más tarde, echó los hombros hacia atrás y adoptó un tono que no dejó dudas de su autoridad sobre la materia. A pesar de las circunstancias actuales, no pude evitar sentirme orgullosa de él. Thomas era magnífico cuando utilizaba sus habilidades para un caso, y su confianza era bien merecida. Estaba madurando del

joven arrogante que había conocido el verano anterior.

—¿Thomas? —dijo Tío—. ¿Te importaría darle una explicación al capitán?

Thomas asintió.

—Observen el color de la mancha de sangre que tiene el candado y el color óxido que hay sobre las llaves.

—Continúe, entonces —pidió el capitán. Claramente no estaba de humor para cortesías esta noche—. ¿Por qué debería importarme el color de la sangre?

—Mephistopheles no estaba sangrando, así que la mancha del candado y de las llaves no provino de él. —Thomas hizo una pausa y caminó alrededor de la jaula, pero hubiera jurado que escuché una acusación en su silencio.

»De ese solo detalle podemos concluir que la sangre le pertenece a la víctima o al asesino —continuó. Su tono sonó profesional, frío, y quizás había imaginado un dejo de inquietud—. Es oscura, lo que indica que no estaba fresca cuando manchó el candado. Imagino que estaba casi seca cuando el asesino tocó esas cosas. Si esta hubiera sido la escena del crimen, entonces habría una salpicadura de sangre y manchas inmensas sobre el suelo. Le arrancaron el brazo a una persona, hubiera sido un asunto repugnante. Incluso aunque hubieran cambiado el heno, habría sangre en el suelo, en las paredes y en el techo. ¿Alguna vez ha visitado un matadero, capitán? Un lugar desagradable. ¿En cuanto al anillo? Si ese fue el motivo detrás del ataque, entonces hubiera sido lo primero en desaparecer.

—Quizás no lo pudo quitar del dedo —comentó el capitán.

—Pero entonces lo hubiera cortado —dije, y el hombre me dedicó una mirada de repugnancia. Como si yo hubiera sido la que había amputado el brazo—. Y no es un brazo de mujer. Nuestra víctima es hombre. Y el anillo es una alianza.

Thomas serpenteó entre las jaulas pateando restos de heno a medida que caminaba. Se arrodilló y luego miró hacia arriba, y yo supuse que estaría buscando salpicaduras de sangre en el techo. Seguí su mirada hasta el lugar donde se posó y parpadeé. Un trozo harapiento de tela color cobalto estaba atascado en un sector del techo bajo. Parecía ser seda. Entrecerré los ojos y logré divisar el contorno de un panel. Una idea me asaltó de inmediato.

—¿A dónde conduce el panel de acceso, capitán?

—Es solo un portal de mantenimiento que conecta este recinto con los corredores de la tripulación. —El capitán desestimó la idea—. Nadie tiene acceso a él excepto miembros selectos de la tripulación. Y primero deben pedirme la llave.

—¿Para qué se utiliza? —insistió Thomas—. ¿Cómo de amplio es el compartimento?

—En su mayoría lo utilizamos para cuestiones eléctricas —informó el capitán Norwood—. Un hombre tendría que acuclillarse y doblarse sobre sí para poder atravesarlo. No es una forma ideal de transportar un cuerpo, si eso es lo que están insinuando con esta *teoría* de ustedes.

Pensé con detenimiento en esa información. Teniendo en cuenta nuestra experiencia con los últimos asesinatos, sabía muy bien que un asesino no necesariamente tenía que ser un hombre.

—Una mujer no hubiera tenido mayores inconvenientes. Sería imprudente descartar a cualquiera en este momento, señor. —De pronto se me ocurrió otro sospechoso más evidente—. Sebastián también sería capaz de deslizarse por allí. —Cuando todos me miraron perplejos, agregué—: El contorsionista. He visto cómo se dobla sobre sí mismo.

El rostro de Thomas pareció cuidadosamente inexpresivo. Yo tendría mucho que explicar una vez que hubiéramos abandonado el barco.

—Señorita Wadsworth, le ruego que me disculpe, pero permítame hablar sin reparos: no hay

ninguna posibilidad de que hayan utilizado el pasadizo —insistió el capitán—. Como acabo de decir, el único juego de llaves está en *mi* poder en *mis* aposentos. Nadie ha estado allí en dos días. Estoy seguro de ello. A menos que desee acusarme de haber dejado aquí este brazo, el pasadizo queda fuera de toda discusión. Deberá ocurrírsele una teoría mejor de cómo llegó aquí.

Conté mentalmente hasta diez. Era posible robar llaves y forzar candados, y con un barco repleto de artistas de carnaval que hacían posible lo imposible, sentía que el capitán no estaba siendo realista. A Houdini se lo conocía como el Rey de las Esposas tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. Él mismo tenía las habilidades para forzar cerraduras, moverse en espacios reducidos y conseguir un escape rápido.

Ese pensamiento congeló a todos los demás en mi cabeza e hizo que mi corazón se paralizara. El próximo paso sería encargarme de buscar a Houdini para interrogarlo sobre su paradero durante toda la tarde. Preferentemente antes de que Tío lo hiciera antes y, preso de la furia, despachara a Liza.

—*Mmm*. —Tío se retorció el bigote y deliberadamente evitó mirarme. Yo no pude evitar sentirme herida. Él había estado enfadado conmigo en numerosas ocasiones, pero nunca me había ignorado mientras investigábamos una escena del crimen—. ¿Por qué crees que el asesino entró por el pasadizo, Thomas?

Apreté los labios, molesta porque me ignoraran cuando yo había sido la primera en llegar a la escena. Thomas volvió su mirada hacia mí. Cuando respondió, sus ojos solo reflejaron seriedad.

—¿Wadsworth? ¿Qué piensas?

Durante un instante, no dije nada. Agradecí que Thomas redirigiera la atención de todos de vuelta a mí, pero me irritó necesitar de su ayuda con el asunto. Dejé de lado esas emociones a favor de mantenerme centrada y señalé el trozo de seda.

—La seda rasgada es el primer indicio de que alguien pasó por allí —indiqué—. El segundo es que la cubierta de paseo ha estado desbordada de actividad durante toda la tarde y la noche. Entre la tripulación disponiendo las tiendas de campaña y los artistas y pasajeros yendo de aquí para allá toda la noche, no veo cómo alguien podría haber escabullido un cuerpo, o sus partes, sin llamar la atención de nadie. *Excepto* que hayan utilizado otro camino que no sea la escalera principal para llegar aquí.

—Bien. —Tío hizo un gesto hacia el león, que había comenzado a pasearse por el perímetro de su jaula—. Una vez que la jaula esté vacía, tendremos más información. —Se volvió hacia el capitán y lo miró con dureza—. Es su barco, capitán, pero le sugiero que por las noches aposte miembros de la tripulación en cada cubierta. Si el asesino aún está en posesión del resto del cadáver, estará desesperado por librarse de él. No me sorprendería si intentara arrojarlo por la borda en las horas previas al alba.

El capitán se restregó las sienes con la fuerza suficiente como para provocarse un dolor de cabeza, si es que no estaba sufriendo ya uno.

—No puedo apostar hombres en la cubierta de primera clase. ¿Cómo se vería eso ante los ojos de los pasajeros acaudalados? Esto no es un burdel y no trataré a mis pasajeros como prisioneros. Esta noche nadie los atormentará con un asesinato teatral e intentaré que eso se mantenga así. No les provocaré más sufrimiento.

Tuve que revisar físicamente mi cabeza para verificar que no hubiera estallado al escuchar semejante declaración tan ridícula. Al palpar con delicadeza mi cuero cabelludo comprobé que mi cráneo milagrosamente aún estaba intacto.

—No puede estar hablando en serio. —Thomas hizo un gesto de desdén con las manos—. Sería

muchísimo mejor apostar miembros de la tripulación en todas las cubiertas que ver partes de un cuerpo desmembrado flotando por allí mientras los pasajeros de primera clase se dirigen a tomar el desayuno o el té. «Ah, mire, señorita Eldridge, allí hay un torso destrozado. ¿Me pasaría por favor la nata y el azúcar?».

—No sea ridículo —replicó el capitán, horrorizado.

—Me disculpo —dijo Thomas, pero no sonó contrito—. Solo estoy siguiendo su teoría.

Tío se quitó las gafas y comenzó a limpiar manchas imaginarias.

—Le pido que me disculpe, capitán. Mis asistentes y yo no tenemos la intención de faltarle el respeto, pero no puede fingir que nada siniestro está sucediendo. Apueste tripulantes afuera a modo de precaución o esta no será la última vez que mantengamos esta conversación antes de llegar a Nueva York. ¿Cuántos cadáveres tenemos que descubrir antes de poner en práctica medidas de seguridad?

El capitán Norwood tensó las manos a los costados de su cuerpo.

—Usted, doctor, es uno de los hombres más consultados en su campo. Demuéstreme lo que usted y sus asistentes pueden hacer. Apostaré tripulantes en las cubiertas de segunda y tercera clase. ¿Usted desea poner bajo escrutinio a sus propios pares, a las damas y caballeros? Entonces hágalo por su cuenta. Yo no daré la orden para que los insulten, en especial después de los horrores a los que han sido sometidos esta semana. Solo quedan dos días de navegación.

El capitán se giró para retirarse y luego echó una mirada fulminante por encima de su hombro.

—Después de la medianoche, una vez que el carnaval haya terminado, haré que saquen al león. Luego tendrá la libertad para investigar como crea necesario. Cuando yo dicte la orden, que puede ser después de la medianoche o por la mañana, usted podrá hacer lo que crea conveniente. Siempre y cuando no le mencione a nadie este asunto desgraciado. Tendré una noche libre de asesinatos y terror, y haré que los envíen a todos al calabozo si llegan a incitar el pánico.

• • •

El capitán Norwood nos condujo de vuelta al carnaval y apostó a un guardia afuera de las escaleras para evitar que cualquiera entrara a la bodega de carga de animales. Tendríamos que esperar hasta que el espectáculo terminara, no fuera cosa que perturbáramos el entretenimiento de los ricos y poderosos. Al menos esperaba que nos convocara después de la medianoche; todavía cabía la posibilidad de que cambiara de opinión y no nos permitiera regresar a la escena del crimen hasta las primeras horas de la mañana.

—Tú y yo tendremos una conversación seria —advirtió Tío con una expresión tan helada como el viento ártico que soplaba a nuestro alrededor—. Hasta entonces, permanecerás junto a Thomas. ¿Me has entendido?

Tragué saliva con esfuerzo.

—Sí, señor.

Sin reparar más en mí, Tío se retiró a sus aposentos.

Thomas permaneció en silencio a mi lado, aunque me di cuenta de que estaba luchando con sus propios sentimientos. Me restregué los brazos y observé cómo un miembro de la tripulación levantaba un maletín y lo sujetaba contra su pecho. Él había sido el afortunado a quien se le había encargado la tarea de transportar el miembro cercenado hacia una nevera. Intenté no hacer una mueca mientras pensaba en todas las maneras en las que la escena y el brazo podían haber sido contaminados. Nuestro trabajo acababa de volverse mucho más arduo.

—No puedo descifrar por qué el capitán se opone con tanta intensidad a apostar algunos pocos guardias nocturnos en primera clase —comenté mientras nos encontrábamos en el extremo más lejano de la cubierta. Algunos pasajeros amantes de la diversión todavía estaban disfrutando de las tiendas del carnaval que habían sido dispuestas a la manera de un mercado sobre la cubierta, y se reían y paseaban de una tienda a rayas inflada por el viento a otra. Aunque también advertí algunas pocas personas que miraban por encima de sus hombros, no reían con tanto entusiasmo ni sonreían con tanta alegría. La atmósfera se notaba apagada, casi como si estuviéramos sumidos en la calma que precedía a la tormenta—. Tú no crees que esté encubriendo a alguien, ¿verdad? Es curioso que no se muestre tan preocupado por otro asesinato.

Thomas permaneció junto a mí y tomó la precaución de no tocarme el brazo mientras contemplaba el océano de medianoche. Intenté convencerme de que no me estaba afectando su postura rígida, pero sabía que era otra mentira que podía agregar a la lista. Al final, levantó un hombro.

—Debo admitir que todo esto me está costando, Audrey Rose.

Reprimí mi respuesta inmediata, sabiendo al instante que, al utilizar mi nombre de pila, no estábamos hablando del capitán. Una brisa bañó mi cara de bruma marina e hizo que me escocieran los ojos tanto como la tristeza del tono de Thomas.

—Te juro que todo volverá a la normalidad pronto. Necesito que confíes en mí, Thomas.

—Lo hago. —Suspiró y luego se pasó una mano por el rostro. Era un gesto muy poco característico de Thomas. Tenía el pelo oscuro alborotado de una forma que indicaba su tormento interno—. Lo cual es parte del problema. ¿Qué clase de pacto sellaste con Mephistopheles?

Me tensé y miré a mi alrededor para asegurarme de que estuviéramos a solas. Una mujer en zancos ataviada con tonos fantasmagóricos de blanco y gris se tambaleaba por la cubierta con movimientos desarticulados, era una visión inquietante contra la oscuridad del océano. Estábamos peligrosamente cerca de infringir los términos de mi acuerdo, y sin importar los conflictos con Thomas, yo no pondría en riesgo el bienestar de Liza.

—No estoy segura de comprender tu pregunta —dije, encontrando una mancha en la barandilla con la que restregar con mi manga—. No he sellado ningún pacto con el maestro de ceremonias. Estás perdiendo tu talento para las deducciones, Cresswell.

Un silencio se abrió entre nosotros, pesado e incómodo.

—¿Te gustaría saber algo interesante sobre mis deducciones? —preguntó finalmente Thomas, volviéndose hacia mí—. Cuando mientes, bajas un poco la mirada y luego la vuelves a levantar. Es tu señal; te he visto hacerla con Moldoveanu y tu padre. —Inspeccionó mi rostro y ocultó la expresión del suyo para que yo ya no pudiera advertir su tristeza—. Prometimos que nunca nos mentiríamos el uno al otro. —Respiró hondo como para otorgarse un momento para ordenar sus pensamientos o quizás para decir algo que no deseaba expresar de la manera incorrecta—. Estoy seguro de que puedes encontrar la manera de ser sincera conmigo y cumplir con los términos de tu pacto. Somos compañeros. Iguales. Déjame ser parte para poder ayudar.

Quería hacer eso más que nada, y me devané los sesos por milésima vez. Pero no encontré la manera de esquivar los términos de Mephistopheles. Si admitía alguna confabulación, sería el final de nuestro acuerdo. Liza nunca renunciaría a Harry Houdini por propia voluntad, y nos estábamos quedando sin tiempo. Llegaríamos a Estados Unidos en dos días, y si la perdía allí, sería para siempre.

Formé puños con las manos y deseé que el dolor de mis uñas enterradas en la piel mantuviera firme mi decisión. No me había vuelto a colocar los guantes y podía sentir la sensación fantasmal

de la piel cálida de Mephistopheles en las manos.

—Te juro que no he hecho nada inmoral. —Era la verdad, aunque, a juzgar por la manera en la que la mirada de Thomas se volvió distante, supe que mis palabras habían sido horriblemente equivocadas.

—Ya veo. —Dio un paso cauteloso para alejarse, y el abismo partió mi pecho por la mitad—. Espero que pases una buena noche.

—Thomas... por favor —supliqué, y se me retorció el estómago. Sacudí la cabeza y comenzó a alejarse—. Yo... ¡espera!

Sin volverse, se detuvo.

—Yo... necesito descansar antes de que nos convoquen a investigar la escena nuevamente. Una mente alborotada no hace más que complicar la investigación. Buenas noches, Wadsworth.

Di unos pasos y me obligué a dejarlo ir. No estaba sorprendida de que él me hubiera observado tan de cerca mientras estudiábamos en la Academia de Medicina y Ciencia Forense. El director Moldoveanu era un hombre malvado frente a quien yo había tenido que tergiversar la verdad cada cierto tiempo. Y en cuanto a mi padre... antes de que él aceptara mi pasión por la medicina forense, yo había tenido que ocultar mi aprendizaje con Tío. Mentir había sido un mal necesario, uno del que no me sentía orgullosa.

Enterré la cara en las manos. Con justificación o no, el hecho era que había mentido. Thomas había tenido buenas razones para dudar de mí, aunque deseaba más que nada que pudiera ver la verdad: yo nunca le haría daño.

—Ah, el príncipe oscuro desaparece en la brisa de la medianoche. —Mephistopheles sostuvo una copa de champán en alto antes de beber de ella—. ¿Sabe? Él tiene razón. Usted baja la mirada cuando miente.

21

NEGRO COMO SU ALMA

CUBIERTA

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

Me giré.

—¿Acaso no tiene honor en absoluto? Por no mencionar que es espeluznante y para nada agradable que aparezca de esa manera tan repentina.

El antifaz de Mephistopheles era negro como la noche que nos rodeaba. Negro como su alma diabólica. Y quizás negro como quedaría su ojo si alguna vez volvía a sobresaltarme cuando un asesino andaba suelto por el barco.

Se tragó el resto de su bebida y señaló un banco donde había una caja de palomitas de maíz a medio terminar junto con una botella vacía de champán.

—He *estado* sentado allí, no es mi culpa que los dos sean tan poco observadores.

Apreté los dientes.

—¿Durante cuánto tiempo ha estado ahí escuchándonos?

—El suficiente como para felicitarla por mantener esa ilusión de inocencia —dijo—. Aunque su intento haya sido un tanto miserable. Admitamos que su verdadero talento no es la actuación. Aunque por lo que he visto hasta ahora, su habilidad para la investigación no ha dado mejores resultados. Al menos usted es muy agradable a los ojos. Y sus pasos de baile son sorprendentemente aceptables.

—¿Se encuentra aquí para cumplir algún propósito real o se ha aburrido de hacer trucos de salón para la audiencia? —pregunté, con el rostro ardiente—. ¿O, lo que es más probable, se encuentra aquí para simplemente disfrutar de los problemas que ha causado entre Thomas y yo?

—Nunca me aburro de los trucos. —Sonrió—. Tal como usted nunca se aburriría de inspeccionar cadáveres.

—Eso a duras penas nos hace tener algo en común —respondí.

—Si usted lo dice... —Se encogió de hombros—. Pero yo no estoy de acuerdo.

—Por cierto —dije con un nuevo estallido de furia debido a su artimaña de la jaula del león—, no sé cuál fue la razón de su comportamiento antes, pero mi tío me enviará de regreso a Londres si me vuelve a atrapar a solas con usted. Si pone en peligro mi futuro en las ciencias forenses, romperé nuestro pacto.

—Quizás solo quería comprobar si yo le importaba a usted o si *todo* era parte de una actuación. Se está convirtiendo en una mujer del espectáculo muy dotada, incluso aunque baje la mirada cuando mienta.

Abrí la boca y luego la volví a cerrar. Él me dedicó una mirada cómplice.

—Si su tío la amenaza con enviarla a casa por eso, entonces quizás debería estudiar bajo la

tutela de alguien más. Tal vez quiera considerar mi rama de la ciencia durante un tiempo. — Desestimó cualquier refutación con un movimiento de la mano—. Si bien podríamos hablar de manera interminable sobre nuestros dramas personales, tengo noticias. Su prima se encontrará con Houdini en el escenario después de medianoche. A solas. Un asunto muy escandaloso para una joven de la sociedad que se ha fugado y que viaja con una compañía de inadaptados.

Puse los ojos en blanco.

—¿Ha estado viajando con usted durante más de una semana y ahora le preocupa el escándalo?

—Recuerdo que su tío la amenazó con recluirla en un asilo si volvía a reunirse a solas con Houdini. ¿Lo ve? He estado sentado aquí, esperando pacientemente a que usted concluya con su investigación para poder transmitirle las noticias de inmediato.

Casi solté un quejido.

Si continuábamos por este camino, Liza y yo terminaríamos en celdas adyacentes en el asilo.

—¿Qué es lo que van a hacer?

—Están trabajando en la nueva presentación que Harry hará para el espectáculo de mañana, algo muy secreto, pero he podido ver un adelanto. Ese truco *sí* que es difícil. Y desafía a la muerte. Si es que intenta hacerlo en menos tiempo. Quizás signifique la muerte para cualquiera que entre en el bidón de leche.

Si alguna vez hubo un momento ideal para volver a Inglaterra nadando, era este. No solo se encontraría Liza con Houdini, sino que ahora ella planeaba ayudarlo con otro acto después de haberle jurado a Tío que nunca lo volvería a hacer.

—¿El bidón de leche? —pregunté al final, sabiendo que él me estaba tentando para que le hiciera más preguntas—. Eso no parece desafiar la muerte. ¿Y qué sucede con el truco de las esposas? Creo que debería concentrarse en ser el rey de una cosa a la vez.

—No esperará que Harry Houdini se quede ahí sentado, satisfecho de llevar una sola corona, ¿verdad? —Mephistopheles entrecerró sus ojos oscuros como si yo me hubiera golpeado la cabeza contra algo—. ¿Por qué simplemente ser bueno cuando puedes ser asombroso? Si él reclama para sí el nombre del «Gran Houdini» será mejor que ofrezca un espectáculo que esté a la altura. Las personas no recuerdan espectáculos mediocres. Para ganarse realmente las mentes y recuerdos de la audiencia, se necesita *grandeza*. Eso es lo que convierte a las historias en leyendas y erige imperios.

—Encontrar métodos nuevos para apenas escapar de la muerte no es grandeza. Es imprudente y peligroso —respondí—. Involucrar a alguien más en tal estupidez es descuidado y debería considerarse un delito criminal. Si algo le sucede a mi prima, será por su culpa. Entonces descubrirá que los reyes caen al igual que todos los demás.

—Ah. Tengo que discrepar con usted en un aspecto. La grandeza recae en tener ambición, en no conformarse simplemente con haber alcanzado una meta. Es un estado perpetuo de superarse y desear mejorar. Él se convertirá en el Gran Houdini algún día porque ha trabajado para ganarse ese título, llevando a cabo una tarea imposible tras otra y nunca conformándose con ser simplemente *bueno*.

—Parece que no disfruta estar conforme con lo que ha conseguido.

—La conformidad es la raíz de la resignación. Su prima elige seguirlo porque él no se conforma con quedarse de brazos cruzados y ser mediocre. ¿Acaso el «Buen Houdini» o el «Aceptable Houdini» tienen el mismo impacto? —Sacudió la cabeza—. Creo que no. Al igual que un buen frac no llama tanto la atención como un *gran* frac.

—¿Por eso dejó usted atrás su verdadero nombre? —pregunté, curiosa—. No estaba satisfecho

con vivir en la conformidad y el lujo; eso era algo bueno, no grandioso.

Mephistopheles desvió la mirada hacia los hombres y mujeres bien ataviados que estaban visitando las tiendas del carnaval en la cubierta. Había muchas menos personas y parecían haber perdido su *glamour* anterior.

—¿Por qué vivir en una jaula cuando se puede ofrecer un espectáculo para salir de ella?

—Yo...

—Dígame que esa vida no suena atrayente para usted.

Abrí la boca, pero no salieron palabras. Mephistopheles me dedicó otra mirada cómplice, pero no insistió en el tema.

—Deberíamos ir a ver qué están haciendo Liza y Harry. —Sacó un reloj de bolsillo y lo balanceó de un lado al otro como si deseara hipnotizarme y evitar que hurgara en su pasado—. En algunos minutos caerá el telón para la audiencia, pero comenzará el espectáculo privado.

Eché un vistazo al público cada vez más escaso, esperando ver a un caballero alto en particular. Uno al que le explicaría todo tan pronto como pudiera. A diferencia del farsante que tenía delante de mí, Thomas parecía haber desaparecido por completo esta noche. Dejé de buscarlo. Lo vería pronto cuando investigáramos la jaula del león.

Una estrella fugaz atravesó el cielo, y rogué que no fuera un símbolo de lo efímeros que podían ser el amor y la amistad.

• • •

Un silencio inquietante nos dio la bienvenida en el salón comedor ahora que el Carnaval Luz de Luna se había retirado por la noche. Mi prima y su amante, el apuesto escapista, se encontraban acurrucados sobre el escenario, las cabezas sumidas en una conversación susurrada. Mis pasos vacilaron cuando los observé trabajar en los detalles del acto. No había duda de que conspirar contra Liza era un comportamiento traicionero y confabulador, y yo era la cabecilla de este espectáculo secundario de mi propia invención. Deseaba que me perdonara una vez que hubiera terminado todo. Aunque no estaba segura de cuánto tiempo me llevaría perdonarme a mí misma.

Quizás los sentimientos de Houdini fueran una ilusión, pero ella parecía perfectamente conforme con la actuación.

Mephistopheles le silbó a Houdini y levantó una mano a modo de saludo. Los dos jóvenes intercambiaron una mirada, demasiado efímera como para descifrar su significado. Quizás era solo una advertencia del maestro de ceremonias para que Houdini no fallara en este truco nuevo y peligroso. Teniendo en cuenta las mujeres asesinadas aproximadamente cada noche y el descubrimiento del brazo cercenado, el carnaval de Mephistopheles ya se encontraba haciendo equilibrio sobre la cuerda floja. Un paso en falso y la vida entera que Mephistopheles había construido para sí mismo desaparecería.

Liza sonrió, bajó del escenario de un salto y luego corrió a mi lado con un entusiasmo que me hizo sentir mucho peor por confabular a sus espaldas.

—¡Prima! Qué gran sorpresa. —Me besó ambas mejillas y me tomó en sus brazos en esa clase de abrazo que levanta tanto el espíritu de una persona como los pies del suelo—. No te esperaba tan tarde. ¿El señor Cresswell vendrá también?

—Se ha retirado con un humor pésimo —respondió Mephistopheles mientras se acercaba al escenario—. Tiene celos de mi traje. No todos consiguen lucir tan bien modelos lujosos y adornos plateados como yo.

Liza estiró el cuello y echó un vistazo a su alrededor entre las sombras oscuras del salón, como si no se creyera las palabras del maestro de ceremonias. Sacudí la cabeza.

—No se sentía bien y se retiró a sus aposentos. Hemos tenido una noche algo intensa.

—Ah.

Liza deslizó su mirada de manera sutil entre Mephistopheles y yo. Pude ver que albergaba interrogantes y supe que tendría mucho que explicar una vez que estuviéramos a solas. Parpadeó y sus sospechas se disiparon. Liza leía a los vivos tan bien como yo leía a los muertos.

—Lamento que se pierda esto... —Hizo un gesto hacia el escenario—, pero estoy segura de que estará encantado mañana por la noche cuando lo vea. Es realmente mágico, juro que hay fuerzas involucradas aquí mismo que guían a Harry de una manera sobrenatural.

Exhalé, aliviada de que la conversación virara hacia Houdini. El capitán Norwood había dejado bien claro que no debíamos hablar del miembro cercenado y aunque yo confiaba en mi prima, no quería cargarla con esa información.

—Sabes que la magia es simplemente la unión de la ciencia y las ilusiones. Son solo mentiras bien engalanadas.

—¡Y tampoco hay fantasmas involucrados! —gritó Harry desde el escenario—. El espiritismo es un fraude.

—Eso es lo que me aseguras todo el tiempo. Una y otra vez. —Liza soltó un suspiro de sufrida resignación, entrelazó su brazo con el mío y se acercó a mí para que el escapista no la escuchara—. Pero también es algo *divertido*. Estar atrapada en las fantasías es grandioso y romántico y sinceramente no puedes negar que no te encuentras un poco intrigada por lo imposible que parece todo. La esperanza es la verdadera magia, es la chispa y la atracción. Sé que los fantasmas no son reales, pero si alguna vez deseara hablar con un ser querido que ya no está en este mundo, *desearía* que lo fueran.

—La esperanza es una fuerza poderosa —asentí.

—Así es. Te juro que me aferraría a ese sentimiento como a una cuerda y nunca lo soltaría. Lo mismo sucede con cada una de estas presentaciones. La audiencia desea que lo imposible se vuelva posible. Lo que el espectáculo demuestra es que los sueños no solo están en nuestras cabezas, sino que existe la esperanza de que esas fantasías se vuelvan realidad. Eliminar la esperanza es como quitarle la vida a alguien. Todos necesitamos creer que podemos lograr lo imposible.

Sentí nacer una sonrisa en mi rostro. Era bueno que Liza albergara tanta esperanza; sin duda necesitaba esperar que Tío no descubriera que ella era la segunda joven que lo desobedecería esta noche, o de lo contrario las dos estaríamos condenadas.

—Realmente no estarás planeando ser la asistente de Harry en el espectáculo de mañana, ¿verdad?

Liza esbozó una sonrisa pícaro.

—Por supuesto que no. Ni siquiera lo pensaría...

Harry aplaudió algunas veces y detuvo nuestra conversación. Logré apartar la mirada de mi prima y lo encaré.

—¡Señoritas! El tiempo es el único jefe al que yo obedezco, y se está impacientando. —Le hizo un gesto a Liza—. Necesito tu ayuda ahora. Tengo que demostrarle a Mephisto que esto no es una trampa mortal. Tengo bien estudiado el tiempo.

Le dediqué una mirada atónita a mi prima.

—¿Trampa mortal? ¿A qué se refiere?

—Ya verás.

Liza me apretó la mano una vez más, subió las escaleras a saltitos de camino al escenario y ofreció una reverencia dramática antes de desaparecer detrás del telón oscuro. Se me contrajo el estómago. Liza nunca había interferido con mis pasiones, sin importar cuánto me juzgara la sociedad por mi inclinación hacia la ciencia.

Durante la investigación del Destripador, ella había sido la que había permanecido a mi lado, enfrentándose a nuestras amigas en el té cuando se burlaban de Thomas y lo acusaban de ser el responsable de delitos violentos debido a su amor por la ciencia y su falta de emoción evidente. Ella también era la que había desempeñado el papel de hija perfecta y fingido llevarme a tiendas de vestidos para que en realidad pudiera escabullirme con Thomas por todo Londres para investigar. Y yo le retribuía de esta manera. Con mentiras, manipulación y pactos de medianoche con un joven diabólico.

De pronto me sentí incapaz de cumplir con mi parte del trato. De alguna manera, durante este viaje, me había convertido en mi padre y había enjaulado a aquellos que quería en lugar de dejarlos libres. Era una verdad terrible de digerir y casi me atraganté con su sabor amargo.

—El engaño no le sienta bien, ¿sabe? Muy a mi pesar. —Mephistopheles esbozó una sonrisa petulante—. Quizás sea un antifaz divertido de llevar cada cierto tiempo, pero le sugiero que se mantenga fiel a sí misma. La sinceridad es lo mejor por una razón. Si usted desea revisar los términos de nuestro pacto, solo dígalos.

—Yo... —Antes de poder responder, Liza hizo rodar un gran bidón de leche hacia el escenario y lo situó justo en el medio. Harry bajó del escenario de un salto y corrió hacia atrás, una proeza en sí misma, ya que no se topó con ninguna mesa ni sillas mientras observaba el artilugio.

—Un poco más a la izquierda... otro poco más... ¡detente! ¿No es perfecto? —Se cruzó de brazos y observó el salón—. Marca con una X en cada esquina, pero asegúrate de que sea pequeña para que no se note desde los asientos. Vamos, date prisa, trae el telón portátil. Todo tiene que funcionar a la perfección, no tendremos otra oportunidad de dar una primera impresión. ¡Diablos, esta tiene que ser grandiosa!

—Por favor —agregó Mephistopheles. Cuando Harry enarcó una ceja oscura, el maestro de ceremonias se explicó—. Si le pides a tu asistente que haga algo, al menos ten la cortesía de hacerlo con buenos modales. Y no maldigas, es atroz y distrae a la audiencia de tu habilidad.

—No me preocupa eso —respondió Harry—. Y a ti tampoco debería preocuparte. ¿Quién más podría hacer los trucos arriesgados que yo hago? —Echó un vistazo a su alrededor con un gesto exagerado—. Nadie, absolutamente nadie.

—Podrías hacer salir unicornios multicolor de nubes púrpura y yo seguiría distrayéndome con tu lenguaje vulgar. —Mephistopheles sonrió—. Si no lo haces por mí, hazlo por los pobres unicornios. Esas criaturas mágicas se merecen un lenguaje adecuado.

Harry puso los ojos en blanco.

—Hasta donde yo sabía, este pacto funcionaba porque nos manteníamos apartados de los métodos del otro. Yo no critico tu magia o diseños de artilugios y tú no criticas mis técnicas.

—Entonces llámelo consejos amistosos de un artista a otro —aclaró Mephistopheles, y avanzó hacia delante para tomar asiento. Se desplomó sobre una silla y levantó los pies como si estuviera descansando en sus aposentos privados y no hubiera montado un ataque de un león una hora atrás—. No ganarás muchas admiradoras en este ámbito si eres maleducado con las damas. ¿Acaso piensas que el príncipe Alberto se dirigió alguna vez al público de esa manera? Te vistes de esmoquin con un cuello almidonado y te haces llamar rey... por lo menos actúa como un

caballero de manera convincente. Tu lenguaje callejero de Nueva York pertenece al lugar donde lo adquiriste, como un caso grave de piojos.

Una sonrisa horrible se dibujó en los labios del escapista.

—No llevaré esmoquin para este acto, jefe. Pero consideraré agregar algunos cumplidos para la aristocracia. —Se volvió a Liza e hizo una reverencia profunda—. ¿Sería tan amable de alcanzarme el telón portátil, *por favor*? No tendremos otra oportunidad de realizar el debut del bidón de leche. Tenemos que ofrecerle a la audiencia algo que la deslumbre.

Mephistopheles pareció ligeramente divertido por los modales adecuados de Houdini, pero no mordió el anzuelo. Mientras Houdini y Liza disponían todo en el escenario siguiendo sus cálculos exactos y exigencias, yo le permití a mi mente recordar con libertad los hechos de la noche. No podía dejar de imaginar el horror que ese hombre había soportado durante los momentos que lo llevaron a la muerte. Deseé que no hubiera sufrido mucho.

Al sentarme junto a Mephistopheles, me esforcé para no recordar con inquietud lo similar que era el brazo que ahora se encontraba en el refrigerador a lo que habíamos encontrado en el laboratorio de Jack el Destripador y a los órganos que él había coleccionado. El maestro de ceremonias me observó, y su ceño fruncido le borró su típica sonrisa burlona.

—¿Ha estado usted en los aposentos de la mujer, la que quemaron? —preguntó con una seriedad repentina.

No era exactamente lo que creí que diría, pero asentí lentamente.

—Una vez. Cuando nos enteramos de que había desaparecido.

Sujetó un trozo de tela de un bolsillo interno de su abrigo.

—¿Esto le resulta familiar?

Mi sangre pareció congelarse cuando vi la tela de color escarlata intenso. Recordé el precioso vestido que había aparecido tirado en el suelo de la habitación de la señorita Crenshaw.

No lo había inspeccionado de cerca, pero había estado casi segura de que le habían recortado una parte.

—¿Dónde lo encontró?

—Lo dejaron en mi camarote hace dos noches. Sin nota, sin razón alguna. —Lo volvió a tomar, lo dobló y lo guardó una vez más dentro de su abrigo—. Pensé que una criada debió haberlo dejado caer mientras realizaba la limpieza de mi camarote, pero ahora no estoy seguro. —De otro bolsillo agarró otro trozo de tela roja; este tenía manchas color óxido. Sangre—. La misma seda. Este me lo dejaron anoche.

—Parece que es la misma seda de la señorita Crenshaw.

—«¿Parece?» —bufó Mephistopheles—. ¿Por qué no afirmar con confianza que esta tela proviene de su vestido? Quizás yo practique el arte de prestidigitación, pero usted, señorita Wadsworth, es muy hábil con el arte de la palabra.

—Como científica, es imprudente afirmar algo con certeza cuando no puedo estar segura de lo que he observado a primera vista —respondí con frialdad—. Por lo tanto, *parece* que es la misma tela. A menos que pudiera revisar el vestido, no puedo afirmar con absoluta autoridad que *es* la misma. Es similar, sin duda. ¿Exacta? —Levanté un hombro. Un músculo de su mandíbula se tensó—. Enfádense todo lo que quiera, pero la memoria es una ilusionista incluso mejor que usted mismo. ¿Y qué sucede con su principio de «engañe a los ojos, convenza a la mente»? ¿Acaso no estamos lidiando con el mismo concepto?

—Muy bien. ¿Me acompañaría al camarote de la señorita Crenshaw? —preguntó—. Podríamos buscar alguna evidencia científica que corrobore que este trozo de tela, que *parece* ser de ella,

realmente proviene de su vestido.

—Irrumpir en su camarote no es la idea más razonable, en especial teniendo en cuenta que es una escena del crimen.

—Lo que hace que todo el asunto se vuelva mucho más atractivo. —Se puso de pie y me ofreció la mano—. Hagámoslo. Estoy seguro de que el capitán vendrá a buscarla en cualquier momento.

—Yo no he dicho que sí.

—Es verdad. Pero tampoco se ha negado. —Elevó la comisura de sus labios—. Sé que usted desea resolver esto como yo, señorita Wadsworth. He comenzado a recibir quejas de los pasajeros que no son muy alentadoras para el futuro del Carnaval de Luz de Luna. Ahora, ¿me ayudaría a irrumpir en el camarote o no? Tal como usted dijo, ella está muerta. Dudo que le importe que investiguemos su habitación.

Señalé el escenario sin entusiasmo.

—¿Y qué sucede con el truco del bidón de leche?

—Simplemente tendrá que esperar hasta mañana por la noche y presenciarlo con el resto de los pasajeros. —Volvió a extender la mano—. ¿Se encuentra lista para cometer un acto ligeramente criminal?

No lo estaba. Con una sensación de pesadumbre agobiándome, me puse de pie y seguí al ilusionista hacia el camarote vacío de la joven asesinada, ya arrepentida de mi estupidez.

PASTELES Y ANTIFACES

*CUBIERTA**RMS ETRURIA**5 DE ENERO DE 1889*

Salimos a la cubierta de paseo y descubrimos una clase diferente de caos del que habíamos atravesado tan solo media hora atrás.

Como una invasión de hormigas, los tripulantes y los artistas desmontaban las tiendas, plegaban las lonas rayadas blancas, negras y plateadas y las guardaban para otra velada a la luz de la luna. Ya habían desaparecido los pasajeros que se habían regodeado en toda clase de placeres más allá de los dulces y los bocadillos. Los artistas en zancos, vestidos con escasas prendas, ya no danzaban como serpientes fantasmales dentro de sus cestas, balanceándose al ritmo tanto del océano como de la música seductora. Los payasos y las mujeres provocativas se quitaban sus maquillajes cerosos hasta que estos parecían carne rasgada sobre sus rostros. Sin embargo, sin importar lo fatigados y exhaustos que parecían los artistas, nadie se había quitado los antifaces.

—¿Por qué conservan sus antifaces después del espectáculo?

Mephistopheles hizo un gesto con el mentón.

—Ganan veinte dólares a la semana además de porciones de tarta con una sola condición: nunca deben quitarse el antifaz. Jamás.

—¿Lo único que usted les ofrece como alimento es tarta? —Enarqué una ceja—. ¿Y ellos aceptan tal condición?

—A duras penas. —Resopló—. Significa que la comida está incluida en su salario.

Fruncí el ceño ante la jerga del carnaval y sus condiciones; existían demasiadas reglas para un grupo de personas que deseaban vivir sin ellas.

—Usted no obliga a Harry Houdini a cumplir con la condición del antifaz —señalé—. ¿Eso no ocasiona una disputa interna? Creo que las reglas deberían aplicarse a todos o a ninguno.

Haciendo un gesto para que nos desviáramos hacia el lado opuesto del barco, el maestro de ceremonias me guio hacia delante a la cubierta de estribor desierta. Allí nos encontrábamos con la sola compañía del crujido de las cuerdas y los pasajeros adormecidos. Intenté no estremecerme mientras el viento me azotaba en el cuello, violento y amenazante como cualquier bestia alterada.

—Harry es diferente —respondió por fin Mephistopheles—. Algún día será una leyenda, recuerda mis palabras. Un hombre como él ya lleva antifaz; se está creando a sí mismo de las cenizas de lo que alguna vez fue. ¿Por qué hacer que lleve un antifaz cuando se convierte en una persona nueva cada noche y deja atrás al antiguo Harry un poco más cada vez?

—¿Quién es el antiguo Harry?

No esperaba una respuesta, pero Mephistopheles estaba repleto de sorpresas.

—Es un inmigrante húngaro, pero ¿sabe usted de dónde dice él que proviene? Appleton,

Wisconsin. Harry tiene tantas máscaras invisibles que una real nunca sería tan auténtica.

—¿Es Harry su verdadero nombre? —pregunté, bromeando.

—No. Es Ehrich.

—¿Ehrich?

—Ehrich Weiss. Si eso es verdad siquiera. Nadie excepto su madre puede tener esa certeza. —
Contó los camarotes y luego se detuvo—. Aquí estamos.

Estábamos de pie fuera de un camarote que se encontraba a dos puertas de la popa del barco. Recordé la insistencia de Tío de que los asesinos a menudo vuelven a sus escenas del crimen y me giré para observar los alrededores. Frente a nosotros se encontraba la barandilla y el océano infinito. A ambos lados del camarote había botes sujetos a la pared como preciados trofeos animales. No había demasiados lugares en los cuales esconderse, así que me pregunté cómo se habrían llevado el cuerpo de la señorita Crenshaw.

—¿Cómo sabe usted cuál es el camarote de la señorita Crenshaw? —pregunté de pronto. Él no había estado presente cuando habíamos investigado su camarote—. ¿Ha estado usted aquí antes? ¿Cómo supo que ese retazo pertenecía a su vestido? —Otro pensamiento me asaltó y entrecerré los ojos—. ¿Acaso ustedes dos eran amantes?

—¿Es esta una escena de celos? Hay un poco de mí para todas, señorita Wadsworth. Aunque si usted quisiera ser la única, deberíamos ocuparnos del tema Cresswell. Una vez que me comprometo, no me gusta compartir.

No me digné a responder semejante estupidez. Aunque eso añadía otra capa de misterio a las últimas horas de la señorita Crenshaw. Si ella había estado con el maestro de ceremonias, ¿podría alguien haber estado vigilando sus movimientos? Volví a pensar en Cassie, ¿acaso ella había estado celosa de las escapadas nocturnas de Mephistopheles? ¿O su marido había seguido al maestro de ceremonias hasta aquí con la esperanza de incriminarlo por los crímenes?

Mephistopheles palpó su chaleco con el ceño fruncido. Dio la vuelta a sus bolsillos, tanteó el borde de su sombrero de copa y luego se inclinó para revisar alrededor de la suela de sus zapatos.

—Solo... un... momento.

—¿En serio? —pregunté, poniendo los ojos en blanco una vez hasta que descifré qué era lo que estaba buscando—. ¿Cómo puede ser que precisamente usted no tenga una ganzúa?

—¿Es que soy Houdini? —Se enfureció—. Él es el Rey de las Esposas.

—Por supuesto, o de lo contrario, para este momento, ya estaríamos en el interior investigando en lugar de perdiendo el tiempo.

Me quité uno de mis alfileres de sombrero y aparté al maestro de ceremonias con un empujoncito de la cadera. Él silbó con admiración cuando inserté el alfiler en la cerradura, y yo lo moví hasta que escuché el débil sonido de los tambores haciendo *clíc*. Houdini no era el único bendecido con esa habilidad. Quizás si escapaba con el circo, podría practicar y llamarme la Reina de las Esposas. Después de darle las gracias en silencio a mi padre por el truco, tomé una respiración rápida y de un empujón abrí la puerta.

—Mire quién hace maravillas ahora —dije por encima de mi hombro—. Quizás me convierta en la asistente del próximo acto desafiante de escape del señor Houdini.

—¿Cómo...?

Entré con prisa en el camarote y me detuve en seco. Aunque estaba a oscuras, la luz de luna se derramaba desde la puerta abierta a través del umbral y así pude ver una silueta sentada en posición erecta sobre la cama. O alguien había acomodado las almohadas para formar una figura humana, o habíamos entrado por error en una habitación ocupada.

Mephistopheles se topó conmigo y maldijo.

—Deberíamos cerrar la puerta...

—Buena idea. De lo contrario seguirá entrando la corriente —respondió la silueta y luego se desplegó hasta quedar de pie—. Quizás también debería echarle llave. No querríamos dar la idea equivocada de lo que ustedes dos están haciendo aquí. Sin acompañantes. Después de medianoche. No se ve bien.

Me había llevado algunos instantes darme cuenta de que la voz no provenía para nada de quien yo esperaba.

—Thomas. —Mi corazón casi saltó de mi pecho en su prisa por escapar de la situación espantosa en la que me encontraba—. En el nombre de la reina, ¿qué estás haciendo aquí sentado en la oscuridad?

Como respuesta, una luz se encendió en la mesilla de noche. Thomas levantó su farol e hizo que recorriera la habitación. Se encontraba perfectamente intacta, nada fuera de lugar. Las esquinas de las sábanas estaban ajustadas a la perfección, sobre el tocador las joyas y el maquillaje guardaban un orden cuidadoso. Todo parecía perfectamente adecuado, excepto nosotros tres. Era evidente que alguien había limpiado el camarote desde la última vez que habíamos estado aquí.

Abrí la boca, pero me faltaron las palabras. El comportamiento de Thomas siempre había sido algo peculiar; sin embargo, esto era raro incluso para sus estándares.

—Algunas veces me resulta útil situarme en la última ubicación conocida de la víctima. Si me siento en calma, puedo recrear una escena. —Thomas inclinó la cabeza—. ¿Qué es, exactamente, lo que os trae a los dos aquí? ¿Habéis descubierto algo sobre la señorita Crenshaw o...?

Su tono fue compuesto y cordial, pero un atisbo de lo que *fuera* que hubiera en su expresión me provocó una sensación inquietante.

—Estábamos dando un paseo romántico y decidimos terminar la noche con una visita a la habitación de una mujer muerta. Los besos robados junto a cadáveres putrefactos son la última moda. Me sorprende que aún no lo hayas intentando. —Antes de que controlara sus rasgos, vi una expresión herida en su rostro—. En serio, ¿qué clase de pregunta es esa, Cresswell?

Thomas se echó hacia atrás de manera tan repentina que olvidé mi enfado. Arrugó la nariz.

—En el nombre de Dios, ¿qué es ese hedor? —preguntó—. Es horrible. —Agitó el aire frente a su nariz—. Incluso putrefacto.

—¿Qué? —Me incliné hacia adelante, olvidando mi enfado. La última vez que habíamos olido algo espantoso había sido en la academia, y no habíamos tardado en descubrir un cuerpo en descomposición. Aparté ese recuerdo y no quise pensar en los murciélagos de esa cámara maldita. Olfateé a mi alrededor, esperando lo peor—. No huelo nada fuera de lo común.

—Ah. No importa. —Thomas relajó su postura—. Es simplemente su actitud, señorita Wadsworth. Apesta.

Mephistopheles se dobló sobre sí mismo, ahogándose en risas, y yo lo fulminé con una mirada que prometía una muerte repentina si emitía un sonido más. Se enderezó, retrocedió lentamente y levantó las manos en un gesto de rendición, aunque su pecho seguía temblando con la risa contenida.

—Muy bien. Esto ha dado un giro dramático. —Mephistopheles tomó su reloj de bolsillo como si ahora recordara tener una cita con Satán—. ¿Señorita Wadsworth? —Eché un vistazo al maestro de ceremonias mientras caminaba hacia la puerta y la abría—. La verdad es un veneno. Tenga cuidado de cuánto ingiere de un trago.

—¿Me haría el favor de terminar con sus consejos de vidente?

—Tenga incluso más cuidado de cuánto veneno reparte usted. —Miró con detenimiento a Thomas e ignoró mi respuesta punzante—. Buenas noches a los dos.

23

DEDUCCIONES Y ENGAÑOS

CAMAROTE DE LA SEÑORITA CRENSHAW

RMS ETRURIA

5 DE ENRO DE 1889

Hice una mueca. Sin duda el maestro de ceremonias no me había hecho ningún favor pronunciando esas palabras como regalo de despedida. Una vez que la puerta se cerró, Thomas volvió a sentarse en la cama y la tensión pareció abandonarlo de inmediato.

—Era una pregunta simple, Wadsworth. No una acusación. Ya lo dije antes: siempre respetaré tus deseos de con quién quieras pasar tu tiempo o tu vida.

Suspiré.

—Comprendo por qué estás molesto, lo hago. Y creo que tienes todo el derecho a estar enfadado...

—No estoy enfadado.

Su respuesta llegó demasiado pronto como para ser verdad. La dejé pasar. Era algo que podríamos discutir una vez que hubiéramos llegado a Estados Unidos.

—Hay un hombre muerto, Thomas. Nuestro trabajo debe ser nuestra prioridad.

—Técnicamente, no sabemos si está *muerto*. Quizás le amputaron el brazo en condiciones seguras. —Tamborileó los dedos en los muslos y atrajo mi atención—. Hasta que examinemos la extremidad en detalle, no podemos tener ninguna certeza.

—¿Realmente crees eso? —pregunté—. Si no le hubieran amputado el brazo en condiciones seguras, se hubiera desangrado.

—Es poco probable que esté vivo, considerando los otros tres asesinatos, pero es una posibilidad. —Enumeró las razones como si fueran números que sumar o restar—. Estamos a bordo de un barco junto con un carnaval ambulante. El equipamiento mecánico que poseen es peligroso; quizás esta persona estuviera intentando operar algo y se cortó el brazo. Quizás alguien que le estaba haciendo una demostración se asustó. El barco en sí mismo tiene un sinnúmero de lugares donde una persona se puede hacer daño. ¿Creo yo que esos fueron los verdaderos hechos que acontecieron? —Sacudió la cabeza—. Por desgracia, no. Y por esa razón estoy intentando hacer encajar las piezas del rompecabezas. Creo que este camarote es la escena del *primer* asesinato. De manera razonable, los primeros crímenes son aquellos donde más errores se cometen. Aquellos donde el asesino pone sus fantasías oscuras en práctica, aunque rara vez todo sale como lo había planeado. Espero encontrar una pista que me indique cómo comenzó todo esto.

—¿En la oscuridad?

—Acabo de escabullirme aquí dentro. He oído que alguien venía y he apagado las luces. —Entrecerró los ojos—. ¿Creías que yo estaba aquí, sentado en la oscuridad, mirando la pared? ¿Es por *esa* razón que parecías tan sorprendida? —Me dedicó una mirada cortante—. Eso es un poco

excéntrico, incluso para mí.

—Thomas, yo... nosotros no estábamos...

—Por favor... —Dio una palmadita en la cama junto a él, sin ningún rastro de estar sugiriendo algo impropio—, sentémonos aquí durante un instante. Hay algo que he estado queriendo... —Se movió con incomodidad—. ¿Aún quieres que te enseñe mis métodos?

Tuve la sensación de que había cambiado de opinión a mitad de la oración, pero lo dejé pasar. Lo que me estaba ofreciendo ahora era una rama de olivo, una ofrenda de paz para que los dos dejáramos a un lado los asuntos que no se relacionaban con el caso.

Caminé hasta la cama y me senté junto a él.

—Eso me encantaría. Dime, ¿cómo aplica el señor Thomas James Dorin Cresswell sus deducciones en una escena como esta?

—Quieres decir el increíblemente *apuesto* y talentoso Thomas James Dorin Cresswell. —Una sonrisa débil cruzó por su cara—. Comencemos con los hechos evidentes. Verdades básicas. ¿Qué es lo que ya sabemos sobre la escena?

—Bueno —comencé, intentando recordar la habitación en el estado en el que se había encontrado antes—. Había dos copas de champán. Tarta a medio comer y un vestido en el suelo. No encontramos las bayas venenosas, así que debieron haberlas comido antes del pastel.

Thomas asintió.

—Y, sin embargo, estoy comenzando a preguntarme si eso fue lo que realmente la mató, o si solo la dejaron incapacitada para repeler un ataque. Lo que quizás signifique...

—Que tal vez hubo más de una persona involucrada.

Mi pulso se aceleró con esa teoría. Era otro indicio probable de que tal vez una pareja había estado trabajando en conjunto para cometer esos actos. Pero por otro lado...

—Mephistopheles aseguró haber pasado tiempo con ella antes de que el barco zarpara. Alguien le envió partes de su vestido rasgado.

Thomas pensó en ello. Si estaba esperando ver alguna clase de emoción en su cara después de enterarse de los devaneos del maestro de ceremonias, sentiría una extrema decepción. Estaba tan frío y analítico como siempre.

—Quizás esté mintiendo. Es muy probable que él mismo haya cortado las partes del vestido con la esperanza de utilizarlas como si fuera un juego de prestidigitación.

—Pero ¿cuál sería el objeto de ello? —pregunté, poco convencida—. ¿Acaso eso no lo volvería sospechoso? Podría haber fingido no conocerla o no haber visitado su habitación. ¿Quién hubiera descubierto la verdad?

—Los secretos no permanecen enterrados para siempre. Alguien podría haberlo visto y es probable que él esté eliminando esa posibilidad.

Suspiré, y deseé que su desagrado personal por el maestro de ceremonias no interfiriera con su proceso normal de deducciones. Nos quedamos sentados en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Al final, hablé.

—Está bien. Empecemos por otro camino. Digamos que Mephistopheles simplemente vino aquí, bebió algo de champán y ellos... —Me sonrojé y no quise entrar en detalles de lo que podría haber sucedido después de la bebida—. Luego se retiró. Quizás alguien hizo que le enviaran a ella la tarta y las bayas simulando que era un gesto de amor de parte del maestro de ceremonias. Solo había un plato y un tenedor. Luego, transcurrido un tiempo suficiente, ella se sintió enferma y en ese momento el asesino apareció en escena.

—Interesante. —Una chispa de curiosidad iluminó la mirada de Thomas—. ¿Cuál sería el punto de entrada para este supuesto asesino?

—Es muy fácil —dije, haciendo un gesto frente a nosotros—. La puerta. Es el único lugar de entrada y salida de este camarote.

—Precisamente. Debemos verificar si hay alguna marca de entrada forzada o... —Se tensó—. Mira.

Miré hacia la puerta cerrada. Al comienzo no vi nada en absoluto, y luego entrecerré los ojos. Unas diminutas manchas de sangre trazaban un arco en la parte posterior.

—Ese es un patrón extraño, ¿no lo crees?

Después de dar dos zancadas, Thomas estaba inspeccionando la puerta, y yo me encontraba justo detrás de él. Se restregó el mentón, probablemente para evitar tocar la posible prueba. Sus ojos se posaron en todo, calculando y haciendo deducciones de tal manera que yo hubiera deseado estar en el interior de su cabeza.

—Representemos un asesinato, Wadsworth.

A pesar de las circunstancias trágicas y la historia espeluznante que señalaba la salpicadura de sangre, sonreí, y Thomas hizo lo mismo. Quizás los dos éramos tan diabólicos como los artistas del Carnaval Luz de Luna.

—Yo seré la víctima —anuncié—. Tú eres un asesino mucho más eficiente.

—Así es. —Abrió la puerta y salió—. Todavía no me han atrapado.

—Salvaje. —Puse los ojos en blanco, pero cerré la puerta y esperé. Un instante más tarde, Thomas llamó a la puerta e hice a un lado todos los pensamientos que me distraían. No era difícil imaginar cómo se había sentido la señorita Crenshaw cuando escuchó un golpe suave en la puerta de sus aposentos privados. ¿Ya habría comenzado a sentir los efectos del veneno? ¿Trastabilló hacia la puerta con la esperanza de encontrar ayuda?

Con el corazón latiendo con tanta rapidez como la de un ratón asustado, abrí un poco la puerta. ¿Había estado esperando a su visitante o la llamada la sorprendió? Eso seguiría siendo un misterio.

Thomas permaneció allí parado con su sombrero de copa inclinado hacia adelante, lo que ocultaba en las sombras sus rasgos angulosos. A pesar de que yo sabía que era él, un escalofrío me recorrió la espalda. Levantó la cabeza, pero aun así no pude ver sus ojos. Esta parte de la cubierta era excepcionalmente oscura, incluso con la luna casi llena.

—Escucha —susurré.

Las olas golpeaban contra el casco, el sonido rítmico y sordo. El vapor proveniente de una de las chimeneas cercanas borboteaba y siseaba. Ruido de fondo. Eso pudo haber contribuido a ocultar los sonidos ahogados de una lucha, en caso de que alguien hubiera estado despierto en los camarotes adyacentes.

—Creo que ella debió haber conocido a su atacante —sugirió él, recorriendo el marco de la puerta con las manos—. No hay arañazos o marcas fuera de la puerta que demuestren que la forzaron.

—Estoy de acuerdo. O también pudo haber estado demasiado descompuesta para rechazar cualquier clase de ayuda.

Abrí un poco más la puerta y lo dejé entrar. Una vez dentro, permanecí junto al marco para examinar las salpicaduras de sangre. Solo había unos centímetros entre nosotros y pude sentir el calor que emanaba su cuerpo. Me pregunté si la señorita Crenshaw se había sentido de la misma manera antes de que la atacaran. ¿Estuvo tan cerca de su asesino? ¿Sintió el calor de su cuerpo

antes de que él le propinara el golpe final?

—Aquí tampoco hay indicios de lucha —continué—, así que el ataque debió haber sucedido inmediatamente después de que ella lo dejara entrar.

Thomas asintió.

—Aún tenía colocado el anillo, así que no se trató de un robo. Y si recuerdo bien, aunque solo hicimos una inspección muy breve, no tenía heridas defensivas en las manos. Salvo los cortes que ella misma se infligió al cerrar los puños. ¿Cuál sería la razón?

Reflexioné un momento, mirando directamente el pecho de Thomas mientras una idea cobraba forma en mi mente.

—Creo que, como tú dijiste, él la atacó un instante después de que ella lo invitara a pasar. Si se encontraba descompuesta, seguramente no tuvo los reflejos para defenderse.

Por una vez supe lo que Thomas sentía cuando se transportaba a la mente de los asesinos durante nuestros casos forenses. En lugar de ser la presa, me transformé en el depredador. Mi propia oscuridad brilló como los ojos de un perro callejero hambriento en un banquete, y no intenté detener o controlar sus impulsos desesperados.

Fue algo atemorizante y glorioso a la vez, saber cómo funcionaba la mente de un asesino, cuáles eran sus deseos y cómo se sentía uno al tener la vida de alguien más en las manos. De manera segura y firme como yo sostenía mi bisturí, tuve el poder de elegir cómo terminar con todo con un movimiento rápido de mi hoja afilada. Cómo acabar con él.

El poder era una sensación intoxicante y embriagadora, como el champán que Thomas y yo habíamos bebido juntos en el baile de Navidad una quincena atrás. Un movimiento ínfimo bastaría para sellar su futuro. El destino de Thomas ya no estaba escrito en las estrellas o en manos de algún dios; estaba en mis manos.

Yo no era compasiva ni amable.

Yo era la justicia y mi hoja era fría y rápida.

Me aferré a ese papel y lo obligué a que me entregara el conocimiento que podría utilizar para nuestro beneficio. Sujeté a Thomas, lo hice girar y ahora él era la víctima y yo la asesina.

—Lo siento, Cresswell —susurré—, pero esto te dolerá.

Antes de que pudiera protestar, lo golpeé dos veces en el pecho, una tras otra. No me arrepentí como había pensado que lo haría, pero lo más preocupante fue la alegría hueca que sentí expandirse como la oscuridad en mi pecho. Yo era una talentosa estudiante de medicina forense, pero era una asesina incluso más habilidosa. Lo único que necesitaba hacer era rendirme ante esa oscuridad vibrante y dejarme llevar por su atracción despiadada.

Tal como había imaginado, Thomas llevó las manos a su herida de manera automática. Sostuve mi cuchillo ficticio en alto y observé cómo presionaba las manos contra su pecho, donde supuse que se le estaría formando una magulladura. En cuestión de treinta segundos lo había incapacitado. Si a la señorita Crenshaw la habían atacado con un cuchillo, hubiera sido fácil manipularla. No recordaba ninguna herida de cuchillo, pero por otro lado, su autopsia no había arrojado pruebas concluyentes debido a las quemaduras que había sufrido su cuerpo. Lo cual explicaría, además del aspecto teatral, por qué la habían quemado.

Con los ojos bien abiertos registré cada uno de los detalles mientras Thomas se balanceaba hacia atrás. Él no levantó los brazos para repeler mi ataque porque estaba demasiado ocupado intentando detener el flujo de sangre. La ausencia de heridas defensivas de la señorita Crenshaw debían responder a la misma causa.

Levanté mi puño y Thomas hizo un giro para evitar el próximo golpe. Si realmente estuviera

sangrando, hubiera salpicado la puerta con un arco de sangre. Exactamente como la evidencia que había quedado allí.

—¡Eso es... lo he descubierto! —Casi salté en el lugar. Thomas se restregó el pecho, los ojos fijos en mi arma improvisada. Dejé de formar un puño y extendí la mano con delicadeza para apoyarla sobre su corazón, mordiéndome el labio ante su mueca de dolor—. Siento haberte golpeado. Me he dejado llevar por la situación. ¿Te duele?

—No mucho. Puedes apoyar tus manos en mí siempre que lo desees. —Me guiñó un ojo y luego hizo un gesto de dolor—. Aunque preferiría que fueras un poco más delicada en el futuro.

—De acuerdo. —Lo conduje de vuelta hacia la cama, donde se dejó caer—. Aunque esto no te alivie el dolor de la magulladura que te he causado, creo que he descubierto cómo la mancha de sangre ha terminado allí. El arco y la ligera mancha son indicios de una herida en el pecho. Es probable que girara lentamente, quizás incluso se chocó contra la pared un instante después de agarrarse el pecho; a partir de allí no estoy segura de qué sucedió. Pero el patrón de sangre hubiera trazado un arco mientras giraba y luego hubiera ocasionado una mancha si ella chocó con la pared, eso lo sé con certeza. Es exactamente lo que tú has hecho. No es descabellado asumir que a la señorita Crenshaw la apuñalaron.

Thomas me dedicó la clase de mirada de admiración que hizo que se me encendiera la sangre. No había una sensación más gratificante que sentir que me valoraban por mi cerebro.

—Lo que significa que no hay duda de que quienquiera que haya cometido este acto tenía la intención de deshacerse de ella. Había sido elegida blanco, pero ¿por qué?

—Me pregunto si... mira. —Levanté un carta que había caído entre la mesilla de noche y la cama y lo sostuve en alto—. Seis de diamantes.

Sujetó la carta, le dio la vuelta e inspeccionó con cautela cada centímetro de ella. Me la entregó con el ceño fruncido.

—Quizás las cartas sean tarjetas de visita.

Observé el diseño intrincado del dorso, un cuervo que tenía sus alas tornasoladas extendidas contra una luna llena y unas espinas de contorno plateado que se extendían alrededor del borde. Pasé el dedo por el doble ocho que había cerca de la parte inferior.

—O quizás solo signifique que todo esto es parte de un juego que abarca todavía más. Uno que representa la forma máxima de prestidigitación.

24

DISECCIÓN DE LA EXTREMIDAD

LABORATORIO TEMPORAL

RMS ETRURIA

5 DE ENERO DE 1889

Tío observó a través de una lupa, la nariz a apenas unos centímetros del brazo amputado. Sabía que seguía enfadado por haberme encontrado a solas con el maestro de ceremonias, quien había estado a medio desvestir, pero necesitaba mi ayuda, y nada más importaba cuando teníamos un caso forense en nuestras manos.

Gracias a Dios por las pequeñas bendiciones.

Thomas alzó el cuaderno que había apoyado mientras se colocaba un delantal y continuó tomando notas. No pude deshacerme de una leve sensación de náuseas cuando pensé en los otros cuadernos que había llevado para el viaje, algunos de los cuales tenían anotaciones escritas de Jack el Destripador. Yo no estaba lista para leer con gran detalle sobre sus crímenes, y Thomas mantenía para sí mismo cualesquiera fueran los misterios que había descubierto. Al menos por ahora. Tenía la sensación de que muy pronto tendríamos que hablar sobre ellos.

—El fórceps dentado, Audrey Rose. —Tío extendió la mano, la palma hacia arriba, esperando —. Rápido.

—Sí, Tío.

Recolecté los instrumentos médicos que necesitaríamos para la disección —fórceps dentados, bisturíes, tijeras, agujas de Hagedorn, hilo de sutura— y los coloqué sobre una bandeja de plata.

—Aquí están. —Rápidamente limpié el fórceps con fenol y luego se lo entregué a mi tío con eficiencia. Él gruñó sin expresar agradecimiento, pero tampoco permaneció en un silencio cargado. Lo observé quitar trozos de piel donde debería haber estado el codo, si no lo hubieran cortado o mordido en esa articulación.

La piel colgaba en harapos, hecha jirones como un vestido antiguo desechado para pudrirse en un baúl viejo. Eché los hombros hacia atrás y permití que la frialdad de una científica se asentara sobre mí. No me sentiría asqueada ni débil. Ninguna de esas emociones salvaría a la víctima de su destino.

Pero la determinación y un corazón firme podrían llevarle justicia.

Tío me hizo un gesto para que me acercara, tenía el ceño fruncido. Extrajo un trozo de piel desgarrada y expuso una mancha familiar blanca.

—¿Puedes ver el radio y el cúbito? —preguntó. Asentí, e hice mi mayor esfuerzo por concentrarme en esos huesos y no en la capa externa de piel grisácea que los rodeaba—. Mientras retiro el músculo y los tendones, describe lo que ves. Thomas, toma nota de todo.

Me incliné hasta que mis ojos quedaron al nivel de la extremidad y observé cada detalle.

—Tiene el radio fracturado, pero no el cúbito. Ahí veo una pequeña incisión en el hueso, estoy

segura de que lo provocó un instrumento afilado. Probablemente un cuchillo. —Contuve mi repugnancia—. Es probable que el león le haya astillado el radio después de morder el brazo y que esa herida no tenga relación con cómo amputaron la extremidad.

—Bien, muy bien. —Tío separó aún más la piel, las manos firmes—. ¿Recibió esas heridas *post mortem*?

—Yo...

Me mordí el labio. No había marcas en la piel del antebrazo, ninguna señal de trauma infligido durante una lucha. Levanté la mirada hacia Thomas, pero él estaba concentrado en la escritura. Me llevó un instante apreciar la confianza que ambos hombres estaban depositando en mí para localizar información forense por mi cuenta. Eché los hombros hacia atrás y me coloqué más derecha, permitiendo que la confianza cayera sobre mí como una capa.

—Creo que las heridas fueron causadas *post mortem*. Es muy probable que sean el resultado de la amputación del brazo. —Señalé el resto de la extremidad—. No hay abrasiones o cortes, que son dos heridas que mostraría una víctima que se ha defendido de un ataque de cuchillo.

Tío dio la vuelta al brazo e inspeccionó la parte inferior. La piel estaba más pálida que la mayoría de los cadáveres, ya que había perdido demasiada sangre, pero no parecía más pálida que la de los cuerpos que había estudiado en la academia. La lividez *post mortem* se encontraba presente, la leve coloración que se observaba en la parte inferior donde la sangre se había acumulado debido a la gravedad. Indicaba dónde había yacido el cuerpo después de la muerte y no podía alterarse tras varias horas, incluso aunque movieran el cadáver hacia una posición nueva. Excepto en un extraño caso donde se había extraído toda la sangre... no se habían encontrado manchas en ese entonces.

—Hay lividez —agregué, y noté el destello de sorpresa y orgullo en los ojos de mi tío. Había aprendido eso en la academia—. Imagino que el cuerpo ya estaba posicionado sobre la espalda, recostado, cuando el asesino comenzó a cortarlo. Eso es lo que señalan las pruebas.

—Así es. —Tío sonó satisfecho mientras inspeccionaba por su cuenta la lividez, y su enfado de antes se evaporó. Éramos una familia extraña.

Thomas arrugó la nariz.

—Aun sin manchas de sangre arteriales, donde sea que este desmembramiento haya tenido lugar debe estar saturado de sangre. No creo que alguien sea capaz de limpiar todo eso sin dejar rastros.

—Un gran apunte.

Tío agarró un bisturí y lo utilizó para extraer más piel rasgada. Tragué saliva con esfuerzo. Sin importar cuántas veces fuera testigo del procedimiento, siempre era algo repugnante de contemplar. Rasgar la piel como si fuera un corte de carne delicado era nauseabundo.

—Cortaron los huesos limpiamente —continuó Tío—. Quienquiera que haya amputado esta extremidad no utilizó una sierra u hoja dentada. —Apoyó el bisturí y luego caminó hacia el lavabo. Ni Thomas ni yo especulamos mientras él se lavaba las manos con fenol. Una vez que terminó, se giró hacia nosotros, con el rostro contraído. Tenía la leve sensación de que no le preocupaban las altas horas de la noche—. Tenemos que concentrarnos en aquellos que tengan acceso a hojas fuertes y afiladas. Personal de cocina. Miembros de la tripulación.

El terror, pesado e inflexible, cayó sobre mi estómago vacío.

—O, lo que es más probable, teniendo en cuenta sus habilidades y manipulación de tales armas, en los artistas del carnaval que se especializan en espadas.

Durante un instante, nadie habló. Había algunas elecciones evidentes, aunque cualquiera de los artistas podía apuñalar a alguien.

—¿Crees que Jian hizo esto? —Thomas desvió su mirada de la extremidad amputada—. Me asombra que no haya incluido esta atrocidad como parte del espectáculo. Arrojar melones, piñas, brazos amputados. Parece encajar muy bien con los otros asesinatos teatrales.

—Creo que es alguien que por lo menos deberíamos tener en cuenta —insistí, ignorando su forzado comentario ligero—. También debemos investigar exhaustivamente quién más tiene acceso a sus espadas una vez que termina el espectáculo. ¿Las guarda en un baúl bajo llave de noche o duerme con ellas? —Levanté un hombro—. Si las guarda bajo llave, entonces deberíamos extender la búsqueda hacia aquellos que tienen el talento de abrir cerraduras.

Sentí las miradas de Tío y Thomas posadas sobre mí, y vi la preocupación de ambos entremezclada con la mía. Estábamos especulando, por supuesto, pero si esas espadas se encontraban bajo llave, entonces había un solo joven en este barco que se había coronado a él mismo como el rey de los escapes de cualquier clase de esposas y cerraduras.

Ignoré el escalofrío de temor que me trepó por la espalda. Si Harry Houdini no dejaba de reinventarse a sí mismo, de llevar nuevas máscaras invisibles en cada ciudad, supuse que era posible que llevara el disfraz más convincente de todos: un hombre inocente, incapaz de cometer semejantes actos infames de asesinato. Quizás Cassie y su marido no deseaban venganza. Tal vez el culpable era alguien evidente como alguien que no lo era tanto. Si Houdini tenía a una amante en secreto en Estados Unidos a espaldas de Liza, entonces no era posible descifrar cuántos secretos guardaba.

—Vamos a hacer algunas preguntas —propuso Thomas, y cerró su cuaderno—. Comenzaremos con Mephistopheles y Jian.

—Si irrumpimos en el sector de ensayos de los artistas en este momento y exigimos interrogar a todos, nos tocaremos con una pared tan pesada como la niebla de Londres —comenté.

—Entonces, ¿qué método sugieres? —preguntó Tío. Él no había sido testigo de lo mucho que yo había crecido estudiando en la academia hasta este momento. Me sentía mucho más confiada a la hora de presentar mis hipótesis y ya no me preocupaba tanto equivocarme o que se burlaran por ello. Thomas una vez me había dicho que él no tenía miedo de estar equivocado; solo temía dejar de intentarlo.

—Simplemente tendremos que crear ilusiones propias —dije, ya inmersa en mi propio acto de engaño—. Desviaremos la atención con nuestras preguntas. Haremos que sospechen de algo que no tiene relación con el caso. Si ellos se ganan la vida valiéndose de esa clase de arte, no veo razón por la que nosotros no podamos utilizar ese mismo método.

Thomas esbozó una sonrisa lenta y pícaro.

—Si ellos son el Carnaval Luz de Luna, entonces nosotros tenemos que inventar un nombre elegante propio. Reclutas de la Verdad. Doncellas de las Travesuras. Bueno —aclaró, notando el suspiro pesado de mi tío—, eso no se aplica necesariamente a *todos* nosotros. Seguiré pensando en nombres.

—Mientras tú te ocupas de esa tarea de importancia monumental —dije—, Liza ha invitado a Anishaa a tomar el té por la mañana. Veré lo que puedo descubrir de ella y de cualquiera que sea un espadachín secreto. —Le eché un vistazo a mi tío y sonreí—. Pongamos en común nuestros descubrimientos mañana antes de la cena.

Thomas sujetó su reloj de bolsillo y lo abrió con un ademán ostentoso.

—Eso nos otorga trece horas para dormir, infiltrarnos en sus filas, esparcir un poco de humo para distraerlos, inventar un nombre para nuestro grupo y vestirnos con nuestras mejores galas para la cena. —Pasó una mano por sus rizos cuidadosamente peinados—. Gracias a Dios que no

lleva mucho tiempo hacer que esto... —Hizo un gesto con el brazo hacia todo su cuerpo—... sea espectacularmente apuesto. A diferencia de Mephistopheles.

—Parece que vosotros dos habéis aprendido habilidades adicionales en la academia. —Tío colocó la extremidad sobre su bandeja y la guardó en la caja refrigeradora que nos había prestado el capitán—. Aunque no estoy seguro de cuánto nos beneficiarán el sarcasmo y el parloteo en este caso. Tenemos que concentrarnos en identificar a quién le pertenece este brazo.

—Se llama *encanto*, Profesor. Y creo que nos llevará muy lejos. —Thomas respiró hondo, y sus ojos danzaron con picardía—. Nadie puede resistirse a una broma oportuna.

Tío se giró con una expresión para nada divertida.

—Podéis retiraros los dos. Id a la cama y luego por la mañana conseguid información de los artistas del carnaval, ya sea irritándolos o maravillándolos con vuestros encantos. —Desestimó la futura observación de Thomas con un gesto—. Intenta no exasperarlos demasiado. Algunas veces tu *encanto* puede llegar a ser muy molesto.

Nadie me advirtió a *mí* que tuviera cuidado, lo que consideré como una señal positiva. Estaba elaborando una idea que con seguridad ellos no aprobarían, pero siempre era preferible suplicar el perdón después que pedir permiso de antemano. Solo deseaba que Thomas no se enfadara demasiado porque llevara a cabo el siguiente acto por mi cuenta.

• • •

La mañana llegó mucho más pronto de lo que había durado la noche, y me desperté con el sonido de alguien llamando a mi puerta. Me restregué la cara y encontré un carta de tarot pegada a mi mejilla. Debía haberme quedado dormida sobre la baraja. Liza puso los ojos en blanco, pero no dijo nada mientras me propinaba empujoncitos hacia mi baúl.

—¡Un momento! —gritó para otorgarme un poco más de tiempo para cambiarme.

Maldije de la forma más impropia mientras correteaba de un lado al otro intentando colocarme un vestido de recepción decente pero simple. Unos minutos más tarde mi prima abrió la puerta con un ademán ostentoso.

—Me gustaría presentarte a Anishaa, también conocida como As de Bastos —dijo Liza cortésmente—. Ella es mi prima Audrey Rose.

Ambas hicimos reverencias y nos acomodamos en sillones y banquetas mientras una criada entraba en la estancia y apoyaba un samovar y una bandeja repleta de pequeños bocadillos para el desayuno. Llené mi taza y luego hice una mueca cuando el primer sorbo me quemó la lengua. Miré a Liza. Por supuesto, al ser la eterna anfitriona, ella se había levantado temprano y había solicitado el servicio de té. Podría abrazarla por su atención a los detalles en momentos como estos.

Anishaa, la diosa devoradora de llamas, estaba casi irreconocible sin su disfraz inspirado en el hielo. En lugar de la gruesa peluca plateada y trenzada, llevaba el pelo de color negro azulado a la altura del mentón como una capa suave y lisa. Su piel, ahora que no estaba pintada de blanco azulado, era de un tono que se encontraba entre color café dorado y beige.

Dejó de intentar balancear su taza de té sobre el regazo y se sentó de piernas cruzadas en el suelo, donde ya se había colocado Liza. Observé, los ojos bien abiertos, mientras bebía el mismo té que a mí me había quemado la lengua y me dedicaba una mirada divertida.

—Después de tragarme fuego todas las noches, el té nunca me parece demasiado caliente —comentó guiñando un ojo.

Ante mi risa impropia para una jovencita, Liza sonrió con dulzura antes de beber de su propia taza. Sin querer ser una maleducada, me senté junto a ellas en la alfombra.

—Lo comprendo perfectamente. —Apoyé mi taza de té y mi plato, y observé cómo el vapor se elevaba como una serpiente azotando el aire—. ¿Cómo comenzaste a devorar llamas? No puedo imaginar cómo debió de ser intentarlo por primera vez. Eres muy valiente.

—La mayoría diría que soy muy tonta —comentó, entrecerrando los ojos.

Ofrecí mi expresión más inocente y benigna. Liza resopló con exasperación, pero no me reprendió por mi curiosidad como lo hubiera hecho su madre. Mi prima tenía mucho talento para detectar una confabulación y supo que yo tramaba algo. Pero en lugar de hacer algún comentario, hizo circular la bandeja de galletas, probablemente deseando que el azúcar me distrajera de mis escasas habilidades de socialización.

Anishaa eligió una galleta y observó los trocitos de chocolate antes de responder mi pregunta.

—Un par de artistas, *faquires*, me enseñaron a devorar llamas. Me aseguraron que mi nombre, que en términos generales significa «una cuya vida no conoce la oscuridad», significaba que yo había nacido para manipular el fuego. —Soltó un resoplido—. Yo debía dominar las llamas. Devorarlas. —Volvió a levantar la taza y bebió un gran trago—. Yo era muy joven y susceptible cuando me tentaron y alejaron de mi hogar, engañada por la promesa de ganar riquezas. Me avergüenza haber sido atraída por sus palabras dulces. Una vez que accedí a marcharme con ellos, me llevaron a un lugar, se llevaron su paga y se retiraron para reclutar a otra persona para otro carnaval.

—Ellos son los que deberían estar avergonzados. Tú no hiciste nada malo. —Liza extendió el brazo y sujetó la mano de Anishaa, y me recordó el talento que tenía para percibir lo que las personas necesitaban y ofrecerles su apoyo de manera innata.

—Liza tiene razón —agregué—. Engañarte para que te unieras a una compañía itinerante fue algo terrible.

Anishaa levantó un hombro y arrancó algunos trocitos de su galleta.

—Me trajeron aquí y la vida ha sido buena con el Carnaval Luz de Luna. Tengo dinero, comida y amigos. Todo salió bien al final.

—¿Mephistopheles fue el que te hizo eso? —pregunté, intentando con todo mi esfuerzo que mi taza no tintineara con el temblor de mis manos—. ¿Te engañó para que abandonaras tu hogar y tu familia?

—Él... —Anishaa bajó la mirada a su regazo durante un instante antes de continuar—. Él contrata personas en cada país que visita para que le consigan talentos. Cualquiera que haya atravesado... momentos difíciles... él los invita al carnaval y los entrena. La última palabra la tenemos nosotros, pero él hace que el trato sea difícil de rechazar.

—¿Así que todos en el carnaval provienen de un país distinto?

—En su mayoría. Jian es de China. Sebastián, de España. Andreas es de Baviera, Cassie es francesa, aunque habla con acento inglés. Y yo soy de la India.

—Mencionaste que él busca a aquellos que hayan atravesado momentos difíciles; ¿a qué te refieres con eso? —pregunté, aunque Liza me lanzó una mirada que decía que era una idiota por fisgar.

—Todos tenemos razones para dejar atrás nuestras vidas. —Respiró hondo—. Ahora bien, ¿queréis saber *qué* hago para tragarme las llamas? Eso es lo que todos quieren, aunque la mayoría no desea destruir la magia o la ilusión.

La observé durante otro instante, sabiendo que las preguntas sobre su pasado y el carnaval se

habían terminado. No sabía exactamente qué pensar de Mephistopheles. Él no salvaba a nadie necesariamente, pero tampoco podía afirmar que hiciera daño o engañara a los miembros de su compañía. Aunque quizás ellos no lo veían de ese modo, quizás el resentimiento comenzaba como una herida pequeña y luego se infectaba con el tiempo. Quizás alguien quería destruir al Carnaval Luz de Luna como venganza por separar a sus miembros de sus hogares.

—¿Y bien? —preguntó Anishaa—. ¿Os gustaría saberlo?

—Por favor —rogué, y me deshice de los pensamientos de posibles motivos—. ¿Cómo es que tragas las llamas y no te quemas?

Se levantó del suelo y caminó por la estancia como si estuviera sobre el escenario. Me preguntaba si los artistas alguna vez abandonaban sus actuaciones o si toda su existencia estaba dedicada a su arte.

—Observad esta vela. —Anishaa quitó la vela del candelero de mi mesilla de noche, la encendió y luego la sostuvo casi boca abajo. La cera comenzó a gotear hacia el suelo—. ¿A dónde se dirige la llama cuando la sostengo de esta manera?

En ese momento lo comprendí.

—Lejos de la mecha o —agregué—, si la encendieras durante una de tus presentaciones, la llama se alejaría de tu boca.

—¿Lo ves? —Anishaa sonrió con calidez—. Tienes un talento nato. —Ahuecó la palma alrededor de la vela, apagó la llama y volvió a colocar la vela en su candelero—. El mismo principio se aplica cuando yo «trago fuego». Lo único que hago es alejar el calor de mi rostro y luego exhalar con cuidado cuando me coloco la antorcha en la boca. La mayoría de las cosas vivientes necesitan oxígeno para respirar, incluso el fuego. ¿Sin él? Muere como cualquier otra cosa lo haría. —Se acomodó nuevamente en el suelo donde Liza y yo permanecíamos sentadas—. El verdadero truco es utilizar las reglas de la física. Como ese científico... ¿Newton? Mephistopheles me lo enseñó todo sobre él. Tenía razón, me ayudó a perfeccionar mis actuaciones.

Su voz cambió un poco cuando habló del maestro de ceremonias, exhibió un tono de admiración teñido con algo de nostalgia. Me pregunté si habría alguna persona a bordo de este barco que no hubiera caído bajo su hechizo. Bueno, además de Thomas.

—¿Acaso Mephistopheles ayuda a todos los artistas? —pregunté con los ojos fijos en la taza. Imaginé que debía cautivar a hombres y mujeres jóvenes en cada ciudad o pueblo que visitaba. Si ella albergaba sentimientos por él que no eran correspondidos, quizás eso podría ser un motivo. Esa circunstancia, mezclada con el resentimiento, sería una razón poderosa—. Parece tan inteligente como apuesto.

Liza me dedicó una mirada incrédula, pero apretó los labios. Al parecer, una vez que estuviéramos solas, yo recibiría una buena reprimenda. A pesar de lo que todos en Londres pensaban de Thomas y su comportamiento extraño, a Liza le gustaba mucho, y mi interés por el maestro de ceremonias no parecía correcto en su libretto romántico, sin importar cuáles fueran mis razones.

—Mephistopheles es... —Anishaa pareció formular su respuesta con cautela—. Tiene mucho talento en lo que hace. Muchos se benefician de las lecciones que él elige enseñar. Todos le estamos muy agradecidos.

Me recliné y jugueteé con los botones laterales de mis guantes.

—¿Le ofreció lecciones a Cassie?

De pronto, Liza encontró que su té era absolutamente intrigante, y Anishaa pareció no encontrar

las palabras adecuadas.

—¿Te gustaría verlo como nadie lo ve excepto sus artistas? —preguntó por fin Anishaa. Esperé que no quisiera decir verlo desnudo como Dios lo trajo al mundo. Asentí lentamente—. Búscame en la cubierta de segunda clase en una hora. Entonces comprenderás por qué todos nosotros haríamos cualquier cosa por él.





Doctor de la peste

25

ENGRANAJES Y ARTILUGIOS

CAMAROTE DE AUDREY ROSE

RMS ETRURIA

6 DE ENERO DE 1889

—¿Te importaría explicar qué ha sido todo esto, prima?

Las mejillas de Liza habían adquirido un color rosa intenso, un gran indicio de lo enfadada que estaba. En cualquier momento, el vapor saldría a borbotones de sus orejas. Contuve una risita nerviosa, sabiendo que no le gustaría que le dijera que en este instante estaba comportándose igual que su madre.

—No soy quién para juzgarte, pero pareces terriblemente intrigada por Mephistopheles —continuó—. Énfasis en «terriblemente». ¿Y qué ocurre con el señor Cresswell? ¿Cómo han cambiado tan rápido tus sentimientos hacia él? Las cartas que me enviabas desde la academia parecían indicar un gran romance, aunque en ese momento estabas enfadada con él. —Me observó con los ojos entrecerrados, con la misma atención con la que yo diseccionaría una muestra con mi bisturí—. ¿Cómo ha ganado Mephistopheles tu corazón con tanta facilidad? Pensé que serías capaz de ver entre sus mentiras.

Pellizqué la piel que había entre mi pulgar y mi índice, y utilicé la presión para concentrarme.

—¿Qué tiene de escandaloso hablar con alguien? —pregunté—. No es como si Mephistopheles se me hubiera declarado. Quizás solo disfruto de escuchar cómo utiliza la ciencia. Siempre me ha intrigado la ingeniería. Él y yo no somos tan diferentes, ya sabes.

—¿Es eso lo que te dijo? —Liza me dedicó una mirada sostenida y cautelosa—. ¿Que vuestras naturalezas son similares? ¿Que sois el uno para el otro?

Su tono estaba bañado de desaprobación, aunque pude ver la preocupación en su cara.

—¿Y qué si dijo eso? —Levanté el mentón y fingí parecer indignada, y me odié a mí misma un poco más por ello. ¿Cuántas mentiras me vería obligada a pronunciar antes de que esta farsa terminara?—. Es verdad. Los dos amamos la ciencia. La suya es solo un poco más llamativa. Pero hay mucho que yo podría aprender de él. Cosas que me ayudarían a descifrar a dónde, exactamente, pertenezco.

—Diseccionar a los muertos *es* mucho menos espectacular —respondió secamente—. Quizás deberías tomar prestado uno de sus antifaces. O pedirle a su encargado de vestuario un delantal nuevo para autopsias. Estoy segura de que él podría confeccionar algo que encendería cualquier corazón. Tú perteneces al mundo de Thomas y Tío, resolviendo crímenes para aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos. En lugar de disfrazarte y pasearte por un escenario en una ciudad diferente cada noche del brazo de un hombre que siempre amará más al espectáculo que a ti.

—No seas cruel, prima —respondí, e intenté con todas mis fuerzas no interpretar demasiado su última frase—. Yo simplemente disfruto de aprender cómo diseña sus trucos. Es muy... los

mecanismos y maquinaria que construye son increíbles. Si se concentrara en crear instrumentos médicos... —Mi voz se desvaneció y de pronto ya no pronunció más verdades a medias. Si Mephistopheles utilizase su cerebro para diseñar máquinas para las cirugías habría infinitas posibilidades de sanación.

Liza observó mi cara durante un instante, pero no pareció convencida por completo. Luché por mantener mi expresión congelada en la máscara que me había puesto.

—Ten cuidado con entregarle tu corazón a hombres de esa clase —advirtió finalmente, y sus hombros se desplomaron.

—¿Hombres de qué clase? —Extendí el brazo y la sujeté de la mano—. ¿Científicos e ingenieros?

—Mentirosos.

—Él es un ilusionista —corregí, y no pasé por alto el veneno que ella había inyectado en esa sola palabra—. Un hacedor de maravillas.

—Exactamente. —Liza me soltó la mano y se cruzó de brazos—. Un mentiroso. Vestido con una elegante levita.

Durante un instante de agonía temí que Mephistopheles hubiera tomado la iniciativa con nuestro pacto en contra de mi voluntad y le hubiera dejado a Liza una carta anónima que revelaba información sobre Houdini. Tragué saliva con esfuerzo y sentí cómo el muro de mentiras se desmoronaba sobre mí. Era hora de desvelar un secreto.

—¿Va todo... va todo bien entre tú y Harry?

—Por supuesto. ¿Por qué no lo iba a estar? —Examinó mi cara, y sus labios se curvaron hacia abajo. Sin embargo, pude ver algo en sus ojos. Algo que indicaba que no todo estaba tan bien como ella deseaba hacerme creer—. ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Era este; el momento que yo había estado temiendo. De pronto, al mirar los ojos suplicantes de mi prima, no pude obligarme a romper su corazón. Me aferró la mano. Si ella estaba teniendo dudas sobre Houdini, yo tenía que ofrecerle toda la información con la que contaba. Llegaríamos a tierra firme en tan solo un día. Aun así, al parecer yo era incapaz de dar el último paso.

—Por favor. Sea lo que sea, necesito saberlo.

Me dejé caer en la cama, el corazón me latía con la lentitud suficiente para marcar la hora tan temida. Sin decir una palabra, extendí la mano y alcé la carta medio destruida de mi mesilla de noche. Se la entregué a Liza y evité mirarla mientras se hundía en la cama junto a mí.

—¡Ese maldito mentiroso! —Arrugó la carta y le tembló la voz cuando habló—. ¡Lo arrojaría por la borda como la basura que es! ¿Dónde está mi capa?

Temiendo que su temperamento la llevara a tales extremos, reuní el coraje y la encaré.

—Liza... no puedes confrontarlo.

—¿Estás loca? —exclamó—. ¡Por supuesto que debo confrontarlo!

—Por lo menos espera a que hayamos llegado al puerto. Ya hay mucho con lo que lidiar, por favor, te lo suplico. Espera. Solo durante un día más, y entonces, si aún lo deseas, te ayudaré a arrojarlo por la borda. Te lo juro.

Liza caminó a zancadas por la habitación, sacudiendo la cabeza.

—¿Quieres que actúe como si nada? ¿Harías lo mismo si estuvieras en mi lugar?

—Yo haría lo que sea que fuera necesario —respondí con sinceridad—. En especial si se tratara de darle prioridad a la investigación.

Liza me miró perpleja, y yo no logré descifrar las emociones que atravesaban su rostro.

—Dime esto, ¿cómo conseguiste la carta? ¿Te la dio Anishaa?

—Fue Mephistopheles. Yo... no quería fastidiarte el viaje.

—Este no era solo un viaje para mí. —Le temblaron los labios—. Se suponía que él sería mi futuro. Renuncié a tanto... —Contuvo lo que estaba a punto de decir, y su voz fue tan dura como los diamantes cuando volvió a hablar—. Nunca, jamás, renuncies a ti misma por alguien más, Audrey Rose. La persona correcta te querrá tal como eres. Y si no es así... —Resolló y sacudió la cabeza—. Olvídala. Inclinar demasiado la balanza en cualquier dirección no te traerá más que problemas. Renuncié a mi hogar y a mi familia a cambio de besos, cartas y promesas vacías de un futuro. Houdini es un mentiroso, y me alegra haber terminado con él.

—Liza, yo quería decírtelo, pero...

—Prometo que no le diré nada por ahora. Fingiré que todo va bien. Dios no permita que el Rey de las Cartas pierda la concentración antes de su próximo espectáculo. —Liza miró deliberadamente el reloj de mi mesilla de noche—. Será mejor que te des prisa o llegarás tarde a tu encuentro con Anishaa y Mephistopheles. Él nunca está solo durante mucho tiempo, en general Harry se reúne con él después del desayuno. Lo que solo te dará algunos minutos con él. Ven aquí. —Me ofreció la banqueta que había junto a mi tocador—. Siéntate y te trenzaré el pelo.

Observé a mi prima durante un instante más y deseé romper el muro que de pronto había construido a su alrededor, pero en cambio me senté. Ella me pasó un cepillo con mango de plata por el cabello, retorciéndolo y tirando para que tomara forma. Fingí no percatarme de la única lágrima que cayó por su mejilla mientras colocaba pequeños capullos rojos en mi pelo, ni cómo sus ojos evitaban los míos a través del espejo. Al parecer, ahora yo no era la única en mi familia que guardaba secretos durante este viaje.

• • •

La neblina del océano rociaba la barandilla del barco y me obligaba a caminar cerca del sector de camarotes de la cubierta para evitar la ráfaga helada. Con la ayuda de Liza me había puesto un vestido de día más elaborado, un modelo de terciopelo de color borgoña de mangas largas adornado con un delicado encaje negro. Le había agregado unos guantes de cabritilla y una capa oscura. Parecía una mancha de sangre seca. Lo cual era muy adecuado, considerando lo que estaba punto de hacer. El sacrificio era un asunto caótico.

Liza ignoraba que yo había agregado a mi conjunto el cinturón de cuero que sujeté a mi muslo y el bisturí que había guardado en él. El cinturón era un diseño que había ideado en Rumania para mí misma, el mejor regalo de Navidad hasta la fecha. Recorrí con los dedos mi corsé y me sentí reconfortada sabiendo que contaba con mi bisturí, aunque el plan que estaba formulando en mi cabeza era mucho menos reconfortante.

Era impulsivo y arriesgado, pero la recompensa haría que valiera la pena el peligro. Eso esperaba. No había tenido la oportunidad de hablar con Thomas, así que dependía de su habilidad para extraer la verdad de pistas sutiles. Deseaba que no se viera afectado por las burlas de Mephistopheles. Y que yo no me distrajera por la angustia que sentía debido a la tristeza de Liza.

Una pareja joven pasó junto a mí, y los ojos de ambos recorrieron la cubierta mientras se aferraban el uno al otro con demasiado ahínco. Eran las primeras personas con las que me había encontrado, y su paseo no parecía tan relajado como ellos pretendían que fuera. De hecho, todo el barco parecía estar sumido en una calma demasiado profunda. Cada vez más, los pasajeros permanecían en sus camarotes para comer y solo se aventuraban fuera cuando era absolutamente necesario. El barco se había transformado en una prisión elegante.

Seguí caminando, los pensamientos acelerados en mi mente.

Aquí, en altamar, no había gaviotas que graznaran sobre nuestras cabezas ni cantaran sus propias canciones de congoja. En cambio, escuché fragmentos de conversaciones que viajaban hacia mí por la cubierta de madera, demasiado ahogadas para descifrarlas. Algunos hombres y mujeres ataviados con trajes y vestidos menos elegantes que aquellos de la primera clase, pero aun así a la moda, se asomaban de sus camarotes a medida que yo me abría camino para reunirme con Anishaa. El corazón me golpeteó en el pecho como signo de advertencia, pero ahora ya era demasiado tarde para volver sobre mis pasos. Yo estaba aquí, y necesitaba seguir con el plan.

Mephistopheles tenía la espalda vuelta hacia mí, pero lo reconocí por su levita escarlata, sus relucientes botas hasta la rodilla y el contoneo de su cadera angosta. Desde mi ubicación se parecía a un rey pirata. No me sorprendería descubrir que agregaría una presentación acuática una vez que llegáramos a Nueva York.

—La próxima vez haz girar las antorchas como si fueran un reloj de bolsillo amarrado a una cadena —estaba diciendo, haciendo girar su reloj en un círculo amplio—. La velocidad evitará que las llamas suban por la vara de metal y hará que parezcan impresionantes desde la audiencia. Pero hazlo con rapidez; sigue siendo metal y te quemará los labios si los rozan por accidente.

Anishaa lo miró batiendo las pestañas, y me sorprendió que el maestro de ceremonias no hubiera notado su enamoramiento. Ella parecía estar pendiente de cada palabra e idea que él le ofreciera.

—Una excelente deducción científica —comenté. Mephistopheles se giró y pareció sorprendido por mi visita inesperada, pero también complacido. Sujetó el reloj y luego lo guardó en el bolsillo—. Que el metal se calienta con el fuego. ¿Quién lo hubiera adivinado? Lo próximo que podría decir es que el hielo es frío al tacto.

—Señorita Wadsworth. Siempre es un placer. —Hizo un gesto con la boca mientras me saludaba con una leve reverencia—. Tengo la certeza de que enamorarse es como jugar con fuego. Siente calidez, un chisporroteo de pasión ardiente... —Anishaa resopló, y él le hizo un gesto para que practicara.

—Bueno, si uno tiene la imprudencia de jugar con fuego, no debería sorprenderse cuando se quema.

La expresión de Anishaa era de desconcierto mientras hacía girar las llamas, lo que nos otorgó algo de privacidad, aunque noté que su mirada seguía viajando con velocidad hacia el objeto secreto de su afecto.

—¿Le gustaría ver mi espacio de trabajo? —preguntó Mephistopheles, y todos los modales caballerescos se desvanecieron con el brillo artero de sus ojos—. Se encuentra por aquí cerca. —Sonrió detrás del antifaz, el lobo invitando a Caperucita Roja al bosque oscuro. Lo que él no sabía era que esta joven en particular llevaba un arma debajo de su capucha y tenía una colección de pieles de lobo colgadas en sus aposentos—. Le prometo que no me comportaré de manera inmoral. Solo engranajes y artilugios. Quizás un poco de grasa. Nada demasiado romántico.

—Sin duda sabe cómo hechizar a una joven —respondí—. Alguna vez me enseñará su colección de antifaces. —Observé con detenimiento su pieza de arte más reciente, de un color gris pálido con remolinos de blanco parecidos a las nubes, y noté cómo se le entrecortaba la respiración cuando me acerqué a él—. ¿Cuántos tiene?, ¿miles de ellos?

—Cerca de un millón. —Sonrió, y recobró la compostura—. Practica haciendo girar una, luego la otra, tal como hemos acordado —le gritó a Anishaa—. Después debemos trabajar en cómo escupes las llamas. Casi he terminado el nuevo tónico.

Ella asintió y luego continuó con su entrenamiento. Mephistopheles colocó mi mano sobre su brazo y me acompañó por la cubierta hacia su guarida. Yo solo había estado bromeando a medias con respecto a sus antifaces, pero no me sorprendería si realmente tuviera tantos. Era probable que necesitara un baúl entero para transportarlos.

—¿Escupir fuego? —pregunté—. Eso parece un poco peligroso. Y un tanto vulgar.

—No escupiré llamas sobre el público como si estuviera mascando tabaco. El peligro se encuentra en todos lados, incluso en lo más mundano. Y eso es muy aburrido —dijo—. ¿A qué debo el honor de su compañía tan pronto? No es hora de una lección. ¿La ha enviado el señor Cresswell para romper nuestro enredo romántico? Creí que me estrangularía en el camarote de la señorita Crenshaw. Seguro que odiaba compartir juguetes de niño.

—En primer lugar, yo no soy el juguete de nadie, señor. Y, en segundo lugar, si Thomas estaba enfadado, ¿no debería creer que él estaría aquí, desafiándolo para ganar mi afecto?

Mephistopheles resopló.

—Bueno, él *parece* ser la clase de persona que ataca a sus enemigos. —Me miró con ojos entrecerrados—. ¿Es eso lo que la atrae? Quizás deba comenzar a desafiar a sus otros pretendientes a un duelo. Quizás incluso me quite el antifaz una vez que haya ganado. Dejaré que vean el verdadero rostro de su vencedor.

—¿Quiere decir el rostro de su enemigo mortal?

—Dudo que me consideren su amigo después de que les presente a Solana.

—¿Solana? —pregunté, y me detuve—. ¿Es ese el nombre de su amiga imaginaria?

—No realmente. —Soltó una risita—. Ha escuchado hablar de las solanáceas, ¿verdad? Plantas tentadoras, pero mortales. Como mi espada. Solana.

—Inteligente. —Una sensación de inquietud me recorrió la espalda. Habíamos encontrado belladona, una clase de solanácea, en el organismo de la señorita Crenshaw—. ¿Acaso todos en su carnaval deben poseer un arma para ser aceptados? ¿Como una sociedad secreta donde deben llevar antifaces y blandir espadas?

Volvió a reírse, aunque esta vez deseé retirar el brazo del suyo.

—A duras penas. Jian y yo somos los únicos que poseemos espadas —aclaró—. Las tuyas son para utilizar en trucos; la mía proviene de mi pasado. ¡Ay!, tenemos cosas más importantes de las que hablar. El tiempo es una de las leyes que no puedo romper, sin importar cuánto suplique, tome prestado o robe, no puedo producir más de él. ¿Tiene alguna novedad de quién ha estado asesinando pasajeros? Los inversores no están contentos, y temo lo que el futuro le depare al carnaval. Ningún otro transatlántico nos contratará si piensan que damos refugio a un asesino.

Consideré preguntarle sobre las cartas de tarot y por qué hacía que cada artista aprendiera el arte de interpretarlos, pero no quería que sospechara de mis motivos. Tampoco quería develar el hecho de que sospechaba que tanto el tarot como las cartas comunes conformaban una clase de código y que sus significados claramente detallaban la historia de los crímenes para cualquiera que fuera capaz de descifrarla. Si él era el asesino, entonces podría alterar sus métodos.

—Todavía no, pero tengo una teoría en la que estoy trabajando. —Me humedecí los labios y deseé no levantar sospechas mostrando demasiada curiosidad por su comentario al pasar—. ¿Qué espada es más grande? ¿La suya o la de Jian?

Se detuvo en seco y me observó como si yo me hubiera quitado la ropa delante de él y de todos los demás en la cubierta. Considerando el brillo de apreciación de su mirada, no creí que le importara mucho si eso sucediera. A mi cerebro le llevó un instante darse cuenta de la insinuación que había hecho de manera accidental.

—E-es decir —tartamudeé—, ¿cuál es la que está mejor forjada?

—*Mmm.* —Comenzó de nuevo a caminar, aunque esa sonrisa ladina aún le curvaba los labios—. ¿Para serle sincero? Diría que la de él. Solana es una espada bellísima, pero las espadas de Jian son una obra de arte.

Ahora fui yo quien detuvo nuestra marcha. No había esperado que él respondiera con otra actitud que no fuera arrogancia.

—Pensé que los hombres como usted mentían por deporte.

—Lo que hace que sea mucho más divertido para usted descubrir la verdad que se oculta en mis mentiras.

Siguió caminando, no de manera apresurada ni tampoco sospechosa. En todo caso, pareció relajado, su andar confiado. No éramos más que una pareja joven dando un paseo por la cubierta. Excepto que él llevaba puesto un antifaz ridículo y yo, un arma escondida, y la mayoría del barco, una sensación de temor como un abrigo nuevo.

En algunas ocasiones descubrí que levantaba el rostro como si buscara la luz solar, aunque el sol se encontraba escondido detrás de una capa densa de nubes. Se estaba gestando una tormenta.

—Jian hizo que, durante sus viajes, un herrero experto del Imperio otomano le forjara sus espadas —continuó, aunque yo no le había preguntado—. El metal prácticamente canta cuando corta el aire. Tendrá que asistir a una de sus prácticas; podrá escuchar mejor el sonido si no hay audiencia.

—¿Duerme cerca de sus espadas? Parece que son de gran valor.

—¿Por qué siente tanta curiosidad por Jian? —Se detuvo en mitad de la cubierta cerca de un camarote—. ¿Piensa que está escondiendo cadáveres en su arcón para espadas?

Su pregunta era ligera, pero había una mueca en su expresión que me aceleró el pulso.

—¿No puedo hacer preguntas sobre una espada cantarina sin tener un motivo secreto? —pregunté—. No todo gira en torno a usted, señor insufrible.

—Sí, pero...

—¿Sabe qué? ¡Acabo de tener una idea magnífica! Debería cambiar el nombre del espectáculo a «Jian, el Sultán de las Espadas Cantarinas». Apuesto a que al público le encantaría escuchar esa sinfonía. Quizás pueda idear una manera de mejorar la canción de las espadas. ¿Ha intentado el método de una trompetilla para amplificar el sonido?

Mephistopheles enarcó ambas cejas. Una proeza que siempre me sorprendía, ya que nunca se quitaba el antifaz.

—¿Está interesada en hacer que su mente científica le otorgue una ganancia? —Apoyó una mano en su corazón—. ¿Acaso la he convencido de unirse al negocio del espectáculo después de solo algunas noches? Soy incluso mejor de lo que pensaba. Y le aseguro que yo ya tenía una opinión ensalzada de mis habilidades de cortejo.

—¿El «negocio del espectáculo»? —pregunté, aliviada de haberlo distraído—. ¿Así es como llama al carnaval actualmente?

—Así es cómo P. T. Barnum llama al circo, y suena bien, ¿no es así?

Reí.

—He escuchado rumores de que es desagradable y antipático. No estoy segura de que utilizar sus palabras sea una buena idea.

—Es un oportunista, como la mayoría de los hombres de negocios, lo cual no requiere ser respetable.

Mephistopheles introdujo una llave, abrió la puerta de un empujón y reveló un camarote que

solo estaba ocupado por herramientas y elementos de utilería. Había un leve aroma a metal en el aire y, por primera vez, no se debía a la sangre derramada.

Encendió la luz y vi varias cosas de aspecto bastante ordinario mezcladas con lo improbable. Sombreros de copa que tenían partes de metal en el interior, jaulas de pájaros que contenían palomas mecánicas cubiertas con plumas reales que parecían tan vivas que tuve que tocarlas para asegurarme de que fueran juguetes. Colgando de un gancho, divisé una levita cuyo interior estaba completamente cubierto de engranajes y metal. Unas plumas de cuervo caían sobre los hombros, lisas y brillantes como el aceite.

Desplegados sobre el tocador había unos tornillos, pernos y máscaras que utilizaban los doctores de la plaga. Me estremecí cuando me acerqué a una de ellas, su pico de cuero era de un color marfil tan intenso que parecía haber sido tallado en hueso.

—Son...

—¿Aterradoras? —completó, y sujetó una y pasó un dedo enguantado sobre el gran pico. Imaginé que su expresión sería reflexiva, aunque era difícil saberlo—. ¿Sabía que en la época medieval, cuando los doctores de la plaga llevaban estas máscaras, colocaban sustancias aromáticas en la punta del pico? Pétalos de rosa, bayas de enebro, bálsamo de limón y menta. Ayudaban a aplacar los hedores pútridos de la muerte. —La apoyó—. También tenían permitido realizar autopsias en los muertos, aunque eso estaba prohibido para otros en ese entonces. Alguien como usted se hubiera enfrentado a graves cargos.

—¿Cómo se relaciona eso con su carnaval?

En lugar de responder de manera directa, se giró y tomó un abrigo negro con capa de un gancho y se lo colocó junto con unas gafas de forma circular y finalmente la máscara de la plaga. Se giró lentamente para enfrentarme y se quedó allí de pie, inmóvil, completamente vestido de negro a excepción de la máscara de color marfil. Extendió la mano para agarrar un pequeño sombrero de copa y se lo colocó para completar su atuendo de doctor de la plaga convocado para visitar a los agonizantes.

Unos escalofríos me recorrieron las extremidades. Su silencio era tan aterrador como el disfraz, sino más.

—¿Y bien? —pregunté, sofocando mis nervios—. ¿Qué planea hacer con ese disfraz?

Mephistopheles se acercó lentamente y me rodeó caminando en círculos como lo haría un buitre con un cadáver fresco.

—Para este momento es probable que su pulso esté desbocado. —Mephistopheles se acercó aún más—. Su respiración comienza a entrecortarse un poco. Tengo toda su atención, todo su miedo y agitación. En mi acto de apertura prometí tres cosas, señorita Wadsworth. ¿Las recuerda?

Me negué a sentirme atemorizada. Él había dicho que su carnaval estaba repleto de magia, picardía y caos.

—Las recuerdo.

No podía verlo detrás de esta nueva máscara, pero imaginé que estaría esbozando esa sonrisa diabólica que había dibujado en su rostro innumerables veces.

—Cuando el acto final esté repleto de un ejército de doctores de la plaga, creo que eso causará algo de caos en el salón. ¿Está de acuerdo?

La verdad era que sería una aterradora escena gótica.

—Quizás en vistas de que están asesinando a jóvenes mujeres y al menos un hombre ha sido descuartizado —dije con frialdad—, creo que debería repensar eso. Sé que yo no llevaría esa máscara. —Hice un gesto hacia otro disfraz que había sobre la cama. Era de un tono que se

encontraba entre color lavanda y gris rayo de luna, otro elegante disfraz para el Carnaval Luz de Luna. Unas escamas plateadas cubrían los hombros como una armadura y otras de color carbón oscuro y negro revestían el corsé.

»¿Para quién es ese?

Mephistopheles se giró nuevamente para quitarse su terrible disfraz, se colocó su antiguo antifaz y luego señaló su banco de trabajo. Sobre ella se encontraba el antifaz más elaborado que alguna vez hubiera visto. No estaba segura de cómo no había reparado en él al entrar al camarote, pero por otro lado *había* muchos objetos. Este antifaz se parecía más a un casco de guerra romano, y tenía unas mandíbulas abiertas que exhibían unos colmillos. Después de inspeccionarlo con mayor detenimiento, me di cuenta de que era una calavera de dragón.

—Anishaa me pidió que modificara su presentación para ofrecer algo más memorable. —Tocó las telas elegantes del disfraz—. Quiere que la conozcan como la Reina de los Dragones en lugar de ser una mera devoradora de llamas. Así que accedí. Ahora bien, con la ayuda de un tónico especial que estoy creando, no solo devorará las llamas, sino que también las respirará.

—Pero eso suena...

—¿Peligroso? —preguntó—. No más que seguir a un joven a sus aposentos, a solas, rodeada de máscaras y maquinaria. Dígame —inquirió, y cerró la puerta—, ¿cuándo comenzó a pensar que yo tenía algo que ver con los asesinatos?

UNA ESPÍA HERMOSAMENTE ATAVIADA

CAMAROTE DE ARTILUGIOS DE MEPHISTOPHELES

RMS ETRURIA

6 DE ENERO DE 1889

Mi mano rozó el bisturí oculto que llevaba en el muslo.

—¿Quién ha dicho nada sobre culpabilidad? —pregunté—. A menos que haya algo más que usted no me haya contado. ¿Tiene alguna noticia que compartir?

Para su crédito o el mío propio, Mephistopheles pareció sorprenderse de que no me hubiera alejado de él. Se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados.

—Mi problema es que usted se está paseando por este barco fingiendo delante de mis artistas que está interesada en mí cuando en realidad no es más que una espía hermosamente ataviada que trabaja para su tío.

—¡Usted es el que quería hacerles creer que había algo más entre nosotros! Y lo que acaba de decir me ofende profundamente. —Me puse más erguida—. No soy la espía de nadie. —Mentirosa, sin duda. Pero aún no me había acusado de ello. Todavía—. Estoy haciendo exactamente lo que usted me pidió como parte de nuestro pacto. Si se siente tan disgustado, quizás ya sea hora de modificar los términos.

—No insulte mi inteligencia —dijo—. Sí, quizás haya tenido deseos de que ellos nos vieran juntos, de trabajar arduamente para enseñarle trucos para el acto final, pero ninguna condición de nuestro acuerdo menciona coquetear o mirarme detenidamente cuando piensa que yo no la estoy observando. O me quiere hacer creer que, entre nuestras citas de medianoche y sus autopsias previas al amanecer, usted ha estado pensando en la suavidad de mi pelo, los ángulos marcados de mi mandíbula, la...

—... la arrogancia que lo caracteriza. —Puse los ojos en blanco—. Quizás, contrariamente a mi buen juicio, disfrute de su compañía. Si tiene tanta confianza en sí mismo, ¿por qué eso es tan difícil de creer?

—¿Así que esas miradas son verdaderas? —Me observó de cerca y su mirada se posó en mis labios y permaneció allí. Después de un instante, apagó las luces y se acercó lentamente hacia mí. Mi corazón, la única parte de mí que *no* le estaba siguiendo el juego a mi falsa valentía, tartamudeó ante su cercanía.

Tío no había mencionado mi desobediencia antes, pero si descubría que había infringido sus normas una vez más... me mantuve firme. Mephistopheles inclinó la cabeza hacia un lado y analizó cada respiración controlada que tomé y cada parpadeo de mis ojos, buscando una mentira que no encontraría. Yo me aferré mentalmente a la imagen de la sonrisa torcida de Thomas y la proyecté sobre el joven que se encontraba delante de mí.

Mephistopheles extendió la mano y con delicadeza me guardó un mechón de pelo detrás de la

oreja.

—¿Está segura de que eso es lo que quiere que crea, señorita Wadsworth? ¿Que está aquí, sola en este camarote conmigo, porque usted lo eligió... por su propia voluntad... sin ningún otro motivo? ¿Solo desea pasar la mañana conmigo?

Asentí, ya que no confiaba que mi voz se mantuviera firme cuando el resto de mis nervios estaban listos para resquebrajarse. Entonces vi el anhelo en su mirada, el deseo que no podía ocultar detrás de ningún antifaz. Sabía que quería besarme, aunque yo no era tan engreída como para creer que no miraba a cualquier otra joven de la misma manera. Él era un oportunista. Y esta era una oportunidad perfecta. Extendió los dedos hacia mí una vez más, un roce que no llegó a tocarme mientras aguardaba mi permiso.

Al estar tan cerca podía sentir el aroma de su colonia, que me recordaba a las esencias aromáticas de la máscara de la plaga, pero este era embriagante en lugar de atemorizante. Quizás era un verdadero mago, porque aquí, en un camarote situado debajo del mundo que yo conocía más arriba, no pude evitar caer en su hechizo.

En la oscuridad era fácil olvidar que él no era el joven en el que yo pensaba constantemente. Aquel cuyos labios se estaban volviendo tan familiares como los míos. El corazón me dio un salto cuando se inclinó hacia mí, su rostro muy cerca del mío. Noté una sombra incipiente sobre su piel, como si no hubiera tenido el tiempo para afeitarse adecuadamente por la mañana.

Maldita fuera, pero casi deseé sentir su aspereza contra mi piel, tan similar y a la vez tan diferente de la de Thomas. Algo en mi expresión debió haber cambiado, lo que lo incitó. Deslizó las manos entre mi pelo y me acercó a él con delicadeza. No me resistí.

Levanté el mentón, sabiendo que era el engaño más peligroso de todos, fingir que él era alguien más, añorar descubrir cómo se sentirían sus labios, lo frío que sentiría su antifaz afiligranado bajo mis dedos. Su boca se acercó a la mía, y compartimos la respiración, pero nuestros labios no se tocaron. Todavía...

—He pensado en hacer esto durante toda la semana —susurró contra mis labios—. ¿E-está segura...?

La puerta se abrió de un golpe.

—¿Ya tienes listas esas esposas nuevas? Liza está de malhumor y yo no tengo nada mejor que hacer que...

Me alejé de un salto del maestro de ceremonias, la cara encendida mientras Houdini cerraba la boca de manera repentina. El artista del escape parecía estar a punto de hacerle justicia a su nombre. Se quedó allí parado durante un instante, congelado debido a la indecisión.

—Eh... lamento interrumpiros. Anishaa no mencionó... —Houdini hizo un gesto hacia nosotros y evitó nuestras miradas—. Volveré más tarde a por las esposas.

Se deslizó fuera del camarote antes de que Mephistopheles pudiera recobrar la compostura. Aquieté mi respiración, agradecida por la interrupción, aunque no me había sobresaltado. Liza *había* mencionado que Houdini se encontraría con el maestro de ceremonias a esta hora, algo con lo que yo estaba contando. Había ideado mi plan de manera apresurada mientras caminaba aquí, pero con un poco de suerte, había conseguido actuar de forma convincente. El chismorreo era algo a lo que la mayoría no podía resistirse.

Para mejor o peor, los artistas harían correr el rumor sobre el encuentro clandestino entre el maestro de ceremonias y yo. Quizás lo hubieran sospechado antes, pero ahora contarían con una «prueba» de nuestros sentimientos. Un truco de distracción para mantener la atención donde yo deseaba.

Me aparté de Mephistopheles para darnos espacio para respirar mientras yo alisaba el frente de mi falda. Si Houdini hubiera llegado un momento más tarde, podría haber caído en mi propia trampa.

Mephistopheles se restregó la nuca y pareció no saber cómo proceder.

—Debo disculparme por mi actitud tan directa, señorita Wadsworth. No quise comportarme de manera tan impropia...

—Por favor, no nos preocupemos por lo que podría haber sucedido. —Hice un gesto con la mano para restarle importancia, y no me sentí tan audaz como había sonado. Me temblaban las piernas y el corazón me latía frenéticamente. Yo quería a Thomas, pero no podía negar la atracción que ejercía el maestro de ceremonias. ¿Podía yo fingir ser alguien más de manera tan absoluta que en realidad adoptaba esa vida?—. En este momento necesito examinar las espadas de Jian. Sé que solo estábamos bromeando antes, pero ¿Jian las mantiene bajo llave? ¿Se encuentran cerca de las suyas?

El maestro de ceremonias pareció reticente a apartar la conversación de nuestro beso fallido, pero cedió.

—Mantenemos los baúles que contienen los materiales para el espectáculo junto a la bodega de carga de animales y también debajo de ella. Tiendas de campaña, cuerdas, casi todos los elementos que utilizamos se encuentran allí, así como también los baúles que guardan las espadas de Jian. Están pintados de azul lapislázuli y están incrustados con trozos de mosaico. Los encontrará con facilidad.

Me percaté de que no había confirmado dónde se encontraba Solana.

—¿Tendría algún reparo en que yo echara un vistazo allí?

Al principio no respondió, su expresión era calculadora.

—¿Qué tiene que ver esto con las mujeres asesinadas?

—En realidad tiene que ver con el brazo amputado. —Tuve la sensación de que, si me alejaba demasiado de la verdad, él descubriría cada una de mis mentiras—. Tengo la sospecha de que hay una conexión.

—Muy bien. —Se sentó en una banqueta delante de su mesa de trabajo improvisada, tomó algunas botellas que contenían un líquido transparente y polvos oscuros, y las ordenó en una hilera—. Puede investigar al carnaval todo lo que usted quiera. Aunque le advierto que no todos los artistas verán con buenos ojos que usted revise sus cosas. Quizás lo mejor sea que lo haga sola y que no la atrapen. —Sonrió con timidez—. Me ofrecería a acompañarla, pero tengo trabajo que hacer antes del espectáculo de esta noche. Si me puedo escabullir en algún momento, lo haré. —Ante mis cejas enarcadas, hizo un gesto hacia las botellas tapadas con corchos—. Fuego de dragón. Aunque no lo utilizaré para la presentación de esta noche. Me encargaré de eso una vez que usted se haya retirado.

—¿Se trata de la nueva actuación de Houdini que me iba a enseñar anoche? —Intenté no dejar en evidencia el alivio que sentía al saber que estaría sola en mi búsqueda. No tenía la certeza de que fuéramos a tener otra interrupción si él deseaba besarme—. ¿Alguna pista de lo que está preparando?

Esbozó una sonrisa amplia y sincera.

—Algo espectacular.

• • •

Me abrí camino serpenteando por corredores laberínticos de metal retorcido y pernos, y me di cuenta de lo vacías que estaban ciertas partes del barco en comparación con otras. Sin embargo, el silencio nunca era total. Siempre podía escucharse y percibirse alguna vibración o movimiento ligero, ya fueran mis dedos recorriendo las paredes o el golpeteo de las suelas de mis zapatos de seda. El barco estaba vivo con un movimiento constante, sus motores engullendo energía para exhalar vapor o sus velas auxiliares extendiendo los brazos para domar el viento. Era como un dragón de metal volando bajo sobre el océano. Aparté esos pensamientos y me concentré en mis alrededores.

La tripulación utilizaba estos corredores estrechos, ocultos y oscuros que se alojaban en el corazón del *Etruria*. Unas puertas se encontraban distribuidas de manera regular y supuse que conducirían a camarotes de servicio o almacenamiento. El roce de mi falda emitió un sonido tan fuerte como el latido de mi sangre en las venas cuando me adentré en otro corredor sumido en penumbras. Esperaba no toparme con nadie; aunque el capitán había informado a la tripulación sobre nuestra investigación, yo no quería que nadie me viera.

Unos sonidos huecos de entrecuchar de platos y voces ahogadas rebotaron por el corredor. Me di prisa en seguir mi camino y no me detuve a escuchar. De acuerdo con las indicaciones que me había dado Mephistopheles, estaba llegando a la cámara donde se guardaban las espadas. Unos pasos retumbaron de pronto a la vuelta de una esquina, lentos y constantes. Era poco probable que la persona que estuviera dirigiéndose hacia mí fuera uno de los miembros de la tripulación, que siempre andaban con prisa. Lo que significaba que probablemente era un artista del carnaval.

Eché un vistazo a mi alrededor con el corazón latiendo desbocado mientras divisaba algunos lugares para esconderme y luego corrí hacia la puerta más cercana. Moví el picaporte, pero estaba cerrada. Corrí hacia la próxima, prestando atención a los pasos que se acercaban. Otra puerta cerrada.

—Por todos los cielos —maldije. Qué maldita suerte tenía. Probé el picaporte de una tercera puerta y casi caí de rodillas del agradecimiento cuando se abrió. Una sombra apareció por la esquina y, justo antes de que apareciera su dueño, me deslicé en el recinto oscurecido y cerré la puerta con un *clic* suave.

«Recinto» era un término generoso. Había tenido la suerte, o la completa desgracia de terminar en un armario de escobas atestado y diminuto. Se me clavaron los palos en la espalda, me golpearon las extremidades y lucharon por recuperar su espacio. Me quedé muy quieta y recé para que nada cayera al suelo con un estrépito. El hedor punzante de los limpiadores me hizo escocer la nariz, y las motas de polvo se unieron al caos. Un cubo repleto de líquido derramó su contenido por los laterales y me humedeció los zapatos.

Sentí que estaba a punto de estornudar y le recé a cada santo que conocía para contener el impulso antes de que delatara mi ubicación. Tía Amelia enarcaría una ceja y aseguraría que era la maldición de una pecadora y que asistir a misa con mayor frecuencia lograría prevenir situaciones como esta.

Apreté los labios como si pudiera contener el estornudo con la sola fuerza de mi voluntad y las lágrimas hicieron que me ardieran los ojos. Quienquiera que hubiera estado caminando por el pasillo había aminorado la marcha. Apoyé la oreja contra la puerta y escuché. Alguien estaba probando los picaportes de las puertas.

Luché contra el impulso de golpearme la cabeza contra el metal. El estornudo pareció liberarme de su estallido inminente, lo que permitió que mis hombros se relajaran. El alivio duró poco. Antes de que pudiera contenerlo, estornudé, el sonido fuerte e inconfundible.

—*Gesundheit*.

Comencé a decir gracias y luego me paralicé. La persona de la que me había estado escondiendo abrió la puerta de golpe, entró al armario y lo cerró con rapidez. Durante un instante me quedé aturdida; el armario apenas tenía el tamaño suficiente para que entrara yo, y ahora con...

—¿Cresswell? En el nombre de la reina, ¿qué estás haciendo?

Aunque no podía ver su rostro, juré que pude sentirlo sonreír.

—Siguiéndote por corredores oscuros y abandonados, por supuesto. ¿Qué más podría hacer? Tu tío está analizando el brazo amputado. Otra vez. Después de llamar a la puerta del doctor Arden sin obtener respuesta, me detuve en tu camarote, pero Liza me informó de que habías ido a pasear por las cubiertas de tercera clase. —Sentí que se encogía de hombros—. Intenté llamarte la atención, pero tú prácticamente corriste por las escaleras.

Puse los ojos en blanco.

—Seguirme hasta este armario no parece una de tus mejores ideas.

—Ah, ¿no? —preguntó. Antes de que pudiera responder, posó con suavidad sus labios sobre los míos. Una brasa de deseo se encendió. De pronto, estar a solas con él en un lugar oscuro y olvidado me pareció mucho más atrayente. Aparté de mi mente el beso fallido con el maestro de ceremonias. Nada podría compararse con esto, nunca. Mephistopheles era simplemente una ilusión. Thomas era lo real—. ¿Lo ves? Ha sido un plan brillante.

Suspiré. Él tenía razón, pero querer besarlo y necesitar utilizar nuestro tiempo sabiamente eran dos cosas que debían permanecer separadas por ahora. También teníamos que hablar sobre el intento de Mephistopheles de besarme. En algún momento. Quizás Thomas no estuviera tan dispuesto a abrazarme en secreto después de que le contara eso.

Apoyé una mano sobre su pecho y detuve cualquier otro beso.

—Las espadas de Jian se encuentran en la cámara contigua. Si fueron utilizadas en cualquiera de los ataques, espero encontrar alguna prueba. El brazo amputado estaba en muy mal estado, aún debe haber algún rastro en el arma que se utilizó. Si queremos investigar, debemos darnos prisa. Los artistas estarán preparándose para ensayar para el acto final.

—Has estado muy ocupada esta mañana. —Thomas abrió la puerta y luego se restregó las manos—. ¿Cómo sabes tú cuándo ensayan? ¿Has conseguido encantar a los artistas tú sola?

Una punzada de remordimiento se retorció en mi interior. Quería hablarle sobre mi excursión con el maestro de ceremonias y sobre nuestro maldito pacto, pero necesitaba tiempo para revelar mi plan completo. Y el tiempo era algo de lo que tristemente carecíamos. En lugar de abrir más caminos de debate, sonreí con modestia.

—Quizás.

—Espadas, secretos y besos robados. —Sus ojos destellaron con deleite—. Tú hablas el lenguaje de mi corazón enrevesado, Wadsworth. Soy un hombre muy afortunado.

Esperaba que aún creyera eso una vez que yo confesara la verdad de mis actividades matutinas.

—Vamos, Cresswell. Tenemos una cámara que investigar.

TELARAÑA DE ILUSIONES

*CÁMARA DE ALMACENAMIENTO DEL CARNAVAL**RMS ETRURIA**6 DE ENERO DE 1889*

Thomas y yo entramos en la cámara de almacenamiento con gran cautela, no pronunciamos ni una sola palabra o respiramos demasiado profundo hasta que estuvimos seguros de que nos encontrábamos solos. El recinto era enorme —cavernoso, en realidad— y estaba pintado del gris acero de un barco de batalla. Unas bombillas Edison colgaban en intervalos en el techo y sisearon con la electricidad cuando Thomas las encendió.

No se podía negar que el lugar era inquietante. No había animales paseándose en sus jaulas, pero hubiera jurado que podía sentir ojos posados en mi espalda mientras recorría lentamente los pasillos bordeados por baúles apilados, todos de varios tamaños y formas y colores. No vi ningún letrero que indicara qué baúl pertenecía a cada artista o actuación, y agradecí la descripción que Mephistopheles me había brindado. Si no hubiera sido por eso, podríamos haber pasado lo que quedaba de nuestro viaje abriendo cada uno de ellos.

—Buscamos un baúl color lapislázuli que tiene aplicaciones de mosaico —susurré por encima de mi hombro—. Probablemente haya más de uno. —Thomas se quedó en silencio durante un instante. Me giré y esperé verlo distraído con algo más, y me sorprendí cuando vi que ya no me estaba prestando atención—. ¿Qué sucede?

Se deshizo de cualquier pensamiento en el cual estuviera absorto.

—Mira a tu alrededor, Wadsworth. Hay baúles sobre baúles sobre más baúles.

Me preocupé de que la falta de sueño le estuviera afectando el juicio.

—Sí, no es algo completamente inesperado en una cámara de almacenamiento.

—Quiero decir que hay muchos lugares donde ocultar pruebas... y cadáveres. —Pasó una mano por el baúl más cercano. Uno lacado de un negro tan brillante que casi podía ver nuestros reflejos en su superficie—. Y esta es solo una de las cámaras. Piensa en cuántas más hay en este barco. Si el asesino ha comenzado a desmembrar cuerpos, entonces él o ella no necesita arrojarlos por la borda. Puede mantenerlos a salvo y luego tirarlos camino a su próximo destino. —Dio un golpecito en el lateral del baúl—. Tampoco sería necesario guardar los cuerpos en baúles del tamaño de féretros. Si están desmembrados, cabrían en cualquier lugar. Hasta donde sabemos, en este momento podríamos estar sobre un verdadero cementerio. El capitán asegura que las cubiertas superiores han sido inspeccionadas exhaustivamente, y aun así todavía tenemos que encontrar el resto del cuerpo que corresponde al brazo.

Unos escalofríos clavaron sus garras en mi espalda y a lo largo de mis brazos. Una de las bombillas parpadeó y atrajo una polilla polizone que se estrelló repetidamente contra la luz. Los cadáveres no me preocupaban; los hombres que los causaban sí lo hacían.

—Démonos prisa. No tenemos mucho tiempo.

Nos dirigimos con prisa por un pasillo, luego por otro y observamos con detenimiento cada baúl. Al final de un pasillo amplio divisé un cajón de grandes dimensiones, en posición vertical, que estaba cubierto con una tela oscura. Era mucho más grande que un ataúd, quizás el doble de tamaño; pero era algo que deberíamos investigar en otro momento.

—Tenemos que separarnos —propuse—. Abarcaremos más espacio de esa manera, y también lo haremos más rápido.

Thomas asintió y se desvió al pasillo adyacente al mío. Odiaba estar tan adentrada en la cámara, hacía que fuera casi imposible escuchar si alguien entraba. Cualquiera podía estar acechando en alguno de los corredores, esperando para tender una trampa. Estaba a punto de disponerme a recorrer el próximo pasillo cuando Thomas gritó.

—Creo que lo he encontrado —anunció—. Ven a echar un vistazo.

Corrí hasta donde él estaba inclinado sobre un gran baúl. Era incluso más bello de lo que había imaginado. El azul era deslumbrante contra los mosaicos que reflejaban como si fueran trozos de espejos rotos. Me incliné y observé los candados que había en los extremos. Levanté la mano para agarrar mi alfiler de sombrero, y luego me detuve cuando Thomas logró abrirlos. Me encontré mirándolo con fijeza y sonrió.

—Mephistopheles y Houdini no son los únicos que pueden hacer trucos. Deberías ver lo que puedo hacer con mi...

—Señorita Wadsworth —dijo Mephistopheles desde el final del pasillo, y yo me sobresalté y me alejé de Thomas—. Veo que me ha echado tanto de menos que ha traído un reemplazo. —Se volvió hacia Thomas, con el ceño fruncido. Su mirada bajó hasta el baúl abierto que se encontraba a nuestros pies—. Esta cámara está prohibida para los extraños. Solo me estaba asegurando que ella hubiera encontrado el camino hasta aquí.

—¿Es así como averiguaste a qué hora ensayan los artistas? —preguntó Thomas con un tono neutro—. ¿Estuviste con él esta mañana?

Mi voz pareció desvanecerse de pronto. Me humedecí los labios y el pulso se me aceleró.

—Sí...

—Siempre deberíamos honrar los deseos de una dama. —Mephistopheles sonrió—. Puede retirarse ahora, señor Cresswell. Yo escoltaré a nuestra dama de vuelta a su camarote.

Thomas se transformó en la viva imagen del autocontrol cuando ignoró al maestro de ceremonias y en cambio buscó mi mirada. Yo no quería que él se retirara, ni tampoco deseaba que se sintiera a un lado otra vez por culpa del maestro de ceremonias. Pero si teníamos que resolver este crimen, necesitaba escuchar a mi cabeza y desear que mi corazón soportara el dolor.

Atrapada entre los dos, hice lo que era necesario para el bien mayor de nuestra investigación.

Aunque me doliera, di un paso hacia Mephistopheles. Había esperado que Thomas hubiera deducido la verdad, pero una mirada de dolor pasó como un destello por su rostro. Hizo un gesto con la cabeza a modo de asentimiento. El corazón me dio un vuelco.

—Muy bien. Terminaremos nuestra conversación más tarde, Wadsworth.

Miró una vez más al maestro de ceremonias y luego salió a zancadas por la puerta, los hombros tensos y las manos formando puños. Me quedé allí parada, inmóvil, y me pregunté si no acababa de cambiar mi futuro sin quererlo. El destino era algo variable.

—Qué pena —se lamentó Mephistopheles—. Usted le romperá el corazón. Aunque sería divertido observar cómo le hace daño con el filo de su indecisión.

Conté hasta cinco y deseé recuperar la compostura.

—Ah, ¿sí? ¿Le gustaría saber lo que pienso de usted?

—Soy todo oídos. —Asintió—. Será divertido.

—Es usted arrogante y traicionero, y creo que tiene una estima desmedida por sí mismo. —Enumeré cada defecto con los dedos—. ¿Debería continuar?

Frunció el ceño y pareció verdaderamente atónito.

—Se olvida de los atributos más importantes: apuesto y bien vestido. ¿Cuándo fue la última vez que vio una levita tan elegante?

—Es usted ridículo.

—Soy sincero. —Sonrió—. Aunque lo niegue, lo que a usted le molesta es disfrutar *realmente* de mi compañía. La hago pensar, expandir sus teorías e ideas científicas. Consigo atravesar la coraza de su piel, cosa que usted odia.

—Sí —asentí—, consigue atravesar la coraza de mi piel, como un bisturí.

—Lo que significa que soy suave y frío como una hoja afilada. —Mephistopheles levantó un hombro—. ¿Deberíamos hablar sobre mis atributos tan atractivos mientras bebemos té? ¿O deberíamos pasar directamente a los besos? Debo admitir que he estado pensando sin parar en el beso que no pudimos concretar. La próxima vez que vea a Houdini, lo estrangularé. Aunque quizás usted haya encontrado otras formas de pasar su tiempo. Le concedo lo siguiente: Cresswell es apuesto, aunque yo lo supero en ese aspecto. Es mi apariencia oscura y melancólica. Tampoco puede competir con el antifaz.

—¿En serio? —Me restregué las sienes—. Usted es la persona más irritante que he conocido nunca.

—Otro honor distinguido. —Hizo una reverencia profunda—. Estoy seguro de que el señor Cresswell también se enfurecerá con esa declaración. El segundo lugar no es, bueno, el primer lugar, ¿no es así? Aunque es algo a lo que deberá acostumbrarse, en especial cuanto más cerca se encuentre de mí. Quizás necesite unos mimos para atravesar el mal momento. Pobrecito. Tendré que corroborar si Isabella puede cumplir con esa tarea. Ella se ha referido a él en numerosas ocasiones.

Me observó como un halcón observaría a una posible presa. Conté en silencio hasta diez, pero no dije nada. Mephistopheles estaba intentando conseguir la verdad exasperándome. Pero necesitaría hacer mucho más para conseguirlo.

—Me está distraendo.

—Un problema que comparte con casi todas las mujeres y algunos hombres que conozco. —La diversión se apagó en su mirada como si fuera una vela sofocada de manera repentina—. Le advertí que no debían atraparla aquí abajo, ¿no es así? ¿Tiene usted alguna idea del problema que hubiera causado si...? *Demonios*.

Observé por encima de mi hombro para ver qué lo había alterado tanto como para maldecir. Andreas y Jian estaban caminando por el pasillo, las cabezas inclinadas mientras hablaban en voz baja. Era raro verlos vestidos con pantalones y camisas comunes, sin los disfraces destellantes que reservaban solo para el escenario.

Antes de que pudiera notar algún otro detalle, Mephistopheles me envolvió en sus brazos con premura y me acercó a él, y luego me dio un beso casto en los labios. Escuché el roce de la madera contra el metal y me di cuenta de que el maestro de ceremonias estaba lentamente moviendo el baúl de espadas de vuelta a su sitio, utilizando nuestro beso como distracción. Cerré los ojos e intenté no pensar en lo agradables que eran sus labios, lo suaves y delicados, contrastaban con sus palabras descaradas. Después de un instante, Mephistopheles se echó hacia

atrás y su expresión era una combinación de deleite malvado y una pizca de disculpas. Me pregunté si yo parecía tan sorprendida y confundida como los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

Les dedicó a sus artistas una sonrisa débil, sin retirar su brazo de mi cintura. Lo que era algo bueno; no estaba segura de poder mantenerme en pie. Me dio un apretón delicado de advertencia.

—Es algo temprano para vosotros dos. Como podéis ver, no esperaba que alguien bajara aquí durante un rato. O, mejor dicho, no *estábamos* esperando a nadie. Le estaba ofreciendo un gran *tour* a la señorita Wadsworth.

—¿Es eso lo que estaban haciendo? —preguntó Jian, y no se preocupó por ocultar la diversión de su tono—. ¿Haciendo un *tour* por la cámara de almacenamiento? Estoy seguro de que la próxima vez visitaréis los lavabos.

Se me encendieron las mejillas, pero no osé contradecirlo. Jian dejó que su mirada oscura se posara en la mía, y solo podía adivinar lo que vio en ella. ¿A otra joven tonta que había quedado atrapada en la telaraña de ilusiones de Mephistopheles? ¿O estaba contemplándome como otra víctima para agregar a su lista? Mi mirada se deslizó a Andreas, cuyo rostro estaba casi tan enrojecido como había estado el de Liza antes. No podía descifrar si estaba avergonzado por mí o por el espectáculo indecente que el maestro de ceremonias y yo estábamos ofreciendo. Quizás estaba decepcionado porque yo hubiera ignorado su lectura de tarot y no me hubiera mantenido apartada del Mago.

—Es cuestión de gustos. —Mephistopheles me sujetó de la mano e hizo un gran alarde de acompañarme fuera de la cámara—. Os espero en el salón a las once. El espectáculo de esta noche requerirá ayuda extra. Y seguid practicando lo que os enseñé para el acto final. Debemos ayudar a estas personas a olvidar los asesinatos y hacer que simplemente recuerden el Carnaval Luz de Luna.

Sin decir otra palabra, dejamos que los artistas recolectaran sus cosas. Cuando entramos en el corredor, pensé en los dos jóvenes, y en que cualquiera de ellos podía ser el asesino que buscábamos. Andreas parecía ser callado y tímido, pero en un grupo repleto de ilusionistas, eso quizás podría ser su propia ilusión.

—¿Y bien? —dijo Mephistopheles una vez que estuvimos adentrados en el siguiente corredor—. ¿Al menos ha encontrado algo valioso o todo ha sido una gran pérdida de tiempo? No quiero decir que nuestro beso no valiera los inconvenientes. Eso ha sido algo muy agradable. ¿Está de acuerdo?

—Depende de si esto le pertenece o no. —Thomas apareció desde un rincón, sosteniendo un anillo de sello en la palma de su mano. La cabeza de un león rodeada por espinas que tenía unos rubíes color sangre como ojos. Era deslumbrante. Y su aparición sin duda hizo que el maestro de ceremonias se quedara atónito; permaneció absolutamente inmóvil. No creía que su reacción se debiera a la aparición repentina de mi amigo—. Es muy raro que su espadachín guardara esto en su baúl. Incluso más extraño es el hecho de que usted haya enviado a la señorita Wadsworth directamente hacia él, y luego la haya seguido. —Mephistopheles pareció a punto de lanzarse sobre Thomas para recuperar su anillo, pero logró permanecer en el sitio—. Este es el escudo de su familia, ¿verdad? ¿O es otra identidad robada que ha adoptado?

—Es mío —respondió de manera mecánica—. Y no he robado nada, señor Cresswell.

Retiré el brazo del de Mephistopheles. No cuestioné cómo Thomas había descifrado de quién era el anillo; sabía que, si él estaba seguro, yo también lo estaba.

—¿Usted colocó ese anillo de sello en el baúl para que yo lo encontrara? ¿Qué clase de juego

está jugando?

—Quizás desempeñe el papel de villano —dijo en voz baja—, pero eso no me convierte en uno. Tal vez lo que ustedes deberían preguntarse es, si no fui yo, entonces, ¿quién? ¿Quién más desearía depositar las sospechas en mí? ¿Quién se beneficiaría de que el carnaval quedara en el ojo de la tormenta? —Sacudió la cabeza, y la luz destelló en su antifaz—. Juzgar a una persona sin antes conocerla los vuelve susceptibles al verdadero mal. Yo no soy el villano de esta historia, sin importar cuánto intenten convertirme en él. Me robaron el anillo al comienzo de la semana. Y no deseaba compartir esa información.

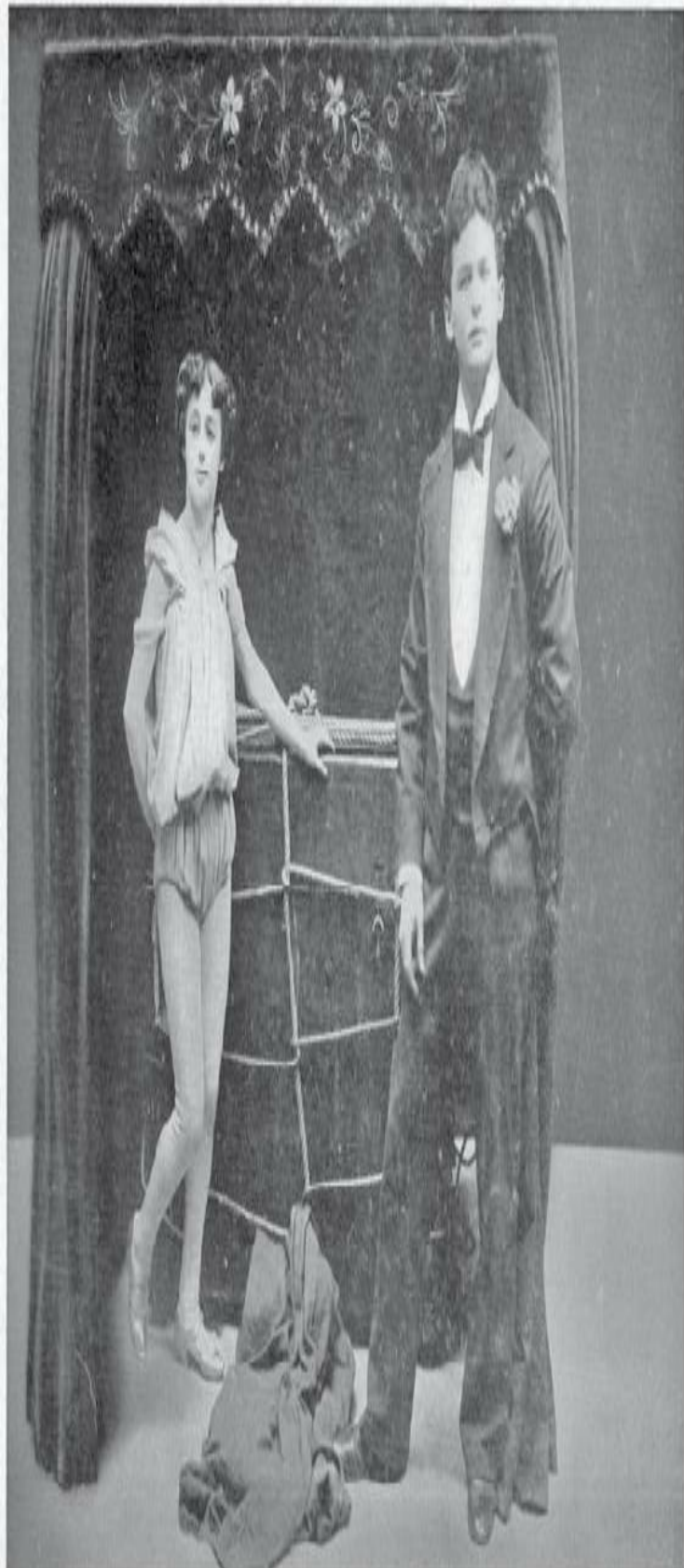
Él tenía razón, sin importar cuánto deseara yo contradecirlo. Nos habíamos apresurado a culparlo, a pensar lo peor de él, solo basándonos en nuestras emociones y no en los hechos. Era la primera regla de ser científicos e investigadores competentes, y la habíamos roto.

—¿Puede pensar en alguien que quiera vengarse? —insistió—. Yo sí. Pero yo no soy el que está perdiendo el tiempo creando una narrativa que explique actos malignos. Les sugeriría que vuelvan sus miradas críticas hacia la clase alta. ¿Dónde se encuentra el doctor Arden? Desaparece durante la mayor parte del viaje, y sin embargo lo único que ustedes hacen es llamar a su puerta algunas veces. ¿Y qué sucede con el padre de la señorita Crenshaw? ¿Un hombre tan poderoso aceptaría con tanta facilidad el destino de su hija? ¿Acaso un lord permanecería tranquilo sabiendo que su preciosa hija eligió a un artista de carnaval de clase baja por encima de su familia y pagó el precio final por ello? ¿O destruiría a aquello que lo había destruido a él?

—¿Así que usted sí tuvo un romance secreto con ella? —pregunté, inquieta por la sensación incómoda que tenía en el pecho.

—Ella era una joven solitaria que deseaba un amigo, y yo también estaba cansado de estar solo —comentó—. Escuché sus miedos. Pero eso es lo único que sucedió entre nosotros.

Observó el anillo, pero no hizo ningún movimiento para recuperarlo. Otra sorpresa. Sin pronunciar otra palabra, Mephistopheles pasó junto a Thomas y nos dejó a los dos allí para reevaluar en silencio nuestra lista de sospechosos. El suyo había sido un discurso pasional. Las palabras habían sido afiladas, y las había escogido con la precisión de un tirador, uno que sabía cómo apuntar y cómo dar en el blanco. Ya fuera un disparo destinado a distraer o desarmar, no podía saberlo.





Harry Houdini con su esposa, Bess

ESCAPE DEL BIDÓN DE LECHE

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

6 DE ENERO DE 1889

Los candelabros del techo se encendieron resplandecientes y luego se atenuaron, nuestra indicación no tan sutil de que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Casi todo el parloteo del salón cesó, aunque el ruido de fondo de las conversaciones nunca se detuvo en su totalidad. El latido de mi corazón se aceleró de manera notoria, aunque no podía descifrar si se debía al miedo de lo que podía suceder. El asesino no había anunciado a su última víctima de una manera grandilocuente y yo sabía en lo más profundo de mí ser que era solo cuestión de tiempo antes de que una carnicería espeluznante se desatara de manera siniestra.

Una mirada a la audiencia, notablemente más exigua, confirmó que yo no era la única pasajera a quien le preocupaba lo que vendría a continuación. Los asientos vacíos resaltaban como dientes faltantes en una mueca forzada. Una noche más de terror y la audiencia desaparecería por completo.

—No puedo creer que tu tío nos haya insistido para que espiemos este espectáculo —susurró Thomas—. Aunque no me quejo. Esta entrada es mucho más agradable que pasar la tarde con la nariz enterrada en una extremidad amputada. O escuchar cómo Norwood grita órdenes a los miembros de la tripulación.

Suspiré. Solo Thomas podía quebrar la pesadez de la noche comparando nuestra cena con una autopsia. No había mencionado ni una palabra sobre mis actividades de la mañana, y yo decidí dejar de lado el tema por el momento. También agradecí que Tío quizás se perdiera una nueva aparición de Liza en el escenario. Una vez que había descubierto que él no asistiría a la cena, se había dado prisa en hacer planes para ayudar a Harry con su presentación. La preocupación se alojó como un peso en mi espalda. Esperaba que ella no estuviera planeando presentar su propio acto teatral esta noche. Thomas se aclaró la garganta, y dejé de lado esos pensamientos.

—Sí, bueno, es una decisión muy difícil tener que escoger entre ave a las finas hierbas y carne putrefacta —bromeé.

—No te preocupes. —Thomas esbozó una sonrisa pícar—. Habrá mucho tiempo para disfrutar de la carne putrefacta después del postre. Le prometí a tu tío que yo ayudaría inmediatamente después del espectáculo. Eres más que bienvenida a acompañarnos, a menos que tengas planes más perversos que llevar a cabo.

El tono de Thomas fue ligero, pero aun así vi la sombra de la duda asomar en su rostro. Me esforcé por sonreír, aunque de pronto sentí como si me estuviera ahogando. Tenía que ensayar para el acto final y reunirme con el maestro de ceremonias para otra lección. Con suerte conseguiría más información sobre el asesino, y eso haría que todo valiera la pena.

—Por supuesto que iré esta noche.

Tío parecía haberme perdonado por rebelarme contra su única regla, y ahora su atención estaba centrada por completo en el misterio de este barco. Él creía, aunque otros de su misma profesión se burlaban de la idea, que los asesinos volvían a sus escenas del crimen. Dado que alguien estaba atacando a los pasajeros de la primera clase, nos había ordenado continuar nuestras actividades sociales. Tomar nota de cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Seríamos espías, aprendices y detectives, todo a la vez, un desafío que los dos aceptamos con gusto.

La señora Harvey cortó su ave asada deliberadamente ignorando nuestra conversación poco agradable o felizmente perdida en sus propios pensamientos. Bebí un sorbo de mi copa de agua y mi mirada se desvió al escenario mientras las luces se atenuaban y permanecían de esa manera. Un instante después apareció Mephistopheles, que se elevó desde el foso oscuro que había debajo del escenario, rodeado de la clásica nube de humo. En contra de mi voluntad, mi corazón dio un salto de emoción.

Por primera vez me di cuenta de que él parecía un ave fénix elevándose de las cenizas. Si bien había estado trabajando para descifrar el misterio que rodeaba a los asesinatos, no me encontraba más cerca de descubrir cualquier pisa sobre él o sobre quién había sido él en verdad antes de adoptar su personaje escénico. Quizás había quemado por completo su antigua vida y había resurgido como algo intocable.

—Bienvenidos a la sexta noche del espectáculo más grande de todos los mares —saludó Mephistopheles—. Hoy serán testigos del escape más magnífico de nuestro tiempo. O quizás... quizás vean cómo termina la vida de un joven delante de sus ojos. No puedo ofrecerles garantías de que el próximo artista sobreviva. La victoria lo convertirá en una leyenda, pero el fracaso le deparará una muerte por ahogamiento.

El silencio que sobrevino a sus palabras de apertura fue palpable. Nadie quería presenciar cómo se ahogaba un hombre, en especial después de las últimas noches. Yo sabía la importancia de seguir adelante después de la muerte, pero eso parecía un tanto cruel dadas las circunstancias.

Mephistopheles aplaudió dos veces, y sus asistentes llevaron al escenario algo oculto detrás de un telón de terciopelo. Isabella y mi prima tuvieron que realizar un gran esfuerzo para empujar el enorme objeto hacia el centro del escenario. Una sensación de inquietud se abrió camino por todo mi cuerpo.

—Lo que ustedes ven aquí es un recipiente de hierro galvanizado repleto de agua hasta el borde. —Mephistopheles les hizo un gesto a Isabella y a Liza. Ellas apartaron el telón y revelaron un gran bidón de leche—. Houdini no solo se sumergirá en este bidón, sino que también lo aseguraremos con candados enormes para cerciorarnos de que ni siquiera él pueda escapar.

Se escucharon unos murmullos, y el salón entero pareció contener la respiración. Sumergirse en un bidón repleto de agua ya era una tarea peligrosa en sí misma, pero asegurarlo con candados era un nivel nuevo de locura. Mephistopheles dejó que la preocupación se asentara entre la audiencia, y disfrutó de su tormento burbujeante. Podría haber jurado que sus ojos brillaron un poco más al ver la consternación que reinaba.

—Tranquilos, tranquilos —dijo con un tono apaciguador—. Le permitiré a Houdini el honor de anunciar el resto. —Mephistopheles extendió los brazos a ambos lados y le dio la bienvenida al escenario a su artista estrella—. ¡Saluden al increíble, al imposible, al absolutamente aterrador escapista del siglo XIX! Damas y caballeros, ¡les presento al Gran Houdini!

Cada vez que Mephistopheles subía al escenario, la audiencia se mantenía mayormente en silencio, pero cuando Houdini entró en el comedor, la quietud que descendió fue algo viviente. La

oscuridad, la densidad y el ritmo pulsante de nuestra propia sangre bombeando en el vacío del ruido exterior. Había escuchado que algunas personas afirmaban poder percibir la caída de un alfiler, pero la presencia de Houdini era mucho más que eso. Hubiera jurado que podía escuchar cada contracción de mi corazón, cada molécula de oxígeno que yo a duras penas estaba respirando, todo ello tan intenso dentro de mi cabeza que sin duda podría atravesar el mar y escucharse en Londres.

Una vez más, Mephistopheles tenía razón: Harry Houdini estaba destinado a ser una leyenda, aunque solo fuera por la magnitud de su presencia. Era un hombre de estatura modesta y una fortaleza extraordinaria. Al menos por esta noche, después de que todos hubiéramos presenciado cómo la muerte se convertía en un espectáculo.

—Un tanto dramático para mi gusto —susurró Thomas, acercándose a mí—. ¿Cuántos adjetivos puede utilizar alguien en una oración? Quizás Mephisto necesite un diccionario de sinónimos. Tal vez le regale uno.

—*Shhh* —lo reprendió la señora Harvey, hipnotizada por el joven de pelo oscuro que estaba envuelto en una bata afelpada. Sin preámbulos, Houdini dejó caer la bata. El rubor me invadió las mejillas; mujeres y hombres soltaron exclamaciones. Nunca antes había visto a un hombre en ropa interior, y Houdini prácticamente estaba desnudo—. Cielos —dijo la señora Harvey, y luego bebió un gran trago de agua helada—. Ha pasado mucho tiempo desde que vi a un hombre en ropa interior. Pobre señor Harvey, Dios bendiga su alma. Él...

—Por favor, se lo suplico, no continúe —interrumpió Thomas y le dedicó una mirada de puro terror—. Es mejor dejar algunas cosas libres a la imaginación. E incluso en ese caso quizás no deseemos tomar ese camino creativo.

—*Ufff*. —La señora Harvey sujetó su abanico y lo agitó de manera constante. Estoy segura de que el gesto no estaba relacionado con que ella estuviera molesta y sí con el hecho de estar una vez más embelesada por el joven que se paseaba en ropa interior. Él parecía acaparar toda la atención.

Liza, la temeraria y fiel asistente, mantuvo la sonrisa en su cara, aunque yo podía ver la tensión que emanaba. Todavía no había hablado con ella para preguntarle cómo se encontraba, cómo lograba interactuar con Houdini después de la revelación de la carta de amor, y lo haría inmediatamente tras el espectáculo. Si ella conseguía terminar este acto sin dejar en evidencia su enfado, quizás podría llegar a Nueva York sin arrojarlo al océano.

—¡El reloj, *por favor!* —La voz de Houdini resonó al dar la orden. Las asistentes hicieron rodar al escenario un reloj gigantesco que colocaron a algunos metros del bidón de leche. La mirada de Houdini se deslizó hacia Liza, y luego la apartó con rapidez y continuó—. Ahora —se dirigió a la audiencia—, necesito un voluntario. ¿Quién desea subir al escenario para revisar mi prisión en busca de alguna trampa?

El brazo de Thomas se disparó en el aire. Intenté darle una patada bajo la mesa, pero fallé, a juzgar por cómo agitó el brazo. El escapista ignoró a mi amigo y escogió a un hombre robusto de unos cuarenta y cinco años. El hombre aporreó con un bastón el costado del bidón, y el ruido metálico indicó que era verídico. Se tomó el trabajo de caminar a su alrededor y golpetear cada uno de sus lados. Incluso levantó la tapa y la inspeccionó quien sabe para qué. Satisfecho, hizo un gesto con la cabeza y luego volvió a su mesa.

—Como han visto, aquí no hay trucos —declaró Houdini, con la voz alta y clara—. Quiero que todos ustedes contengan la respiración y observen cómo pasa el tiempo. —Hizo un gesto hacia el cronómetro—. Y la cuenta comienza... ¡ahora!

Mephistopheles presionó un botón que se encontraba a un lado del reloj y activó el segundero. Él nunca había permanecido en el escenario para ayudar, y me pregunté si solo estaría aquí esta noche para asegurarse de que nada saliera mal.

Tic. Tic. Tic.

Todos respiraron hondo y luego contuvieron la respiración durante tanto tiempo como pudieron. La mayoría exhaló a los treinta segundos.

Tic. Tic. Tic. Algunos después de cuarenta. Casi todos estaban respirando antes de que hubiera pasado el minuto.

Tic. Tic. Tic. Las mejillas de Thomas permanecieron infladas, y no parecía encontrarse perturbado por la falta de oxígeno ni por la imagen del joven que estaba medio desnudo en el escenario. Houdini sonrió cuando mi amigo por fin dejó escapar el aire.

—Ahora les pido a todos que contengan la respiración una vez más, pero primero... —Dio unas zancadas por el escenario, completamente despreocupado por la trampa mortal que acechaba detrás de él. Sin más palabras, se metió en el bidón de leche. El agua se derramó por los bordes, lo que obligó a sus asistentes a retroceder para no permanecer en el charco cada vez más grande —. No sería correcto llamarme Rey de las Esposas si no me las colocaran, ¿no es así? Liza, por favor, tráelas.

El empleo adecuado de los modales hizo que el fantasma de una sonrisa se dibujara en el rostro inexpresivo de Mephistopheles. Houdini aprendía rápido, algo que era muy deseable en este negocio.

Liza, que todavía estaba sonriendo, dio un paso adelante con las esposas en la mano. Al ver esto, la audiencia se enfureció.

Alguien gritó:

—¡Esto es una locura! Nadie quiere ver cómo se ahoga un hombre. ¡Queremos el espectáculo de fuego! ¡Traigan al adivino!

Mephistopheles, todavía apostado cerca del cronómetro gigante, inclinó la cabeza a un lado.

—Si le temen a la muerte, deberían retirarse en este momento. Ni Houdini ni yo podemos garantizar que él sobreviva. Hay sales aromáticas disponibles para el que lo necesite.

—¡Ha muerto gente! Esto es inaceptable. —El hombre sacudió la cabeza y abandonó el salón a toda prisa. Nadie más protestó ante la idea de presenciar cómo un hombre podría ahogarse delante de sus ojos. Lo cual era inquietante. Cualquiera de estos pasajeros, que estaban ansiosos por presenciar la muerte, podía estar involucrado en los asesinatos. O transformarse en la próxima víctima.

Desvié la mirada hacia mi prima, que aún sonreía detrás de su antifaz. Sin importar lo enfadada que estuviera con Houdini, si existía una mínima posibilidad de que este acto saliera mal, ella no sería capaz de mantener su actitud relajada. O al menos, eso esperaba.

La inquietud se deslizó entre mis pensamientos. Si algo fuera a salir mal, sería fácil adjudicárselo a un fallo en el equipamiento. Sin embargo, ¿no sería esa una muerte poco espectacular para un asesino que disfrutaba de la teatralidad? ¿O sería un incentivo suficiente sentir la emoción de eliminar a una estrella en ascenso?

Houdini levantó los brazos a la espera de las esposas. Liza las aseguró en sus muñecas con un gesto un tanto grandilocuente, y el sonido hizo eco en la quietud del salón. Él la miró de reojo, pero levantó las manos esposadas con orgullo.

—Estas son las esposas que utiliza la policía. —Intentó forzarlas para demostrar que eran reales—. Una vez que me sumerja en el agua y mis asistentes cierren la tapa, les pediré a todos

que contengan la respiración al ritmo del reloj.

Mephistopheles y Houdini intercambiaron una mirada sostenida, y el maestro de ceremonias finalmente asintió. A pesar de que mi lógica me indicaba que todo saldría bien, sentí un cosquilleo en la palma de las manos cuando Houdini introdujo todo el cuerpo en el recipiente. Ya fuera para nuestro beneficio o para el de él, tomó una respiración profunda antes de sumergirse. Liza e Isabella se colocaron junto al bidón en un instante y aseguraron la tapa. Al mismo tiempo en el que la tapa se cerraba, Mephistopheles puso el reloj en marcha. Al parecer, habían practicado mucho. Este era un experimento científico en el que no podían equivocarse. No solo por el bien de Houdini, sino por el futuro del Carnaval.

Tic. Tic. Tic.

Una vez más, contuve la respiración junto con la audiencia y la sostuve hasta que estuve segura de que me explotarían los ojos en el cráneo si no la soltaba.

Tic. Tic. Tic.

La manecilla del segundero hacía eco como si fuera un gong mientras Houdini permanecía bajo el agua.

Tic. Tic. Tic. Más personas soltaron la respiración de pronto en el salón comedor. Ahora habían pasado cuarenta y ocho segundos y el escapista aún se mantenía sumergido. Liza e Isabella se movieron en sus lugares, sus bonitas sonrisas congeladas en las caras.

Tic. Tic. Tic. Mephistopheles gritó:

—Un minuto.

Thomas tamborileó los dedos al ritmo del reloj, y el sonido hizo que mis nervios se agitaran aún más. Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Cuando el reloj marcó el minuto y medio, Liza e Isabella casualmente levantaron la tapa. Houdini emergió de pronto, las manos todavía esposadas, y tomó una respiración entrecortada. El agua salpicó el escenario con un sonido que no se asemejaba en absoluto al arrullo de las olas del océano.

Houdini tomó algunas respiraciones más, los ojos brillantes.

—En esta oportunidad, en lugar de solo hacer una demostración, mis asistentes también colocarán candados en la tapa, lo que hará que el escape se vuelva casi imposible. O me liberaré, o...

Mephistopheles se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—O entregaremos tu cuerpo al océano.

Algunos pasajeros se pusieron de pie y lentamente abandonaron el salón. La luz del pasillo nos bañaba cada vez que la puerta se abría y se cerraba, y la iluminación incrementó la preocupación que me retorcía el estómago. Houdini se sumergió, y Liza e Isabella aseguraron la tapa y esta vez la trabaron con candados en dos lugares. Mientras lo hacían, el maestro de ceremonias puso en marcha el reloj; tardaron casi treinta segundos en asegurar la tapa. Sin duda Houdini estaría exhausto después de ya haber realizado la demostración. Era una locura intentarlo de nuevo tan pronto; era como atraer a la muerte.

Mi corazón galopaba de manera frenética, buscando una salida. Tenía que haber una explicación para el truco, pero no podía descifrarlo. Esta vez, Liza e Isabella cubrieron el bidón con un telón móvil. Era de un terciopelo de color azul medianoche y tenía miles de estrellas plateadas bordadas en él.

Tic. Tic. Tic.

Tap. Tap. Tap.

No podía decidir qué era peor: el golpeteo de los dedos de Thomas o el *tic* incesante del reloj.

La señora Harvey retorció su servilleta en el regazo, con los ojos fijos en el telón estrellado.

Tic. Tic. Tic.

Tap. Tap. Tap.

Me revolví en el asiento; había cosas mucho más urgentes por las que preocuparse. El brazo amputado. Las mujeres asesinadas. La identidad del asesino, que quizás estuviera en este salón... Sin embargo, mi pulso rugió ante la posibilidad de lo que estaría sucediendo detrás del telón.

Tic. Tic. Tic.

—Un minuto, treinta segundos —anunció Mephistopheles. No tenía ni idea de si había imaginado la tensión en su voz. Los pasajeros refunfuñaron por lo bajo mientras el reloj seguía corriendo. Lo que había comenzado como una buena diversión se estaba convirtiendo en miedo. Algunas personas se levantaron de sus asientos, con las manos cerradas en puños.

Tic. Tic. Tic.

—Dos minutos. —Los pies de Mephistopheles siguieron un ritmo más frenético que el del reloj. Los brazos de Liza e Isabella comenzaron a temblar, y el telón se agitó con ellas—. Dos minutos, treinta segundos.

—¡Ayúdenlo! —gritó un hombre.

Otro hombre exclamó:

—¡Libérenlo!

—¡Algo debe ir mal! —gritó otro pasajero. La audiencia se agitó aún más. Se escucharon más bramidos de ayuda. Aun así, el maestro de ceremonias mantuvo la mirada fija en el segundero del reloj.

—¡Tres minutos! —exclamó casi gritando. El sudor le empapaba la frente. O era el actor con más talento que el mundo hubiera conocido, o algo estaba saliendo terriblemente mal.

Miré a mi prima, y vi cómo sus ojos no dejaban de echar vistazos al reloj. Para este momento casi todos en la audiencia estaban de pie, gritando, exigiendo que alguien hiciera algo. Yo misma me encontraba a punto de saltar sobre el escenario y abrir el maldito bidón cuando Mephistopheles gritó:

—¡Mírenlo ahora!

El telón cayó al instante y reveló a un Houdini empapado y libre de esposas. Hizo una reverencia profunda mientras la audiencia estallaba en aplausos y silbidos.

—No me lo creo —murmuré—. ¿Cómo ha conseguido colocar los candados de vuelta en el bidón?

Thomas abrió la boca, pero la señora Harvey lo silenció con una mirada.

—Ni una palabra, querido. O juro que terminaré mi historia sobre el pobre señor Harvey y su...

Nunca había visto que Thomas cerrara la boca tan rápido. Quería sonreír, pero me resultó casi imposible cuando mi mirada encontró la de Houdini. Había algo en el brillo de sus ojos que hizo que se me erizara la piel de los brazos. Había tenido la certeza de que él sería la próxima víctima, y tenía la sensación inquietante de que él lo sabía.

29

UN DESCUBRIMIENTO ATERRADOR

CUBIERTA DE TERCERA CLASE

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

El viento me azotó en la cara e hizo que los ojos me escocieran y se me llenaran de lágrimas mientras me apresuraba a recorrer la cubierta desierta de tercera clase. A esta hora, el sol era una mera línea en el horizonte, y teñía el agua de un negro carmesí a medida que bañaba las olas. Aparté de la mente imágenes de baños de sangre y me moví con tanta rapidez como pude hacia el laboratorio improvisado. Una criada, cuyo rostro había estado visiblemente pálido, le había entregado una nota a Tío que decía: «Se lo necesita en el laboratorio. De inmediato».

Yo me había colocado un vestido simple de muselina y había enfundado mis pies en los primeros zapatos que había encontrado, un delicado modelo de seda que cumpliría su propósito, aunque Thomas sin duda enarcaría las cejas al verlos como lo había hecho en el pasado. Sus bromas no importaban; la rapidez sí.

Había un aura de urgencia en el aire, y no pude hacer otra cosa que inhalarla a grandes bocanadas y poner a mi cuerpo en marcha. No era necesario contar con la habilidad para las deducciones de Thomas para saber que habían encontrado otro cadáver. Tío no me hubiera enviado a llamar tan temprano si esto tratara del brazo amputado. Ya se le había practicado una disección completa y no había mucho más que pudiéramos hacer con él.

Esto era algo peor. Mucho peor.

Otra ráfaga de aire gélido viajó por el corredor y me obligó a enterrar la nariz en mi cuello de piel. La tormenta que había estado amenazando en el cielo estaba a punto de desatarse. Aceleré el paso por la cubierta, los tablonces de madera estaban tan fríos como el aire invernal que escarchaba la barandilla. Una sensación punzante se alojó en mi espalda, y me hizo detener y mirar hacia atrás a la cubierta desierta. Al menos yo creía que estaba vacía. A esta hora de la mañana, antes de que el sol se elevara y cuando el cielo estaba teñido de un tono entre sangre y sombra, era difícil dilucidar quién podría estar acechando contra las paredes.

Eché un vistazo a mi alrededor un instante más y luego me giré y continué caminando. Cuando llegué a la entrada de las escaleras, me detuve de nuevo para ver si escuchaba algún sonido de pasos detrás de mí. Las olas chocaban de manera constante contra el lateral del barco. A medida que soplaba, el viento emitía un aullido bajo a través de la cubierta similar a un túnel. El vapor siseaba en lo alto de las chimeneas, o tuberías gigantescas, como las llamaba Thomas. Pero no escuché pasos. Me encontraba a solas con las fantasías de mi imaginación.

Sin pensarlo, rocé el bisturí que llevaba escondido en el muslo. Sin importar lo cansada o apurada que había estado, por lo que había renunciado a colocarme zapatos adecuados, me había asegurado de salir con un arma para protegerme. Un hecho era indudable: una persona de este

barco estaba secuestrando víctimas como si fueran perlas extraídas de ostras y las estaba enhebrando de formas espeluznantes.

Yo no caería sin luchar.

Satisfecha de ver que estaba sola, me abalancé hacia la luz tenue de las escaleras angostas, con unas gotas de sudor bañando mi frente mientras descendía cada vez más hacia el estómago cálido del barco. Escuché sonidos nuevos. La maquinaria ruidosa de la caldera, a la que alimentaban de manera constante para impulsar nuestro viaje a través del mar. Un horrible hedor familiar también extendió los dedos, y me hizo un gesto para que me acercara a su fuente. El olor dulzón a la carne humana putrefacta inundaba el espacio, y el calor de las calderas aumentó su intensidad. Pensé en las máscaras de la plaga de Mephistopheles, y deseé tener algunas hierbas aromáticas que oler.

Cualquier cosa sería mejor que una nariz invadida por el hedor de la descomposición.

Finalmente llegué a la base de las escaleras, avancé casi corriendo por el pasillo y trastabillé en la entrada del laboratorio. Tío levantó la mirada, con el rostro sombrío. Tal como había sospechado, un cuerpo cubierto con una tela yacía sobre la mesa de examen delante de él.

—Tío —dije a modo de saludo. Respiré hondo para recuperar la compostura y entré en la sala. Thomas aún no había llegado, aunque imaginé que pronto estaría con nosotros. Después de un momento, el hedor intenso de la muerte quedó en un segundo plano y dejó de ocupar espacio en mis pensamientos.

—Prepárate para la autopsia. Quiero examinar su corazón, estómago e intestinos. O al menos lo que queda de ellos. —Tío me entregó un delantal—. Comenzaremos en breve.

—Sí, señor.

Me dirigí a zancadas hacia el maletín de Tío y extraje uno por uno los instrumentos necesarios para esta examinación y los coloqué en hilera sobre una bandeja. La sierra para huesos, los fórceps dentados, el costótomo, los bisturíes, el enterótomo, el cincel de cráneo —solo por si acaso— y una aguja Hagedorn para coser el cuerpo.

—El martillo con el gancho se encuentra en el bolsillo lateral —indicó Tío, y se ató su propio delantal y se arremangó las mangas de la camisa. Yo asentí y lo extraje mientras él se restregaba las manos y brazos con fenol. Ambos éramos criaturas de hábitos, él y yo, y encontrábamos una sensación de tranquilidad en los rituales de autopsia.

Unos pasos rápidos me hicieron levantar la mirada cuando Thomas prácticamente saltó hacia el interior de la sala. No se había molestado en ponerse una chaqueta, y su camisa blanca se encontraba arrugada y mayormente desabotonada, como si se hubiera quedado dormido vestido. Incluso cuando habíamos investigado los túneles debajo del Castillo de Bran no lo había visto tan desaliñado. Según su apariencia, no parecía que hubiera permanecido mucho tiempo en la cama antes de despertarse. No estaba segura de querer saber qué lo había mantenido en vela.

Un músculo en su mandíbula se tensó cuando sus ojos se elevaron del cuerpo cubierto y encontraron los míos al otro lado de la sala. Sabíamos que era cuestión de tiempo antes de que apareciera otro cadáver, pero eso no volvía la situación más ligera. Le dediqué un gesto de aliento con la esperanza de que él leyera la tristeza de mi expresión. Nuestro campo de estudios dejaba en evidencia la oscuridad de la vida; era difícil no caer en su abismo. El día en el que la muerte se volviera algo fácil de aceptar tendría que hacer a un lado mis bisturíes. A juzgar por la expresión de su cara, Thomas sentía lo mismo.

—Me disculpo por el retraso, Profesor. —Sujetó un cuaderno y una pluma, y se colocó cerca de la mesa de examen—. Señorita Wadsworth. —Bajó el mentón a modo de saludo formal—. ¿Qué me he perdido?

—Vamos a comenzar ahora —anunció Tío, y se movió para inclinarse sobre el cadáver—. Encontraron el cuerpo en la bodega de carga hace aproximadamente unos treinta y cinco minutos. Lo habían metido en una caja de madera. —Se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz—. El hedor le llamó la atención a un miembro de la tripulación, que alertó al primer oficial. Este parece un tanto distinto a los demás. Preparaos.

Tragué un poco de bilis, que me hizo arder la garganta.

Tío había tomado notas meticulosas durante más años de los que yo había estado viva, había colaborado con las teorías y descubrimientos científicos de otros doctores, tal como los del doctor Rudolf Virchow, quien había desarrollado los protocolos estandarizados para las autopsias. Ambos hombres habían descubierto que el olor putrefacto se sentía en el aire después de dos o tres días después de la muerte. Los hedores intensos, tal como el del cadáver que se encontraba en esta sala, estarían presentes al quinto día. Lo que significaba que, después de todo, la señorita Crenshaw quizás no hubiera sido la primera en morir.

—Comencemos. —Tío retiró la sábana y reveló a un cuerpo femenino decolorado y desnudo excepto donde él la había cubierto con trozos de tela. Era uno de los últimos actos decentes que habían tenido con ella; su asesino sin duda no había sido delicado ni cuidadoso con su persona.

Mi mirada la recorrió con rapidez, evaluándola, y luego se congeló. Tenía unos cortes en la garganta y le habían abierto el torso. O, más precisamente, le habían *rasgado* el torso hasta abrirlo. Tío tenía razón, este asesinato era diferente de los demás. A las víctimas anteriores, si bien sus muertes también habían sido espeluznantes, las habían asesinado con rapidez. Sus cuerpos habían recibido la mayor parte del daño *post mortem*. A esta mujer la habían acuchillado y cortado mientras todavía estaba respirando. Casi parecía como si la hubiera atacado una persona completamente diferente. Lo cual no era posible.

La cálida sala de pronto pareció volverse demasiado calurosa. Respiré hondo algunas veces con la esperanza de aquietar el latido errático de mi corazón. Jack el Destripador estaba muerto. No era posible que este crimen hubiera sido cometido por él, y sin embargo la similitud de las heridas era muy llamativa. Una parte de mí deseaba arrojar los instrumentos médicos sobre la mesa y escapar corriendo. Escapar de este cadáver y de estos asesinatos violentos que no parecían tener fin.

Pero en este barco, en el medio del gran océano Atlántico, no había lugar adonde escapar.

La muerte no era lo que me alteraba; sin embargo, los recuerdos del caso del Destripador eran un asunto completamente diferente. Thomas se acercó a mí.

—Es una ecuación, Wadsworth. Encuentra las pistas y haz que encajen.

Hice un gesto con la cabeza a modo de respuesta, y mis emociones se aquietaron. Apoyé la bandeja sobre la mesa y le pasé a mi tío la cinta de medición. En apariencia me mostré tan fuerte como el barco, mientras que en el interior mis emociones se encontraban tan agitadas como las aguas sobre las que navegábamos. No creía que el caso del Destripador alguna vez me dejara en paz.

Tío midió el cuerpo de pies a cabeza con eficiencia, y luego le dictó a Thomas.

—La fallecida mide aproximadamente un metro sesenta y dos y medio. Pelo de color marrón hasta los hombros. Caucásica. El peso estimado se encuentra entre cincuenta y cincuenta y un kilos. —Limpié y le entregué el bisturí a Tío antes de que me lo pidiera, y luego preparé los fórceps dentados—. Presenta una decoloración verdosa en la mitad del abdomen.

Con cautela tocó el ojo cerrado de la víctima para evaluar si cedía, y yo intenté no hacer una mueca cuando le abrió los párpados. Por alguna razón, la examinación de los ojos me resultaba la

peor parte.

—Tiene los ojos lechosos y ligeramente sobresalidos —anunció—. La atmósfera en la bodega de carga es moderadamente cálida a fresca. Teniendo en cuenta esta examinación superficial, diría que su muerte ocurrió entre setenta y dos y noventa y seis horas atrás.

Nuestra examinación superficial había terminado. Ahora era el momento de desenterrar las pistas dejadas por el asesino. Tío tensó la piel del cuello y pasó su bisturí hasta que la piel se abrió a su paso. Repitió el movimiento en el lado opuesto antes de arrastrar la hoja hacia el centro y completar la incisión con forma de Y. Aunque no había mucho para cortar debajo de las costillas, ya que la víctima tenía el torso abierto por la mitad.

Una vez que Tío hubo partido el esternón, yo abrí la caja torácica sin que él me lo pidiera. Él gruñó a modo de aprobación, un cumplido notable considerando que nunca desviaba la atención una vez que comenzaba la autopsia. A esa cercanía, el hedor me resultó tan intenso que hizo que algunas lágrimas se deslizaran por mi cara. Me restregué las mejillas contra el hombro y luego tomé un frasco de muestras en caso de que Tío lo necesitara.

—Hay laceraciones presentes en los intestinos. Grandes y pequeñas. —Se inclinó un poco más hasta que su nariz estuvo a una mano de distancia de la cavidad expuesta. Sujetó un bisturí y cuidadosamente hizo a un lado los músculos—. Las costillas tienen marcas de hojas de cuchillos. A la víctima la apuñalaron repetidas veces antes de eviscerarla de forma parcial.

Un indicio claro de que quienquiera que hubiera cometido el asesinato había estado enfurecido. Este no era un crimen al azar; había mucha pasión y enfado involucrados.

Tío retrocedió y se enjugó el sudor de la frente.

—Las marcas que hay en el hueso son similares en apariencia a aquellas que encontramos en el brazo amputado. Aunque necesitaremos una inspección más detallada con un microscopio para que sean concluyentes. También se asemejan a las heridas que infligía Jack el Destripador. Lo cual me resulta muy llamativo. —Todos nos quedamos paralizados durante un instante, sin querer pronunciar lo imposible en voz alta—. Thomas, ¿hay algún problema?

—Me disculpo, Profesor. —La pluma de Thomas viajó a toda velocidad por el cuaderno, capturando cada palabra y detalle con la misma precisión con la que Tío abría a los muertos. Me obligué a concentrarme en sus movimientos rápidos y confiados.

Regresé mi atención hacia el procedimiento mientras Tío cortaba el estómago y descubría más pistas con respecto a la hora de la muerte.

—La mayoría de los contenidos se encuentran digeridos. —Extrajo las manos cubiertas de color óxido y me echó un vistazo por encima de sus gafas—. ¿Qué indicaría eso, Audrey Rose?

—Que su muerte pudo haber sucedido entre comidas. —Me cerní sobre la cavidad para echar un mejor vistazo. Tío dio un paso al lado, nunca abandonando su hábito de profesor de medicina forense—. Si tuviera que adivinar, diría que esto indica que la asesinaron muy tarde por la noche, o durante las primeras horas de la mañana antes de su primera comida.

—Bien. —Tío revisó alrededor del estómago vacío y se aseguró de que no nos hubiéramos dejado nada—. Ahora solo necesitamos averiguar qué otra persona ha sido denunciada como desaparecida frente al capitán. Su ropa se encuentra doblada aquí. Alguien tiene que reconocerla.

Seguí su mirada hacia una pila de prendas rajadas y desgastadas. A juzgar por los jirones y parches, esta mujer no era una pasajera de la primera clase. Es probable que su vida hubiera sido difícil y no merecía que hubieran terminado con ella de una forma tan abominable. El temor cayó como un peso sobre mis hombros. Diseccionar un cadáver sobre un tablón de metal frío era difícil, pero no imposible. Sin embargo, asociarlo con nombres y una vida era algo que resultaba

imposible de ignorar.

—¿Debería decir lo que todos estamos pensando? —preguntó Thomas—. ¿No creen que este crimen parece estar desconectado de los demás?

Tío volvió a mirar el cadáver, con expresión reservada.

—Trataremos este caso como al resto y no haremos conjeturas. ¿Qué más has conseguido deducir?

—Debido a que este cuerpo es femenino y posee todas sus extremidades, tenemos otro problema. —Thomas cerró su cuaderno y luego se colocó a mi lado—. Todavía hay otro cadáver allí fuera. ¿Han revisado todas las cajas en la bodega de carga?

Tío sacudió la cabeza.

—El capitán Norwood se negó a cumplir con esa tarea.

Me restregué las sienes y me esforcé por ignorar mi furia ardiente.

—¿Así que el capitán prefiere esperar hasta que el hedor de la próxima víctima se filtre por los pasillos del barco? Ya es un problema que se niegue a pedirle a lord Crenshaw que colabore con nuestra investigación, luego acepta con demasiada facilidad la necesidad del doctor Arden de permanecer encerrado en sus aposentos, ¿y cuándo se preocupará por las víctimas? A menos que no desee resolver estos crímenes. Quizás él sea el hombre que estamos buscando.

Thomas se paseó por el perímetro de la pequeña sala, tirando del cuello de su camisa. Yo había estado tan ensimismada con la autopsia que había olvidado lo cálida que era la atmósfera aquí abajo. Se movió hacia un lado, luego hacia el otro, siempre en movimiento, como en sus pensamientos.

—Su arrogancia es una cualidad desagradable, aunque no creo que debamos condenarlo por eso. —Se quedó quieto—. El maestro de ceremonias es encantador, intrépido. Es completamente engreído y tiene un gusto excesivo por lo dramático.

—Esas cualidades, si bien son molestas, no son prueba de que Mephistopheles es nuestro asesino —dije—. Si no es el capitán ni el maestro de ceremonias, entonces, ¿quién más?

Thomas metió las manos en los bolsillos.

—Diría que Jian es demasiado evidente, aunque sigue siendo un sospechoso probable. Y el Asombroso Andreas es tan callado que me resulta aterrador. Es la clase de persona que hace taxidermia de animales y luego los oculta en escondites. Aunque quizás nos hemos estado concentrando en hombres cuando en realidad deberíamos considerar que el asesino podría ser una *asesina*.

—Un Caballero de Espadas, un Loco, un Hierofante, un escapista, un maestro de ceremonias y ahora una Emperatriz y un As de Bastos —dije, enumerando cada uno de los nombres escénicos de los artistas. Era realmente increíble que pudiéramos mantener rostros inexpresivos mientras nombrábamos posibles asesinos—. De todos ellos, ¿creéis que es una mujer la persona que estamos buscando?

Thomas extrajo su reloj de bolsillo.

—Quiquiera que sea el responsable, debemos descubrirlo rápido. Una vez que lleguemos a las costas de Estados Unidos, nuestro asesino o asesina se escabullirá de nuestras manos.

30

EL TRUCO MÁS INCREÍBLE DE TODOS

TALLER DE MEPHISTOPHELES

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

Levanté la mano para llamar cuando la puerta del taller de Mephistopheles se abrió de pronto, lo que me sorprendió tanto a mí como al desprevenido Andreas cuando chocó conmigo. El adivino me miró a la cara y luego levantó las manos y trastabilló hacia atrás.

—No me golpee, señorita. Por favor. Le dije que la magia del espejo era mejor que la del tarot. ¡*Usted* no quiso escuchar!

—Yo... ¿qué? —pregunté, sin descifrar si debía sentirme ofendida—. ¿Acaso algún cliente le ha golpeado después de una lectura? Creí que éramos amigos... He estado practicando el truco que me enseñó. ¿El del cambio de carta? ¿Lo recuerda?

Mephistopheles rio entre dientes desde algún lugar del camarote detrás de Andreas, cuyo rostro se contrajo.

—Anímate, mi amigo. Si le hubieras enseñado ese maldito espejo, ella te habría pateado. —El maestro de ceremonias apareció en el umbral de la puerta y le dio una palmadita en el hombro al adivino—. Un vistazo a ese espejo mugriento hace que todas las damas sensatas escapen en busca de criadas y elementos de limpieza. Ahora... —Giró hacia su artista—, entrégale el broche y sigue tu camino.

—Mi... —Me palpé la capa y me di cuenta de que me faltaba el broche—. ¿Cómo?

—Aquí está. —Andreas me entregó el broche, agarró su capa de un gancho cercano a la puerta y suspiró—. El espejo adivina el futuro. Y no tiene nada de malo. Es una antigüedad; la pátina le otorga originalidad. Los espíritus lo adoran.

—Lo que sea que hagas —dijo Mephistopheles—, no repitas esas ridiculeces delante de Harry. Sabes lo que piensa de aquellos que aseguran hablar con los espíritus o adivinar el futuro. ¿Y cuántas veces tengo que decirte que no robes a los clientes? Eso no ayuda al negocio.

—Harry Houdini es un tonto. Y ella técnicamente ya no es una clienta, ¿no es así? —Andreas le dedicó una mirada de arrogancia al maestro de ceremonias antes de dirigirse con prisa hacia la luz matinal.

—Se pone un poco a la defensiva cuando se trata de su presagiosa reliquia bávara. —Mephistopheles me hizo un gesto para que entrara antes de cerrar la puerta. Unas motas de polvo danzaban como brillantina en los rayos de la densa luz solar de la mañana—. Apuesto a que lo robó de alguna diminuta tienda en un pueblo anónimo de Alemania.

—¿De eso quiere hablar? ¿Y qué sucede con mi broche? —Giré, la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿Acaso Andreas tiene el hábito de robar?

—No, se gana la vida haciéndolo. —Caminó hacia su mesa de trabajo y jugueteó con algunas

piezas de una jaula mecánica que había estado diseñando—. Antes de que me lo pregunte, ya he revisado sus aposentos en busca de pistas, cuchillos o cualquier otro recuerdo de asesinato. Todo estaba sumido en el caos, pero no vi sangre ni cadáveres.

—Bueno, no confío en él.

—Una deducción sabia por su parte. Pero, para el caso, usted debería estar aterrada de mí. —A juzgar por su tono, no creía que estuviera bromeando por completo—. Corre el rumor de que se ha descubierto otro cadáver esta mañana. ¿Por eso me ha bendecido con su presencia?

—¿Cómo se ha enterado? —pregunté—. ¿Ha hecho otros pactos de medianoche con espías?

—¿Celosa? —Me miró por encima de su hombro, y una sonrisa se dibujó en un lado de su boca—. Su prima me lo contó cuando la vi esta mañana. Ha encontrado una nota que usted le dejó en su habitación.

—Ah. —Era una explicación de lo más simple, aunque no sabía cómo interpretarla—. ¿Por qué necesitaba hablar con mi prima tan temprano?

—Asumo que finalmente le entregó la carta de Harry. —Giró por completo en su silla y me miró con detenimiento—. La vi un poco sensible. A duras penas era la imagen de una joven perdidamente enamorada de su pretendiente. Al parecer también la molesté llamando a la puerta de su camarote como un... ¿qué fue lo que dijo? «Un gato callejero en celo», fueron sus encantadoras palabras. —Sonrió—. Me amenazó con castrarme. Imagine eso.

Por alguna estúpida razón se me ruborizaron las mejillas ante el pensamiento.

—Entonces, ¿por qué deseaba visitarme a *mí* a una hora tan indecente?

Me observó como si yo fuera un poco tonta.

—Para invitarla a desayunar. Aunque lo pensé mejor una vez que descubrí dónde se encontraba usted. No considero que las autopsias y el té sean una buena combinación, aunque quizás sus gustos sean un poco más pervertidos que los míos. —Puse los ojos en blanco—. Dígame. —Su tono de pronto sonó serio—. ¿Qué es lo que ha descubierto?

Dudé, sin saber cuánta información debía compartir. Hasta donde yo sabía podía estar en esta habitación con el mismo hombre que había asesinado a todas esas mujeres.

—¿Cuánto conoce a las personas que forman parte de su carnaval?

—¿Cuánto llegamos a conocer a alguien, señorita Wadsworth?

—No comience con los juegos de palabras. —Me crucé de brazos—. Si le gustaría escuchar mis teorías, tiene que comenzar a ser útil. Dígame en quién confía y en quién no. Tenemos que afinar la lista de sospechosos. Cualquier información que tenga podría ser de utilidad.

—No tengo el lujo de confiar en nadie. —Señaló el antifaz que llevaba puesto—. Si lo hiciera, no me mantendría oculto como un ladrón normal y corriente. ¿Confío en las personas que trabajan para mí? Sí. Creo que todos son únicos y maravillosos. Y también se los prejuzga terriblemente. También sé que todos tienen un pasado, en general criminal.

—¿Incluso Anishaa? —pregunté con escepticismo—. A ella le mintieron y la alejaron de su hogar y familia. Sé de buena fuente que fue usted quien selló ese pacto.

—¿Eso es todo lo que dijo sobre su pasado? Interesante.

Me hizo un gesto para que tomara asiento en un sillón que estaba repleto de rollos de tela y disfraces. Obedecí a regañadientes.

—¿Le gustaría escuchar una historia, señorita Wadsworth?

Me esforcé por no mostrarme impaciente. Todo era un acertijo cuando se trataba de él.

—¿Nos ayudará con el caso?

—Es posible —respondió—. Pero llegaremos a ese punto en unos momentos.

—Muy bien, entonces. Cuéntemelo.

—Mi abuelo me enseñó su mejor truco —comenzó Mephistopheles, y me sorprendió con un detalle real sobre su familia. Había una expresión nostálgica en su mirada que lo hizo parecerse a cualquier otro joven caballero. Excepto por el maldito antifaz. Sacudió la cabeza—. Aunque dudo que a mi padre le gustara saber eso.

—¿Qué le enseñó su abuelo?

Esbozó una sonrisa teñida de tristeza.

—A soñar.

Fruncí el ceño. Eso no era en absoluto lo que yo había esperado, cosa que, proviniendo de Mephistopheles, era algo de esperar.

—Sí, pero ¿él también era bueno con la ingeniería? ¿Le enseñó cómo trucar sombreros y cajas que cortan a las personas a la mitad? Sin duda eso es más valioso para su espectáculo que un simple sueño.

—El truco más increíble de todos es soñar sin límites.

—Todos sueñan, Mephistopheles —comenté—. No hay ningún truco en ello.

El maestro de ceremonias se puso de pie y sujetó un globo aerostático de juguete. Me hizo un gesto para que me acercara, lo levantó en el aire y observó cómo colgaba grácilmente entre nosotros, puras rayas celestes, lunas crecientes y diminutas perlas. Al acercarme observé que la pequeña cesta de mimbre estaba entretejida con hilo de plata.

—Los sueños son curiosidades extrañas —dijo, los ojos todavía fijos en el globo—. Por supuesto, todos poseen la capacidad de apoyar la cabeza e imaginar, pero ¿hacerlo sin dudas o limitaciones? Eso es algo diferente por completo. Los sueños son infinitos y no tienen una forma determinada. Obtienen su fortaleza y adquieren forma gracias a la imaginación individual. Son deseos. —Me miró y luego extendió la mano y me quitó mi alfiler de sombrero—. Lo único que se necesita es una astilla de duda que se clave en ellos... —Pinchó con rapidez el globo con mi alfiler, el aire escapó de pronto y cayó al suelo—... y los desinfe. Si puede soñar sin límites, puede elevarse a grandes alturas. Deje que la magia de su imaginación la libere.

—¿Acaso su abuelo aprueba el carnaval? —pregunté, deseando que no fuera una pregunta demasiado impropia—. ¿O es por ello que usted lleva el antifaz? Para esconderse.

Mephistopheles se quedó mirando el globo pinchado.

—Mi familia no quiere saber nada de mi espectáculo. Deliberadamente se comporta como si yo o el espectáculo no existiéramos. Como heredero no forzoso, nunca me exigieron ser bueno o decente. Solo tenía que estar allí en caso de que lo impensable le sucediera a su hijo favorito.

No detecté rastros de amargura, aunque sus palabras habían sido brutalmente crueles en su honestidad. Una parte de mí deseó acercarme a él y ofrecerle consuelo mientras que la parte más sensata se contuvo de actuar impulsivamente.

—Mi abuelo falleció y mi padre se apagó. Todavía está vivo —corrigió—, pero es mi hermano quien mayormente administra la propiedad. Dijeron que sería mejor que yo no disgustara a mi padre con mis sueños inútiles mientras él se recuperaba. Mis locuras eran propias de timadores y otros ladrones de poca monta, asuntos de los que yo debía mantenerme alejado, ya que mi madre es de Constantinopla. Les preocupaba que la sociedad me juzgara incluso más de lo que ya lo hacía.

—Lo siento. —Se me contrajo el corazón. Mi madre, al ser mitad india, en ocasiones también se había enfrentado a prejuicios similares de parte de personas de mente estrecha—. Sé lo difícil que es desear la aprobación de los padres, incluso si eso es lo último que en verdad uno desea.

Mephistopheles pasó una mano por su antifaz, aunque no se lo quitó.

—Sí, bueno... —Su voz se escuchó algo ronca—... ahora usted ve por qué ese anillo de sello es tan importante para mí. Quizás yo haya sido un desencanto para mi familia, pero aún no estoy listo para olvidarme de ellos. Mi abuelo insistió en que yo lo llevara una vez que él muriera, y es mi última conexión con él.

Rocé con la mano el relicario con forma de corazón que pendía de mi cuello. Yo enloquecería si algo le sucediera al collar de mi madre. Recordé la nostalgia en los ojos de Mephistopheles cuando Thomas le había enseñado el anillo. Si hubiera sido yo, lo hubiera estrangulado hasta recuperarlo.

—¿Por qué no le dijo a nadie que el anillo de su familia había desaparecido?

Sonrió, pero fue un gesto más feroz que dulce.

—No quiero que nadie descubra mi verdadera identidad. Si descubrieran mi nombre, ¿quién sabe qué clase de chantaje podrían utilizar en mi contra? Los artistas del carnaval son brillantes, pero también son pragmáticos. Necesitan dinero y lo ganan de cualquier forma que puedan.

—Entonces, ¿cree que Jian o Andreas le robaron el anillo?

—No estoy seguro de quién fue. Yo les tengo mucho cariño a todos, pero no sé a ciencia cierta lo profundas que son sus propias cicatrices.

—Eso es terrible.

—Es la vida, querida mía. —Levantó un hombro—. Son los marginados de la sociedad, los descartados y los llamados fenómenos. Cuando los demás inculcan eso en nuestro interior, tendemos a encerrarnos en nosotros mismos y a vivir según nuestros propios códigos. ¿En quién podemos confiar cuando el mundo entero se ha vuelto en nuestra contra de manera tan salvaje? ¿Y en nombre de qué? ¿Porque elegimos vivir según nuestras propias normas? ¿Porque una joven prefiere cubrir su cuerpo con tinta en lugar de seda? ¿O porque una persona disfruta de devorar llamas en lugar de limpiar callejones en el East End? —Tensó las manos a los costados—. No puedo culparlos por morder la mano que los alimenta, ya que no ignoro el hecho de que la sociedad los golpeó hasta que ellos aprendieron a devolver el golpe. Quizás formemos una pandilla, pero siempre permaneceremos separados entre nosotros. Este carnaval es nuestro hogar, por ahora, pero para algunos no lo será para siempre. Siempre hay algún sueño más grandioso, una meta más importante que lograr. Este es el costo de soñar sin límites. Este es el lado oscuro del negocio del espectáculo.

Pensé en un acto en particular.

—¿Como Houdini?

Mephistopheles alzó el globo pinchado y lo tiró al cubo de la basura.

—Como él. Como Jian. Como Anishaa. Andreas. Cassie. E incluso Sebastián. Estamos todos juntos, hermanos y hermanas, en esta locura, hasta que ya no lo estamos. No disfruto al pensar en ellos como ladrones, bribones o incluso asesinos, como usted podría sugerir, no cuando tantos otros los ven de esa manera. Pero el hecho es que no me puedo dar el lujo de descartar a nadie. Aunque me siento más inclinado a creer que es alguien que no forma parte de mi compañía. No conozco mucho al capitán, pero él es... no estoy seguro. Parece estar en busca de la gloria. No sé qué haría con mi anillo o por qué asesinaría a sus propios pasajeros, pero tampoco puedo asegurar que él no lo haya robado o que haya asesinado a esas personas. O que haya hecho que uno de sus tripulantes actúe en su nombre. Quizás sueña con ser dueño de su propio barco. Mi anillo le otorgaría una buena suma. Y si termina «resolviendo el caso» al encontrar al «verdadero» asesino, bueno, entonces lo llamarían héroe, ¿no es así?

—Creí que los sueños eran algo bueno —señalé, recordando el comienzo de nuestra conversación.

—Ah, sí, pero no debe olvidar que las pesadillas con frecuencia comienzan siendo sueños.

—Si este sueño se ha convertido en una carga tan pesada, ¿por qué no renunciar? Usted tiene la posibilidad de retirarse. Estoy segura de que su familia lo recibiría de buena gana.

Me ofreció una sonrisa triste, y yo pensé que quizás ese gesto era el más verdadero que había visto en el ilusionista.

—Si fuera tan fácil... Ya ve, uno crea un escape para alguien más y en el último momento se da cuenta de que se ha atrapado a sí mismo en la jaula que ha diseñado. Pero para ese entonces es demasiado tarde, el espectáculo ya es una leyenda, y uno ya no puede forzar esos barrotes, así que termina rindiéndose ante su arte y le permite al mundo que lo consuma, sabiendo el precio. Cada presentación se apropia de una parte más de su alma.

—Suena... placentero. Pero ¿lo sigue disfrutando?

—¿Quiere que me quite el antifaz para usted, señorita Wadsworth? Usted quiere la verdad, y entonces la conseguirá. —Se acercó a mí, pero yo no retrocedí—. Uno ama y odia a esta bestia hambrienta que se alimenta hasta casi consumirlo y nunca piensa en ofrecer nada a cambio. Pero no puede culparla, uno comprende su egoísmo, uno también fue egoísta alguna vez. Así que inventa excusas para ella, la alimenta, la ama, la convierte en un monstruo tan grande que nunca encontrará la saciedad con lo que uno le ofrezca. Debe acabar con ella por completo, corriendo un riesgo propio, o continuar hasta que caiga el último telón y haga la reverencia final.

Una lágrima corrió por mi mejilla.

—Eso es increíblemente triste, Mephistopheles.

—Esa es la naturaleza del espectáculo, nunca termina en realidad, solo se adormece hasta que despierta y vuelve a hacer lo mismo. ¿Los artistas que ve allí? —Hizo un gesto hacia la puerta—. No pertenecen a ningún otro lugar. No tienen otro hogar más que el que se encuentra bajo las luces del escenario y las tiendas rayadas. El espectáculo es el hogar. Y todos le debemos demasiado a su refugio como para dejarlo atrás.

—¿Todos ustedes se sienten así?

—¿La devoradora de llamas? ¿El espadachín? ¿El caballero que casi se ahoga todas las noches? ¿Cree que serían bien recibidos en los círculos a los que usted pertenece? —Sacudió la cabeza—. La sociedad los ha mirado con desdén, los ha convertido en fenómenos y curiosidades, y ahora a ellos solo les interesa aplaudir por el *glamour* de esos telones aterciopelados. La atracción de la magia y el misticismo. Si la sociedad encontrara a esos mismos artistas en las calles, no sería tan amable ni tolerante. Es una verdad triste no vivir en un mundo donde se acepte la diferencia. Y hasta que llegue ese momento, señorita Wadsworth, yo les brindaré un hogar a los marginados e inadaptados, incluso aunque eso signifique perder una parte de mi alma frente a esa bestia hambrienta e insatisfecha a la que el señor Barnum ha llamado «el negocio del espectáculo».

No estaba segura de qué decir. Había mucho más en juego para Mephistopheles de lo que yo había creído; cada uno de los miembros del carnaval tenía mucho que perder. Ellos eran una familia de almas desechadas, y cada una había estado perdida hasta que encontró un hogar junto con las demás. Los destruiría descubrir que uno de ellos era el monstruo que con tanta desesperación deseaban mantener fuera de su realidad. Una familia elegida que vivía de sueños y estaba sufriendo una pesadilla. Me dolía el pecho. No quería romper ninguno de sus corazones, pero no podía ignorar los crímenes.

—Si el asesino es uno de los artistas... —suspiré—. Sería preferible que el carnaval no entorpeciera la investigación. Y no lo digo por mí ni por mi tío —agregué ante el destello de incredulidad de su rostro—. Sé que usted cuida a los suyos, pero si corriera el rumor de que hay un asesino entre ustedes... eso destruirá todo lo que usted ha construido. Con o sin bestia. El espectáculo llegará a su punto final.

Mephistopheles tomó una respiración temblorosa.

—Si les digo que se vuelvan uno en contra del otro, el espectáculo terminará mal sin importar lo que suceda. —Sacudió la cabeza—. Pero no hablemos más de esto. ¿El señor Cresswell planea devolverme el anillo pronto o se pasea de noche llevándolo puesto y deseando ser tan apuesto como yo?

Lo miré parpadeando ante el abrupto cambio de tema, pero no insistí.

—Me aseguraré de que recupere el anillo.

—Sabía que usted me gustaba por una buena razón. —Después de decir eso me ofreció el brazo—. Vamos. Casi es hora del desayuno. Estoy seguro de que el señor Cresswell disfrutaría de pasar un tiempo con usted antes del espectáculo de esta noche.

Dudé antes de aceptar su brazo.

—Yo tenía la sensación de que usted me quería mantener tan alejada de Thomas como fuera posible.

—No crea que solo voy a hacer lo que es honrado, señorita Wadsworth. Todavía soy el mismo bribón que usted conoció hace algunos días. —Un destello de picardía volvió a sus ojos—. Solo quiero alejarla de él justo delante de sus narices.

No me molesté en responderle. Dejé que Mephistopheles creyera que podía llevar a cabo el mayor acto de prestidigitación de todos. Sabía que no existía nadie que poseyera la magia suficiente para alejarme de Thomas con un hechizo. O al menos creía que esa seguía siendo la verdad. Porque en un mundo en el que era complicado distinguir las ilusiones de la realidad, yo ya no estaba tan segura.

MÉTODO DE DISTRACCIÓN

PROA

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

Jian arrojó al aire, una tras otra, las dagas incrustadas de joyas, las empuñaduras que giraban sobre las hojas, haciendo malabares como si no fueran más peligrosas que manzanas o naranjas. Parecía demasiado pronto como para comportarse con desenfado con armas como esa. Observó mi reacción con el rabillo del ojo, la boca formaba una línea tensa. Había dejado perfectamente claro que ni yo ni mi presencia en el carnaval le importaban, aunque mi único crimen hasta ahora había sido existir. Al menos, hasta donde él sabía.

—¿Es eso lo que me enseñará esta mañana? —pregunté, y deseé sonar tan despreocupada como parecía él—. ¿O tendré un papel distinto para el acto final? Nadie me ha dicho qué tengo que hacer exactamente.

Andreas nos miró a los dos y se mordió el labio inferior.

—En realidad... —Sostuvo un lazo grueso y largo en alto, su expresión era un tanto tímida—, usted estará de pie contra ese tablón y se pondrá esto. No tengo ni idea qué sucederá en el gran final. Mephistopheles no le ha dicho a nadie lo que haremos.

Seguí la mirada al lugar donde él estaba señalando y sacudí la cabeza.

—No. Aprender cómo arrojar una daga o blandir una espada es una cosa, pero colocarme con los ojos *vendados* contra un tablón como si yo fuera un blanco es otra completamente distinta. Eso es una absoluta locura.

Jian enarcó una ceja.

—¿Está asustada?

Me giré con velocidad y lo fulminé con la mirada. Claramente se encontraba otra vez bajo la influencia de la *absenta* o se había vuelto loco.

—¡Por supuesto que estoy asustada! Cualquiera persona con una pizca de lógica lo estaría. Quiere arrojarme dagas. Y yo no le gusto.

—Tengo muy buena puntería.

Me señalé para enfatizar mi mensaje.

—¿Y yo debo confiar en que no fallará a propósito?

Andreas pareció inquieto junto a mí.

—¿Le gustaría que yo vaya primero?

—¿Se vendará los ojos y dejará que él le arroje cuchillos? —Sacudí la cabeza—. Todos están locos. Absoluta y descaradamente locos.

Sin embargo, más allá de la locura de la idea, era difícil no recordar la precisión con la que habían asesinado a la señorita Prescott. Cómo el cuchillo había encontrado su blanco sin fallar y

le había cortado la columna vertebral y perforado los órganos internos. Si Jian era tan bueno como él y Andreas afirmaban, entonces jamás aceptaría colocarme allí y ofrecerme como un sacrificio.

Dejé escapar un suspiro. La lógica me indicaba que era algo peligroso y que debía salir corriendo de la estancia, pero debía hacer esto. Si no era por mí, entonces por la señorita Prescott. El tiempo se estaba escurriendo y tenía que reunir tanta información como pudiera... si no descubríamos quién estaba detrás de estos asesinatos, él o ella se escabulliría en el ajetreo de las calles de Nueva York y se perdería en el caos para siempre. Ser testigo de la habilidad de Jian con las dagas beneficiaría mi investigación.

—Muy bien. Pero si falla, Mephistopheles no estará muy contento.

La expresión fría de Jian no cambió, pero podría haber jurado que un brillo adicional se hizo presente en su mirada. Sin pronunciar otra palabra me giré sobre los talones con tanta dignidad como pude inyectarle al movimiento y me dirigí hacia el blanco de madera.

Andreas ató la venda alrededor de mi cabeza y luego se inclinó para susurrar:

—Siento haberle robado el broche antes... es un truco que todavía estoy practicando. Le juro que se lo iba a devolver.

—Asegúrese de que Jian no falle y todo será perdonado.

Me dio un golpecito en el brazo y me colocó de perfil contra el tablón de madera. Ni siquiera llegué a respirar hondo cuando él retrocedió y Jian gritó:

—¡Prepárese!

Me cosquillearon las palmas. De pronto sentí la necesidad de utilizar el baño o estornudar o rascarme una picazón fantasma en el brazo. Mantuve los músculos tan tensos que comencé a creer que quizás no se encontraban inmóviles después de todo, sino que temblaban debido al esfuerzo de no moverlos. Antes de que entrara en un estado real de histeria, sentí un silbido en el aire seguido de un *tac* cuando la daga se clavó en la madera.

Exhalé y casi me desplomé del alivio. Era algo bueno que no hubiera tenido tiempo para respirar hondo; una tras otra, tres dagas más pasaron zumbando junto a mi cuerpo y se clavaron en la madera con una eficacia perfecta. Una cerca de mi rodilla, la otra justo debajo de mi cadera y la última cerca de mis costillas.

—¡Prepárese de nuevo! —gritó Jian. Hubiera deseado que él arrojara la última de sus dagas y que yo no hubiera encontrado mágicamente la forma de autocombustionar del temor.

Tac. Tac.

Dos dagas más pasaron volando, y la ligera brisa que causaron pasó peligrosamente cerca de mis mangas. Agradecida porque esta lección hubiera terminado, comencé a quitarme la venda cuando otra daga atravesó el aire y se clavó en el lazo que yo estaba sosteniendo. Un líquido cálido cayó por el costado de mi cara, y me arranqué el resto de la venda, los ojos abiertos como platos cuando llevé la mano a la oreja y encontré sangre.

Jian sacudió la cabeza.

—Le advertí que no se moviera.

Sin siquiera pronunciar unas disculpas, reunió sus dagas y abandonó el salón de ensayos, y dejó que Andreas se ocupara de mi herida superficial. Mientras él corría entre los baúles buscando un poco de tela para limpiar lo que quedaba de sangre, no pude evitar preguntarme qué otros asuntos limpiaría para Jian.

• • •

Me crucé de brazos y me puse firme.

—No hay razón para que tomes al anillo de rehén, Cresswell.

—No estoy de acuerdo. Con todo respeto, Wadsworth. —Thomas levantó el mentón, terco como una mula—. Quizás sea útil como prueba. No podemos simplemente devolverlo porque te lo ha pedido con gentileza.

Apreté los dientes.

—Estás siendo inmaduro y lo sabes. Esto no tiene nada que ver con el caso, sino con que a ti te desagrada Mephistopheles.

Algo que se asemejó a la irritación cruzó como un destello por sus ojos.

—¿Es eso lo que piensas de mí ahora? ¿Qué robaría las posesiones de alguien por *celos*?

Levanté un hombro.

—No me has dado una mejor razón de por qué estás reteniendo el anillo.

—Te estás involucrando demasiado con este caso —dijo, evaluándose—. Sin importar cuál sea el pacto que hayas hecho, es hora de romperlo. Resolveremos los asesinatos de otra manera, no es necesario que te involucres tanto.

—Lo siento, Thomas, pero tengo que terminar con esto.

Sacudió la cabeza. Antes de que pudiera decir algo más, Tío y Liza aparecieron de pronto, nos divisaron cerca de la proa y aceleraron el paso. Unos surcos de lágrimas brillaban en las mejillas de mi prima a la luz del sol de las últimas horas de la mañana, lo que agitó mis emociones. Me olvidé de mi desacuerdo con Thomas, corrí hacia adelante y la agarré de las manos.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

—Es la s-señora Harvey —sollozó a medias—. Ha desaparecido.

—¿Qué? —La voz de Thomas se elevó antes de que la volviera a controlar—. ¿Han revisado su camarote? Siempre está durmiendo.

Tío sacudió la cabeza.

—Fue el primer lugar donde la buscamos. También fuimos al salón del desayuno, al salón, al salón de mujeres y a la cubierta de estribor.

Unos escalofríos azotaron mi espalda junto con la brisa.

—Tiene que estar en algún lugar.

—Hemos buscado en *todos* lados. —El labio de Liza tembló—. Simplemente ha desaparecido.

Sin una palabra de despedida, Thomas comenzó a correr por la cubierta, con una mano sujetando su sombrero mientras se dirigía a toda prisa al camarote de su carabina. Me esforcé por no correr tras él. No podía imaginar cómo se estaría sintiendo; él nunca lo había dicho, pero la señora Harvey era lo más cercano a una madre que él había tenido, y si algo le sucedía, lo destrozaría. Mi propio corazón se contrajo ante la idea de que ella encontrara un final espeluznante. Le tenía mucha estima a la señora Harvey, a sus tónicos de viaje y a su bondad.

Una sensación oscura serpenteó por mi pecho. Si la señora Harvey había desaparecido... eso significaba que nuestro asesino la había escogido específicamente para infringirle el mayor daño a mi amigo. Si Thomas se veía incapacitado para utilizar sus habilidades, quienquiera que hubiera asesinado a esas jóvenes podría quedar en libertad. Si bien no quería pensar que Mephistopheles era el responsable, este era la clase de plan artero que él inventaría. Ya había urdido un ataque de león por razones que yo todavía no podía comprender... hasta donde yo sabía quizás también había dejado el anillo de sello en el baúl de espadas para que Thomas lo encontrara. ¿Era cada detalle extraño algo meticulosamente pensado, deseado, para que condujera a enredos emocionales y desencuentros?

Me envolví aún más en mi capa y eché un vistazo a mi alrededor. Casi no había pasajeros en el exterior, o se encontraban demasiado atemorizados debido a los cuerpos que seguían apareciendo, o temían a la tormenta que se avecinaba.

—Vamos. —Sujeté la mano de Liza, y las dos nos desplazamos con velocidad por la cubierta, y deseé no haber sonado tan aterrorizada como me sentía. Tío se encontraba dos pasos atrás—. Cuéntame todo desde el principio. ¿Cómo os habéis enterado de que había desaparecido?

—Habíamos acordado desayunar juntas —sollozó Liza—. Le prometí enseñarle el equipamiento de Harry y presentárselo luego... —Su voz se desvaneció casi sutilmente, lo que me hizo preguntar qué no me estaría diciendo sobre Houdini—. Estaba tan entusiasmada que de ninguna manera se lo perdería. Por alguna razón no dejaba de preguntar si él estaría ensayando para otro acto acuático.

Eso sin duda sonaba como algo que diría la señora Harvey. Le di unas palmaditas en el brazo a Liza para intentar calmarla sin causarle mayor angustia. El gesto también me ayudó a mantenerme tranquila y concentrada. Necesitaba permanecer serena si Thomas se desmoronaba.

—¿Ibais a quedar en nuestro camarote o en el de ella?

—Habíamos quedado fuera del salón de desayuno a las ocho y cuarto. —Liza respiró de manera entrecortada—. Yo llegaba un poco tarde, pero a las ocho y cuarenta y cinco decidí revisar su camarote. Quizás se había quedado dormida. Cuando llegué a sus aposentos y llamé a la puerta, nadie respondió.

—¿Tú no estabas en nuestro camarote? —pregunté. Liza me lanzó una mirada, pero no respondió.

Tío no dejaba de caminar de un lado al otro detrás de nosotras, en silencio, pero atento. Era imposible discernir cuáles eran sus sentimientos, lo cual no era sorprendente, ya que él era el hombre que nos había enseñado a Thomas y a mí la importancia de separar las emociones tanto de las escenas del crimen como de las investigaciones.

—Fui a buscarte, pero habías salido, así que acudí a Tío. —Miró por encima de su hombro, ya fuera para asegurarse de que él estaba con nosotras o deseando que no hubiera escuchado mi pregunta anterior sobre dónde había estado ella—. Lo encontré camino al camarote del capitán y comenzamos a buscar en todos lados.

Intenté no dejar traslucir mi temor. Hubiera sido necesario algo extraordinario para evitar que la señora Harvey conociera a Harry Houdini.

—Es probable que esté charlando con una de las otras damas. Ya sabes lo mucho que se distrae.

Ya no podía asegurar quién estaba conduciendo a quién con mayor rapidez, si Liza o yo. Giramos en una esquina y prácticamente nos abalanzamos sobre el camarote de la señora Harvey. La puerta se encontraba entreabierta, y Thomas estaba de pie en el centro de la habitación, las manos cerradas en puños.

—¿Has...?

Levantó una mano.

—Un momento, por favor. Ya casi... —Caminó de manera abrupta hacia el baúl de la señora Harvey y abrió la tapa—. Falta su capa y también sus guantes. No hay nada fuera de lugar, lo que significa que la abordaron camino al desayuno.

—¿Cómo has sabido a dónde se estaba dirigiendo? —pregunté. No había estado presente cuando Liza había revelado esa información.

—Allí. El té de la taza que está sobre su mesilla de noche está helado al tacto. —Señaló la taza—. Debajo del plato hay un trozo de papel fechado esta mañana, lo que significa que le sirvieron

el té aquí cuando despertó. Ya que no hay indicios de comida, no es descabellado asumir que se estaba dirigiendo a desayunar con tu prima. Ella cumple el papel de carabina, así que esa es otra deducción sencilla. Ahora bien... —Giró sobre los talones y sus ojos recorrieron con rapidez toda la escena una vez más—, ¿quién podría haberla entretenido lo suficiente como para que ella no avisara que llegaría tarde?

Sentí que la sorpresa de Liza llenaba el espacio. Tío también se sorprendió, pero se mantuvo más contenido debido a que ya había sido testigo de las deducciones de Thomas en repetidas ocasiones. Sin embargo, para Liza era como ver a unos monos de circo hablar inglés. O quizás como observar a un mago que realmente podía obrar milagros. Thomas era tan increíble como el maestro de ceremonias, sino más. Mephistopheles era magnífico en el arte de diseñar trucos, pero Thomas descubría la verdad valiéndose de su intelecto.

—Vamos —propuso Thomas, y se dirigió hacia la puerta de manera abrupta—, hagámosle una visita a Mephisto. ¿Wadsworth? Condúcenos a su guarida.

Pasamos corriendo junto a pasajeros de tercera clase que poblaban la cubierta, mi pulso galopaba más rápido que el de cualquier caballo de carreras cuanto más nos acercábamos al taller. Había muchas más personas fuera de las que había visto de camino al camarote de la señora Harvey. Algunas de ellas parecían afligidas, las caras pálidas como la escarcha que subía por la barandilla del barco. Mi cuerpo vibró con una sensación de advertencia... algo había sucedido. Algo que había creado un ambiente incómodo de agitación y miradas de preocupación. ¿O estaba imaginando cosas? Trastabillé sobre un sector resbaladizo de la pasarela, y Thomas extendió la mano de inmediato y me ayudó a mantener el equilibrio. Me aferré a su brazo y noté que Tío también había sujetado el de Liza a medida que nos dábamos prisa. Con cada paso que daba me invadía más temor.

Una vez en el taller, solté el brazo de Thomas y aporreé la puerta de Mephistopheles, el golpeteo más frenético que el latido de mi corazón. Esperé un instante y luego volví a llamar, esta vez con más fuerza. La vibración reverberó por mi brazo y la sentí hasta en los huesos, pero no pude dejar de llamar, una y otra vez. Teníamos que encontrar a la señora Harvey. No podía imaginar...

Thomas envolvió su mano sobre la mía con delicadeza para detenerme.

—Está bien, Audrey Rose, no se encuentra aquí.

Miré con fijeza a la puerta cerrada, la mandíbula apretada para contener las lágrimas que amenazaban con brotar. La señora Harvey *tenía* que estar bien. Respiré hondo y me recompuse una vez más. El aire gélido ayudó a aquietar el pánico creciente que me invadía.

—Muy bien —dije—. Vayamos a la bodega de carga del carnaval, Mephistopheles...

—¡Doctor Wadsworth! —Todos nos giramos de pronto al escuchar la voz del maestro de ceremonias. La expresión de su cara no me brindó ningún consuelo; era más salvaje y desesperada de lo que yo alguna vez había visto, aun estando medio escondida por su antifaz—. Por favor, vengan de inmediato.

Mephistopheles se resbaló hasta detenerse y luego se giró en la dirección en la que había llegado sin volverse para comprobar si lo estábamos siguiendo. Thomas estaba casi enloquecido de la preocupación, pero contuvo para sus adentros lo que fuera que estuviera pensando y me condujo hacia la escalera tras Mephistopheles con tanta rapidez como me permitió mi abultada falda. En lugar de descender a las entrañas del barco, subimos cada vez más arriba por las escaleras, y los sonidos de nuestros pasos golpetearon el metal y resonaron tanto hacia arriba como hacia abajo.

Tío y Liza se encontraban detrás de nosotros, mientras que Thomas y yo prácticamente nos aferramos al faldón trasero de la levita de Mephistopheles. No me sorprendió reaparecer en la cubierta de primera clase, y nos dirigimos al salón de música. Mephistopheles le había hablado a mi tío en lugar de a mí, lo cual no era prometedor.

Sin ningún preámbulo, abrió la puerta de pronto y milagrosamente reveló a la señora Harvey, que estaba sollozando en un rincón aferrada con fuerza a un Andreas muy pálido. Jian se cernía detrás de ellos, su expresión tan tormentosa como el mar revuelto. Si hubiera sido un dios, sería la ira encarnada.

—Señora Harvey. —Thomas corrió a su encuentro, cayó de rodillas y la examinó en busca de heridas o golpes. Liza soltó a mi tío y ayudó a Thomas.

Mis propias emociones se apaciguaron cuando vi que la señora Harvey estaba viva, aunque terriblemente conmocionada, y su cuerpo entero temblaba sin control y sus labios se movían en silencio recitando una plegaria o unas palabras de consuelo.

De inmediato adopté una actitud científica y observé cada objeto del salón mientras Thomas atendía a su carabina. Las cartas de tarot que Mephistopheles había pintado, el *Cirque d' Eclipse*, se encontraban desperdigadas sobre el suelo. El espejo mágico se encontraba apoyado contra la pared donde lo había visto por última vez, al parecer intacto.

—Allí. —Mephistopheles se dirigió a mi Tío y a mí—. En el baúl.

Tío se colocó las gafas sobre la nariz, y su expresión fue más dura que los tablones de madera lustrada sobre los que estábamos parados. Yo también me armé de valor; toparme con un cadáver en cualquier otro lugar que no fuera un laboratorio estéril era siempre un desafío. Éramos científicos, no monstruos. Me acerqué lentamente al baúl que se encontraba detrás de una pila de cojines con borlas, unas finas sedas y pañuelos que sobresalían de sus costados como si el baúl hubiera sido destripado. Andreas cerró los ojos con fuerza y pareció desear con todas sus fuerzas otro escenario.

Tío llegó al baúl primero y se detuvo un poco antes de inclinarse para echar un mejor vistazo. Mi pulso se aceleró con cada paso; sabía que había un cuerpo, pero descubrir de *quién* siempre era algo espeluznante. Al final, me cerní sobre el baúl y miré hacia abajo, y el estómago se me contrajo.

—Señora Prescott. —Me tapé la boca con la mano y sacudí la cabeza. La madre que había parecido tan devastada y perdida después de que hubieran asesinado a su hija en nuestra mesa, la que siempre se quedaba mirando el mar infinito. Una parte de mí deseó caer de rodillas e intentar encontrar un pulso que sabía que ya había cesado de latir hace mucho tiempo. No podía imaginar contarle al primer magistrado que este transatlántico no solo se había llevado a su hija, sino que ahora también a su esposa. La invitación que había recibido pasó como un destello por mi mente. Claramente el asesino quería ver muertas a las mujeres Prescott a bordo de este barco. Aunque haber asesinado a la señora Prescott de una forma discreta y haberla dejado en un baúl parecía distar de su teatralidad habitual. Quizás estaba desesperado por depositar la culpa sobre alguien más. Tal vez haber dejado su cuerpo aquí nos conduciría a investigar a Andreas; después de todo, era él quien tenía un gran conocimiento de los significados de las cartas de tarot.

En lugar de desmoronarme, respiré hondo.

—Tenemos que avisar a su marido de inmediato. —Apenas reconocí mi voz, fría y segura. A diferencia de mis emociones agitadas. Mephistopheles me observó durante un instante antes de asentir. Miré a mi tío—. Hagamos que esté decente para que la identifiquen. Agarrad sus brazos; yo la sujetaré de las piernas. La colocaremos en ese sillón del rincón.



TEN PHUNNY PHOOLS IN A FEW OF THEIR COMICAL DIDOS.



Diez bufones graciosos

SALÓN DE MÚSICA

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

—Venga. Le ofreceremos un poco de brandi. —El capitán Norwood extendió un brazo hacia el primer magistrado—. Si hay algo más que necesite...

El primer magistrado se quedó mirando a su esposa, sin pestañear. No podía imaginar qué estaría pensando.

—Con todo respeto, capitán —dijo Tío—. Primero tengo que hacerle algunas preguntas al magistrado Prescott.

La cara del capitán se volvió escarlata.

—Ahora no, doctor. ¿No se da cuenta de que está devastado?

El primer magistrado Prescott ni siquiera respondió. Sin duda se encontraba conmocionado, pero Tío tenía razón. Debíamos extraerle información útil de inmediato. El tiempo tenía la rara costumbre de distorsionar los hechos.

Sin embargo, Tío cedió.

—Muy bien. Lo visitaremos más tarde.

Una vez que el capitán condujo al afligido hombre fuera de la sala, me giré hacia el cuerpo de la señora Prescott y me esforcé por alejarme de los recuerdos que tenía de ella en vida. La habíamos acostado sobre un sillón y le habíamos acomodado la cabeza sobre un cojín bordado. Daba la sensación de estar gozando de un pacífico descanso, aunque fuera de uno eterno.

—Cierra la puerta —ordenó Tío, dirigiéndose a Thomas, y luego inspeccionó a Mephistopheles como si él fuera una clase nueva de moho del que debía deshacerse—. Llévase a su adivino y al espadachín y déjenos solos. Hablaremos más tarde.

Los ojos de Jian destellaron.

—¿De qué más hay que hablar? Andreas vino aquí para adivinarle la suerte a la señora Harvey con el espejo mágico. En ese momento fue cuando él... —Sacudió la cabeza—. Olvídenlo. Estaré en mi camarote. Vamos, Andreas.

El adivino echó un vistazo al espejo y se mordió el labio.

—No romperán el...

—Me aseguraré de que nadie dañe sus pertenencias —afirmé. Sabía lo valioso que era el espejo, y no simplemente por su supuesta habilidad para predecir el futuro.

Ante eso, tanto él como Jian abandonaron la sala, y el maestro de ceremonias nos dedicó un gesto breve con la cabeza antes de seguirlos.

—Yo acompañaré a la señora Harvey de vuelta a sus aposentos —ofreció Liza—. No te preocupes —agregó cuando Thomas pareció a punto de protestar—. Me quedaré con ella hasta

que regreses.

Sujeté las manos de mi prima.

—Gracias.

—No hay de qué.

Mientras Liza acompañaba a la señora Harvey, que todavía balbuceaba, hacia la puerta, el primer oficial apareció con el maletín médico de Tío. Tío le hizo un gesto para que lo depositara a los pies del sillón.

—Allí está bien. Ahora. Audrey Rose, ven a inspeccionar el cuerpo. Dime qué ves. Thomas, ¿estás listo?

Mi amigo agarró el cuaderno y la pluma del bolsillo interno de su chaqueta con un gesto de amargura en los labios.

—Sí, Profesor.

—Bien. ¿Audrey Rose? Haz lo que hemos practicado.

Me tragué el nudo creciente que tenía en la garganta y me obligué a ver solo este nuevo caso. Caminé alrededor del cuerpo e intenté encontrar cualquier pista antes de sacar la cinta de medición como Tío había hecho antes.

—La víctima mide un metro cincuenta y siete. Pelo rojizo castaño, cuidado. Aunque hay algunos mechones grises cerca de las sienes. —Me armé de valor y le abrí uno de los párpados—. Ojos de color marrón. —Contuve mi respiración agitada—. Hay petequias en el blanco de sus ojos.

Ante eso, Tío dio un paso adelante y revisó sus ojos sin vida.

—Excelente, sobrina. Tenemos la posible causa de muerte: asfixia.

Asentí, y con lentitud vi cómo sus últimos momentos se desarrollaban en mi mente. No había indicios de estrangulación en su garganta, abrasiones, ni magulladuras en la piel; sin embargo, tenía el pintalabios corrido, lo que me condujo a pensar que la habían asfixiado con algo. Eché un vistazo a mi alrededor y vi numerosas posibles armas homicidas. Cojines, sedas y telas; cualquiera de esos objetos podría haber sido el que terminó con su vida. Me incliné hacia ella, la sujeté de la mano y noté que su cuerpo todavía estaba cálido al tacto. La habían asesinado hacía muy poco tiempo. Al parecer, Andreas había entrado en el salón con la señora Harvey, pero no tenía ni idea de cuándo había llegado Jian. Necesitaría investigar con mayor profundidad sus movimientos.

Le señalé los cojines y telas a Tío.

—Si esta es la escena del crimen, tal como creo que es, ya que no me imagino a alguien arrastrando un cuerpo sin dejar testigos, entonces apostarí a que encontraremos algo de su pintalabios sobre lo que sea que hayan utilizado para asfixiarla.

—Sí. ¿Qué más?

Caminé lentamente desde sus pies a su cabeza y luego hice el camino opuesto, asimilando cada detalle externo.

—Le cortaron una parte de su falda... allí. ¿Lo veis? El asesino recortó la tela formando una línea, un corte demasiado cuidado para haber ocurrido en mitad de una lucha. Creo que lo hizo después de haberla asesinado.

Thomas se puso de pie y levantó el borde de las capas más externas de las faldas de la víctima para inspeccionar mejor la tela. Era una prenda bellísima, pálida como la nieve recién caída y entrelazada con hilo plateado. El contraste de la pureza del color contra la muerte repentina de la mujer era algo horripilante. Parecía estar lista para una boda, no para un funeral.

—Quienquiera que haya cometido este asesinato en particular parece tener una obsesión con las

telas delicadas. Sin importar lo raro que suene eso —dijo, y se irguió—. Creo que al menos esa obsesión es parte de nuestro motivo, aunque es probable que no sea la razón principal.

Los tres nos miramos el uno al otro, con nuestras mentes corriendo en nuevas direcciones. Si pensaba en telas magníficas, había una persona que mi mente conjuraba de inmediato; el mismo maestro de ceremonias a quien yo no dejaba de defender. Volví a echar un vistazo al retazo faltante de tela. Ya no podía negar que se estaba volviendo más arduo creer que Mephistopheles no tenía algo de responsabilidad en todo esto. Aunque tampoco podía negar que algo sobre el motivo no encajaba por completo en mi interior. Tío nos había enseñado la importancia de confiar en nuestros instintos, pero yo ya no lo conseguía. Al menos no cuando se trataba del maestro de ceremonias.

• • •

Una decena de artistas disfrazados aparecieron desde cada rincón de la sala, abriéndose camino entre las mesas, silenciosos e irónicamente aterradores con sus sombreros de bufón y sus campanillas colgantes. Sus máscaras, que les cubrían la cara completa, eran blancas y tenían unos diamantes de color alquitrán pintados alrededor de los ojos, que goteaban hacia abajo hasta los labios color carmesí. Parecía que, sin importar los horrores que albergaran las tardes, los espectáculos de la noche debían continuar. Una sinfonía compuesta por instrumentos del Renacimiento tocó una melodía antigua, los violines y las arpas sonaron melancólicos y nos dieron la sensación de haber viajado en el tiempo algunos siglos atrás.

En contra de mis esfuerzos, me estremecí ante los artistas, que parecían marionetas. Si estos bufones venecianos me resultaban aterradores, odiaría ver cómo cobraba vida el acto de las máscaras de la plaga. La imaginación de Mephistopheles era un lugar oscuro y traicionero.

Los rígidos pliegues de tul que llevaban alrededor de los cuellos y caderas evocaban imágenes de bailarinas que se habían escapado de Hades, pero a costa de un gran precio. Unos triángulos negros y dorados de tela completaban el cuello y las faldas, y también formaban parte de los chalecos y mangas. No comprendía cómo esos demonios podían considerarse divertidos, sin duda no provocaban sensaciones de ligereza mientras danzaban y saltaban de un pie ágil al otro formando una procesión tranquila alrededor de la sala.

No pude evitar imaginar que sus disfraces habían sido confeccionados con una colección de telas robadas a las víctimas, un trofeo macabro que el asesino podía admirar en secreto todas las noches. Sabía que no era probable, pero eso no evitó que se me erizara la piel de los brazos.

Thomas los observaba como uno observaría un accidente horripilante, con los labios fruncidos. Yo quise reír, pero no encontré la voluntad de hacerlo después de haber pasado una tarde sombría analizando el cadáver de la señora Prescott. Tampoco podía ignorar la tensión de nuestra discusión de antes, que había quedado relegada por un asunto más grave, pero la incomodidad aún persistía entre nosotros.

—Acepto a los malabaristas que arrojan llamas —dijo—. Pero ¿esto? ¿Cuál es su propósito? Son simplemente raros. Mephisto está perdiendo su habilidad. Tal vez por fin haya hecho un pacto que no lo favorezca, lo cual no es sorprendente. Nadie es tan perfecto como yo.

—El carnaval entero es raro —balbuceó Tío—. Me alegrará terminar con todo esto. Una noche más después de esta.

Liza levantó uno de sus delicados hombros. No participaría del espectáculo, ya que Tío se encontraba presente esta noche, pero no parecía demasiado molesta por ello. Su vestido era

excepcionalmente magnífico, cristales bordados sobre una tela del color de los pétalos de rosa.

—Es eso. Su extrañeza atrae las miradas; estáis tan concentrados en ellos que seguro que no habéis notado lo que están arrastrando al escenario.

Mi mirada viajó con rapidez hacia el próximo acto que se estaba desplegando en silencio mientras todos los ojos estaban centrados en otro lugar. Liza se reclinó, un gesto de arrogancia en el rostro. Incluso Tío pareció sorprenderse durante un breve instante antes de volver a comer de su plato.

—Más allá de si os gusta o no, debéis admitir que Mephistopheles es magnífico. Sabe exactamente qué distracciones utilizar. —La mirada de mi prima se posó sobre mí para marcar énfasis, y yo deseé poder deslizarme debajo de la mesa. Liza no estaba colaborando con mi situación—. Harry ha aprendido mucho en tan solo algunas cortas semanas. Mephistopheles es un gran maestro.

—Y —dijo Tío entre dientes— también un posible demonio asesino.

Decidí colocarme una armadura de valor como si fuera mi accesorio más refinado y miré a Thomas. Parecía como si se hubiera tragado un sapo. Contuve una risa tosiendo con educación. Ante eso, él me dedicó una sonrisa dubitativa, y yo le devolví el gesto; era reconfortante estar de nuevo en el mismo lado.

—Sí —asintió Thomas sin expresión—, estoy seguro de que lo próximo que dirán de él es que camina sobre el océano.

—Si lo intenta, entonces estoy segura de que una sirena o ballena se lo tragará entero —comenté. Thomas se reanimó ante la idea. Me giré hacia mi prima y me incliné hacia ella para evitar que nos escucharan los comensales de la mesa más cercana—. ¿Acaso Harry utilizaría la teatralidad como medio de distracción para realizar algo más serio? ¿Qué sucedería si... si uno de sus experimentos fallara terriblemente? ¿Se lo contaría a alguien o simplemente haría que los cuerpos desaparecieran? Tienes que admitirlo, el baúl sería una forma muy típica de Houdini de deshacerse de algo.

Liza me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Hacer desaparecer y asesinar mujeres no es la mejor forma de que sus presentaciones salgan en los periódicos, prima. Harry quiere fama, no infamia. Al igual que Mephistopheles. ¿En serio creéis que ellos son los culpables?

—¿Y si eso es lo que él quiere que creas? —preguntó Thomas—. Tal vez la fama es una distracción. ¿Sabes con seguridad qué es lo que él desea?

Liza abrió la boca y luego la cerró. Imaginé que estaría siguiendo el consejo de su madre de contar hasta diez antes de hablar cuando no encontraba una palabra amable que ofrecer.

—Harry no se involucraría con alguien que fuera un... ¿qué? ¿En serio pensáis que Mephistopheles es un asesino? —Soltó un resoplido, olvidándose de los buenos modales—. Si deseáis lanzar acusaciones al azar, entonces deberíais investigar al capitán Norwood. ¿Habéis visto cómo se dirige a su tripulación? No dudaría de que sería capaz de arrojar personas por la borda si lo disgustaran. Ese hombre es una absoluta pesadilla.

En eso estábamos de acuerdo. Me podía imaginar al capitán arrojando a alguien por encima de la barandilla del barco en un ataque de ira. Era una persona rara, podía ser completamente dócil y gentil y al mismo tiempo feroz y desagradable como pocos cuando se enfadaba. Pero no creía que tuviera una pizca de violencia teatral en su personalidad tan estructurada.

La señora Harvey se apoyó sobre la mesa, sus labios todavía temblaban de la conmoción que había sufrido antes. Deseé acercarme a ella y abrazarla. A pesar de encontrarse muy conmovida se

había negado a quedarse sola en sus aposentos. Thomas se había ofrecido a quedarse con ella a cenar, pero ella se había negado. Tenía la sensación de que el rumor de que Houdini llevaría puesta su ropa interior una vez más le había otorgado un impulso extra para asistir al espectáculo.

Aunque la mayoría de los pasajeros no debió haber sentido el mismo entusiasmo, ya que el salón comedor se encontraba incluso más vacío esa noche de lo que había estado el día anterior. El transatlántico se estaba transformando lentamente en un barco fantasma, y los lugares que antes habían estado llenos de vida ahora parecían embrujados y silenciosos.

—¿Qué piensan que hay detrás de ese telón? —preguntó la señora Harvey—. Espero que no sea otro bidón de leche. Esa presentación no me gustó ni un poco. La tensión extrema no es buena para el cuerpo. No creo poder tolerar otro susto tan pronto.

—¿Prima? ¿Qué secretos nos puedes ofrecer? —Me volví hacia Liza, lista para aligerar el ambiente con una broma cuando las luces titilaron y luego se apagaron, lo que nos dejó sumidos en una oscuridad que solo se veía interrumpida por las velas que parpadeaban sobre nuestras mesas. Tío murmuró algo sobre no poder ver su entrada, pero yo decidí no emitir comentarios.

—Estimados espectadores. —La voz incorpórea de Mephistopheles pendió en el aire como la niebla—. Esta noche les pediremos que eleven las miradas hacia el techo cuando la Emperatriz ejecute su presentación más magnífica. No hay redes y si ella cayera... bueno, no nos preocupemos por eso ahora.

Un solo haz de luz iluminó a Cassie mientras estaba sentada en su trapecio, mirando hacia el público. Llevaba sobre la cabeza una corona que tenía doce estrellas brillantes en las puntas; su corsé estaba bordado con semillas de granada. —Para representar su dominio sobre la tierra, de acuerdo con la lección de Mephistopheles sobre los significados de los cartas de tarot—. Estaba regia y elegante, soberbia y orgullosa. Con su pelo peinado con rizos dorados que caían como una cascada por su espalda, yo podía ver cómo era la imagen misma de una perfecta figura angelical. Aunque sabía que su apariencia inocente no debía engañarme.

Su presentación comenzó de forma lenta; se balanceó de un extremo del salón al otro. Al viajar de un trapecio al siguiente, parecía encantada cada vez que las puntas de sus dedos abandonaban la seguridad de un trapecio y se aferraban al próximo. Recordé cómo añoré esa sensación de libertad cuando mi hermano y yo asistimos al circo durante los asesinatos del Destripador. Había algo realmente increíble en dejarse llevar.

Un segundo haz de luz anunció que otro artista la acompañaría. El joven se retorció y dio volteretas, entrecruzándose con Cassie a medida que sus trucos se volvían más intrincados.

—Ese es Sebastián —susurró Liza—. Utiliza muy bien sus contorsiones para este acto.

Observé al contorsionista con un interés renovado. ¿Era capaz de asesinar a las mujeres a bordo de este barco y exhibir sus cuerpos de manera tan infame? No había llegado a charlar con él y noté que se alejaba de mí cada vez que yo estaba cerca. Mientras él volaba de un lado al otro sobre nuestras cabezas, dando volteretas por el aire, pude imaginar la fortaleza que ocultaba su cuerpo esbelto.

El resto de la audiencia en el salón comedor disfrutó con educación del espectáculo, aunque había una sensación considerable de sobrecogimiento. Me pregunté si se trataba del temor de que las cosas se volvieran mortales, o la ausencia de esa misma cualidad. Estos pasajeros eran los menos afectados por los crímenes. Aunque podrían estar ofreciendo una actuación propia hasta que esta pesadilla terminara.

—Damas y caballeros. —La voz de Mephistopheles retumbó, aunque era imposible divisarlo—. Prepárense para deslumbrarse. Nuestro escenario se encuentra listo, y sin duda quedarán atónitos

y aturcidos por el próximo acto. ¡Por favor, contengan sus emociones mientras el Gran Houdini intenta escapar de la muerte una vez más en la infame celda de tortura!

Thomas hizo el ademán de abrir la boca cuando un tercer haz de luz destelló de pronto y unas manos invisibles alzaron el telón que ocultaba el objeto que había sobre el escenario. No debí haberme sorprendido por las repentinas respiraciones ahogadas y los gritos subsiguientes que se escucharon cuando las personas comenzaron a descifrar lo que estaban mirando.

Suspendida dentro de la celda de tortura —un tanque de cristal repleto de agua— una mujer nos miraba con los ojos de un blanco lechoso. Hubiera creído que ella era una sirena legendaria si no fuera por el hecho evidente de que era muy real y de que estaba muerta. Lo que parecían ser cinco corazones anatómicos, decolorados por estar sumergidos, estaban ensartados con varas largas en sus extremidades. En el cristal habían pegado un cartel, que era demasiado pequeña como para distinguirla desde mi lugar.

Alguien vomitó cerca de nosotros, pero no pude apartar la mirada del tanque. Me llevó algunos instantes liberarme de mi propio terror y darme cuenta de que esta víctima me resultaba familiar.

La mujer que estaba sumergida en el tanque no era otra que lady Crenshaw.

33

MOTIVO

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

Los bufones venecianos que se encontraban cerca del escenario se tambalearon, y sus pasos desarticulados ya no formaban parte de su actuación, sino que nacían del terror que se sentía tan espeso como el alquitrán y que invadía el salón. Se quedaron inmóviles, mirando boquiabiertos a la mujer muerta, su silencio era más aterrador de lo que había sido mientras habían bailoteado de un pie al otro.

Cualquier esperanza de que esto hubiera sido una parte espeluznante del espectáculo, se desvaneció de inmediato. Después de un instante, la audiencia comprendió por completo lo que había horrorizado tanto a los artistas como para interrumpir su procesión perturbadora.

Los cuchillos cayeron con estrépito sobre los platos, las exclamaciones recorrieron el salón y, a juzgar por el sonido de un cuerpo golpeando contra una superficie, al menos un pasajero se había desmayado. No podía culparlos; la imagen de lady Crenshaw suspendida en ese tanque con sus ojos blanquecinos y su pelo largo flotando en el agua era algo salido directamente de un libro de terror. Un cuento demasiado retorcido para ser real.

Como si fueran los protagonistas estrella aceptando sus propios papeles en este espectáculo de horror, Tío y Thomas saltaron de sus asientos y corrieron hacia el tanque. Yo arrojé mi servilleta sobre la mesa y me incorporé a medias, lista para seguirlos, pero no quería dejar solas a Liza y a la señora Harvey. Incluso con el zumbido constante del terror atravesando mi cuerpo, una verdad me tranquilizó: no creía que nadie más se encontrara en peligro inmediato. Al menos, no por ahora.

Tío se dirigió a gritos a los atónitos miembros del carnaval.

—¡Cierren el telón!

Casi de inmediato, obedecieron la orden, y el telón entintado se cerró con rapidez, llevándose con él la imagen del cadáver sumergido. Me quedé mirando las cortinas de terciopelo, con pensamientos agolpándose en mi mente. Si Thomas y Tío no hubieran actuado con tanta rapidez, quizás hubiera podido convencerme de que yo había inventado una imagen tan macabra. Otro cuerpo exhibido de forma teatral. Era casi imposible.

El mes anterior había examinado los órganos de una víctima por ahogamiento. No podía deshacerme de la imagen de esos labios azules y de ese vientre hinchado sin importar cuánto lo intentara. Pero ese hombre había muerto como resultado de un horrible accidente; algo que no era probable en el caso de lady Crenshaw.

El capitán Norwood apareció desde algún lugar cercano al escenario y comenzó a vociferar órdenes al personal y a la tripulación como si fuera un general al mando de su ejército. Apenas

unos instantes después de su llegada, los pasajeros fueron conducidos con prisa hacia las puertas. Sin importar cuántos asesinatos extraños hubiéramos presenciado, los pasajeros no hacían que las tareas de evacuación fueran más fáciles.

El caos y la discordia invadieron el salón, lo que provocó la caída de algunas personas al suelo, que quedaron aplastadas por la multitud que escapaba. Observé la escena, inmóvil y sin parpadear, como si yo fuera una simple aparición que estaba contemplando las idas y venidas del infierno. Sin duda, si tal lugar existía, sería como esta estancia. Un pequeño incendio se desató cerca de la parte trasera, el resultado de las velas que habían caído sobre los manteles de las mesas.

—Ve. —Liza aferró mis manos con las suyas, los ojos bien abiertos y la mirada decidida—. Tío te necesita allí arriba. Yo acompañaré a la señora Harvey a sus aposentos. De nuevo. —Reprimí un escozor repentino en los ojos y Liza me envolvió en un fuerte abrazo—. Todo irá bien. Estaremos en Nueva York mañana a medianoche. Solo debemos sobrevivir un día más.

Asentí, incapaz de hacer otra cosa, y retrocedí. Una vez que ellas se dirigieron hacia la salida, recogí mi falda y corrí escaleras arriba tan rápido como pude y me escabullí detrás del telón de terciopelo. Mephistopheles se encontraba allí parado, con las manos sobre las caderas, observando a la mujer muerta.

—Se lo aseguro, es simplemente imposible que ella haya hecho esto por sí misma —afirmó. Su tono implicaba que no era la primera vez que había compartido esa información, y estaba intentando permanecer en calma a pesar del cuerpo flotante que había en su tanque. Señaló la tapa del artilugio—. ¿Ven esos candados? Alguien los ha asegurado. Hacen falta dos de mis hombres para hacer encajar la tapa. Una vez sumergida en el tanque, de ninguna manera hubiera podido maniobrar con la cubierta y luego cerrarla. ¿Y en serio creen que ensartó cinco corazones y luego pegó la carta de ese mismo palo en el cristal?

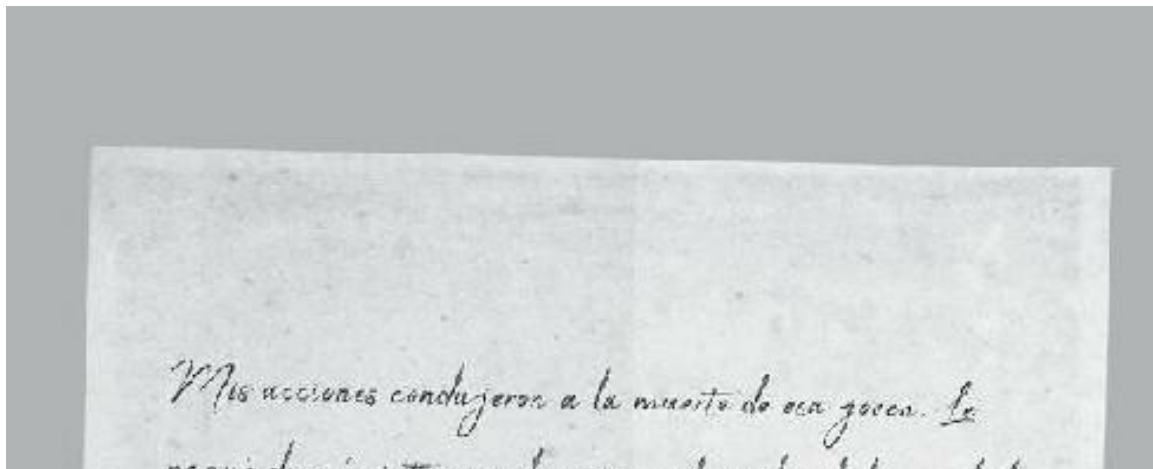
—¿Qué significa el cinco de corazones? —pregunté, ya no preocupada por las sospechas que yo podría suscitar—. Usted tiene conocimientos de cartomancia, ¿no es así?

Mephistopheles se restregó la frente.

—Celos. Significa el mal que le desean las personas que la rodean.

—Tiene sentido, considerando su carta —comentó Thomas.

—¿Carta? —Me acerqué a Thomas y noté que tenía una hoja de papel en la mano. Levantó la mirada y me entregó la nota mientras Tío se movía alrededor del tanque y anotaba los detalles. Yo leí rápidamente el papel, el pulso al galope mientras leía la caligrafía escrita con prisa.



preguntar me más inencionadamente el nombre de la caridad
después de que mi esposo admirara su belleza. luego la
usé de habernos robado cuando mi marido preguntó sobre
el dinero faltante. Quería que ella supiera que, si bien era
considerada buena para ser una ruzorzueta de la calle que
probablemente se ganaba algo más que cumplidos por parte
de los hombres casados. ella sobrevivia gracias a los
ciudadanos decentes como yo. Yo era una envidiosa. Y ese
defecto me ha costado mi regalo más preciado, mi hija. No
puedo vivir con la culpa. Estoy verdaderamente arrepentida
de todo lo que he hecho.

Volví a leer la carta con el ceño fruncido.

—¿A qué joven se refiere?

—Esa es la pregunta del millón, Wadsworth. —Thomas levantó un hombro—. Quizás está hablando de algo que ocurrió fuera del barco. De hecho... —Señaló la segunda línea—, estoy seguro de que los hechos a los que ella se refiere tuvieron lugar antes de que cualquiera de ellos abordara este barco. Creo que aquí reside el motivo de nuestro asesino.

La comprensión me iluminó de manera tan brillante como el amanecer.

—Lo único que tenemos que hacer es descifrar a quién se refiere esta carta y tendremos a nuestro asesino.

Mephistopheles se colocó a mi otro lado y soltó un resoplido.

—Ah, ¿eso es todo? Usted lo hace sonar muy fácil, pero no lo es en lo más mínimo.

Thomas lo observó de una manera que me hizo sacudir la cabeza.

—Quizás no para alguien como usted —respondió—. Sin embargo, cualquiera que tenga un poco más de lógica e inteligencia puede hacer las conexiones. Observe. —Thomas volvió a sujetar la carta con gentileza y se aclaró la garganta—. «Si bien era considerada bonita para ser una mujerzuela de la calle...». Basándonos en esta línea, alguien con un poco de inteligencia podría deducir que la «joven» en cuestión trabajaba en una profesión que sería inferior a la posición de lady Crenshaw, pero no tan baja como para evitar que interactuaran. Lo que me lleva a considerar algunas posibilidades.

—Es usted insufrible —susurró Mephistopheles.

Sonreí.

—Solo está comenzando.

Thomas ignoró el comentario y enumeró los posibles trabajos con los dedos.

—Vendedora de comidas. Vendedora de baratijas. Vendedoras de cintas o sedas. Dada la posición de lady Crenshaw, dudo que estuviera comprando alimentos. Sería una actividad muy baja para ella. Esa tarea estaría reservada para el personal de cocina. Además, no puedo imaginarla comprando algo que no proviniera de una tienda más «respetable». *Exempli gratia*, no se molestaría por nada que no valiera una suma significativa y que no le permitiera alardear delante de las otras damas durante el té semanal. Flores, cintas o sedas, esa sería la clave. Demostrarían su poder adquisitivo y su habilidad para emplear el dinero en cosas frívolas.

Mephistopheles sacudió la cabeza.

—Es usted muy inteligente, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —respondió Thomas—. ¿Se supone que eso es un insulto? ¿Qué será lo próximo que comente sobre mí? ¿Las motas doradas de mis ojos? ¿Los ángulos de mi mandíbula?

—¿El tamaño extraordinario de su ego?

Una sonrisa endiablada se dibujó lentamente en la cara de Thomas.

—No es la única cualidad prodigiosa de la que puedo alardear.

—Ignorando el comentario, ¿está diciendo que si esta fuera una historia usted sería el héroe?

—No sea ridículo —respondió Thomas, parecía realmente ofendido—. Yo soy oscuro y misterioso. Y muy proclive a besar y matar en un abrir y cerrar de ojos. ¿Acaso eso suena heroico para usted? No muchos héroes son mentes brillantes y además apuestos. Yo, sin embargo, he atesorado mis talentos oscuros para el bien de todos.

—Ah. Ahora lo comprendo. —Los labios de Mephistopheles contuvieron una sonrisa—. Es usted un lunático.

—Prefiero «impredecible». Suena mejor.

Me aclaré la garganta.

—Sinceramente, los dos sois muy infantiles. ¿Podemos concentrarnos en la pobre mujer del tanque?

Por fortuna, Jian, Houdini y Andreas escogieron ese momento para aparecer entre bambalinas. Cada uno de ellos palideció al ver el cuerpo, pero, hablando a su favor, consiguieron apartar la mirada y no descomponerse. Divisé a Anishaa acurrucada detrás del telón junto con Sebastián y Cassie, en sus caras había expresiones de conmoción y terror.

Harry le dedicó a Mephistopheles una mirada firme.

—Todos están hablando de pasar desapercibidos hasta llegar a Nueva York y luego desaparecer.

La cara del maestro de ceremonias adoptó una expresión sombría. Pareció casi resignado al hecho de que sus sueños ya habían caído al abismo.

Algo se agitó en mi interior y me hizo que tuviera deseos de solucionar toda esta situación. Antes de que Mephistopheles pudiera emitir comentarios, di un paso adelante.

—Estamos cerca de resolver los asesinatos —anuncié, levantando la voz para que todos me escucharan y deseando sonar mucho más confiada sobre ese hecho de lo que realmente me sentía—. Ya hemos descubierto la profesión de la joven que lady Crenshaw describió en su carta. No debería llevar más tiempo hacer encajar otras piezas.

Observé a cada artista y luego desvié la mirada hacia Mephistopheles. Era difícil descifrar algo con seguridad detrás de su antifaz, pero hubiera jurado que vi gratitud en sus ojos.

—El espectáculo debe continuar —afirmé—. Es lo que ustedes hacen. Brindarles a los pasajeros un poco de esperanza y distracción, ellos las necesitan; y ustedes, más que nunca. Hagamos que este acto final se convierta en algo digno de recordar.

UN SOSPECHOSO ESPECTACULAR

CUBIERTA DE PASEO DE PRIMERA CLASE

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

—No, no, no. —Anishaa movió mi mano desenguantada hacia abajo varios centímetros—. Si sostienes el bastón tan cerca de la llama, te prenderás fuego. Las faldas de nuestros disfraces son muy inflamables con todo ese tul. Tienes que sostenerlo cerca del extremo. Bien. Ahora solo muévelo a tu alrededor con lentitud, finge que estás pintando el cielo con llamas.

Fruncí el ceño.

—«¿Pintando el cielo con llamas?». Suena como un cuadro dramático.

Anishaa esbozó lentamente una sonrisa. Solo habían transcurrido algunas horas desde el descubrimiento del cuerpo de lady Crenshaw, y la tensión todavía estaba intacta en el aire.

—Yo solía pintar antes de que mi vida se convirtiera en esto. —La sonrisa se desvaneció—. Mi familia alentaba mi creatividad, aunque nunca le dieron su aprobación al circo.

Sobrevinieron unos instantes de silencio, que se vieron rotos solo por el crepitar suave del fuego. Si no hubiera estado sosteniendo una antorcha, le hubiera dado un abrazo.

—Bueno, ahora eres una pieza de arte viviente. Y eso es una increíble...

—¡He leído la carta! ¿Acaso lo vas a negar? —gritó Liza con voz chillona. Cerré los ojos durante un instante, sin verme sorprendida, pero temiendo el hecho de que mi prima estuviera perdiendo el control en este momento. Nos encontrábamos tan cerca de Nueva York... ojalá se hubiera podido contener un poco más de tiempo—. ¡Esto ha terminado, *nosotros* hemos terminado! ¡No quiero volver a verte ni hablar contigo!

—¡No le he estado escribiendo a nadie!

Liza, con su cara casi de un tono borgoña, cruzó a zancadas el salón comedor, ignorando cada intento de Houdini por detener su procesión. Anishaa y yo intercambiamos miradas nerviosas, pero mantuvimos las bocas cerradas. Deseé estar de vuelta sobre el trapecio con Cassie y Sebastián, muy lejos de los fuegos artificiales que estaban estallando fuera del escenario. Miré una vez más en dirección a Anishaa y vi que ella sentía lo mismo; la devoradora de llamas estaba contemplando con nostalgia el telón, probablemente deseando poseer las habilidades de escape de Houdini.

—Liza, ¡la única mujer a la que le escribo es a mi madre! Tienes que creerme...

—No, Harry, ¡no tengo que hacer nada! —Se marchó por el salón y arrojó su antifaz a los pies de él—. Toma tus mentiras, puedes vendérselas a cualquier otra persona. ¡Esta conversación ha terminado!

—Lo juro...

Mephistopheles entró lentamente en el salón junto a Jian y Andreas, y se detuvo cuando vio a

Anishaa y a mí sosteniendo nuestros bastones en llamas y a Liza y a Harry echándose chispas.

—Las peleas entre amantes no están permitidas durante los ensayos. Por favor, reservad el drama solo para un espectáculo privado.

Liza le dedicó al maestro de ceremonias su mirada más fulminante y levantó el mentón.

—Hemos terminado aquí. Asegúrese de que él se mantenga lo más alejado posible de mí o tendrá un espectáculo nuevo en sus manos.

Después de decir eso cerró la puerta de un golpe e hizo tintinear la cristalería, que ya había sido dispuesta para la cena de mañana a la noche. Harry hizo el ademán de seguirla, pero Mephistopheles lo detuvo apoyándole una mano en el pecho.

—Deja que se recomponga. Nunca es sabio insistirle a una persona que está enfadada.

—¡Pero no he hecho nada malo!

—Vamos a buscarnos una bebida. —Mephistopheles envolvió al escapista con un brazo y lo guio entre las mesas hacia el otro lado del salón—. Debemos mantenernos unidos ahora. El espectáculo te necesita en tu mejor momento.

Mephistopheles me dedicó una mirada por encima de su hombro y llevó a Houdini fuera.

Anishaa sacudió la cabeza.

—Deberíamos apagar todo esto. Tengo que descansar un poco y tú deberías hacer lo mismo. — Se me acercó y me olisqueó el pelo—. Quizás quieras darte un baño antes de la mañana, tu pelo huele un poco a queroseno. Será difícil de ocultar frente a Thomas o a tu tío.

Asentí de manera ausente, seguí a Anishaa a un cubo de agua que había sido dispuesta para nosotras y extinguí mi bastón en llamas, que emitió un siseo de vapor. La insistencia de Houdini en que era inocente me perturbó. Había parecido estar hablando con sinceridad, tenía el rostro contraído por el dolor. O era un mentiroso experto, o había estado diciendo la verdad. O una versión de ella.

Lo que significaba que existía la posibilidad de que el maestro de ceremonias hubiera ideado otra ilusión. Una mentira más que añadir a una lista que parecía interminable. Quizás Liza no debía escapar solo de Houdini después de todo.

• • •

Unas horas más tarde, me escabullí de mi camarote con la esperanza de que hubiera pasado el tiempo suficiente para poder encontrar a quien estaba buscando. Él no estaba merodeando por la proa, lo que significaba que solo había dos lugares más donde podría estar a esta hora.

Eché un vistazo por encima de mi hombro para asegurarme de que estaba sola y luego me dirigí hacia la escalera. La bajé a toda velocidad. El metal golpeaba la suela de mis zapatos y me recordaba lo viva que me encontraba y lo fugaz que podía ser ese estado.

Entré en la bodega de carga de animales y Mephistopheles se sobresaltó un poco, pero se recuperó con gran rapidez. Me observó desde las sombras, y yo hice lo propio. Su antifaz se encontraba firme en su cara, aunque su camisa estaba arrugada y húmeda. Estaba tan horrible como me sentía yo.

—Me mintió. —Lo observé de cerca, buscando cualquier grieta en la armadura que llevaba puesta con tanta frecuencia como sus antifaces—. Sobre la carta de Houdini. Le estaba escribiendo a su madre, ¿no es así?

Mephistopheles ni siquiera parpadeó, su mirada viajó de mis ojos a mi boca, y luego sonrió con suficiencia cuando vio cómo yo fruncía el ceño.

—No le mentí, querida mía. Si recuerda esa noche, nunca afirmé que él le hubiera estado escribiendo a una amante secreta. ¿O sí?

—Ah, ¿no lo hizo? —pregunté a modo de burla—. Entonces supongo que yo misma inventé la carta medio destruida e inventé una historia que cuadrara con ella.

Sostuvo mi mirada, la expresión desprovista de diversión.

—Considérela su primera lección real de prestidigitación, señorita Wadsworth. Los juegos de palabras también son una herramienta valiosa para cualquier mago u artista del espectáculo. Nuestras mentes son conjuradoras magníficas, capaces de producir infinitos actos de magia. Lo que dije y lo que le enseñé esa noche fue simplemente una carta a medio destruir. Su mente fabricó una historia, creó sus propias conclusiones. Yo nunca dije que él tenía una amante en secreto. Nunca dije otra cosa excepto que le escribía a otra persona y que enviaba una carta desde cada ciudad que visitaba.

Negué con la cabeza y deseé poder sacudir al hombre que tenía delante de mí.

—Pero usted dijo que él la quería.

Mephistopheles asintió.

—Así es. Imagino que quiere mucho a su madre.

—Me aseguré que Liza no sabía nada de las cartas o de la mujer. Me hizo creer que había algo más sucediendo... usted... —Regresé a la noche de nuestro pacto, y mi estómago dio un vuelco con cada recuerdo nuevo de nuestra conversación. Él no me había mentido. Pero no me había contado toda la verdad.

—Yo ¿qué? —preguntó—. Yo expuse los hechos para usted, señorita Wadsworth. Usted *supuso* que yo me refería a una amante. Usted *supuso* que él no era de fiar, simplemente debido a nuestra profesión. Sus prejuicios interfirieron con su capacidad para investigar, para hacer preguntas más específicas, para separar los hechos de la ficción de su mente. Usted tuvo la oportunidad de aclararlo todo; yo no le hubiera mentido. Esa fue una elección que *usted* tomó y ¿yo me beneficié de ella? Por supuesto que sí. No lo negaré, he utilizado este método antes, y sin duda lo utilizaré en el futuro. Si quiere enfadarse con alguien, entonces enfádese con usted misma. Ha creado una ilusión de la verdad que usted quería ver.

—Es usted una persona terrible.

—Soy terriblemente preciso en leer a los seres humanos. Cambie el comportamiento humano, señorita Wadsworth, y yo cambiaré mis tácticas.

—Me hizo romper el corazón de Liza sin un buen motivo.

—Ah, ¿sí? ¿Puede pensar en un solo motivo que no sea bueno? —Inclinó la cabeza—. ¿En serio cree que ella puede relacionarse con un escapista de un carnaval ambulante? ¿O no considera que es un capricho que tiene consecuencias desastrosas? Le hizo un favor a su prima, señorita Wadsworth. Pero a veces los favores no se parecen a ramilletes de aroma dulzón. Houdini en algún momento le hubiera roto el corazón o ella hubiera roto el de él. La elección correcta no siempre es la más fácil. —Me ofreció una reverencia leve—. Espero que algún día comprenda eso. Buenas noches.

—Ah, no —dije, y marché detrás de él y lo hice girarse para que me mirara—. No hará eso.

—¿Hacer qué, exactamente?

—Verter queroseno, encender el fuego y alejarse cuando el incendio se vuelve demasiado caluroso para su gusto.

Se apoyó contra la jaula del león, con expresión reflexiva. Deseé que el león decidiera comer un tentempié de medianoche. Un pensamiento desagradable y miserable, ya que sabía que el

animal había devorado al menos parte de una de las víctimas. Una víctima que todavía debíamos identificar. Me estremecí. Mephistopheles se quitó la levita y la colocó sobre mis hombros, y el terciopelo bordado de color escarlata me recordó demasiado a la sangre.

—Yo aplico la ciencia y el estudio de la mente humana al igual que usted —respondió con calma—. No se enfade si usted tomó el camino aburrido y tradicional. Todavía está a tiempo de escoger algo diferente. Quiere prender fuego a su mundo, y yo le daré la caja de cerillas.

—«¿Aburrido?» —repetí como un loro—. Discúlpeme si no encuentro la diversión en la idea de destruir una vida en un abrir y cerrar de ojos. Quizás deba atenerse a diseñar disfraces bonitos.

—Si desea unirse a mi carnaval de medianoche de manera permanente y ofrecer más ideas estelares, solo tiene que pedírmelo.

—Está completamente loco si piensa que me gustaría unirme a usted o valerme del uso «depravado» que hace de la ciencia y de la ingeniería. Sus presentaciones son violentas y salvajes. Lo único que dejan en evidencia es lo horrible que puede ser el mundo. —Levanté las manos con frustración cuando él sonrió—. ¿Por qué eso le resulta divertido?

—Su vehemencia me resulta encantadora.

—Su falta de compasión me resulta desagradable —respondí—. ¿Alguna vez habla en serio?

—Por supuesto que sí. Hablo en serio cuando afirmo que soy la persona más sincera que conozco —dijo, su voz estaba tranquila de una manera frustrante—. La verdad es afilada. Brutal y cruel. Hace daño. Algunas veces, cuando se la pronuncia sin cuidado puede dejar cicatrices. Nuestras presentaciones exponen ese hecho, y no nos disculpamos por ello. Una vez más, si se encuentra enfadada con alguien es con usted misma. ¿Qué verdad descubrió cuando revelaron el tanque esta noche?

—¿Además del cadáver? Descubrí que todos ustedes están dispuestos a ir demasiado lejos por el bien de un estúpido carnaval.

—¿Eso es todo? —Sonrió con suficiencia—. ¿Disfrutó del espectáculo? Apuesto a que su corazón latió un poco más fuerte. Sus palmas se humedecieron a causa del temor y de la expectativa. A todos nos fascina la muerte, es lo único que todos y cada uno de nosotros tenemos en común. Sin importar nuestra posición en la vida, todos debemos morir. Y nunca sabemos cuándo será nuestro turno. Ver cómo alguien se ahoga no es atemorizante ni intimidante. Lo más perturbador es saber *qué* es lo que realmente nos emociona.

—No estoy segura de comprender lo que quiere decir.

—¿No? —Inclinó la cabeza—. Dígame, señorita Wadsworth. Imagine esto: cuando el telón cae sobre el tanque y el reloj comienza a contar, esos segundos que suenan con la intensidad suficiente como para provocar una arritmia, ¿qué le susurra su mente entre los latidos de su corazón? ¿Ruega que Houdini lo consiga? ¿Desea en contra de las aparentes imposibles posibilidades que él derrote a la muerte? ¿O se encuentra sentada allí, con los puños apretados debajo de la mesa, tanto anticipando como temiendo la posibilidad de presenciar algo que todos tememos? ¿Qué es más emocionante? ¿Más aterrador?

Tragué saliva con esfuerzo y no respondí; no era necesario. A pesar de que no habíamos tenido la oportunidad de presenciar el acto al que él se estaba refiriendo, Mephistopheles ya sabía cuál sería mi respuesta.

—Esa es la verdad que ofrecemos —dijo—. Todos nosotros estamos desesperados por encontrar una forma de superar la mayor amenaza de todas: la muerte. Al mismo tiempo nos mostramos expectantes cuando llega para alguien más. Quizás odie la verdad, la niegue, la maldiga, pero el hecho es que usted se encuentra igualmente encantada por ella. Saber que las

llamas queman no siempre es un detrimento para jugar con fuego.

Al ver que no decía nada, levantó un hombro, pero había una tensión alrededor de su boca que contradecía su indiferencia.

—La vida, tal como el espectáculo, debe continuar, estemos de acuerdo con ello o no. Si dejamos de vivir, de celebrar nuestra existencia en el rostro de la muerte o de la tragedia, entonces será mejor que cavemos nuestras propias tumbas.

Un pensamiento me asaltó.

—¿De quién fue la idea de la celda de tortura de esta noche... suya, de Houdini o del capitán?

—Llamémoslo un acuerdo mutuo. —El león gruñó, y Mephistopheles se alejó de la jaula, sobresaltado. Se recolocó su chaleco—. ¿Qué descubrió con respecto a la muerte de la señora Prescott?

Que cualquiera, él incluido, podía haberla colocado en ese baúl. Me estremecí; dos mujeres asesinadas, en un baúl y en un tanque. Dos lugares horripilantes de descanso.

—Haremos la autopsia por la mañana. Su marido ha pedido una noche para despedirse.

—Tiene la certeza de que identificará la causa de muerte, ¿verdad? —insistió. Asentí, pero no estaba lista para admitir que ya habíamos descubierto que posiblemente la habían asfixiado—. Interesante.

—En realidad no es interesante ni difícil, una vez que se tiene la práctica suficiente.

—Algunos creerían que el trabajo que usted hace es imposible. Piénselo un instante, por favor. Usted toma un cuerpo, lo abre por la mitad y lee las pistas que alguien dejó atrás. Suena imposible para alguien que no está versado en su campo de estudios. ¿Leer a los muertos? ¿Identificar la causa de muerte con la sola ayuda de la vista, determinar qué órgano no estaba funcionando correctamente? —Caminó en un círculo con las manos detrás de la espalda—. Pero tiene que ensuciarse las manos, ¿no es así? Hacer algo que los demás creen que es imposible, sin importar el ámbito o circunstancia, hará que sus manos queden manchadas en el proceso.

Di un paso inestable hacia atrás y casi perdí el equilibrio junto a la jaula del tigre. Había un aire confesional en sus palabras, lo que hizo que la piel de mi brazo se erizara y mi cuerpo entrara en alerta. No sabía nada sobre este joven, excepto que tenía la habilidad de distraer y engañar.

Mi corazón retumbó. ¿Me había utilizado Mephistopheles como distracción durante todo este tiempo? Esos encuentros de medianoche podrían haber sido su método para distraer a Thomas, para hacerle creer que estaba sucediendo algo clandestino entre nosotros, para forzarlo a pasar por alto otros actos siniestros que él podía estar cometiendo. Quizás Thomas confiara en mí, pero sin importar cuánto lo negara, era humano. Era posible jugar con sus emociones como con las de cualquier otra persona. Tal como Liza me había advertido.

Y yo había sido igualmente encandilada por Mephistopheles. Estaba haciendo exactamente lo que él me había pedido porque quería ayudar a mi prima a cualquier precio. Un hecho que él había notado de inmediato. Los magos estaban entrenados para encontrar blancos entre la audiencia, y Mephistopheles era uno de los mejores.

Me observó desde las sombras, el león enjaulado se paseaba de un lado al otro detrás de él. Había algo oscuro e inquietante en Mephistopheles, un felino que tenía el estómago repleto y estaba decidiendo si valía la pena matar al ratón. O reservarlo para otro día cuando estuviera hambriento. Nunca supe por completo qué era lo que él deseaba más y qué era lo que me emocionaba más a mí. Quizás, en mi interior, yo era tan retorcida y putrefacta como él.

No se me acercó, pero de cualquier manera consiguió acortar el espacio que había entre nosotros. Yo deseé que se me ocurriera una respuesta astuta, algo que le demostrara que no tenía

miedo de ganar en sus juegos, pero él echó un vistazo deliberado a mis manos.

—Si desea conseguir grandes cosas, algunas veces debe ensuciarse las manos para trepar por la ladera. Pero eso es algo que usted ya ha hecho para sus propósitos. Es un tanto extraño que no me otorgue la misma cortesía.

Noté la mancha de suciedad que había en mis palmas. Me restregué las manos, pero la mancha no cedió. Debí haber sujetado los barrotes en algún momento, aunque la imagen de las manos manchadas me crispaba los nervios; me había ensuciado las manos con sangre en más ocasiones de las que podía contar.

—Debido a las aguas turbulentas, el capitán dijo que tardaremos otro día en llegar a tierra, señorita Wadsworth. —Mephistopheles se giró para retirarse, luego hizo una pausa, y golpeteó el marco de la puerta con los dedos—. Realmente deseo que resuelva los asesinatos, por el bien de ambos. No estoy seguro de que el carnaval soporte otro golpe. Hay más de una manera de ahogar a un hombre.

OCHO DE ESPADAS

APOSENTOS DE AUDREY ROSE

RMS ETRURIA

7 DE ENERO DE 1889

Me deslicé hasta mi habitación, aliviada de encontrarla vacía. Liza debió haberse quedado fuera junto con los demás artistas para apaciguar su enfado, y era probable que la señora Harvey estuviera dormida. Nadie se enteraría de mi encuentro de medianoche con el Diablo.

—Maldito tonto. —Me senté en el borde de la cama, y recorrí de manera ausente las orquídeas bordadas en mi falda de seda. Las palabras de Mephistopheles se agolpaban en mi mente. Sin duda había más de una forma de asesinar a un hombre; quienquiera que hubiera estado aterrorizando a este barco estaba al tanto de ese hecho.

Agarré las cartas de mi mesilla de noche y las apoyé sobre las mantas. Habíamos encontrado la mitad de ellas junto con los cuerpos y a la otra mitad, cerca de las escenas del crimen. As de tréboles. Seis de diamantes. As de picas. Cinco de corazones. Sin embargo, los asesinatos en sí mismos representaban cartas de tarot y sus significados.

El cinco de corazones tenía su correlato con los celos. El as de tréboles, con la riqueza. Lady Crenshaw sin duda estaba celosa de alguna joven no identificada. Alguien había clavado el as de tréboles en la señorita Prescott en la noche de apertura; quizás habían sobornado a su padre.

Me restregué las sienes. Nada de esto tenía sentido. A menos que, tal vez, quienquiera que estuviera perpetrando estos crímenes estuviera indicando que él o ella estaba exhibiendo sus cartas para que todos las vieran. Era descabellado, pero podría ser un buen lugar por el cual comenzar.

Revisé las otras notas que había tomado y las desplegué junto a las cartas. Tío creía que algunas veces era posible detectar un patrón o que nuestro cerebro detectara algo después de haberlo escrito en papel. Sus métodos rara vez me fallaban. Añadí algunas notas nuevas.

Carta de tarot encontrada en la actuación de Jian: Justicia.

Cuerpo empalado con siete espadas.

(Hija del doctor Arden, carta de tarot: Siete de Espadas).

Hice una pausa y recordé que Mephistopheles lo había llamado un Siete de Espadas invertido. Y significaba... significaba... algo sobre una persona que creía haberse salido con la suya. O eso era lo que él había dicho. ¿Así que eso indicaba que la hija del doctor Arden había estado en problemas? ¿Podría haber creído que era libre de cualquiera que fuera el crimen que hubiera

cometido? No tenía ni idea de dónde encontrar esa respuesta... el doctor Arden todavía se negaba a salir de su camarote o a abrirnos la puerta, y el capitán estaba cada vez más nervioso cuanto más cerca de Estados Unidos nos encontrábamos. Seguí adelante y agregué ese último detalle de información.

La Estrella (cuerpo quemado sobre el escenario), encontramos un anillo de esmeralda, lo que confirmaba la identidad de la fallecida: la señorita Crenshaw. Significado de tarot: «¿Transformación?».

El seis de diamantes en su camarote. Todavía no desciframos el significado.

Solanácea venenosa en su estómago: causa de muerte.

Un brazo amputado en la jaula del león: todavía no identificamos el cuerpo; es probable que sea de un hombre, teniendo en cuenta nuestra examinación. No le quitaron el anillo de bodas.

La señora Prescott asfixiada en un baúl, sin cartas de tarot. ¿Cómo se relaciona con el resto?

Lady Crenshaw encontrada en un tanque. El cinco de corazones en lugar de una carta de tarot. Dejó una nota detallando sus supuestos crímenes. Sin embargo, ella no pudo haberse metido sola en ese tanque. Significado de la carta: celos.

Me recosté y moví la cabeza de un lado a otro para estirar los músculos. Definitivamente había un patrón en los crímenes, con la excepción del brazo amputado y el cuerpo que encontramos en la bodega de carga. Esos no parecían estar conectados con los otros asesinatos. A menos que hubieran sido víctimas desafortunadas que se habían topado con los crímenes y podían reportarlos a alguien. Y posiblemente identificar al asesino...

—¿Qué es lo que no estoy viendo? —pregunté en voz alta—. ¿Qué es lo que los conecta a todos? ¿Qué historia cuentan estas cartas y sus significados?

Pensé en el comportamiento extraño del doctor Arden, en cómo nos había impedido hablar con el primer magistrado Prescott, cómo nos había mentado abiertamente. ¿De qué podrían estar escondiéndose tanto él como los Prescott? Y después de la muerte de su hija, ¿por qué todavía seguía negándose a hablar con nosotros?

Un primer magistrado y un doctor. Una mujer de clase alta que sentía cargo de consciencia. Dos posibles testigos. Dos estilos diferentes de cartas, las cuales albergaban significados secretos que descifrar. Me mordí el labio inferior y me concentré mientras una idea se formaba en mi cerebro con lentitud. Si Thomas estaba en lo cierto, entonces posiblemente lady Crenshaw había

encontrado a una joven que le vendió algo digno de recibir su atención. No consideraba que las cintas fueran algo de lo que alardear en el té. Si yo fuera la anfitriona de una fiesta lujosa, o una que deseara que lo pareciera, compraría tantas flores como pudiera. Eso marcaría un estatus de riqueza, en especial si las flores provenían de invernadero. Mi pulso se aceleró. Era el escenario más plausible.

Los Crenshaw y los Prescott habían recibido invitaciones para abordar gratis al *Etruria* y se conocían desde antes de zarpar. Si lady Crenshaw consiguió que su marido se enfadara lo suficiente, sería lógico que él recurriera a su amigo, el primer magistrado, y presentara una queja formal en contra de la joven de las flores. ¿Acaso no le ofrecieron un juicio justo y en cambio la enviaron a un asilo para pobres, donde las condiciones posiblemente fueran más deplorables que las calles en las que ella luchaba por sobrevivir?

Pero ¿cómo encajaba el doctor Arden en esta teoría? Agarré una baraja de las cartas de tarot que Mephistopheles me había entregado y pasé los dedos por los bordes afileados de la carta de la Muerte, con los pensamientos agolpándose en mi mente. Un hombre del ámbito de la medicina tenía la obligación de atender pacientes, incluso aquellos que habían cometido crímenes. Quizás él había sido el doctor de la prisión y había administrado un tónico que asesinó en lugar de sanar. Tal vez no fue un accidente. Tal vez alguno de sus amigos poderosos y adinerados le habían pedido ese favor y él había accedido. ¿Acaso cada uno de ellos podría estar involucrado en un plan más elaborado para cubrir sus propios delitos? Eso explicaría por qué el doctor Arden deseaba impedir que alguien hablara. Cuanto menos dijeran, menos se implicarían en un crimen que ellos mismos habían cometido.

Eché un vistazo alrededor del camarote. Se estaba haciendo muy tarde y Liza volvería pronto, y lo último que necesitaba era rodearse de más hechos traumáticos. Ordené el caos de pruebas que había recolectado, lo guardé en mi mesilla y dejé el mazo de cartas de tarot para lo último. Mi prima ya había sufrido demasiado y cuando me incliné para cerrar el cajón, una caja pequeña envuelta en una cinta me llamó la atención.

Se me heló la sangre cuando divisé la carta de tarot Ocho de Espadas que se encontraba guardada debajo de la caja. Mi reacción inicial fue levantar la caja y arrojarla al otro lado de la habitación y gritar hasta que alguien acudiera a mi rescate. Pero mi personalidad lógica y curiosa no pudo tolerar la idea de destruir cualquier pista. Alguien había dejado deliberadamente esta carta dentro de mi mesilla y no creía que lo hubiera hecho por amabilidad.

Con el corazón acelerado, extendí la mano y con cautela deposité la caja sobre mi regazo. No era muy grande, pero aun así dudé en abrirla. Una sensación oscura y retorcida se asentó en mí. Lo que fuera que contuviera esta caja, no sería agradable. Observé la carta de tarot y me tomé un instante para armarme de valor y cumplir con esta nueva tarea. Una mujer que llevaba una venda en los ojos se encontraba prisionera dentro de una jaula de espadas. Su cuerpo entero había sido atado con sedas, lo que indicaba que no tenía escapatoria. Parecía una gran metáfora para este barco.

Volví a centrar mi atención en la caja, respirando con mayor dificultad. Debía correr hacia el camarote de Tío y abrirla allí, pero era tarde y ¿qué podría hacer él más que ofrecerme apoyo moral? Con seguridad, si él o Thomas hubieran recibido la caja, no habrían esperado para abrirla de inmediato. Aun así, me otorgué otros minutos más para concentrarme en respirar sostenidamente, y luego con lentitud y cautela tiré de la cinta. Antes de perder el valor, levanté la tapa.

En el interior, sobre una tela aterciopelada, yacía un dedo.

Parpadeé mientras los sonidos del camarote se intensificaban. De pronto, pude escuchar cada *tic tac* del reloj. Cada ola del océano que rompía suavemente contra el casco del barco. Incluso escuché crujidos provenientes del camarote contiguo, donde la señora Harvey parecía haber despertado. Todos los sonidos eran demasiado fuertes. Me concentré en inhalar y exhalar. Quería arrojar la caja fuera de mi habitación, pero hubiera sido una acción descuidada y extrema. Un dedo amputado no podía herirme.

Debajo del dedo había un papel doblado, y una salpicadura de sangre manchaba el papel color crema. El dedo ya me había alterado los nervios, pero ahora me asaltó una nueva ola de terror. Una nota de un asesino nunca era algo auspicioso.

Mis propias manos temblaron cuando la extraje de la caja, e intenté no tocar demasiado la nueva pieza de evidencia. Desdoblé la nota y agradecí estar ya sentada. Si hubiera estado de pie, con seguridad me hubiera desmayado en el lugar.


Releí la amenaza, con el corazón latiendo con más rapidez que mis pensamientos.

Liza.

Liza estaba en peligro.

Señorita Wadsworth:

Considere esta su primera y última advertencia. Detenga su investigación o la próxima parte de su prima que recibirá será su cabeza. Mi actuación casi ha terminado, y si usted cumple con su nuevo papel de joven obediente, liberaré a Liza con vida en el puerto. Si escoge un camino distinto, su destino no será el único que se verá afectado.



El asesino la tenía capturada y supe con cada fibra de mi ser que cumpliría con su palabra. Él ya había mutilado su pobre e inocente mano. La asesinaría y convertiría su cuerpo en otro espectáculo. Y todo era por mi culpa. Presioné las manos contra los ojos hasta que lo único que vi fueron destellos blancos detrás de los párpados. No podía sentarme simplemente y esperar a que Liza regresara, ilesa. Iba en contra de todo lo que yo valoraba. Pero tampoco podía dejar entrever que la estaba buscando.

Me puse de pie y me paseé por el pequeño camarote, sintiéndome más que nunca como un pájaro atrapado en una jaula de metal. Me resultaba incomprensible cómo un barco podría albergar tantos escondrijos y recovecos y lugares oscuros donde cometer actos tan infames. Corrí hacia el timbre y presioné para llamar a una criada. Necesitaba acudir a la única persona que me podía ayudar en esta situación.

Garabateé una nota con instrucciones sobre dónde debíamos encontrarnos, y ya me había colocado mi abrigo y mis guantes gruesos cuando llegó la criada.

—Entregue esta nota de inmediato. Hágale saber que es urgente.

Ella asintió y se retiró con tanta rapidez como había llegado. Incapaz de esperar un poco más, me deslicé hacia la noche y corrí hacia el único lugar donde me sentía libre de las paredes de metal que se cernían sobre mí.

CITA DE MEDIANOCHE

CUBIERTA DE PASEO DE PRIMERA CLASE

RMS ETRURIA

8 DE ENERO DE 1889

Observé la vasta extensión del océano y me quedé mirando el vacío hasta que se convirtió en un monstruo tan inmenso que ya no tuve ninguna esperanza de escapar de él. El latido de mi corazón saltó hasta convertirse en un galope desbocado. Era difícil imaginar que, al comienzo de la semana, yo había creído que este viaje sería algo de ensueño.

Ahora habían capturado a Liza, y su dedo se encontraba en una caja recubierta de terciopelo, y yo estaba en un barco repleto de personas misteriosas, cada una de las cuales tenía su propia oportunidad y motivo para asesinar. Sin duda la respuesta tenía que estar allí, destellando como una astilla de cristal roto que reflejaba la luz de la luna, esperando que alguien la descubriera. Si tan solo pudiera descifrarla antes de que algo inimaginable le sucediera a mi prima...

Sentí su presencia incluso antes que él hablara, y me giré para mirarlo. En la oscuridad, no era más que una silueta antes de dar un paso al frente.

—¿H-has descubierto algo? —tartamudeé.

Thomas colocó su abrigo alrededor de mis hombros y se quedó mirando el océano.

—El capitán Norwood tiene a toda la tripulación revisando el barco. Están recorriendo cada recoveco... la ira de tu tío es la mejor motivación, creo. Si Liza... —Inspiró de pronto y exhaló con fuerza—. No dejarán de buscarla.

Me acercó más a él, aunque eso no detuvo los temblores que me atormentaban. A Liza la estaban torturando. Yo le había hecho eso a ella. Mi condenada atracción por involucrarme con los crímenes ahora la había colocado en el corazón de uno de ellos. Padre había estado en lo cierto todos esos meses atrás. Las personas decentes no se exponían a las entrañas del bajo mundo.

Miré con fijeza el movimiento incesante de las olas oscuras al abrigo de los brazos de Thomas. Nos quedamos allí durante algunos momentos, aunque casi todo mi cuerpo vibraba con la necesidad de entrar en acción. Quería correr de un camarote al otro y gritar hasta que encontraran a Liza. Si no controlaba mis emociones y aclaraba mi mente, no le sería de utilidad a mi prima. Era probable que me arrojaran al calabozo, y eso solo complicaría las cosas.

Liza. Se me estrujó el corazón. Deseaba hacerme añicos contra el barco y hundirme en el fondo del océano. En cambio, apreté la mandíbula.

—No puedo deshacerme de la sensación de que estamos pasando algo por alto. ¿Qué papel juegan las cartas en todo eso?

Thomas me observó de reojo.

—En este momento, no estoy seguro de que eso importe.

—Todo importa y tú lo sabes —suspiré—. Jack el Destripador escogía mujeres que se veían

obligadas a venderse a sí mismas y en el caso de Drácula la mayoría de las víctimas pertenecían a la Casa de Basarab. ¿Qué sucede con estas mujeres? Tiene que haber algún hilo que las conecte en la mente del asesino. ¿Cómo encajan las piezas de este acertijo? Más aun... ¿quién conocía a las mujeres antes de que embarcaran en el *Etruria*? ¿Y por qué se llevaron a Liza? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Bueno, ellos parecen haberse conocido antes de embarcar. Eso por lo menos es un hecho certero en el caso del doctor Arden y los Prescott. ¿En cuanto a tu prima? —Thomas respiró hondo—. Es probable que ella sea solo una moneda de cambio. Estamos acercándonos al asesino, y no está contento. Lo hemos alterado y él o ella está reaccionando.

Me envolví un poco más en el abrigo de Thomas cuando una ráfaga de aire gélido azotó la cubierta.

—Hay algo en las cartas que me molesta y no puedo terminar de descifrar qué es.

Enarcó una ceja, una chispa en los ojos.

—Tienes una idea, ¿verdad?

—Ven —dije, y lo guíe hacia los camarotes, finalmente aliviada de poner mi energía en acción—. Sé exactamente quién puede brindarnos una respuesta.

• • •

Houdini abrió su puerta y nos dedicó una mirada de cansancio. Me sorprendió encontrarlo solo, sin Jian o Andreas o incluso Mephistopheles.

Sobre una mesa pequeña cerca de su cama había un libro repleto de dibujos y diagramas. La mayoría de ellos parecían ser artilugios que harían estremecer a la muerte.

—¿Seguirá intentando el truco de la celda de tortura? —pregunté, y me deslicé hacia el espacioso recinto mientras él nos hacía un gesto de bienvenida con los brazos. Había varias mesas y también baúles dispuestos de manera desordenada. Y unas cartas, esposas y cadenas se asomaban de ellos.

—No renunciaré al negocio. Sin importar cuántos cuerpos aparezcan, nada me intimidará. —Entrecerró los ojos—. ¿Liza la ha enviado aquí?

Al escuchar su nombre sentí como si unas agujas se me clavaran en el cuerpo. Él todavía no se había enterado de que Liza era nuestra última víctima. No pude reunir el coraje para responder. Thomas dio un paso adelante.

—No... —La voz de Thomas se contuvo lo suficiente como para ser solo una advertencia—, pero la señorita Wadsworth lo arrojará con gusto por la borda si sigue empleando ese tono. —Ante la expresión confundida de Houdini, agregó—: Ella es el músculo. Yo claramente soy el que posee el encanto.

Houdini sacudió la cabeza como si deseara liberarse de lo absurdo de la idea y se dirigió hacia la cama.

—Si Liza no los ha enviado, entonces, ¿por qué están aquí?

—Tengo preguntas sobre cartas. —Interrumpí a Thomas antes de que él pudiera seguir utilizando sus *encantos*—. Como usted es el Rey de las Cartas, supuse que sería la persona ideal para responderlas.

Me miró con cautela, pero finalmente asintió.

—¿Qué quieren saber?

Agarré las cartas que habíamos encontrado junto —o cerca— de las víctimas y las desplegué

sobre la mesa, y me sentí solo ligeramente terrible por haberlas conservado. En general, nunca consideraría manipular pruebas. No tenía ni idea de si el orden en el que las habíamos encontrado importaba, pero me esforcé por exhibirlas siguiendo el período de tiempo en el que habían sido descubiertos los cuerpos.

—Cinco de corazones, as de tréboles, as de picas, seis de diamantes —dijo, y levantó la mirada—. ¿Dónde se encuentra el resto de la baraja?

—Esto es todo lo que hay —respondí, y señalé la primera carta—. ¿Significan algo?

Si percibió la leve duda de mi declaración, no lo dejó entrever. Sujetó las cartas y las inspeccionó con cautela por ambos lados.

—Para empezar, estas son las cartas personales de Mephistopheles.

Thomas se quedó muy quieto junto a mí.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Houdini señaló algo en la carta con el dedo índice.

—¿Ven esto? —Me acerqué para echar un mejor vistazo a las espinas que se mostraban entrelazadas en los bordes de cada carta—. ¿Y esto? —Houdini nos enseñó una frase en una cursiva diminuta que constituía las formas circulares al dorso de las cartas—. *Vincere Vel Mori*.

—«¿Conquista o muere?» —pregunté, y le agradecí en silencio al director Moldoveanu por obligarnos a repasar nuestro latín.

—Si usted lo dice. —Houdini levantó un hombro—. No me interesa lo que signifique.

—¿Por qué eso le hace creer que Mephistopheles es el dueño de estas cartas?

—Tiene espinas y frases en latín en casi todas sus cosas. Seguramente las haya notado en todo el salón de ensayos. —Houdini sonrió—. También estaban grabadas en las fuentes la noche en la que usted bailó con el Hada Verde. Pero quizás no recuerde eso, ya que se había entregado a las bebidas espirituosas.

Sentí la mirada de Thomas sobre mí, y me di cuenta de que poco a poco estaba encajando las piezas de lo que esa declaración significaba. Sin duda, había estado ocultándole cosas, y no se lo veía feliz. Pero conociéndolo mejor, era probable que estuviera más enfadado por no haberlo deducido antes.

—¿Qué más puede contarnos sobre estas cartas? —pregunté—. ¿Por qué podrían ser importantes?

Houdini las volvió a observar y reflexionó para sus adentros.

—Se conoce al seis de diamantes por su relación con los problemas románticos, las discusiones y las peleas comunes entre los amantes, de acuerdo con su prima.

—¿Liza le contó eso? —pregunté, frunciendo el ceño. Sabía que mi prima disfrutaba la idea de realizar sesiones de espiritismo y convocar a los espíritus, pero desconocía su talento para leer las cartas. Yo podría haber buscado su consejo en cartomancia todo este tiempo.

—Le dije que todo eso era una ridiculez. Ella respondió: «También lo es coquetear con otras jóvenes», y luego se retiró enfadada. —Asió el as de picas y le dio la vuelta hacia un lado y luego hacia el otro—. Este significa desgracia. Algunas veces también un final difícil. —Movié el as de tréboles y el cinco de corazones—. No estoy seguro de estos. Si alguien puede descifrarlos, esos son Sebastián, Andreas e incluso Anishaa, en caso de que Liza no lo haga. Pero no alberguen muchas esperanzas... estas cosas en realidad no significan nada. Son solo cartas.

—¿Anishaa también es versada en la cartomancia? —pregunté—. Creí que solo conocía el tarot. Houdini me dedicó una mirada extraña.

—Es ella quien le aconsejó a Mephistopheles que todos teníamos que aprender, que podíamos

expandir nuestro negocio si convocábamos a más videntes. Andreas solo hacía ese truco del espejo mágico bávaro antes de ella. Y para ser sincero no resultó tan bien.

Mis pensamientos se agitaron con las nuevas posibilidades. Si Anishaa tenía tanto talento con ambas clases de cartas, entonces quizás fuera la persona que estábamos buscando. Tal vez sus sentimientos por Mephistopheles no eran los que yo había sospechado. Supuse que era posible que él hubiera sellado algún pacto con las familias que habían sido seleccionadas como blancos, y ella no lo aprobaba.

Houdini enarcó las cejas, probablemente sorprendido por la expresión de entusiasmo que sin duda mostraba mi rostro.

—Gracias —dije—. Ha sido de mucha utilidad.

Thomas me hizo un gesto para que nos retiráramos, luego se detuvo, y sus dedos tamborilearon en el marco de la puerta mientras observaba a Houdini.

—¿Por qué estaba discutiendo con Liza en un principio?

La mirada de Houdini encontró la mía, y deseé que él no le dijera a Thomas que me preguntara a mí. Me hubiera resultado difícil explicar cómo yo había presenciado su discusión durante uno de mis ensayos secretos. Ya estaba temiendo la explicación que tendría que ofrecer sobre el Hada Verde. El momento pasó, y él levantó un hombro.

—Una mujer muerta está flotando en mi tanque y lo único que ella desea saber es quién es la dama de Estados Unidos a quien escribo. —Houdini exhaló con exageración—. Le dije que no era nada, que no tengo a una enamorada allí. La única mujer que quiero o a la que le escribo en Estados Unidos es mi madre. Liza no me creyó.

Thomas se quedó en silencio durante un instante y dejó vagar la mirada por el recinto. Solo Dios sabía lo que estaba viendo en el lugar y lo que había deducido del escapista.

—No, supongo que no le creyó. Buenas noches.

Me llevó toda mi fuerza de voluntad contenerme de hacer una decena de preguntas mientras nos abríamos camino por los corredores desiertos y subíamos las escaleras. Cuando llegamos al segundo piso, me detuve. Nos encontrábamos ocultos en un descanso de la escalera; con suerte nadie nos escucharía.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Le crees?

—Sí. Pero si creo o no cada palabra que sale de su boca, ese es un asunto diferente por completo. —Thomas respiró hondo—. Sé que tú no quieres ver la verdad detrás de las ilusiones de Mephistopheles, Wadsworth, pero en este momento, es peligroso. Es furtivo, y sus cartas aparecieron junto a casi todas las víctimas.

—Lo que parece terriblemente conveniente teniendo en cuenta las pruebas que acumulamos —respondí—. Debes admitirlo, parece como si alguien estuviera decidido a convertirlo en el principal sospechoso. ¿Y qué sucede con Anishaa? Ella es alguien a quien no hemos investigado por completo, pero claramente es una opción válida.

—Sin duda —respondió Thomas, casi en susurros. Bajó la mirada y jugueteó con un botón de su manga, y mi estómago se contrajo—. Tenemos que hablar.

No pude negar que había anticipado que tendríamos una conversación seria, aunque una parte de mí deseaba escapar y esconderse. Había algunas cosas que prefería no enfrentar.

—Está bien.

Thomas se cruzó de brazos y me observó de cerca.

—¿Te has estado reuniendo con Mephistopheles por las noches? —No era realmente una pregunta, aunque tuvo la amabilidad de formularla como tal. Tragué saliva con esfuerzo y asentí.

Era una cobarde—. Bebiste absenta y bailaste... ¿con él?

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Sí.

Cuando Thomas no respondió de inmediato, conseguí mirarlo por fin. Esperaba ver enfado y una expresión dolida en su cara. En cambio, lo que vi fue mucho peor. Antes de que escondiera sus emociones, logré ver un atisbo del niño que creía que nunca podría ser amado. Al que yo había jurado nunca herir; una promesa que acababa de romper junto con su tierno corazón. Sus ojos estaban vacíos de emoción cuando me miraron.

—Lo que dije sobre tu libertad era cierto —comentó, y su voz fue apenas más que un susurro—. Si hay alguna posibilidad de que tú quizás... si piensas que tu corazón... —Parpadeó con tanta rapidez que cualquier dejo de lágrimas se evaporó antes de que yo estuviera segura de haberlas visto. Se aclaró la garganta—. Yo nunca te diré a quién escoger o qué camino tomar. Pero te pediré que me digas una sola cosa; ¿sientes algo por él?

—Yo... —El corazón golpeteó contra mis costillas. Quería gritar que esa era una pregunta absurda, pero por algún motivo me faltaron las palabras. Thomas podía detectar una mentira con tanta facilidad como se podía ver el sol en el horizonte. Y yo no tenía ninguna intención de mentirle. La verdad era complicada y caótica, pero él merecía conocer cada duda que merodeaba en mi interior. Sostuve las manos en alto, las palmas hacia arriba—. Y-yo no estoy segura de lo que siento.

Thomas se pasó las manos por la cara. Yo extendí la mano, odiándome por el conflicto que se había desatado en mi interior. Aferré sus manos y las aparté de su rostro, buscando alguna manera de reconfortarlo, de aquietar sus miedos, pero cualquier cosa que dijera ahora sonaría falsa.

La verdad que yo no había querido afrontar era simple. De alguna manera —ni remotamente lo llamaría amor, habría sido demasiado pronto para eso—, me había dado cuenta de que mi corazón podía ser capaz de encontrarse *interesado* en otro. Podía negarlo, fingir que no era así, pero Mephistopheles estaba comenzando a importarme. Era como una pequeña flor frágil. Si recibía el suficiente cuidado y atención, podría florecer en algo maravilloso. No sabía qué significaba eso para Thomas y para mí. Él merecía que alguien lo amara por completo y sin ninguna duda.

Ninguno de nosotros había cortejado a nadie de manera formal, ¿qué sabíamos sobre nosotros mismos o sobre las relaciones, y mucho menos sobre el matrimonio? No podía despejar sus dudas cuando no podía descifrar las mías. Este quizás fuera simplemente un error de mi buen juicio, una reacción basada en el miedo, o quizás un indicador de que todavía no estaba lista para esa clase de compromiso. Al menos no hasta que pudiera despejar mis dudas.

—Thomas. Yo...

—Por favor. No. —Sostuvo una mano en alto—. En realidad, yo nunca... —Sacudió la cabeza—. A pesar de mi fanfarronería y capacidad para interpretar una situación, nunca pude descifrar qué fue lo que viste en mí.

—Thomas, no debes... realmente te quiero, solo que...

—Si deseas alejarte, yo nunca te retendría. Quizás yo no diga y haga lo apropiado todo el tiempo, pero sé que te quiero lo suficiente como para dejarte libre.

Estaba a punto de responder que no quería ser libre, pero eso no era verdad. Durante toda mi vida había anhelado la libertad, la libertad para escoger cada detalle de mi vida. Para tomar decisiones buenas y horribles. Decisiones que me romperían el corazón y lo repararían una y otra vez. Pero nunca supe que tomar decisiones podía ser tan difícil o doler tanto. Una lágrima se deslizó por mi rostro.

—Te quiero, Wadsworth. Sin importar qué o a quién elijas, siempre lo haré. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Si me disculpas, debo intentar descubrir qué significado tienen las cartas.

Después de decir eso, se giró y desapareció con prisa por el corredor. La ráfaga de viento helado que entró cuando él abrió la puerta me despertó de mi aturdimiento. Toda mi fortaleza se desvaneció y mis rodillas cedieron. Me sujeté la cabeza con las manos y sollocé, y no me molesté en ocultar los sonidos de mi desesperación. Mi vida era un caos. Liza se encontraba en peligro mortal. El corazón de Thomas estaba roto. Un asesino había convertido este barco en un patio de juegos mortal. Y yo sentía más turbulencias en mi interior de las que había en el océano por el que navegábamos.

Me permití otro momento para llorar y dejé que las lágrimas cayeran libres por mi cara y salpicaran el suelo. Sentía como si algo en mi pecho se hubiera roto de manera permanente. Apreté los puños hasta que el dolor fue lo único en lo que me pude concentrar. Luego me incorporé, alisé mi vestido y tomé una respiración profunda y temblorosa. Liza había desaparecido. Un asesino me estaba amenazando. Sin importar cuánto me doliera, no podía concentrarme en Thomas y en nuestra relación en este momento.

Como no quería pasar otro instante paralizada por mis emociones, salí hacia la cubierta de primera clase y me apresuré a caminar por el paseo oscurecido de estribor del enorme barco.

El viento ululaba y el sonido me recordó a un hombre que lo había perdido todo en un juego de cartas. Me sujeté con fuerza el sombrero y mantuve el rostro hacia abajo contra el viento. El invierno nos estaba recordando que había cosas más terribles que hombres que tenían intenciones ocultas y jóvenes mujeres que tenían el corazón roto en este barco.

Dejé de caminar con prisa y corrí tan rápido como pude, la mente concentrada en el golpeteo rítmico de mis pies, el latido de mi pulso y el miedo, cuyas garras se aferraban a mi espalda. Necesitaba darme prisa para registrar el barco hasta encontrar a mi prima...

Un movimiento cerca de la proa me llamó la atención, y me detuve fuera de la puerta de mi camarote para escuchar algún indicio de lucha. Unas imágenes de cuerpos arrojados por la borda hacia el océano hambriento se abrieron camino a mis pensamientos. Observé las sombras, esperando que la oscuridad me respondiera con un parpadeo ocioso y que diera vida a todos mis miedos. Los sonidos de las velas agitándose con el viento me hicieron elevar la mirada, y me tambaleé hacia atrás. Alguien se encontraba de pie sobre la barandilla escarchada, y su traje de levita ondeaba detrás de él con el viento. Un resbalón bastaría para que cayera a las aguas mortales.

La luz de la luna se abrió paso entre las nubes y me ofreció un atisbo del joven. Se encontraba observando el océano, y antes de que supiera lo que estaba haciendo, corrí hacia él.

No sabía si lo estaba haciendo para salvarlo o para hacerlo pagar por el crimen de confundir mi corazón. Solo corrí hasta rodearlo con mis brazos, y los dos caímos sobre la cubierta, el aire silbaba a nuestro alrededor mientras yo lo sujetaba contra el suelo.

DESENMASCARADO

CUBIERTA DE PRIMERA CLASE

RMS ETRURIA

8 DE ENERO DE 1889

Mephistopheles se apartó de mí rodando, sujetó su estómago y gimió.

—Creo que me ha roto la costilla. ¿Era esto realmente necesario? La próxima vez que me derribe, asegúrese de que sea en uno de nuestros camarotes.

Me puse de pie e hice que el maestro de ceremonias hiciera lo mismo. Lo sujeté por el cuello de su camisa hasta que se ahogó, y sus manos intentaron apartar mis dedos. No me importaba si lo estrangulaba.

—¿Está loco? ¡Casi cae por la borda!

—No. —Cayó de rodillas, respirando con dificultad, pero siguió mirando la cubierta y evitó encontrar mi mirada de furia—. Estoy muy cuerdo. Y solo estaba revisando algo.

—¿Le importaría darme detalles?

—No. La verdad es que no. —Entrecerró los ojos mientras se ponía de pie—. ¿Ha estado llorando?

Retrocedí.

—Liza ha... —Se me quebró la voz y casi perdí el control de mí misma una vez más.

—¿Liza ha estado... bebiendo? ¿Tejiendo calcetines para bebés? ¿Estrangulando a Houdini con sus cadenas o, mejor aún, con sus esposas? —Pasó sus manos por mis brazos, y su voz sonó más suave—. Cuénteme. Liza ha...

Me enjuagué las lágrimas que habían conseguido brotar.

—Desaparecido.

—¿Qué quiere decir con «desaparecido»? ¿Acaso Houdini le ha hecho algo? —Eché una mirada furiosa a la cubierta y enderezó los hombros como si estuviera a punto de entrar en una batalla en cualquier momento.

Me estremecí, aunque ya no estaba segura de si era debido al aire gélido. Houdini tenía talento con las cartas. Bien podría haber capturado a mi prima y haberla torturado debido a su pelea. Quizás había estado fingiendo allí en su camarote; yo no confiaba en nadie de este maldito barco.

—Alguien ha enviado su dedo a mi camarote.

Mephistopheles me observó durante un instante y luego soltó una sarta de maldiciones, no todas en nuestro idioma. Si no me hubiera sentido tan conmocionada, me hubiera sorprendido. Presionó las manos sobre los ojos y luego las dejó caer a los costados.

—Muy bien. Comience por el principio. ¿Cómo sabe que es el dedo de Liza?

—¿Cómo se supone que eso me va a ayudar? —Levanté las manos—. El problema no es si se trata *de verdad* de su dedo o no. El problema es que la ha capturado alguien que ha asesinado a

varias personas en este barco.

El maestro de ceremonias extendió los brazos y me envolvió en ellos. Me sorprendí tanto que no protesté.

—Hay algo más, ¿no es así? ¿Por qué otro motivo estaba llorando?

Apoyé la cabeza contra su pecho y escuché el latido rápido de su corazón antes de apartarme.

—Ni siquiera sé con certeza quién es usted, y sin embargo desea que yo le revele mis pensamientos más íntimos.

—Muy bien. ¿Quiere saber la verdad de mí? —Suspiró, levantó la mano y, con una rapidez suficiente para no cambiar de opinión, se quitó el antifaz. Me quedé allí parada, con la boca prácticamente abierta y contuve una exclamación. Después de todo este tiempo y de su insistencia de permanecer en el anonimato, acababa de arrojar todo por la borda. Sus ojos oscuros se encontraban bordeados de pestañas aún más oscuras, sus cejas pobladas y audaces como él mismo. Un mechón de pelo negro le caía rizado sobre la frente y alrededor de las orejas.

Observé su cara con detenimiento y busqué un destello de reconocimiento. Hubiera jurado que nos conocíamos de otra vida. Pero él solo era un joven, común y encantador, y tenía un hoyuelo en la mejilla. ¿Era él quien parecía o llevaba otro antifaz que utilizaba para su beneficio? Sus palabras anteriores sobre que él no tenía el lujo de confiar en nadie me atormentaron como espectros.

—Usted ha asesinado a esas jóvenes, ¿verdad?

—Esa no era la reacción que estaba esperando, señorita Wadsworth. —Mephistopheles se echó hacia atrás y sacudió la cabeza—. Supongo que eso es lo que hace que las cosas sean interesantes. —Se pasó una mano por el pelo oscuro y despeinó sus rizos ya rebeldes—. Pero no. Si lo que busca es una confesión, me temo que no la encontrará aquí. No he asesinado a nadie o a nada. Excepto a algunos mosquitos. Y no me arrepiento, en especial después de que se llevaran una gran cantidad de sangre y solo quedase una picazón molesta.

—Sinceramente... —Hice una pausa, notando lo cerca que nos encontrábamos, y mi mirada se deslizó hacia sus labios curvados, y el deseo de sus ojos me pilló con la guardia baja—. Yo...

Él se inclinó y con delicadeza posó sus labios sobre los míos, y su roce me sorprendió, pero no me disgustó. Durante un instante, no pensé en cada hecho maldito que había sucedido durante la última hora, y en cambio me concentré en sus labios cuando se separaron lentamente. Él me acercó aún más, y sus manos sujetaron la tela de mi vestido como si se estuviera convenciendo de que yo no era una ilusión. Pensé en pasar las manos por sus rizos, que eran tan adorables, pero... un destello del rostro de Thomas me hizo recobrar la razón y me aparté.

—¡Juró que no me besaría!

—Tiene razón a medias —soltó, respirando de manera agitada y levantando las palmas en un gesto de rendición—. Dije que no lo haría si parecía que usted no lo deseaba. Pero algunas veces, por la forma en la que me mira...; no debería haberlo hecho, señorita Wadsworth. Desde un comienzo dije que yo no era ni honorable ni bueno.

—Mentiroso. Malvado. Hijo marginado. Ladrón. —Miré mis zapatos—. ¿Quién es usted en realidad, Mephistopheles? —Abrió la boca, y yo lo silencié con un gesto de la mano—. Nada de juegos. Dígame quién es usted y por qué debería creer cualquier cosa que diga.

Dio un paso adelante, con las manos todavía en alto para que yo pudiera verlas y suspiró.

—Mi nombre es Ayden Samir Baxter Thorne. Mi padre es un conde y mi madre es un ángel de Constantinopla. Tal como mis exquisitos rasgos demuestran.

Cuando no le devolví la sonrisa, bajó las manos.

—Como acaba de notar con tanta gentileza, soy el hijo marginado, el heredero no forzoso. Yo tenía la opción de quedarme en Inglaterra y gastar mi dinero de manera frívola, o podía renunciar a todo y perseguir mis sueños. Por más desenfadados y mediocres que fueran. No fue necesario prepararme para lo que había escogido. Saqué provecho de mis conocimientos de ingeniería y mi talento para lo teatral; y así fue como nació el Carnaval Luz de Luna. Un refugio o santuario para otros marginados. Personas que habían atravesado peores cosas que yo.

Algo acerca de su nombre continuó llamándome la atención... luego recordé los cartas de la habitación de Houdini.

—*Vincere Vel Mori*.

—«Conquista o muere». El lema que nuestra familia ha tenido durante generaciones. Mi tatará, tatará... no estoy seguro de cuántas generaciones debería retroceder, pero uno de mis tantos tatarabuelos recibió el título de caballero de parte del rey Ricardo Corazón de León. De allí provienen la cimera y el lema, aunque en la actualidad no conquistamos otra cosa que corazones y juegos de cartas. —Los ojos de Mephistopheles adquirieron un tinte nostálgico antes de que se recompusiera—. Al parecer, usted ha sido mucho más hábil para investigar de lo que yo había creído.

Unos escalofríos se elevaron como muertos vivos de sus tumbas y me recorrieron la espalda. Agarré las cartas que le había enseñado a Houdini, y observé con detenimiento la expresión del maestro de ceremonias.

—Sus tarjetas de presentación, creo. Un gesto un tanto burdo, pero sin duda una forma ostentosa de dejar su marca característica en las escenas del crimen.

Mephistopheles pareció más confundido que culpable.

—Querida mía, quizás hayan dejado esas cartas en las escenas del crimen. Pero yo no fui. Me las robaron aproximadamente al mismo tiempo que desapareció mi anillo de sello. —Enarcó las cejas—. Hablando de reliquias familiares invaluable, ¿dónde se encuentra mi anillo ahora, todavía en manos de Cresswell?

—Se encuentra en un lugar seguro hasta que yo distinga la verdad de las mentiras. —Di la vuelta a una carta e ignoré la punzada de culpa—. ¿Estas cartas tienen algo especial? ¿Algo que pudiera indicar una pista secreta o algún significado en particular? Sin importar lo insignificante que sea, cualquier cosa podría ser de ayuda.

—Veamos. —Sujetó la carta—. Observe esto. —Asentí. Los diminutos arabescos eran encantadores, pero a juzgar por el gesto de los labios del maestro de ceremonias tenían un significado—. Este es el símbolo del infinito.

—¿Y qué representa un doble infinito?

—Ah, una tontería romántica sobre dos destinos entrelazados para siempre. —Se encogió de hombros y luego contempló mi expresión, y la ligereza desapareció de su voz—. ¿Qué sucede?

—Creo que... creo que eso podría significar algo para el asesino. ¿Cómo encaja todo esto? —Recuperé la carta y le di la vuelta una y otra vez mientras los pensamientos fragmentados lentamente encajaban entre sí—. La nobleza. Un doctor. Un juez de paz. ¿Cuál es el punto de conexión? Dos destinos unidos para siempre. Cada carta común tiene un símbolo de infinito y cada carta de tarot, un significado más profundo en relación con lo mismo. —Caminé de un lado al otro cerca de la barandilla e ignoré el rompimiento de olas contra el casco—. As de picas. El as de picas y el Siete de Espadas invertido. ¿Qué los une, dos destinos, dos historias que se vuelven una?

—Quizás necesite sentarse un momento —dijo Mephistopheles, y ya no sonó como el bromista

que era—. Toda esta charla sobre romance se ha cobrado su precio. —Se llevó una mano a la frente, con expresión seria—. O al menos es lo que siento.

—En la cartomancia, ¿qué significa el as de picas?

Mephistopheles me miró con fijeza a los ojos, probablemente creyendo que estaba tan loca como el asesino. Se restregó las sienes.

—Por lo que recuerdo sin pensar demasiado, significa mala suerte o un final difícil. ¿Está segura de que se encuentra bien?

Exactamente lo que había dicho Houdini. Desestimé su pregunta con un gesto, sabiendo que estaba a punto de llegar a una conclusión, aunque todavía la sentía fuera del alcance de mi mano.

—Lady Crenshaw fue el factor desencadenante. Ella puso todo esto en marcha. —Di unos golpecitos a la carta—. Seis de diamantes. Houdini dijo que significa disputas. Lord y lady Crenshaw se pelearon por algo... una joven atractiva. Las cartas que hemos reunido nos están diciendo exactamente qué pecado cometió la víctima. Las cartas de tarot representan sus destinos, los que las propias víctimas se ganaron para sí.

Mephistopheles se pasó una mano por la cara.

—Todo esto es un poco descabellado. Y si yo soy el que lo dice, tenga la certeza de que lo es. Si tuvieron una disputa o pelea de amantes, ¿qué papel juega la hija?

—No se trata de amantes ni romance —respondí con una seguridad repentina—. Se ha tratado siempre de venganza. —Di la vuelta a la carta y recorrí el símbolo doble de infinito—. Dos caminos. Dos clases distintas de cartas. Dos destinos. Un bucle infinito y eterno de justicia.

—Entonces, ¿quién podría ser el asesino?

Pensé en Jian y en su mal genio; Andreas había mencionado que su familia entera había sido asesinada. Los detalles de esos crímenes habían sido imposibles de averiguar de boca de ellos. Y luego estaban Cassie y Sebastián y las personas a quienes debían dinero. ¿Serían esas personas los Arden, los Crenshaw y los Prescott? ¿Habían encontrado alguna forma de cobrar esa deuda por la fuerza y los artistas estaban a punto de perderlo todo? Tampoco podía excluirse a Anishaa y Andreas de la lista de sospechosos; cada uno de ellos tenía un motivo para vengarse y ambos conocían los significados de las cartas. Aunque por lo que había averiguado, la mayoría de los artistas tenía un conocimiento básico de tarot. Incluso a mí me habían ordenado aprender y practicar tanto con las barajas de cartas comunes como con las de tarot. No creía que Harry Houdini fuera un criminal, pero, por otro lado, ninguno de los asesinos con los que me había topado en el pasado había sido quien yo esperaba que fuera.

Y luego estaba el maestro de ceremonias, quien había creado el carnaval entero y quien se escondía noche tras noche detrás de un antifaz nuevo. El joven que me lo había enseñado todo sobre la prestidigitación y el arte de las palabras; alguien que nunca revelaría sus verdaderas intenciones.

Miré hacia el gajo de luna, que se parecía más a una guadaña a punto de atacar que cualquier otra cosa, y no pude evitar considerarla como un presagio de nuevos horrores.

—Esta noche es la última —dije al final, y volví mi mirada hacia el maestro de ceremonias. Ahora no llevaba un antifaz, pero eso, tal como la quietud repentina del océano, no duraría mucho tiempo. Un destello del dedo de Liza depositado sobre la caja aterciopelada cruzó mi mente. Cerré los ojos con fuerza y luego los volví a abrir. Unas nubes lentamente cubrieron el cielo, alineadas en formación. Se desataría una tormenta por la mañana, pero con suerte yo habría recuperado a mi prima para ese entonces.

—Un espectáculo más.

Esperaba que quedara solo un sospechoso antes del gran final.



Colgado de los tobillos en la cornisa de un edificio, el rey de los escapes se quita un chaleco de fuerza mientras una multitud debajo lo vitorea. De *Houdini*, de William L. Gresham. Holt. (Esta fotografía pertenece al archivo de Brown Brothers para su uso solo en reseñas).



Harry Houdini

38

EL ACTO FINAL

APOSENTO DEL CAPITÁN

RMS ETRURIA

8 DE ENERO DE 1889

El capitán Norwood se revolvió en su mullido sillón de cuero, la mirada fija con terquedad en el vaso a medio llenar que contenía un líquido ámbar y que estaba apoyado sobre su escritorio de caoba. Apenas habíamos pasado el amanecer, aunque a juzgar por su barba incipiente, él ni siquiera se había acostado.

—El primer magistrado Prescott no ha sabido nada del doctor Arden en días, y mencionó discutir sobre si debía revelar cierta... información que ellos habían recibido, así que le dije al primer oficial que entrara en los aposentos del doctor. —Norwood bebió un sorbo de su vaso y luego hizo una mueca—. No había rastros de sangre, pero su habitación era un caos. No creo que su historia termine bien. En especial teniendo en cuenta la nota.

Enarqué las cejas, y Tío caminó hacia donde yo me encontraba y me entregó un papel arrugado. La caligrafía era igual a la de la nota que yo había recibido con respecto a Liza, y mi corazón se aceleró.

Estimado doctor Arden:

Tengo un acertijo que no consigo resolver.
Quizás su habilidad con los números sea mejor
que la mía

Un lord despreciable, un magistrado
corrupto y un doctor cobarde...

Equivale al fin de una vida inocente.
¿Cuál de los tres es más responsable?

Cada noche que transcurra y ese acertijo
siga sin recibir una respuesta, se perderá otra
vida. Escija sin egoísmo y yo tendré la piedad
que usted no merece. Escija de manera egoísta
y se enfrentará a mi ira

PD: Si le enseña esta carta a alguien le
entregaré su cuerpo a los leones.

Tragué el nudo repentino que se me había formado en la garganta y le entregué de manera discreta la nota a Thomas, con el estómago revuelto. El matasellos era del uno de enero, el mismo día en el que habíamos zarpado. Si el doctor Arden le hubiera entregado la nota al capitán en ese entonces, quizás él podría haber protegido a los pasajeros antes de que cualquiera hubiera perdido la vida.

Exhalé. Los «si tan solo» y lo que «podría haber sucedido» no tenían lugar en este momento. Aunque, si Prescott y Arden estaban discutiendo sobre esta misma carta el día después del asesinato de la señorita Prescott, era probable que estuvieran demasiado aterrorizados como para decir algo más, en caso de que el asesino cumpliera con sus amenazas. Lo cual sucedió de todas formas.

—Es muy probable que, teniendo en cuenta la amenaza de esa carta, el brazo amputado sea el del doctor. —Tío caminó hacia el ojo de buey y observó el agua que corría por el cristal y mientras formaba riachuelos gruesos y frenéticos. La tormenta había estallado justo antes del amanecer, y el resto de nuestro viaje no sería fácil—. El brazo pertenecía a un hombre y tenía un anillo de compromiso. Aunque sin un cuerpo, estas son meras conjeturas. Bien podría estar escondido en otro camarote. ¿Se han contactado con su esposa?

Norwood revolvió su bebida.

—Es viudo.

Thomas y yo intercambiamos miradas desde nuestras ubicaciones cercanas a la pared, nuestros problemas de la noche anterior habían quedado en un segundo plano para dedicarnos a nuestro trabajo. Debíamos estar presentes allí, pero Tío nos había pedido que nos quedáramos en silencio y observáramos al capitán. Todos eran sospechosos en este momento.

Una llamada a la puerta finalmente hizo que el capitán levantara la mirada.

—¿Sí?

Un hombre enjuto de uniforme entró en el camarote, se quitó su gorra de inmediato y nos hizo un gesto de saludo antes de dirigirse al capitán.

—Hemos registrado a todos los artistas y a sus baúles y no encontramos nada fuera de lo común, capitán. Parece que todo está listo para el espectáculo.

Thomas apretó la boca formando una línea tensa. No era necesario que lo dijera en voz alta, pero no había forma de que los miembros de la tripulación supieran qué podía ser un arma homicida o no. Los artistas tenían espadas, dagas, cuerdas, esposas y un sinfín de otros objetos extraños que podían utilizar para asesinar.

Tío me miró primero a mí y luego a Thomas, y luego volvió a observar al capitán, retorciéndose el bigote de tal manera que hizo que se me pusieran los nervios de punta.

—Con todo respeto, debe cancelar el acto final. No hay manera de que todo esto termine bien para nadie.

Norwood bebió el resto de su bebida de un trago. En ese momento la lluvia caía como una cortina por el lateral del barco. Sonaba como granizo.

—Me temo que esta situación no puede empeorar, doctor Wadsworth.

Un cosquilleo me recorrió la espalda. Para ese momento, ya sabía que ningún argumento modificaría las decisiones fatales del capitán. Deseé pensar lo mismo que él, pero sabía que este final sería el espectáculo que el asesino había estado esperando, su acto final de venganza.

• • •

El escenario de esta noche reflejaba el sentimiento generalizado del barco, el telón entintado estaba revestido por una gasa gris, lo que daba la apariencia de una tumba putrefacta. Incluso las rosas, que habían sido pintadas de negro, parecían profesar un mal augurio y una sensación de descomposición.

Los pasajeros estaban sentados tan inmóviles en sus mesas que bien podrían haber sido cadáveres en un cementerio. La comida se mantuvo prácticamente intacta, aunque parecía una obra de arte comestible, las tenazas de la langosta elevadas hacia los cielos y los filetes cortados a la perfección.

Yo jugueteé con los guisantes en mi plato, también incapaz de probar bocado. Esta noche era la última de nuestro condenado viaje, y todos parecían estar sentados sobre agujas a la espera de la última celebración o el último funeral. De alguna manera sería otra clase de muerte, una que determinara el destino del Carnaval Luz de Luna. Mephistopheles estaba decidido a lograr que fuera memorable, aunque no podía deshacerme de la sensación de que el asesino tenía el mismo objetivo. Este era el momento que él había estado esperando, la revelación más magnífica de todas. Él había planeado cuidadosamente su venganza, y yo temía que nada evitaría que lo consiguiese. Recé para que Liza se encontrara bien, para que no fuera la estrella de nuestro espectáculo.

Sentí la mirada de Thomas posada sobre mí, calculadora y metódica. Él no había intentado retomar nuestra conversación de anoche, y eso me aliviaba y a la vez me preocupaba.

—¿Te encuentras bien, Wadsworth?

—Por supuesto. —Lo miré y luego volví mi atención a las puertas. Los doctores de la plaga entrarían en cualquier momento. Y un corto tiempo después de ello, me llamarían al escenario. Una voluntaria afortunada, elegida para enfrentarse al espejo mágico de Andreas y luego a las dagas de Jian. Parecía que mis sesiones de aprendizaje finalmente valdrían para algo.

—No estarás planeando algo escandaloso sin mí, ¿verdad? —preguntó Thomas en voz baja para evitar que lo escuchara la señora Harvey. Tío no estaba presente para esta velada, ya que estaba dirigiendo la búsqueda de Liza, y yo había empleado cada pizca de autocontrol para no correr tras él y perderme el acto final—. Eso sería injusto y lo sabes. Soy muy bueno para improvisar, en especial después de beber un poco de vino.

Sostuvo en alto su copa de vino blanco, y una sonrisa torcida se dibujó en su rostro. Sin embargo, la expresión calculadora permaneció en su mirada, indicándome que no creería la próxima mentira que mi boca derramara, sin importar con cuánta confianza la dijera. Las cosas todavía permanecían tensas entre nosotros después de nuestra conversación de medianoche, y probablemente seguirían así hasta que pudiéramos hablar en serio. Aunque no creía que algo fuera a cambiar, quizás yo no era la clase de joven que deseaba casarse. Quizás siempre buscaría la libertad de cualquier jaula que yo percibiera como tal, ya fuera real o imaginaria, sin importar cuántas veces Thomas me quisiera convencer de algo distinto. Él se merecía a alguien que pudiera deshacerse de sus propias dudas. Tal vez él y yo estábamos destinados a ser solamente compañeros de trabajo.

Suspiré.

—Participaré en el acto final y *no* —susurré cuando su cara se iluminó parcialmente—, no tienes permitido ayudarme. Yo no interferiré cuando tú te ofreciste a que te cortaran por la mitad.

Se echó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado.

—¿Es esto lo que has estado haciendo de noche con Mephistopheles?

—Thomas —le advertí. Había sonado muy esperanzado, pero un destello de mi beso con el maestro de ceremonias me recordó lo exhausta que me sentía de las mentiras. Yo no lo había iniciado, y quizás solo había durado un segundo, pero aun así había sucedido. No le diría que eso era lo único que había sucedido cuando no era toda la verdad.

Thomas tragó saliva con esfuerzo y se quedó mirando su plato. Al parecer, él también acababa de perder el apetito.

Un cuarteto de cuerdas entró en el salón, y sus violines y violas tocaron una melodía suave y peligrosa. De pronto, las luces enfocaron a dos violonchelistas que se encontraban sentados con sus instrumentos cerca del borde del escenario, sus antifaces destellaban de un tinte azul por la luz que los bañaba.

—Ah. El sexteto de cuerda número uno en si bemol mayor. —Thomas cerró los ojos como si estuviera empapándose con la exquisita melodía de cuerdas—. La Opus 18 es una de mis favoritas. Y una elección maravillosa para el final. Tiene un comienzo lento, luego escucha eso... la melodía adquiere velocidad, se vuelve más frenética, la pieza comienza a ir *in crescendo*, y luego... —Se reclinó—... vuelve a su estado de dulce advertencia. El peligro acecha en el horizonte.

—Sí, bueno —comencé a decir, pero entonces las puertas se abrieron de pronto y lo verdaderamente macabro y extraño entró al salón comedor. Se escucharon unas exclamaciones por todo el salón mientras unas hileras de doctores de la plaga entraban en procesión silenciosa, una tras otra, y sus máscaras similares a los picos de las aves parecieron incluso más aterradoras en conjunto con el trasfondo melancólico de los violines y violonchelos.

Siguiendo una coreografía perfecta, y una vez que invadieron espacio entre las mesas, se detuvieron, giraron y comenzaron a bailar, sosteniendo sus brillantes capas negras con un brazo. Parecían aves de alas rotas. Un aroma a hierbas se elevó en el aire, sin duda proveniente de las fragancias que llevaban en las máscaras. Mephistopheles había seguido la temática al pie de la letra y no se había ahorrado ningún detalle. Esperaba que eso no significara que necesitaríamos que el aroma cubriera el hedor de la putrefacción.

La música tomó un giro más oscuro, y el tono de las cuerdas se volvió más melancólico y grave, lo que hizo que se me erizara la piel de los brazos.

—Sexteto de cuerda número dos —murmuró Thomas con el ceño fruncido—. Otra elección adecuada. Aunque parece que...

Mephistopheles hizo una aparición explosiva sobre el escenario. Emergió detrás de una pared de fuegos artificiales, y los destellos blancos salieron disparados a lo alto del techo y permanecieron encendidos durante varios latidos de mi corazón. El humo se mantuvo denso delante de él, y unos zarcillos grisáceos se arremolinaron antes de desvanecerse. El salón ahora apestaba a azufre.

—Damas. Caballeros. —Extendió los brazos, y su capa, en lugar de simplemente hacer las veces de alas, tenía plumas negras cosidas a ella, tan entintadas y oscuras que casi parecían tornasoladas—. Bienvenidos al gran acto final. Les prometí magia, travesuras y caos. Y esto... —Caminó trazando un círculo amplio, y las luces se encendieron e iluminaron diferentes actos ya dispuestos en diferentes pistas circulares sobre el escenario—. Esta noche está dedicada al caos. Prepárense para viajar al espacio que se halla entre los sueños y las pesadillas. Bienvenidos a la noche final del Carnaval Luz de Luna.

Resplandeciente con su disfraz de dragón, Anishaa entró en una de las pistas situadas sobre el

escenario. Las escamas perladas de color lavanda prácticamente brillaban mientras ella escupía fuego con llamaradas inmensas. Los miembros de la audiencia que se encontraban frente a ella chillaron y movieron con prisa sus sillas hacia atrás con la esperanza de evitar ser chamuscados.

Otro haz de luz brillante se encendió y llevó las miradas del público hacia el techo, donde Cassie atravesó el salón como una estrella fugaz, viajando de un trapecio al próximo. Mi corazón tamborileó. Unos payasos hicieron malabares con bolas coloridas mientras saltaban de un lado al otro haciendo muecas. Una mujer tatuada que llevaba una enorme serpiente se abrió camino por el salón, zigzagueando a medida que avanzaba, y su mascota siseó cada vez que alguien la miró con demasiado detenimiento. Una vez que todos estuvieran en sus posiciones sería mi turno. Sujeté mi servilleta por debajo de la mesa y me concentré en mi respiración.

Finalmente, Andreas y Jian se abrieron camino por el salón llevando una enorme viga de madera de la que colgaron a Houdini cabeza abajo. Tenía puesto un chaleco de fuerza, sobre el cual se entrecruzaban unas cadenas que envolvían todo su cuerpo. Yo no lo había visto practicar este truco, e imaginé que sería otro de los secretos que el maestro de ceremonias había guardado para sí.

Una vez que Houdini estuvo colgado como un pez recién atrapado que se retorció en un sedal, Mephistopheles dio tres pisotones y unos anillos de fuego se elevaron alrededor de cada presentación. Este era el momento. Me mordí el labio inferior y observé a cada artista en busca de cualquier indicio sobre quién podría estar planeando un asesinato en este mismo instante. Todos parecían sospechosos. Y casi todos tenían un motivo. Mi pulso se aceleró, en cualquier instante a partir de ahora...

—Necesito un voluntario de la audiencia para esta noche. —Mephistopheles caminó desde un extremo del escenario al otro y su mano enguantada protegía sus ojos tanto de las llamas como de las luces resplandecientes—. ¿Quién de ustedes tiene la valentía para enfrentarse a las dagas de furia del caballero? ¿Quién tiene la fortaleza para mirarse en el espejo mágico bávaro y ser testigo de su futuro?

El salón pareció contener la respiración; ni una sola persona se movió, en caso de que la convocaran al escenario. De pronto lo comprendí. Esta era otra razón por la que Mephistopheles me había solicitado participar del acto final; había temido que esto mismo sucediera. Después del primer asesinato, había querido asegurarse de que alguien participara. El espectáculo debía continuar, y él contaría con la participación de la audiencia incluso aunque eso también fuera una ilusión.

Me puse de pie lentamente, y mi vestido de noche a rayas rojo y negro de pronto pareció ser dos tallas más pequeñas.

—Audrey Rose, espera. —La voz de Thomas sonó baja y apremiante—. No lo hagas. Algo va mal... ¿dónde está el contorsionista?

Hice un gesto hacia el techo mientras Cassie saltaba de un trapecio al siguiente, donde yo sabía que Sebastián estaba esperando la señal para unirse a ella en el vuelo.

—¡Usted! —Mephistopheles saltó del escenario, y las alas de su capa se extendieron de forma intimidante. Los comensales de la mesa más cercana se pusieron de pie rápidamente y corrieron hacia las puertas, esquivando a los doctores de la peste, que continuaban danzando al ritmo de las dos canciones que habían vuelto a sonar. Al parecer, los disfraces eran demasiado aterradores, y los movimientos repentinos del maestro de ceremonias no ayudaban a aquietar los miedos de los pasajeros—. Acérquese, querida dama —dijo y me ofreció el brazo—, veamos qué le depara el destino esta noche.

Le di un apretón suave al hombro de Thomas y acepté el brazo del maestro de ceremonias. Una vez que estuvimos sobre el escenario, esperando que las asistentes colocaran el tablero para las dagas, el carácter ominoso de la noche por fin me impactó. O alguien estaba a punto de morir, o se exhibiría un cadáver. Yo estaba casi segura de ello. Ninguno de esos escenarios era deseable, en especial si le habían hecho daño a mi prima.

O si ese alguien a punto de morir era yo.

Me repasé las manos en mi vestido. Las luces del escenario eran más sofocantes de lo que yo había pensado. O quizás estar de pie delante de la audiencia —aunque era una mínima fracción de lo que había sido al comienzo de la semana— era más inquietante de lo que había creído.

Eché un vistazo sutil a las dagas de Jian, que destellaban cada vez que él las hacía girar; a Anishaa, que estaba escupiendo fuego y a Houdini, quien ya se había liberado a medias de sus ataduras. Andreas, vestido completamente como un doctor de la plaga, se encontraba delante de su espejo como si estuviera haciendo guardia para proteger al futuro. Lo único que necesitaba hacer era apoyarme contra el tablero y entonces comenzaría el verdadero acto final. Deseaba no estar marchando hacia la muerte.

—Damas y caballeros —canturreó Mephistopheles—, ¡que *comience* el caos!

Unos fuegos artificiales estallaron en los rincones del salón como fuentes de agua burbujeante. Quizás no fueran la mejor idea, considerando lo sobresaltados que se encontraban todos. Una mujer se desmayó sobre la mesa, y salpicó langosta y salsa sobre su pecho. Otro hombre se echó atrás en su asiento con tanta prisa que cayó al suelo. Los doctores de la plaga que se encontraban cerca lo asistieron, lo que pudo haber sido más aterrador que el estrépito.

Incluso entre la audiencia inquieta, Thomas llamó mi atención como siempre lo hacía, su mirada aguda fija en algo detrás de mí, con el ceño fruncido. Me giré a medias, pero solo vi el espejo. No había nadie merodeando detrás de él. Ningún cuerpo estaba colgando, incendiado o sumergido. El espejo estaba como siempre, excepto que parecía que el maestro de ceremonias por fin había convencido a Andreas de limpiarlo un poco.

—¿Señorita Wadsworth? —susurró Mephistopheles—. Es la hora.

Respiré hondo y me abrí camino alrededor de los anillos de fuego hasta que me detuve delante del tablero de Jian. Sobre él habían pintado la silueta de una mujer, otorgando a la audiencia una pista de lo que sucedería. Hice el ademán de agarrar una venda, pero Jian me hizo un gesto con la cabeza.

—No esta noche. Tome. —Me entregó una manzana, y su sonrisa burlona se suavizó hasta que casi pareció respetuosa cuando yo la sujeté de sus manos sin un mínimo temblor—. Coloque esto sobre su cabeza. Y no. Se. Mueva.

Tragué saliva con esfuerzo, y mis ojos recorrieron el salón en busca de algo de fortaleza. Un gesto de apoyo. Lo que necesitaba era a mi mejor amigo. Excepto que Thomas había desaparecido.

—Yo...

—Señorita Wadsworth —dijo Mephistopheles, y me asió de la mano durante un breve instante y me dio un apretón para darme ánimos—, sea valiente.

Como en un sueño, caminé con lentitud hacia el tablero, mi mente se movía más rápido que los caminantes en zancos ataviados de color plata que acababan de entrar en el salón y que hacían girar tazas de té sobre bastones. Que Thomas se hubiera retirado era...

Me coloqué junto al tablero y coloqué la manzana color rojo sangre sobre mi cabeza, solo pensando a medias en mi seguridad. Liza. Él tenía que haber descubierto algo sobre mi prima, ¿o

tal vez estaría demasiado enfadado para permanecer sentado y observar mi actuación sobre el escenario? Quizás le preocupaba que Mephistopheles y yo hubiéramos estado ensayando nuestra propia presentación y el pensamiento lo había disgustado.

Jian vociferó unas órdenes a la audiencia, pero lo único que yo pude sentir fue el calor de las luces, el sonido de las llamas crepitantes que casi ahogaba el sexteto de cuerdas que se deslizaba a trompicones hacia la próxima melodía, y la cacofonía general resonó tanto en mis oídos como en mi pecho. Una gota de sudor cayó entre mis omóplatos. Algo no iba bien.

Observé de manera ausente el traje de levita de Jian, era inusual para el Carnaval Luz de Luna. Estaba confeccionado con una tela bordada que representaba un bosque encantado de un cuento de hadas, unas enredaderas, árboles y constelaciones. Había visto ese patrón antes...

Una daga atravesó el aire y aterrizó cerca de mi oreja. Otra le siguió de inmediato y se hundió profundamente en la madera en el lado opuesto. Mi pulso rugió. Me había saltado algo. Algo que había captado la atención de Thomas. Hubiera jurado que mi maquillaje se estaba derritiendo en mi rostro bajo las luces abrasadoras. Otra daga se clavó cerca de mi cabeza. Thomas había estado observando el espejo, pero Andreas no podía ser quien había secuestrado a mi prima y cercenado su dedo. Se encontraba justo allí, haciendo trucos de cartas con Houdini, quien ya se había liberado.

La pulpa de la manzana se derramó a mi alrededor, y su jugo me resultó pegajoso y dulce cuando corrió por mi cara y cuello. La audiencia se puso de pie y comenzó a aplaudir. El caballero los había encandilado una vez más con el juego de sus dagas. Sin embargo, yo no podía concentrarme en el aquí y ahora. Andreas se quitó la máscara de doctor de la plaga y bebió con rapidez un sorbo de agua. Jian realizó una reverencia lenta y deliberada, la mirada fija sobre la mía. Cassie sonrió desde arriba, y su antifaz brilló como una hoja afilada. Tragué saliva con esfuerzo y mi atención se desvió a Anishaa, que hizo girar dos cuerdas en llamas y luego arrojó fuego peligrosamente cerca de donde yo me encontraba. Cada número era bellissimo, pero mortal. Y quizás todos eran culpables.

Trastabillé por el escenario, y las pistas giraron en mi cabeza como cuervos sobrevolando un cadáver, cuando un brazo me rodeo los hombros y me acercó a alguien.

—¿Se encuentra bien, señorita Wadsworth? —preguntó Mephistopheles—. Si no sonrío y hace una pequeña reverencia, asustará al público.

Estaba a punto de obedecer cuando una idea finalmente me asaltó.

—La tela robada...

—Más tarde —pidió Mephistopheles—. Por favor haga una reverencia y tome asiento.

—No —susurré—. Jian es el asesino. Tenemos que bajarlo del escenario. Ahora.

—¿Qué?

—¡Jian es el asesino! —exclamé casi gritando.

Al otro lado del escenario, Jian inclinó la cabeza e hizo girar un cuchillo con una mano como alguien lo haría con una pistola.

—¿Qué acaba de decir?

Una fila de bailarinas de canacán apareció detrás de él, lanzando patadas a lo alto, sus faldas en tonos de bermellón, verde amarillento y cobalto. Ellas eran los únicos destellos de color en la paleta de luz de luna. Y estaban entorpeciendo el camino de Jian hacia mí. Él esquivó la fila de bailarinas, evitando sus patadas al aire, y me dedicó una mirada fría cuando se cernió sobre mí.

—¿Tiene pruebas de esa acusación? —exigió Jian.

De alguna manera, Mephistopheles consiguió arrastrarnos detrás de las bailarinas y sus

voluminosas faldas, casi como si él también hubiera predicho esto y quisiera que la escena quedara bloqueada de la vista de la audiencia.

—¿La tela que lleva puesta? La robaron hace unos días —expliqué, e hice un gesto hacia su levita—. Creemos que el responsable fue el asesino. Y aquí está usted, llevándola delante de toda la audiencia. Esta noche es su gran final, ¿verdad?

Jian miró su traje y parpadeó como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Fue un regalo.

—¿Un regalo de quién? —pregunté, poco convencida, aunque el dolor que reflejaron sus ojos fue evidente.

Eché un vistazo a Mephistopheles mientras las bailarinas se retiraban detrás del telón.

—De...

—Damas y caballeros. —Una voz de acento marcado resonó por el salón comedor—. Por favor, ¡observen con atención nuestra presentación más magnífica! ¡Permítanme presentarles al... Ahorcado!

Mephistopheles, Jian y yo intercambiamos miradas con expresiones similares de terror cuando las luces del salón se apagaron de golpe.

UN ESPECTÁCULO INCREÍBLE

SALÓN COMEDOR

RMS ETRURIA

8 DE ENERO DE 1889

Un foco de luz se encendió cerca del fondo del escenario e iluminó un rincón sombrío con un resplandor fantasmagórico color blanco azulado. Junto al inconfundible espejo antiguo, el doctor Arden se balanceaba lentamente *en* una horca. Tenía los ojos saltones y desde sus labios abiertos colgaba su lengua ennegrecida. Le faltaba el brazo izquierdo, amputado a la altura del codo. Todos los sonidos del salón cesaron, incluso los violines melancólicos chillaron hasta detenerse ante la imagen. Sin embargo, mi mirada se posó sobre algo mucho peor, y se me heló la sangre ante la imagen imposible que tenía desplegada ante mis ojos.

Thomas se encontraba sentado delante del espejo mágico, una venda sobre sus ojos, un garrote alrededor del cuello. Tenía las manos atadas detrás de la espalda. El vidente debía de haberlo atraído hacia el escenario, una tarea que no debía de haber sido difícil, considerando las ansias que tenía Thomas por acompañarme en el acto final.

—Si alguien se mueve —advirtió Andreas con lentitud, y su voz se proyectó gracias a algún artilugio mecánico—, este joven muere.

Mephistopheles se movió junto a mí, pero sostuvo su mano en alto para evitar que cualquier artista hiciera algún movimiento repentino. Volví a mirar a Jian y a las dagas que todavía estaba sosteniendo. Con la mandíbula apretada, fijó la mirada solo en su amigo. Yo no sabía si él estaba involucrado, pero teniendo en cuenta la mirada de completa y absoluta traición que estaba invadiendo sus rasgos, tuve la sensación de que Andreas era la persona que le había obsequiado el traje.

—Tú... —Andreas se dirigió a Anishaa—, apaga las llamas lentamente. —La devoradora de llamas miró a Mephistopheles, con los ojos bien abiertos—. ¡Él no está a cargo! Haz lo que digo o lo asesinaré ahora mismo.

Esta vez, Anishaa no dudó, trastabilló hacia adelante y metió las antorchas en cubos repletos de agua, y el siseo del fuego que se topó con el vapor fue el único sonido que se escuchó en el salón. Además del golpeteo violento de mi corazón.

—Las dagas. Déjalas caer, una por una, sobre el escenario. Ahora.

Jian obedeció sin emitir sonido mientras Andreas se colocaba detrás de Thomas, la expresión cautelosa mientras tomaba el garrote que rodeaba el cuello de mi amigo. Yo quería dar un paso en su dirección, pero me obligué a acatar las órdenes de Andreas. Tenía que permanecer en calma, pensar. Liberaría a Thomas de esta situación o moriría en el intento. No había otra opción.

—Andreas... —dije en voz baja—, por favor, deja ir a Thomas. No ha hecho nada malo.

—Estamos a punto de leer el futuro del señor Cresswell, señorita Wadsworth. El destino escoge

su marca —respondió Andreas—. Algunas personas tienen fe en el espejo mágico. Le enseñará a su futura esposa. Él cree en la belleza del amor verdadero y predestinado. Tal como yo lo hice una vez.

Intenté mantener la voz firme y la situación entera bajo control. Con el rabillo del ojo vi cómo algunos pasajeros se revolvían en sus asientos. Esperé que sus movimientos no enfurecieran a Andreas. Sus nudillos se estaban volviendo blancos.

—El futuro de Thomas sin duda es más brillante sin el espejo. Si lo dejas ir, podremos ayudarte. Estoy segura de que hay una muy buena razón para lo que hiciste. Lo único que debes hacer es dejar ir a Thomas para que podamos hablar sobre ello.

Hizo un movimiento rápido y tenso con la cabeza.

—Me temo que no puedo hacer eso, señorita Wadsworth. Él quiere conocer su destino, y yo cumpliré con su deseo.

Thomas emitió un sonido ahogado, y sus dedos tiraron sin éxito de las cuerdas que le ataban las muñecas.

—Yo ya conozco su destino —anuncié, casi suplicando—. Él y yo viviremos felices en el campo. Él tendrá su laboratorio y yo tendré el mío. Los dos... —Contuve las lágrimas, enfadada conmigo misma por dejar que las emociones me sobrepasaran—. Andreas... por favor, detente. Yo... yo lo quiero.

—No. —Extendió un brazo—. Usted no lo merece, usted se pasea por ahí con el maestro de ceremonias y ya ha renunciado a su amor. El espejo le enseñará a él un futuro diferente, uno en el que nadie lo hiera. Le sugiero que se siente y disfrute del espectáculo.

—Suficiente, Andreas. —Mephistopheles se colocó junto a mí. Pude leer claramente el temor en su expresión, aunque su voz aún mantenía un dejo de autoridad—. Suelta el garrote. El capitán y sus hombres llegarán en cualquier momento. Han cerrado el salón y no hay escapatoria. Los miembros de la tripulación están haciendo guardia fuera, los hemos apostado a modo de precaución.

—¿Escapar? —resopló Andreas, y tensó aún más el garrote. Si tiraba con un poco más de fuerza, Thomas moriría. Apreté los puños—. Nunca imaginé que escaparía de esto, maestro de ceremonias.

Thomas, cuyos labios habían comenzado a volverse azules, hizo un movimiento repentino para ponerse de pie, y Andreas lo empujó hacia abajo, los ojos destellando como si pudiera acabar con todos nosotros y ganar. Yo quise dar un salto adelante, pero Mephistopheles me sujetó por la falda, manteniéndome en el lugar y probablemente salvando la vida de Thomas.

—Todos ustedes tienen dos opciones —anunció Andreas—. O presencian esto con atención y dignidad, o tendré que volver esta situación mucho más difícil y dolorosa.

—¿Dónde está Liza? —pregunté, esperando distraerlo—. ¿Todavía se encuentra viva?

Posó unos ojos de una frialdad inconmensurable sobre mí.

—Por ahora.

A duras penas fue una respuesta reconfortante, pero al menos estaba viva. Volvió a observar el garrote, y tiró con un poco más de fuerza. Thomas jadeó, y yo casi perdí la cabeza.

—Sé por qué has asesinado a esas mujeres —grité, e ignoré las exclamaciones de la audiencia. Casi me había olvidado de ella—. Venganza. ¿Correcto? Tú dijiste que Liesel vendía rosas. Lord Crenshaw le hizo un cumplido y lady Crenshaw la acusó en falso de robo. Simplemente por celos. —Una historia simple de un romance truncado que se volvió un arma mortal—. Los Crenshaw. Los Prescott. Conspiraron para encerrar a Liesel en prisión, ¿no es así?

Cerré los ojos. De pronto, una imagen repentina atravesó mi mente. Sentí como si me hubiera convertido en Thomas Cresswell y una vez más hubiera viajado a la mente de un asesino. En mi mente, vi a una joven de sonrisa dulce y ojos amables. Una joven que no tenía muchas posesiones pero que vivía una vida plena con su sencillez. Una joven que había cautivado el corazón del hombre que teníamos delante de nosotros.

—Lord Crenshaw hizo que arrestaran a tu prometida, ¿no es así? —pregunté, y me aventuré a dar un paso adelante. Andreas no respondió—. El señor Prescott es el primer magistrado que la sentenció sin un juicio justo. —Sacudí la cabeza—. Las condiciones de las prisiones son atroces. Tu prometida enfermó allí. Algo que podría haberse tratado, pero el doctor Arden se negó a darle el cuidado necesario en el asilo.

—Todo comenzó con esa horrible mujer. —Andreas apretó los dientes con tanta fuerza que pronunció las palabras con un gruñido—. Confesó justo antes de beber el veneno que yo le había suministrado. Dijo que no podía vivir con lo que le había sucedido a su hija. Ella había pagado de más por las flores, a pesar de que Liesel intentó negarse a recibir el dinero. —Su expresión se volvió más fría que el agua que chocaba con el barco—. Su marido la confrontó sobre el dinero faltante y ella acusó de robo a la joven de las flores. La que tenía el acento extraño. Lady Crenshaw sabía cómo reaccionaría él; al parecer, tiene la costumbre de encerrar a las personas.

Andreas volvió su mirada de furia en mi dirección y aflojó las manos.

—Ellos la asesinaron. Todos ellos. —Un músculo de su mandíbula se tensó—. Me arrebataron a mi amada, así que a cambio yo me llevé lo que ellos más amaban. Ojo por ojo. No me detendré hasta que caigan en el pozo de desesperación en el que yo he estado viviendo durante los últimos meses.

Una familia noble. Un doctor. Un primer magistrado. Seis de diamantes. As de picas. Cinco de corazones. As de tréboles. Todos sus roles, desplegados. Siete de Espadas, la Estrella... castigos acordes a sus crímenes. Una historia de celos, amor, pérdida, traición y venganza.

Andreas sujetó con más fuerza el garrote alrededor del cuello de Thomas, y podría haber jurado que sentí la sensación fantasma de quedarme sin aliento. Mi mundo parecía estar al borde de la devastación.

—Cada uno de ellos la asesinó. Todas sus manos están sucias, manchadas de sangre. Todos se ensucian las manos en este negocio, ¿verdad, jefe? Tú me enseñaste eso. Incluso tú me traicionaste. Me enviaste a buscar flores ese día. Si no hubiera sido por ti, no hubiera conocido a Liesel y ella aún estaría viva en Baviera. Este carnaval maldito debería arder. ¿Y después de este viaje? Después de esto creo que ni siquiera *tú* podrás recuperarte, Mephistopheles. Aunque te doy las gracias por ese dinero; sin él nada de esto hubiera sido posible.

—¿Dinero? —pregunté, mirándolos a los dos—. ¿Qué dinero?

Andreas me miró con los ojos entrecerrados.

—Hice los arreglos para que todos ellos recibieran billetes gratis para la primera clase de este barco. Nuestro glorioso maestro de ceremonias se sintió tan mal por Liesel que accedió a entregarme una suma generosa para su lápida. Pero ya que ella estaba muerta, no creí que le importaría que yo utilizara el dinero para vengarla. ¿Lo puedes ver? —dijo, y durante un momento aflojó el garrote—. Ahora mis manos están sucias, jefe.

—Ay, Andreas. —Mephistopheles sacudió la cabeza lentamente—. Nunca quise... eso no era lo que quería decir. Yo hablaba de vivir bien como la mejor venganza. Y lo de ensuciar las manos, esas solo son palabras teatrales. No algo literal. En general siempre tengo las manos cubiertas de grasa por estar diseñando mecanismos nuevos. No debido a la sangre de inocentes.

—«¿Inocentes?» ¿No has estado prestando atención? ¡*Ninguno* de ellos era inocente! —Andreas sacudió la cabeza—. ¿En qué mundo podría vivir yo alguna vez después de que ellos asesinaran a mi amada? Lo único que me mantiene con vida es la venganza, hacer que esos hombres paguen. Mis manos no están más sucias que las de aquellos que tienen una supuesta buena posición en la sociedad. ¿A cuántos otros habrán matado, y aun así caminan libres? ¿Cuántas vidas han destruido debido a sus caprichos?

Se escucharon unos murmullos provenientes del público. Teniendo a Thomas allí, luchando por respirar, yo me había olvidado una vez más de que la audiencia estaba presenciando cada instante de esto. Yo estaba concentrada en dos cosas: el tamborileo de guerra constante de mi corazón y el descubrimiento de que lucharía mil batallas y moriría de mil maneras antes de permitir que *mi* amado sufriera cualquier daño. Muy pronto, Andreas revelaría su increíble espectáculo, en especial ahora que todo su plan había sido develado.

—Pero... no asesinaste a esos hombres —dije, y me acerqué a él—. Tú asesinaste a sus hijas, y a la señora Prescott.

Andreas apenas desvió la mirada en mi dirección.

—Les propiné un golpe donde más les dolía. Una vez que cada uno de esos hombres haya perdido todo lo que alguna vez ha amado, en ese momento estaremos a mano. Dejar a Prescott y a lord Crenshaw con vida es la mejor forma de tortura para ellos. Dejar que vivan sus días sumidos en la miseria. Tal como ellos lo hicieron conmigo.

—No puedes hacer justicia por mano propia —dijo Mephistopheles—. Debiste haber acudido a la policía.

Andreas resopló.

—Si piensas que se investigaría la muerte de una pobre y enferma florista de los barrios marginales, y que encerrarían tras las rejas a los hombres adinerados que la asesinaron, entonces tú eres tan malo como ellos. Solo los poderosos obtienen justicia, y eso no es realmente justo, ¿verdad?

Los ojos de Thomas quedaron en blanco y comenzó a relajarse. La audiencia soltó una exclamación, y yo di un paso adelante de manera involuntaria, y luego me detuve ante un gesto de Andreas, sobrepasada por la angustia y la frustración.

Chillé cuando Andreas soltó el garrote, pero mi alivio fue momentáneo al ver que su cuchillo destellaba bajo las luces brillantes. Alguien gritó detrás de nosotros, pero yo me deshice de cualquier distracción y centré mi atención solo en el cuchillo. Él lo había desenfundado con rapidez de su bota, los ojos fijos en Thomas, que estaba luchando por respirar. Asesinaría a Thomas, y luego haría lo mismo conmigo y con Mephistopheles como parte de su gran acto final.

Unos silbidos suaves provenientes de las vigas del techo me llamaron la atención; miré hacia arriba, por encima del cuerpo maltrecho del doctor Arden, que se balanceaba en la cuerda, hacia donde se encontraban Cassie y Sebastián cerca de sus trapecios. Estaban señalando a Andreas y a una enorme bolsa que contenía algo desconocido, enseñándome cuál era su plan. Mephistopheles y yo no estaríamos solos en el momento de atacar. Podríamos derribar a Andreas antes de que él nos pudiera hacer daño, o Cassie y Sebastián dejarían caer la bolsa y terminarían con él, pero Thomas...

El sonido del llanto de los pasajeros se fundió en un pulso palpitante; y el latido de mi corazón era el único ritmo que me incitaba a seguir adelante. Andreas asesinaría a Thomas justo delante de mis ojos. Él lo consideraba solo como otro adinerado elitista, un eslabón más de nuestro sistema corrupto.

Nunca permitiría que Cresswell se transformara en la última pieza de su retorcido acto final.

Durante un instante, todos nosotros nos quedamos paralizados en un cuadro espeluznante. Luego Andreas llevó una pierna hacia atrás y pateó a Thomas hacia el medio del escenario. Supe que se estaba dando espacio para hacer alarde de su habilidad con el cuchillo. Mi cuerpo entero se sintió como si lo hubieran sumergido en hielo y luego lo hubieran prendido fuego. En ese momento, al ver a Thomas trastabillar y caer de rodillas, comprendí con absoluta claridad lo que Andreas había atravesado al presenciar cómo Liesel moría en vano.

No deseaba vivir en el mundo si Thomas Cresswell no era parte de él. Sin importar que tuviéramos todo en nuestra contra, yo lucharía por él hasta que tomara mi última y temblorosa respiración. Incluso en la muerte, nunca dejaría de perseguir a aquellos que amenazaran a mi familia. Porque en eso se había convertido Thomas. Él era mío, yo lo había elegido a él tal como él me había elegido a mí, y lo defendería con todas mis fuerzas. Nuestra amistad se había encendido con algo poderoso e indomable. Algo de lo que yo había sido muy tonta en dudar.

—¡No! —Unos gritos y llantos se elevaron a mi alrededor, y hubiera jurado que escuché a los artistas lanzarse sobre su amigo. Una bolsa de resina cayó sobre el escenario, pero no acertó en el blanco, y el polvo se elevó en volutas, al igual que el humo que rodeaba las apariciones de Mephistopheles. Ignoré todo, mi concentración tan agudizada como una sierra para huesos.

Andreas levantó el cuchillo, y supe que lo hundiría en el pecho de Thomas. Había estado practicando con Jian toda la semana, y su puntería se había vuelto aterradoramente precisa.

No pensé. No necesitaba hacerlo. Solo tenía que actuar. Había estado ensayando prestidigitación toda la semana, sin darme cuenta de que emplearía esa táctica en un momento como este. Mi cuerpo entró en movimiento sin pensarlo dos veces.

Deslicé la mano debajo de mi falda y agarré el bisturí que llevaba atado allí y lo arrojé con tanta fuerza y rapidez como pude. No me molesté en apuntar, no era importante. Yo no era una tiradora ni poseía las habilidades de Jian. No acertaría en un objetivo móvil. Pero romper el precioso espejo sería el golpe más devastador de todos. Tal como asesinar a las esposas e hijas de sus enemigos había infligido el dolor más profundo.

El ruido que hizo el cristal al romperse me otorgó el momento de distracción que necesitaba, un momento que utilicé para mi ventaja tal como hubiera hecho cualquier mago de talento con sus trucos.

Andreas soltó un grito, gutural y desatado. Yo le había arrebatado lo último que le quedaba de Liesel. Mephistopheles gritó mi nombre, quizás como advertencia, pero yo ya era consciente del peligro cuando él corrió hacia el adivino y lo derribó. Yo no grité cuando me abalancé sobre Thomas y lo rodeé con mis brazos, y ambos caímos al suelo, y tampoco emití sonido cuando el cuchillo de Andreas se hundió profundamente en mi carne.

Se clavó justo donde había imaginado que lo haría. En ese instante, sentí que había conseguido una oscura victoria. Me había enfrentado al monstruo y había protegido a la persona que amaba. Había conquistado mis dudas. Al comienzo no sentí dolor, y creí de manera ilusa que Andreas no había herido ninguna parte vital. Que Thomas y yo escaparíamos de esta pesadilla enteros e ilesos. Que los dos pasaríamos nuestra vida en el campo, tal como yo había dicho que haríamos. Que yo me tomaría el tiempo necesario para enmendar las cosas entre nosotros, para ganarme de nuevo su amor y probarle el mío.

Pero esa inconsciencia dichosa no duró. Un instante más tarde, una sensación abrasadora y aguda me atravesó, y me arrancó un alarido de lo más profundo de mi ser. El sonido fue más animal que humano, y yo no tenía ni idea de que podía emitir un grito tan terrible y salvaje. Las

lágrimas corrieron por mi rostro y se derramaron sobre mi boca, saladas y cálidas.

—¡Thomas! —Todo se volvió caliente y pegajoso, aunque al mismo tiempo unos escalofríos asaltaron mi cuerpo. Unos dedos empapados en sangre sujetaron los míos—. Thomas —volví a decir, esta vez con más suavidad.

—Wadsworth. —La voz de Thomas sonó angustiada—. Quédate aquí. Quédate aquí conmigo.

—No estoy... yendo... a ninguna parte. —No había ningún otro lugar en el mundo donde quisiera estar. Aunque la parte de mí que no estaba consumida por el calor abrasador de mi pierna se preocupó de que hubiera dicho otra mentira... de que, lo deseara o no, quizás terminara abandonando a Thomas Cresswell. Quería llorar o reír, pero el dolor era sobrecogedor. Por fortuna, la oscuridad comenzó a invadirme y aplacó algo de mi agonía.

Mis deducciones médicas tardaron en tomar forma, pero entre la oscuridad que me atravesaba, me di cuenta de que me estaba muriendo. La sensación cálida que corría por mi pierna era sangre. Y había demasiada. Demasiada sangre para que alguien pudiera sobrevivir.

—Thomas... —Mi voz fue apenas un susurro, pero él me escuchó. Me aferró la mano con más fuerza y se inclinó sobre mí—. No me abandones.

—Nunca. —Algo goteó sobre mi rostro, pero me sentía exhausta como para abrir los ojos. Sentí mi cabeza como si hubiera bebido demasiado champán de golpe, y unas diminutas estrellas blancas se agolparon en la periferia de mi visión. Cuanto más yacía en medio de esa calidez, más frío se volvía mi cuerpo.

Parecía irónico que una hoja afilada terminara con mi vida.

—Wadsworth... —Thomas sonó como si alguien estuviera apoyando un cuchillo contra su garganta, pero el peligro parecía haber desaparecido. El pensamiento me reconfortó mientras me dejaba llevar por el sueño. Una mano me golpeó las mejillas, con lentitud al principio, y luego con más ritmo. Debí haberme dolido, pero yo me sentía demasiado lejana. Estaba comenzando a tener un sueño precioso, uno en el que Thomas y yo nos encontrábamos bailando en un salón que me recordaba a una estrella. Todo era blanco y puro y olía a peonías y a magia.

—¡Audrey Rose! Mírame. —El rostro de Thomas se materializó justo sobre el mío. Maldijo como el diablo, pero en ese momento podría haber sido un ángel enviado para guiarme a alguna parte. Sus labios, ya no teñidos de azul, se movían, pero los sonidos quedaron ahogados como olas blancas y negras que se estrellaban contra mi visión. Miré sus ojos bien abiertos. Estaba vivo. Estaba entero. La muerte no había salido victoriosa. El pensamiento me arrastró más profundamente hacia una inconsciencia pacífica.

Las palabras se entremezclaron y ya no pude escuchar a Thomas ni tampoco evitar que mi herida siguiera sangrando. Mi pulso era como un estribillo tranquilo mientras se enlentecía. La calidez viajó con libertad por mi cuerpo y me arrastró más y más hacia la promesa de un descanso maravilloso. Ahora tenía dos pulsos, uno luchando contra el otro. Uno en la pierna y otro en el pecho. Ambos parecían estar desvaneciéndose cuanto más luchaban. Lo que estaba bien para mí; quería dejarme llevar y sucumbir ante la oscuridad. Era mucho más placentero que el dolor salvaje que se desataba dentro de mí. Quería regresar a ese sueño tan bonito, donde podríamos bailar entre las estrellas.

Pum. Pum. Pum.

En un momento sentí una calma eufórica, una aceptación; al siguiente, sentí una presión sobre mi pierna, pesada e incómoda. Me arrancó con un sobresalto de esa serenidad. Quise chillar nuevamente, hacer que el sufrimiento cesara, pero me sentía demasiado agotada. Me retorcí para alejarme del dolor, parpadeando ante quienquiera que estuviera torturándome, pero mis párpados

se volvieron más pesados y se negaron a obedecer incluso mientras la bestia de la agonía rasgaba mi cuerpo una y otra vez.

La presión aumentó y por fin logré gritar hasta que saboreé la sangre en el fondo de la garganta. Una parte de mí sabía que tenía que luchar con tanta fiereza como pudiera, tenía que intentar vivir, aunque solo fuera para alejar a la persona que me estaba infligiendo dolor en la pierna. Enfoqué mi mirada y entrecerré los ojos para atravesar la oscuridad inminente. Las manos de Thomas eran como un torniquete alrededor de mi muslo desnudo, y las lágrimas le recorrían el rostro y caían sobre el mío. Tuve la sensación de que le estaba gritando órdenes a alguien que se encontraba cerca, aunque no lo pude escuchar o estar segura de que lo que veía era real. Estaba demasiado absorta por sus lágrimas. En mi mente, extendí la mano para enjugarlas, aunque debió haber sido otro sueño.

Te amo, pensé, luchando contra la oscuridad. Más que a todas las estrellas del universo. En esta vida y para siempre. *Te amo*.

Pum. Pum. Pum.

Pum.

Luché de manera salvaje con todas mis fuerzas para mirar por última vez a mi amado Thomas Cresswell, pero la oscuridad descendió sobre mí como un ejército vengador y me reclamó para sí.

40

DESPEDIDA

ENFERMERÍA

RMS ETRURIA

9 DE ENERO DE 1889

La luz que se filtraba por la ventana me arrancó del sueño. Las gaviotas se llamaban unas a otras y unas voces sofocadas se les unieron desde algún lugar en el exterior. El intenso olor a antiséptico me revolvió el estómago y se llevó lo que me quedaba de paz. Parpadeé hasta que las imágenes borrosas se disiparon. Unos catres y mesillas aparecieron en mi visión; me encontraba en una enfermería.

Solté una exclamación ahogada cuando Thomas se inclinó hacia mí, y su silla crujió cuando él movió su peso. No lo había visto sentado allí, y ahora que lo miraba, parecía verdaderamente miserable. Unos círculos oscuros le cubrían la piel debajo de los ojos y su rostro se encontraba más pálido de lo que alguna vez lo había visto. Había un aura de vacío en él que me erizó la piel de los brazos.

Me pregunté si no estaría viendo a un fantasma.

Él extendió una mano y sujetó la mía, los ojos bordeados de rojo.

—Creí que... —Me sujetó con más fuerza—. Creí que te había perdido para siempre, Wadsworth. ¿En qué diablos estabas pensando?

Recordé algunos fragmentos, aunque todo parecía demasiado borroso para ser real.

—¿Qué sucedió?

Thomas respiró hondo.

—¿Además de que corriste para salvarme de una muerte segura? ¿De que recibiste una herida de cuchillo peligrosamente cerca de la arteria femoral? —Sacudió la cabeza, y esta vez no hubo ningún dejo de ligereza en su rostro—. El cuchillo se hundió tan profundo que se clavó en el hueso, Audrey Rose. Tu tío pudo extraerlo mientras Mephistopheles y yo te sosteníamos, pero no podemos tener la certeza de lo dañado que está el hueso. Hasta ahora no creemos que esté fracturado.

Hice una mueca de dolor, como si su relato le hubiera dado permiso a mi herida para dolerme una vez más.

—Parece como si todos hubieseis estado ocupados. ¿Qué día es hoy?

—Has estado inconsciente solo una noche. Ya hemos atracado en Nueva York. —Thomas trazó círculos sobre el dorso de mi mano, y su voz fue casi un susurro cuando dijo—: Andreas lo confesó todo.

—¿Incluso lo del cuerpo que encontramos en la caja? —pregunté—. ¿Explicó por qué esa víctima era diferente de las otras? —Thomas jugueteó con el puño de mi bata y fingió sin éxito no haberme escuchado—. ¿Thomas? Estoy bien. No tienes que dirigirte a mí como si fuera de

porcelana.

—No es por ti —suspiró—. Cuando le preguntamos a Andreas sobre ese crimen, aseguró no saber nada de él. Se encuentra en el calabozo hasta que los detectives vengan a buscarlo. No están seguros de dónde deberá enfrentar el juicio, ya que la mayoría de sus crímenes ocurrieron en el océano. Quizás tengamos que volver a Inglaterra.

—Pero ¿por qué no confesaría ese...?

—Tu tío y yo creemos que es posible que haya un segundo asesino a bordo —informó Thomas—. Los pasajeros ya han comenzado a desembarcar, así que si Andreas no cometió ese asesinato, entonces...

—Acabamos de permitir que un asesino que imita al Destripador llegue a Estados Unidos.

Ambos nos quedamos en silencio y dejamos que la gravedad de esa posibilidad se asentara entre nosotros.

—Por ahora —dijo por fin Thomas—, esperemos estar equivocados y pensemos que Andreas simplemente no estaba cooperando.

Encontré su mirada y asentí. Parecía que nos habíamos concedido otra media verdad al final de este viaje.

—¿Fue él quien robó la tela? —pregunté, después de recordar el chaleco de Jian—. ¿O ese fue un delito aparte?

—Admitió robarla; al parecer es un ladrón de poca monta cuando no asesina por venganza. Es un viejo hábito que trajo desde Baviera. Solía robar prendas de las personas a las que les adivinaba la suerte. Una mujer reconoció un atuendo faltante y lo denunció a la policía, razón por la cual huyó y se unió al carnaval.

—Hablando de eso, ¿qué sucedió con el Carnaval Luz de Luna? ¿Cómo están Mephistopheles y Houdini?

—Ambos se han despedido —dijo Thomas, y me di cuenta de que me observaba cuidadosamente—. Mephistopheles te envía sus disculpas y dos entradas gratis para su próximo espectáculo. Él y Houdini aseguraron que no queríamos perdernos lo que están preparando, será...

—¿Espectacular?

Thomas soltó una risita.

—Por su propio bien, espero que así sea. Tienen que encontrar algo que distraiga de los múltiples asesinatos que cometió su famoso vidente. Aunque conociendo a Mephisto, encontrará la manera. La infamia atrae al público. A todos nos fascina lo macabro. Deben ser nuestras oscuras y retorcidas almas humanas.

—Me alegra que todo haya terminado —comenté—. Espero sinceramente que las familias encuentren la paz.

Algo importante se abrió camino entre mis pensamientos, pero mi mente aún se encontraba muy borrosa.

—¡Liza! —Me incorporé de un salto y volví a caer hacia atrás. La agonía atravesó mi cuerpo y me recordó lo herida que estaba—. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? Por favor, por favor dime que está viva. No puedo tolerarlo.

Thomas colocó bien mis cojines e hizo que me recostara con delicadeza.

—Se encuentra bien. Andreas la drogó y la tuvo encadenada en sus aposentos. Pero se está recuperando. Con más rapidez que tú.

Exhalé.

—No estoy preocupada por mí.

—Pero yo sí. Hay algo más que deberías saber... sobre tu herida —comentó, y se revolvió lentamente en el asiento, con la mirada hacia abajo—. Podrás caminar, pero es posible que tengas una cojera permanente. No hay forma de determinar cómo sanará.

El dolor abrasador de mi pierna me causó una punzada ante el recordatorio de la herida. Una cojera. Aunque algunas personas estarían devastadas por la noticia, no era mi caso. En mi futuro no me vería deslizándome por salones de baile, sino en el interior de un laboratorio cerrado. Y a los cuerpos no les importaba la gracia con la que me moviera.

Por mi propio bien, debía aligerar el ánimo. Las cosas ya eran demasiado sombrías, y sin importar lo seriamente que me habían herido, necesitaba algo positivo a lo que aferrarme. Estaba viva. Ya me encargaría de todos los demás detalles. Sonreí para mí misma; realmente sonaba como Mephistopheles.

—El precio del amor no es barato —bromeé—. Pero vale la pena el precio.

Thomas se puso de pie de forma abrupta, y mis manos añoraron su calidez. Analicé mi broma y me pregunté qué parte de mi declaración le había hecho daño.

—Ahora tienes que descansar —afirmó, y evitó mi mirada—. Tu tío llegará pronto para hablar sobre los arreglos del viaje. Y sé que Liza también ha estado paseándose por fuera.

—Thomas... ¿qué...?

—Descansa, Wadsworth. Volveré pronto.

Apreté los labios, ya que no confiaba en que mi voz ocultara mi dolor. Observé cómo Thomas sujetaba su sombrero y su abrigo y se daba prisa en salir de la habitación, como si verme ahora lo perturbara. Intenté no tomarme su actitud de manera personal, aunque algunas lágrimas lograron escabullirse de la presa que las contenía. Parecía que Thomas Cresswell estaba desapareciendo de mi vida junto con el carnaval.

• • •

Otra presencia en la habitación me arrancó de mi sueño. Me restregué los ojos, aunque no me molesté en incorporarme.

—¿Thomas?

—No, querida mía. Soy yo, el más apuesto. Tengo que culpar a la pérdida de sangre por su confusión.

A pesar del gran dolor que sentía, sonreí.

—Thomas dijo que ya se había ido junto a Houdini.

—Sí, bueno, llegué a la mitad del camino de los muelles y supuse que usted enloquecería de añoranza. —Mephistopheles sujetó mis manos con las suyas con vacilación. Eran ásperas y callosas en algunos sectores, un testimonio de con cuánta frecuencia trabajaba con ellas. Pasó el pulgar sobre mis nudillos mientras trazaba un movimiento apaciguador—. No quería que me echara tanto de menos y que eso afectara a su recuperación.

Sacudí la cabeza.

—Siempre tan encantador. —Intenté inclinarme por encima del costado de la cama e hice una mueca de dolor—. Abra ese cajón.

—¿No habrá una serpiente allí esperando hundir sus colmillos en mí?

Puse los ojos en blanco.

—Muy bien. No me importaría quedarme con su anillo de sello. Los rubíes valen una suma

decente.

Nunca había visto a Mephistopheles moverse con tanta rapidez, ni siquiera cuando realizaba sus trucos. Asió el anillo, y sus ojos se humedecieron antes de que reprimiera las lágrimas.

—Gracias.

—¿De qué otra manera lo chantajearán las personas? No podía permitir que se fuera sin él.

—Tiene razón. —Sonrió—. ¿Promete que me echará de menos, aunque sea un poco?

—Puedo llegar a pensar en usted en algún diciembre frío y gris dentro de muchos, muchos años.

—¿Y? —insistió, la expresión esperanzada.

—Y preguntarme si lleva el antifaz cuando se baña.

Su risita fue oscura y profunda.

—No hay necesidad de que se lo pregunte, querida mía. Estoy más que dispuesto a demostrárselo en persona. ¿Deberíamos ir a sus aposentos o a los míos? —Observó mis vendajes—. Quizás debamos postergar nuestra cita. No querrá manchar mi traje con su sangre. No es bueno para el negocio.

—Lo echaré de menos —admití, porque era la verdad. Algo con lo que no había estado en contacto durante mucho tiempo. Había sido interesante aprender la prestidigitación, pero yo no era buena para practicarla a largo plazo. Yo no quería ofrecer otra cosa más que sinceridad en el futuro. Fingir no solo me había confundido, sino que había herido a Thomas de manera irreversible.

—Lo sé. Ser increíblemente apuesto es la cruz con la que debo cargar. —La diversión abandonó sus ojos y en su lugar apareció algo más inseguro—. Dígame... ¿alguna vez tuve la oportunidad certera de ganar su mano? ¿O todo lo que sucedió entre nosotros fue una mentira? El baile, las risas... con seguridad no puede haber sido todo una actuación.

Miré con detenimiento sus ojos oscuros, el pulso latiendo más rápido mientras imaginaba una clase diferente de futuro. Uno que seguía involucrando a la ciencia y a la libertad. A la pasión y a lo teatral. En ese futuro podía ser feliz, más que feliz. Nos valdríamos de la ciencia para construir máquinas y realizar actos de magia imposibles, para deslumbrar audiencias y ganarnos alabanzas. Podría viajar por el mundo y nunca encajar en el papel que la sociedad considerara apropiado para mí. Mephistopheles sería un marido maravilloso, nunca me encadenaría a menos que eso fuera necesario para el espectáculo. Podría estar muy conforme con ese futuro. Sería más libre que los acróbatas que volaban de un trapecio al siguiente.

Pero mi corazón y alma siempre le pertenecerían por completo a otra persona. Thomas y yo éramos compañeros en todas las formas posibles. Y si bien imaginarme la vida sin la magia y las sonrisas naturales de Mephistopheles era un tanto triste, pensar en un mundo sin Thomas Cresswell me resultaba imposible. No podía alejarme de él al igual que no podía abandonar a mi corazón y seguir con vida.

Me incliné hacia Mephistopheles y presioné los labios contra sus mejillas.

—En otro mundo o en otra vida, creo que podríamos haber hecho hazañas increíbles juntos. Algún día hará muy feliz a alguien, pero esa persona no soy yo. Lo siento.

—Yo también lo siento. —Vi cómo contenía la emoción y le apreté la mano con tanta fuerza como pude. Él me sostuvo la mano un instante más, y luego se puso de pie—. Diseñaré un artilugio de ingeniería maravilloso y le pondré su nombre, mi amor perdido.

No pude evitar soltar una risa, fuerte y verdadera.

—Adiós, Mephistopheles.

—Llámame Ayden, por favor. —Se dirigió hacia la puerta y se detuvo—. Hasta que nos

volvamos a encontrar.

• • •

Thomas se mantuvo firme junto a mí, las manos enguantadas sujetaban la barandilla escarchada a medida que observábamos cómo desembarcaban los pasajeros. Sin duda todos tendrían anécdotas que contar sobre el barco maldito. Ni siquiera Houdini sería capaz de escapar del escándalo, aunque tenía la certeza de que al final saldría airoso. Un grupo de policías se abrió camino a través de la multitud y se dirigió hacia el calabozo para llevarse al criminal, a quien los periódicos ahora estaban llamando el Destripador Bávaro. Nos quedaba poco tiempo. Se me entrecortó la respiración, y tuve el impulso repentino de llevarme las manos al pecho. No quería despedirme. Era lo que más temía.

—Muy pronto volveré a estar contigo, Wadsworth. Ni siquiera notarás que me he ido.

Miré su perfil, el corazón me latía con debilidad. No me había mirado directamente a la cara desde que me habían acuchillado. Sabía que mi acto de prestidigitación con las palabras había funcionado demasiado bien, y merecía su enfado, pero esto era demasiado frío para tolerarlo.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—La realidad es que me necesitan aquí, en Nueva York, como el representante de tu tío. —Respiró hondo, con los ojos fijos sobre las personas que todavía estaban desembarcando. Yo quería sujetar su abrigo, sacudirlo hasta obligarlo a mirarme. Pero mantuve una mano a un lado y la otra firme sobre el bastón que me habían prestado. Él siempre me había brindado la libertad de elegir. Yo no se la arrebataría a él. Si quería quedarse aquí, yo no rogaría por mi propio egoísmo.

—Volveré tan pronto como pueda.

Ignoré la lágrima que me corrió por la mejilla. No quería despedirme así, sintiendo a Thomas tan distante y frío como las costas de Inglaterra. Habíamos atravesado demasiado. Aunque quizás su actitud no se debiera al acto que yo había montado; era posible que no pudiera tolerar verme después de que me hubieran herido.

Quizás mi pierna rota era un recordatorio de lo cerca que habíamos estado ambos de perder la vida. Quizás yo me hubiera dado cuenta de a lo que estaba dispuesta a renunciar, pero eso no significaba que él hubiera llegado a la misma conclusión.

Contuve mis emociones, orgullosa de cuánto control tenía sobre ellas ahora.

—¿No se supone que debes decir algo como «Te echaré de menos con locura, Wadsworth» o «¿las próximas semanas serán una tortura lenta?». ¿O alguna otra frase ingeniosa típica de ti?

Se volvió hacia mí finalmente, y sus ojos estaban desprovistos de su brillo típico de picardía.

—Por supuesto que te echaré de menos. Lo sentiré como si estuvieran obligando quirúrgicamente a mi corazón a salir de mi pecho en contra de mi voluntad. —Respiró hondo—. Preferiría que me atravesaran todas las espadas del arsenal de Jian. Pero esto es lo mejor para el caso.

Tenía razón. Por supuesto que sí. El caso tenía prioridad, pero eso no tenía por qué agradarme. Me aferré a mi bastón con más fuerza. Durante toda mi vida había deseado que los barrotes de mi jaula dorada desaparecieran, ser libre. Elegir mi propio camino. Para empezar, mi padre me había dejado ir, y ahora parecía que Thomas estaba haciendo lo mismo.

La libertad era tan embriagante como aterradora. Ahora que la tenía en mis manos, quería contenerla. No tenía ni idea de qué hacer con ella o conmigo misma.

—Entonces le deseo lo mejor, señor Cresswell —dije, e ignoré lo incorrectas que parecieron

mis palabras formales—. Tiene razón. Entristecerse es una tontería cuando nos volveremos a ver pronto.

Esperé a que él se deshiciera de su personaje frío, que adoptara la calidez de su cariño para mí, pero permaneció inmóvil. Un detective se aclaró la garganta detrás de nosotros y destruyó nuestros últimos momentos juntos. No sabía si estallar en risas o en llanto. Tan solo ocho noches atrás habíamos estado en esta misma cubierta, envueltos en los brazos del otro, besándonos debajo de las estrellas.

—¿Señor Cresswell? Estamos llevando los cuerpos hacia la orilla. Necesitamos que se dirija al hospital.

Thomas asintió brevemente.

—Por supuesto. Estoy a su disposición.

El detective se levantó el sombrero para saludarme antes de desaparecer de regreso hacia el interior del barco. Mi pulso rugía y me dolía la pierna. Esto estaba sucediendo en serio. El momento que había estado temiendo desde el caso del Destripador. Finalmente me estaba despidiendo del señor Thomas Cresswell. Sentí como si no hubiera el oxígeno suficiente en la tierra para mantenerme en pie. Tomé una respiración honda tras otra, y maldije a la moda porque exigiera llevar corsés tan ajustados. Estaba bien. Todo iría bien.

Seguía siendo una mentirosa repugnante. No había nada bueno en esta situación.

Thomas miró con detenimiento la puerta que lo conduciría por un camino diferente del mío. Por primera vez en meses no emprenderíamos otra aventura juntos. Ya sentía su ausencia, como si me hubieran arrancado una parte de mí, y mi cuerpo aún estuviera añorando su parte faltante. Ahora estaba sola, por mi cuenta. Yo no necesitaba a otra persona para sentirme completa, y sin embargo la manera en la que nos estábamos despidiendo me hacía sentir descompuesta. No me parecía correcta, pero no sabía cómo hacer que lo fuera. Quizás esa era la lección más importante sobre dejar ir, aceptar lo que estaba fuera de nuestro control. Solo podía esforzarme y hacer mi parte; dependía de Thomas cumplir con la suya o no hacerlo en absoluto.

Se giró con lentitud y me encaró con la mandíbula apretada.

—Adiós, señorita Wadsworth. Ha sido un enorme placer. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Ignoré la similitud de mi despedida con Mephistopheles. Cuando él se había despedido, no había sentido como si el mundo hubiera dejado de girar sobre su eje. Thomas levantó su sombrero para saludarme y comenzó a retirarse.

En mi cabeza, corrí tras él, lo sujeté del abrigo y le supliqué que se quedara. Que me llevara con él. Que ignorara la orden de mi tío de que permaneciera aquí e investigara el caso en Nueva York, y que en cambio se casara conmigo en la capilla en ese mismo instante. Mi abuela vivía en las cercanías —aunque debía estar viajando por el continente, ya que no había respondido ninguna de mis cartas— y sería nuestro testigo, aunque tan solo fuera para enfadar a mi padre.

En la vida real, obligué a mis labios a permanecer cerrados, solo asentí y observé cómo él se alejaba para separarse de mí durante quién sabe cuánto tiempo. Quizás algunas semanas. O tal vez para siempre. Lo que fuera que él escogiera, tendría que vivir con ello. Sin importar lo difícil que me resultara, encontraría la manera. Se detuvo, dándome la espalda, y sus dedos golpetearon el marco de la puerta. Esperé, conteniendo la respiración, a que hiciera una broma o corriera a mi encuentro y me envolviera en sus brazos, pero después de otro instante, siguió caminando y desapareció en el interior del barco.

Un sollozo se abrió camino por mi pecho antes de que pudiera sofocarlo. Me quedé allí de pie durante algunos instantes más, el corazón me latía sin control. No tenía ni idea de por qué esta

despedida parecía permanente. Pero de alguna manera sabía, en lo más profundo de mis huesos rotos, que si no lo detenía, el señor Thomas Cresswell saldría de este barco y de mi vida para siempre. Sujeté la barandilla con la mano que tenía desocupada y permití que la escarcha helada distrajera mis pensamientos. Necesitaría encontrar una fuente de calidez pronto, el dolor punzante de mi pierna se estaba volviendo despiadado.

Me concentré en el dolor físico en lugar del nuevo dolor más intenso que sentía en el pecho.

Juntos, Thomas y yo habíamos brillado como una estrella fugaz, y nos habíamos desvanecido con igual rapidez.

Habíamos detenido al Destripador Bávaro. Limpiado el nombre del resto de los miembros del Carnaval Luz de Luna. Thomas estaría ofreciendo sus habilidades forenses mientras Tío y yo viajábamos a nuestro próximo destino, donde él seguramente nos acompañaría en algún momento. Todo estaría bien muy pronto, yo solo estaba haciendo que nuestra despedida fuera más dramática de lo que era. Después de todas las muertes con las que me había topado, no era difícil encontrarle una explicación lógica a mi angustia de despedirme de alguien a quien amaba. Me recordé mis sentimientos anteriores: *La ciencia es el altar al que yo le rezo. Y me ofrece su consuelo.*

Repetí las palabras en silencio como un estribillo y contemplé el océano durante un largo tiempo después de que Thomas se hubiera marchado.

EPÍLOGO

Liza caminó por la cubierta de paseo, con la capucha sobre la cabeza para impedir que las ráfagas de viento que soplaban por el Hudson le destruyeran su elegante peinado. Se colocó junto a mí y observó cómo descargaban las cajas del circo. Admiré las lunas pintadas sobre ellas, los oscuros círculos negros y las medialunas plateadas que había a sus costados.

El Carnaval Luz de Luna se despedía para entretener a un público nuevo en una ciudad nueva. No tenía dudas de que Mephistopheles robaría el corazón y la mente de cualquiera que conociera. Houdini también tenía un futuro alucinante. Ya se encontraba bien encaminado a convertirse en una leyenda. Tenía la sensación de que no sería la última vez que escucháramos hablar de ellos.

Lo cual no sabía si era algo bueno.

—Después de todo lo que hiciste, hubiera creído que tendrías la valentía suficiente para decirle la verdad —dijo Liza, con la mirada fija en las cajas que había debajo.

—¿A quién? —pregunté—. ¿A Mephistopheles?

—No te hagas la tonta. —Me propinó un golpecito en el brazo.

Andreas le había administrado una infusión que la había dejado inconsciente. Al parecer, algunas horas después de mi acto heroico, ella había vuelto al salón, ilesa. Él le había tomado cariño a Liza, su espíritu pasional le había recordado a su amada Liesel, por ello no la torturó más y le perdonó la vida. Fruncí el ceño y Liza suspiró.

—¿Con sinceridad? Tú abres a los muertos, buscas la verdad detrás de sus muertes. Deseas diseccionar cosas para resolver acertijos. Y sin embargo eres un caso perdido, querida prima, cuando se trata de ser sincera. En especial contigo misma. —Se giró para mirarme, las manos sobre las caderas—. ¿Le has dicho al señor Cresswell que lo quieres? ¿Que no puedes esperar a volver a verlo? ¿Que temes que se culpe a sí mismo cada vez que vea tu herida? —Me miró con detenimiento y luego sacudió la cabeza—. No, no lo has hecho. Lo has guardado todo en tu interior y has fingido que todo iba bien. Pero esa no es la verdad. Estás preocupada.

—Yo... es... es muy complicado.

Liza rio con un resoplido.

—En realidad no es para nada complicado, prima. Thomas, por más que sea muy astuto, cree cada mentira a medias que le dices a él y a ti misma. No tiene la capacidad de ver detrás de tu máscara. Es probable que eso sea lo único que él no pueda descifrar, y seguro que eso se debe a que siente mucho por ti. Te garantizo que él cree que está haciendo un acto caballeresco al irse, te está dando la oportunidad de seguir a Mephistopheles, incluso aunque eso lo destruya. ¿Acaso no te has dado cuenta de que tenía los ojos enrojecidos? No ha dormido desde que te hirieron. Tío intentó hacerlo salir de tus aposentos y tu querido señor Cresswell casi se convirtió en un animal salvaje ante la idea de dejarte sola. Los dos sois muy inteligentes cuando se trata de asuntos que involucran la mente, pero ¿cuestiones del corazón? Es como si fuerais seres de otra galaxia intentando descifrar patatas fritas.

—Él... ¿qué? —No pude comprender lo absurdo del pensamiento—. ¿Por qué creería que elegiría a alguien más? Salté delante de un cuchillo por él. Estoy bastante segura de que eso indica mi preferencia. El hecho de que él se aleje no tiene nada que ver con eso.

—¿Estás segura? —Liza me dedicó una mirada de exasperación—. ¿Cómo os despedisteis? Diseccionemos la escena con el filo de... ah, lo siento. —Hizo una mueca de vergüenza y señaló mi pierna—. Es probable que esas no sean las palabras adecuadas para este momento.

Contuve una risa.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Liza me envolvió con un brazo y me mantuvo cerca de ella.

—Me demostrarás cariño aceptando mis consejos románticos. Ahora bien, estoy segura de que Thomas se despidió de ti en términos formales. Frío. Ni una pizca de coqueteo. Imagino que incluso se levantó el sombrero en lugar de besar tu mano enguantada. —Sonrió ante mi ceño fruncido—. Quítate la máscara, Audrey Rose. Cuéntale tus miedos. Te prometo que a él no le importa tu bastón o tu pierna rota. Él se enamoró de tu alma. Te está dando la oportunidad de decidir tu propio destino, pero confía en mí, te ama con locura.

Me giré hacia otro lado, no quería que Liza viera las lágrimas que habían comenzado a derramarse por mis mejillas.

—¿Y qué sucede contigo y Houdini? —pregunté para desviar la atención de mí—. Él no te mintió, ¿sabes?

Liza volvió a mirar el cargamento del circo.

—Lo sé. Nosotros... si bien lo adoro, quiero una clase diferente de futuro. El carnaval ha sido emocionante, pero por más difícil que resulte de creer, echo de menos a mi madre. —Ahora fui yo la que rio con un resoplido, y ella me propinó un empujoncito—. Harry encontrará a una mujer que lo haga feliz, y yo también encontraré a alguien. Ahora, deja de intentar esconderte de tu propia verdad. Dile a Thomas que lo quieres o pasarás el resto de tus días arrepintiéndote.

—Pero ¿y si se está alejando debido al accidente? ¿Y si...?

—Discúlpame. —Se aclaró la garganta e hizo un gesto hacia el extremo opuesto de la cubierta—. Creo que veo a la señora Harvey saludándonos desde allí. Debo ir con ella de inmediato.

—¿En serio? —Me enjuagué las lágrimas y me giré, molesta por la partida repentina de mi prima. Mi gesto de enfado se evaporó de inmediato cuando encontré la mirada de Thomas. Había conseguido deslizarse a mi lado, un mago por derecho propio. Sacudí la cabeza mientras Liza me guiñaba un ojo por encima de su hombro y se apresuraba a alejarse. Una vez más, las lágrimas recorrieron mis mejillas con libertad mientras él me observaba. Me deshice de ellas con enfado, ya que odiaba que, si bien podía contener mayormente mis emociones durante una investigación, no tenía dominio sobre ellas fuera del laboratorio.

—Cresswell —dije, levantando el mentón—. Creía que tenías asuntos de los que ocuparte.

—Así es —respondió—. Le pregunté a lord Crenshaw dónde había encargado ese increíble bastón que tiene después de que tu tío y yo finalizáramos nuestra última entrevista. Imagina mi sorpresa cuando dijo que lo había comprado aquí en Nueva York. De hecho, hay una tienda aquí a la vuelta de la esquina. —Dio un paso hacia mí y señaló en la dirección donde debía estar ubicada la tienda—. Creo que esta rosa le gana a la que intentó entregarte Mephistopheles.

—Yo... ¿qué?

Thomas arrojó un bastón en el aire con una mano y lo atrapó con la otra, luego me lo entregó apoyando una rodilla sobre el suelo. Era un bonito bastón de ébano que tenía una rosa tallada en el mango. El resto del bastón parecía el tallo de la flor cubierto de espinas. Lo observé, incapaz de formular palabras. Era una espectacular obra de arte.

—Thomas, es...

—¿Casi tan apuesto como yo?

Reí, aunque brotaron más lágrimas traicioneras.

—Así es.

Una seriedad se vio reflejada en su mirada, lo que hizo que mi corazón aleteara.

—Nuestro trabajo siempre será importante para nosotros. Pero tú eres la dueña de mi corazón entero, Wadsworth. Sin importar lo que suceda. Lo único que impedirá eso es la muerte. E incluso en ese momento lucharé con cada fibra de mi ser para mantener tu amor cerca. Ahora y para siempre.

Yo había tenido casi los mismos sentimientos antes de que todo se volviera infernal sobre ese escenario. Pasé los dedos por su pelo y enroscué un rizo en mi dedo mientras contemplaba sus ojos. Estaban repletos de una adoración de lo más real y auténtica. Lo que nosotros teníamos no era una ilusión, pero era mágico. Dejé que mi mano se apartara de él y sujeté mi bastón nuevo, probando su peso.

—¿Sabes qué? Creo que esta es la rosa más preciosa que me hayan regalado nunca.

Me dedicó una sonrisa lenta y juguetona.

—Mi truco de magia también fue bastante sorprendente. ¿Crees que Mephistopheles me contratará? Podría practicar. De hecho —dijo, y me sujetó de la mano y aminoró su marcha mientras yo me movía con pasos vacilantes junto a él—, tenemos que realizar una presentación juntos. ¿Qué piensas de «Los Increíbles Cressworth»? Suena asombroso.

—¿Cressworth? ¿En serio has combinado nuestros nombres? ¿Y por qué tu nombre en primer lugar? —Lo miré con el rabillo del ojo, los labios esbozando una sonrisa a pesar de mí—. Creo que la parte más increíble de nuestra presentación será no adormecer a la audiencia con tus ocurrencias.

—Qué mujer tan diabólica —soltó—. ¿Qué nombre sugieres?

—*Mmm*. —Me apoyé sobre mi bastón y fingí pensar con detenimiento—. Supongo que tengo mucho tiempo para descubrirlo.

—*Mmm*. Hablando de eso —dijo—. He estado pensando.

—Lo que siempre resulta problemático.

—Así es. —Thomas logró deslizar las manos alrededor de mi cintura—. Ya hemos merodeado por los callejones de Londres, explorado laberintos infestados de arañas en castillos y sobrevivido a un carnaval mortal... —Atrajo sus labios hacia los míos, y yo levanté el rostro, con el corazón aleteando cuando él rozó suavemente su boca contra la mía. Sus besos eran una clase embriagadora de hechizo—. ¿Quizás sea el momento de aceptar una de mis sugerencias? Podría ofrecer...

—Bésame, Cresswell.

Su sonrisa torcida encendió fuegos artificiales en mi interior, y sin pronunciar otra palabra, cumplió con mi deseo.

NOTA DE LA AUTORA

El RMS *Etruria* contaba con muchos camarotes lujosos para los pasajeros de primera clase, pero el salón comedor que describo es producto de mi imaginación. Me valí de elementos reales y añadí muchos de mi propia invención, lo que me permitió crear un trasfondo para un carnaval ambulante, un suelo en damero blanco y negro y un escenario incluidos. (Aunque el barco realmente tenía refrigeración y electricidad).

Pastel de embudo: encontré la receta más antigua de pastel de embudo en un libro de cocina alemán publicado en 1879. La descripción que Thomas hace de un pastel frito en mantequilla proviene de esa receta, aunque no se la menciona con ese nombre.

Harry Houdini hubiera tenido quince años en 1889, demasiado joven para esta historia, así que me tomé la libertad artística de hacer que tuviera diecisiete. Houdini comenzó a practicar magia de manera pública en 1891, no en 1889, aunque actuó como trapecista a la edad de nueve. Conoció a su esposa, Bess, en 1893, y tuvieron una maravillosa historia de amor.

Espero que a los seguidores de Houdini y a los historiadores no les moleste que haya utilizado sus trucos de escape más famosos, a pesar de que ocurrieron más adelante en su carrera. La «celda de tortura» en realidad se llamó «celda de tortura acuática china» y se realizó por primera vez frente al público en 1912.

El «escape del bidón de leche» se realizó en 1901. En su secuencia de introducción, Mephistopheles dice: «... el fracaso le deparará una muerte por ahogamiento...», que fue el eslogan real del letrero promocional de Houdini. Otros magos llevaron a cabo el truco «Metamorfosis», pero el número de Houdini capturó todas las miradas en 1894, ya que fueron él y su esposa quienes lo realizaron en el escenario. (En las demás actuaciones solo participaban hombres). Houdini tenía un talento asombroso para promocionarse a sí mismo y a sus trucos, lo que intenté representar cuando Liza le dice a Audrey Rose en su camarote: «Asegura que existe un gran poder en cómo se venden las cosas».

La carrera de magia de Houdini involucró presentaciones en museos de diez centavos, espectáculos de vodevil y también actuaciones secundarias en circos itinerantes. Después de modificar sus actuaciones para atraer a un público mayor e idear mayores desafíos, llegó a ser conocido como el Rey de las Cartas, el Rey de las Esposas y el escapista y maestro ilusionista al que admiramos hoy en día. Corre el rumor de que al comienzo de su carrera conoció a alguien que le ayudó a mejorar su gramática, y yo imaginé que ese personaje misterioso sería Mephistopheles. Más adelante en su vida, Harry adquirió la fama de desmitificar el espiritismo, que se había vuelto muy popular en esa época. Fue un detalle divertido que agregué cuando Liza sueña con hablar con los muertos y él le grita desde el escenario: «El espiritismo es un fraude».

Si deseáis más información sobre la vida de Houdini, recomiendo leer: *ESCAPE! The Story of the Great Houdini*, de Sid Fleischman.

Andreas Bichel, también conocido como «El Destripador Bávaro», fue la inspiración de la vida real para el asesino. Lo reimaginé utilizando sus «talentos» como vidente en un circo itinerante y modifiqué sus crímenes para que reflejaran cartas de tarot. Para el momento en el que transcurre esta novela, el Bichel real ya había sido ejecutado. Su método de asesinato era atraer a las

jóvenes a su hogar, prometerles revelarles el futuro con un espejo mágico, atarles las manos detrás de la espalda, colocarles una venda en los ojos y asesinarlas. Al igual que Andreas en esta historia, Bichel robaba telas a sus víctimas, lo cual finalmente fue el motivo por el que lo atraparon. Cuando la hermana de una mujer desaparecida se dirigió a la ciudad y les preguntó a los dueños de las tiendas si habían visto a su hermana, vio cómo un sastre confeccionaba un chaleco con las enaguas de su hermana. Él le brindó información del hombre que le había entregado la tela y que había hecho el encargo, y ella lo denunció a la policía. Más adelante encontraron los cuerpos de las mujeres desaparecidas enterrados en el cobertizo de Bichel.

Uno de los amigos de mi padre trabajaba como policía en la brigada antivicio en la ciudad de Nueva York y advertía de los peligros de involucrarse demasiado en el personaje durante las investigaciones encubiertas. Al idear el desarrollo del personaje de Audrey Rose, imaginé que actuaría de una manera que pareciera un tanto alejada de su conducta habitual y que sucumbiría ante ese mismo riesgo. Audrey Rose se empeñó tanto en idear una ilusión que casi hizo que se volviera real. Un agradecimiento especial al amigo de mi padre por la inspiración que me brindaron las investigaciones encubiertas.

Cualquier otra libertad histórica o creativa no mencionada aquí tuvo el propósito de mejorar (eso espero) la experiencia de lectura de este viaje en transatlántico, extravagante y lujoso, pero también ficticiamente condenado.

AGRADECIMIENTOS

Aunque resulte raro, publicar un libro no es tan diferente al circo. Hay muchos artistas, y todos hacen malabares con diferentes aspectos del proceso y trabajan juntos para convertir un simple documento en algo increíblemente espectacular.

Mis agradecimientos a Barbara Poelle, quien sigue asombrándome con su habilidad para pasar de ser una feroz agente a una dulce amiga con la rapidez con la que Andreas le demuestra su truco de cambio de cartas a Audrey Rose. Al equipo de Irene Goodman Agency, Heather Baror-Shapiro de Baror International Inc. y Sean Berard de APA por seguir haciendo su magia. No necesito un espejo mágico para ver lo deslumbrante que es el futuro para Audrey Rose y Thomas.

Jenny Bak, tu increíble trabajo de edición hace que un opaco primer borrador brille más que el frac más deslumbrante de Mephistopheles. Eres mi compañera de todas las cosas que son sangrientas y pomposas; gracias por consentir siempre a mi lado oscuro. Sasha Henriques: tus notas siguen siendo increíbles, ¡mis más sinceros agradecimientos! A la compañía entera de maravillosos artistas de JIMMY Patterson Books and Little, Brown y al talentoso maestro de ceremonias que los unió a todos: James Patterson, Sabrina Benun, Julie Guacci, Erinn McGrath, Tracy Shaw, Stephanie Yang, Aubrey Poole, Shawn Sarles, Ned Rust, Elizabeth Blue Guess, Linda Arends y a mi correctora Susan Betz. Al equipo de marketing, publicidad, ventas, producción y al mágico equipo de arte y portada, os estaré para siempre agradecida por el apoyo y trabajo arduo que habéis hecho con esta serie.

Mamá y papá, vosotros siempre habéis creído en el poder de los sueños y yo estaría perdida sin vuestro amor y apoyo. (Y por acompañarme a todas esas consultas médicas, en especial a las de extracciones de sangre. Aterroradoras). Kelli, sigue desfilando por la pasarela de tus sueños de la manera más espectacular. (¡Hice un juego de palabras con *Dogwood Lane Boutique!*) Como siempre, gracias por ser mi estilista personal y por mantenerme a mí y a mi hogar a la moda. Creo que te conservaré como hermana. Ben, Carol, Ann, Brock, Vanna, tío Rich y tía Marian, Laura, George, Rich, Rod, Jen, Olivia, Gage, Bella, Oliver y cada mascota de la familia, os quiero a todos.

Irina, Phantom Rin, creadora de arte de otro mundo. Una vez más, has extraído imágenes de mi imaginación, las has mejorado y las has convertido en piezas deslumbrantes. Muchas gracias por la idea de incluir lunas y estrellas en los guantes de Mephistopheles y por hacer que los personajes del Carnaval Luz de Luna cobraran vida con tus barajas personalizadas de cartas de tarot y cartas comunes.

Traci Chee, gracias por haber compartido conmigo viajes a eventos de libros, habitaciones en hoteles (y nuestro fanatismo por la comida), momentos buenos y difíciles situaciones médicas; no puedo explicarte lo mucho que significa tu amistad para mí, tanto en el plano editorial como fuera de él.

Stephanie Garber, no sé qué clase de poderes sobrenaturales posees, siempre llamas EXACTAMENTE en el momento justo, ¡pero te estaré siempre agradecida! Todas nuestras charlas sobre el argumento, los personajes y las recomendaciones sobre libros y la vida en general son legendarias.

Sarah Nicole Lemon, Renee Ahdieh, Alexandra Villasante, Nicole Castroman, Gloria Chao, Samira Ahmed, Kelly Zekas, Sandhya Menon, Riley Redgate, Lyndsay Ely, Hafsaah (¡y Asma!) Faizal, poder compartir eventos con vosotros es lo mejor.

Bibliotecarios, maestros, librerías, blogueros, *booktubers* y *bookstagrammers*, gracias por transmitir vuestro amor por la serie a vuestros estudiantes, amigos y al mundo de internet. Un agradecimiento especial a Sasha Alsberg; Katie Stutz; Rec-It Rachel; Kristen, de *My Friends Are Fiction*; Stacey, alias *Book Junkee*; Bridget, de *Dark Faerie Tales*; Melissa, *The Reader*, y *The Chef*. Brittany, de *Brittany's Book Rambles*; Brittany, de *Novelly Yours* y a la pandilla *goat*.

Y a ti, la persona que ha leído hasta el final, gracias por leer, soñar y acompañarme en otra aventura de asesinatos.

ACERCA DE LA AUTORA

Kerri Maniscalco creció en una casa semiembruada en las afueras de la ciudad de Nueva York, donde comenzó su fascinación por los escenarios góticos. En su tiempo libre lee todo lo que cae en sus manos, cocina toda clase de comidas con su familia y amigos y bebe demasiado té mientras debate los detalles más complejos de la vida con sus gatos. Su primera novela de esta serie, *A la caza de Jack el Destripador*, debutó en el primer lugar de la lista de *bestsellers* del *New York Times*. Siempre demuestra gran entusiasmo por hablar sobre romances ficticios en Instagram y Twitter [@KerriManiscalco](https://twitter.com/KerriManiscalco). Para más información sobre Cressworth visitad KerriManiscalco.com.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA  /MundoPuck  /Puck_Ed  /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA    /PuckLatam

 /PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

X PUCK

